

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

E. L. TODD

Miércoles

EL AMOR ES REAL.
EL AMOR ES VERDADERO.
EL AMOR ES PARA SIEMPRE.

SERIE ATEMPORAL: TRES

MIÉRCOLES

Atemporal

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Miércoles

Copyright © 2018, E. L. Todd. Todos los derechos reservados.

FRANCESCA

Las sábanas eran cálidas y la cama, mullida. Era muy tarde, una hora intempestiva en la que nadie debería estar despierto. El dulce abrazo me arrancó de mis sueños. Una boca exigente me besaba todo el cuerpo, desde el estómago hasta los muslos.

—Mmm... —Quería seguir durmiendo, pero también deseaba que continuaran las caricias eróticas.

Las piernas se me abrieron con suavidad y unos dulces labios treparon por mis muslos.

El cuerpo se me puso en tensión y la espalda se me arqueó. Era el mejor sueño que había tenido nunca. No quería despertar jamás.

Hawke acarició los pliegues de mi entrepierna con sus labios y los besó con dulzura. Movi6 la lengua alrededor del clítoris antes de chuparlo, inflamando todos los nervios de mi cuerpo.

La sensación era maravillosa.

Me besó con más fuerza, ahuyentando la neblina del sueño que me envolvía. La densa bruma se fue despejando hasta que el sopor desapareció por completo. Un orgasmo cegador se apoderó de mí, devolviéndome a la realidad con una violenta sacudida.

—Hawke... —Hundí los dedos en su pelo mientras disfrutaba del clímax. Me hacía sentir más viva que nunca. Ardía de la cabeza a los pies.

Tras alcanzar el orgasmo, regresé poco a poco a la Tierra, abriendo los ojos para contemplar el oscuro techo de mi dormitorio. La luz aún no entraba por las ventanas y supe que el sol todavía no había salido. Cuando miré hacia abajo, vi la cabeza de Hawke entre mis piernas.

Sin decir una palabra, reptó hasta colocarse encima de mí. Bajó la vista hacia mi cuerpo desnudo, con los labios brillantes bajo la tenue luz.

—¿Qué hora es?

Me dedicó una mirada intensa, como si no hubiera oído una palabra de lo que había dicho. Entonces se revolvió entre mis piernas abiertas y me introdujo su gruesa polla. Mi cuerpo se adaptó a las dimensiones del miembro que se abría paso a través de mi húmedo interior.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada y disfruté con cada movimiento y cada sensación.

—Da igual la hora que sea. —Se movió lentamente en mi interior y el sudor empezó a acumularse en su pecho. Me agarraba el cabello con una mano. Mientras me miraba fijamente a los ojos, sus caderas me embestían una y otra vez—. El tiempo no tiene ningún poder sobre nosotros.



A LAS CINCO Y MEDIA DE LA MAÑANA ME DUCHÉ Y ME PREPARÉ PARA IR A trabajar. Hawke no tenía que estar en la oficina hasta las nueve, pero aun así solía levantarse conmigo. Cuando fui a la cocina para desayunar, ya tenía el plato listo.

Dos huevos revueltos con tostada. Y una taza de café con azúcar y una nube de leche. Su plato ya estaba completamente vacío, pero tenía el café a medio terminar. Estaba leyendo el *New York Times* mientras me esperaba.

Tomé asiento y comí en silencio, mirándolo de reojo cada pocos minutos. No hablábamos tanto como antes porque las palabras eran innecesarias. Nos comunicábamos a un nivel completamente distinto, de una forma que nadie más era capaz de entender.

Pasó la página y siguió leyendo mientras empezaba a amanecer en la lejanía.

Sentados así juntos, empecé a pensar en el futuro. ¿Haríamos esto mismo el resto de nuestras vidas? ¿Un día seríamos un par de viejecitos de cabellos grises y nos preguntaríamos cómo era posible que el tiempo hubiera transcurrido tan rápidamente? Si ese día llegara alguna vez, supe que me sentiría feliz.

Hawke dobló el periódico cuando terminó de leerlo y me miró con atención. Dio un sorbo al café mientras mantenía los ojos clavados en mí, sin

perder detalle de mi cabello y la camiseta de la pastelería.

—¿En qué piensas?

No podía leerme el pensamiento.

—Ojalá estuviéramos así para siempre.

Dejó la taza sobre el posavasos y extendió la mano. Frotó sus dedos ásperos contra los míos, acariciándome los nudillos. La devoción que brillaba en sus ojos contenía la promesa que no necesitaba escuchar. Habíamos malgastado dos años de nuestras vidas, pero aquello ya no importaba. Ahora estábamos donde debíamos estar.

—Lo estaremos.



NOS QUEDAMOS ESPERANDO AL OTRO LADO DE LA PUERTA A QUE MARIE Y AXEL bajaran del avión.

—Van a deprimirse muchísimo cuando nos vean. —Hawke estaba a mi lado, rodeándome la cintura con el brazo. Su altura lo elevaba bastante por encima de mí, haciéndome sentir más bajita de lo que era en realidad.

—¿Por qué? ¿Qué les hemos hecho?

—Nada. Pero ahora tendrán que volver a la realidad.

—Estoy seguro de que a estas alturas ya están hartos el uno del otro.

Bajó la vista hacia mí con una chispa especial en sus ojos azules.

—Yo no estaría harto de ti.

—Es distinto. Yo soy genial.

Frotó su nariz contra la mía.

—Y tú no estarías harta de mí.

—Eso es porque estás buenísimo.

Sonrió ligeramente, pero sus ojos expresaron mucha más satisfacción.

—Es verdad.

Marie y Axel salieron de la terminal visiblemente morenos. Todavía llevaban collares hawaianos de flores, como si no estuvieran preparados para despedirse del paraíso.

Les hice señas desde la multitud para que pudieran encontrarnos.

—Bienvenidos a casa.

—¡Hola! —Marie dio un brinco de sorpresa y luego corrió directamente a mis brazos. Me abrazó con fuerza y me balanceó de un lado a otro—. Me

alegro enormemente de veros. Ya nos ayudasteis muchísimo con la boda, ¿y ahora venís a buscarnos para darnos una sorpresa?

—Pensamos que necesitaríais ayuda con el equipaje. —No era ningún secreto que Marie se llevaba el armario entero en todos los viajes—. Y os echábamos de menos.

—¡Vaya! Nosotros también os hemos echado de menos.

—No es verdad. —Axel se acercó a Hawke y chocó los cinco con él—. Puedo decir con sinceridad que durante el viaje no pensé ni una vez en vosotros.

—No pasa nada. —Hawke contuvo la risa—. Yo tampoco he pensado en vosotros.

Axel le dio una palmadita en la espalda.

—Por eso somos amigos. Siempre con sinceridad.

Marie me soltó y retrocedió.

—Bueno, yo sí os he echado de menos.

—Mentira. —Axel la miró ofendido—. Te he tenido ocupada todo el tiempo.

—Es verdad —contestó Marie—. Pero siempre echaré de menos a mi mejor amiga, esté con quien esté.

Axel sacudió la cabeza, desilusionado.

—Empleé mis mejores tácticas. Incluso leí un par de revistas *Cosmopolitan*.

Hawke arqueó una ceja.

—¿De verdad? ¿*Cosmopolitan*?

—Sí —asintió Axel—. Tienen cosas bastante interesantes.

Mi hermano era de un planeta completamente distinto.

—¿Qué tal en Bora Bora?

—Alucinante —dijo Marie—. Los bungalós sobre el agua son geniales. Había mantarrayas por todas partes e incluso vimos tortugas de mar.

—¿Qué suerte! —exclamé—. ¿Habéis hecho muchas fotos?

—Demasiadas —respondió Marie—. Créeme, os vais a aburrir un montón cuando os las enseñemos todas.

Axel le pasó el brazo por la cintura.

—Esposa, tengo *jet lag*. Vámonos a casa.

—Sí, yo también estoy bastante cansada —admitió Marie—. Pasaos mañana por nuestra casa.

—Claro —contesté—. Vamos a por vuestro equipaje y os llevamos.

—No hace falta —dijo Marie con gesto reticente.

—Insistimos. —Hawke me tomó de la mano y fuimos juntos hasta la cinta de recogida de equipajes—. Técnicamente la boda continúa hasta que lleguéis al umbral de vuestro hogar como matrimonio. Frankie y yo nos limitamos a completar nuestras obligaciones.

Axel caminaba con el brazo sobre Marie.

—A lo mejor deberíamos casarnos todos los fines de semana para tener a estos dos a nuestro servicio.

Hawke se volvió hacia Axel.

—Ten cuidado. Cuando llegue nuestro día, vosotros seréis el padrino y la dama de honor... así que os sugiero que seáis amables.

Una sonrisa asomó rápidamente a mis labios. Al principio me había costado darle otra oportunidad a nuestra relación, pero ahora no lo lamentaba en absoluto. Hawke y yo estábamos exactamente donde debíamos estar y ya no tenía miedo de que se volviera a marchar.

Ya éramos felices para siempre.

FRANCESCA

Marie y yo fuimos a tomar algo después del trabajo. Cuando salí de la pastelería, me cambié y me puse un vestido para no aparecer cubierta de harina y azúcar. También tenía un poco en el pelo, pero no podría quitármelo a menos que me diera una ducha.

—Cuéntamelo todo de la luna de miel. —Ambas teníamos delante un *martini* de manzana con una sombrilla.

—Chica, no había estado nunca en un lugar ni remotamente tan bonito. Hawke nos hizo una recomendación excelente.

—Genial. Yo nunca he estado de vacaciones.

—¿Jamás? —preguntó incrédula—. Supongo que es cierto, porque en realidad Axel tampoco.

—No era lo normal durante nuestra infancia.

—Bueno, es un lugar de infarto. La comida era magnífica, el servicio impecable y el sitio una maravilla. Llegar hasta allí fue como un dolor de muelas, pero mereció la pena.

—¿El vuelo fue muy largo?

—Doce horas —contestó—. Y después tuvimos que tomar otro avión desde Tahití hasta Bora Bora. No conseguí dormir mucho en el avión, y el primer día tuve un poco de *jet lag*.

—Pero seguro que todo eso se te olvidó en cuanto llegasteis.

—Al instante. —Marie chasqueó los dedos.

Era difícil creer que Axel hubiera estado a punto de huir de su propia boda. Si Hawke no lo hubiera encontrado, el resultado habría sido completamente diferente.

—Estoy muy contenta de que lo arreglarais todo. Cuando Axel habló contigo antes de la boda, no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Marie dio un trago largo, como si necesitara que el alcohol empezara a hacerle efecto.

—Yo también estaba aterrorizada. Tampoco sabía qué iba a decirme. Pero sinceramente, cuando me lo contó todo, me dio igual. Los primeros meses de nuestra relación son como una nebulosa desdibujada. Axel ya no es así ni por asomo.

—Es verdad.

—Es un esposo genial. Siempre me lleva las bolsas y me cuida... Es muy cariñoso.

Era difícil imaginarse a mi hermano siendo cariñoso. La mayor parte de nuestra relación había consistido en discusiones y peleas.

—Te quiere de verdad.

—Lo sé. —Marie era incapaz de ocultar la felicidad de su rostro. Sus facciones se iluminaron como el cielo nocturno de Manhattan—. Tengo mucha suerte.

—¿Y los bebés para cuándo? —Sonreí, porque sabía que eso le haría torcer el gesto.

—Uf, no. Ahora mismo no. —Sacudió la cabeza de forma melodramática—. Tengo que cuidar de Axel. Ya tengo suficiente trabajo con eso.

—Tendríais unos hijos monísimos.

—Y tú serías la niñera número uno.

Cuidar niños no era algo que me interesara mucho, pero me encantaría pasar tiempo con mis sobrinos.

—No adelantemos acontecimientos.

Se acabó el *martini* e hizo una seña al camarero para pedir otro.

—¿Qué tal van las cosas entre Hawke y tú? Parecéis felices.

—Muy felices. —Los dos años que habíamos estado separados habían sido insoportables. Había conseguido mantenerme a flote y seguir adelante, pero no había sido tan fácil. Ahora que volvíamos a estar juntos, me daba cuenta de lo vacía que había estado mi vida sin él. Ahora me sentía completa, como si no me faltara nada.

Marie sonrió.

—Me pregunto cuándo te pedirá matrimonio.

—Todavía no. Aún es demasiado pronto. —Aunque convertirme en su

esposa sería un sueño hecho realidad, ya estábamos comprometidos de forma indisoluble. Casados o no, estábamos destinados a estar siempre juntos de una forma u otra, aunque sólo fuera como amigos. Yo no podía separarme de él, y él no podía separarse de mí.

—El tiempo no siempre es una medida precisa de las cosas. Cuando lo sabes, lo sabes. —Marie dio un sorbo a su copa y luego se puso a jugar con la sombrilla.

Si Hawke me lo pedía, no le diría que no. Pero no pensaba que fuera a hacerlo, todavía no.

—¿Por qué no os vais a vivir juntos? Es lo que hicimos Axel y yo, y no lo lamentamos.

—Ya veremos cómo van las cosas. —No tenía prisa por cambiar nada. Era feliz tal como estaba.

—¿Alguna novedad en tu vida? ¿En el trabajo?

En ese momento mi vida era bastante tranquila.

—En realidad no. Ahora tú eres la que lleva una vida interesante.

—Sí, fue mágico. —Sonrió al recordar su gran día—. Es una pena que ya haya acabado.

—Tienes a Axel para el resto de tu vida. En realidad no ha acabado.

Eso la animó.

—Tienes razón. He atrapado al hombre perfecto.

—Yo no diría tanto... —Marie estaba ciega para los defectos de Axel, mientras que yo los veía con transparencia cristalina.

—Hola, Frankie. —Una voz familiar llegó a mis oídos, y la reconocí aunque no la había oído en una temporada.

—Hola, Kyle. —No esperaba volverlo a ver después de nuestra última conversación. Habían transcurrido varios meses desde que dejamos de hablarnos. Cuando dejó de enviarme mensajes de texto y ya no volvió por la pastelería, deduje que había pasado página por fin, y me pareció muy bien.

Me miró de la misma forma que antes. Llevaba el pelo un poco más largo, pero esa era la única diferencia. Aún tenía brazos y hombros poderosos, además de ese encanto infantil en el cuerpo de un hombre.

—Te he visto desde el otro lado del bar y he querido venir a saludar. —Se volvió hacia Marie—. Enhorabuena por la boda.

—Ah, gracias. —Marie sonrió al escuchar la felicitación. Le gustaba Kyle desde la primera vez que lo vio.

Kyle se giró de nuevo hacia mí, con una cerveza en la mano.

—¿Qué tal te va? —Su antigua alegría de vivir lo había abandonado. Me recordaba a una cerilla que no conseguías encender por muchas veces que lo intentaras.

—Bien. ¿Y a ti?

—No podría irme mejor. —Lo dijo con falso entusiasmo mientras daba un trago.

Marie cogió su teléfono y miró la hora.

—Mierda, tengo hora en la peluquería y llego tarde. —Agarró el bolso y se levantó de la mesa—. Te veo más tarde, Frankie.

Era una excusa y lo sabía.

—¿Hora en la peluquería?

—Sí. —Se alejó de nosotros y desapareció por la puerta.

Kyle se quedó junto a la mesa con la cerveza en la mano.

—Perdona. No pretendía ahuyentar a tu amiga.

—No lo has hecho. —Ya me oiría más tarde.

Kyle se quedó mirando la silla que Marie acababa de dejar vacía.

—¿Puedo sentarme contigo?

Inmediatamente pensé en Hawke y en lo mucho que se enfadaría si nos viese juntos. Pero entonces recordé el motivo por el que había salido con Kyle.

—Por supuesto. —No había pensado mucho en él desde que Hawke y yo volvimos a estar juntos. Cuando lo hacía, deseaba de corazón que hubiera pasado página y encontrase a una chica estupenda. Pero, a juzgar por el vacío de sus ojos, eso no había ocurrido todavía—. ¿Qué te cuentas?

—¿Te acuerdas del juicio del que te hablé?

—Sí.

—Pues todavía no ha acabado. Aún es demasiado pronto. —Suspiró antes de dar otro trago—. La defensa tiene un abogado bueno de cojones y está buscando todos los resquicios posibles. Pero no voy a dejar que se libre. No me conformaré con nada que no sea cadena perpetua.

Nunca olvidaría la pasión que ponía en los casos. No los llevaba personalmente muy a menudo y prefería jugar al golf o quedarse en casa, pero, cuando aparecía por el juzgado, era implacable.

—Estoy segura de que ganarás, Kyle.

—A estas alturas, perder no es una opción. —Cogió la sombrilla de mi bebida y la metió en su cerveza—. ¿Por qué no les ponen estas sombrillas a las cervezas? Serían mucho más divertidas.

—Porque los hombres no la pedirían.

—No es mi caso. Yo sí la pediría.

Me hizo sonreír, exactamente igual que en los viejos tiempos.

—¿Sales con alguien? —Por favor, di que sí.

—Hay una chica con la que llevo saliendo un tiempo, pero voy a romper.

—¿Por qué?

—No siento nada especial por ella. —Evitó mirarme a los ojos mientras hablaba—. Es demasiado dependiente. Me hace sentir incómodo.

—Estoy segura de que es porque le gustas mucho.

—Es guapa y todo eso, pero la verdad es que no pienso en ella cuando no estamos juntos. —Se encogió de hombros y dio otro trago—. Antes de conocerte a ti no me interesaba tener una relación sentimental. Pero, ahora que sé cómo es, quiero tener una de verdad. —Alzó la vista y nuestras miradas se encontraron—. Supongo que ahora soy un hombre de una sola mujer. Nunca me lo habría imaginado.

—Tal vez has madurado a lo largo del año pasado.

—Tal vez. Pero, cuantas más citas tengo, menos me gusta quedar con chicas. Hablan tanto...

Me eché a reír.

—Tenemos tendencia a hacer esas cosas. ¿Por qué no pruebas en Tinder?

—Siempre que lo uso sólo me sirve para enrollarme con gente.

—¿eHarmony?

—Paso. No voy a hacerlo. —Echó un vistazo al bar antes de volverse hacia mí—. Entonces... ¿Hawke y tú seguís siendo pareja? —La esperanza de sus ojos era inconfundible.

—Sí. Y así vamos a seguir. —No hacía más que obligarme a hacerle daño, y lo odié por ello. Añoraba a Kyle porque se había convertido en un buen amigo. A veces deseaba que pudiéramos seguir haciendo cosas juntos, como jugar al baloncesto. Pero sabía que no era posible, por su propio bien.

—Bueno, me alegro por ti. —A pesar de su tristeza, parecía sincero—. Espero encontrar a alguien así algún día.

—Lo encontrarás. —En mi cabeza no había ninguna duda. Kyle era el tío perfecto. Incluso me sentía mal conmigo misma por haberlo dejado.

—¿Tienes alguna amiga guapa para ligar con ella?

—Ninguna que esté soltera.

Kyle suspiró.

—Las buenas siempre están pilladas.

—Sí, eso parece.

Chocó su cerveza casi vacía contra mi copa.

—Bueno, debería irme. Ya me he tomado demasiadas cervezas.

—Puedo acompañarte a casa.

Kyle terminó la cerveza y se echó a reír.

—Estoy bien, Frankie. Pero gracias.

Samantha habló por el intercomunicador.

—Señor Taylor, tengo a Olivia de Thick Whiskey al teléfono.

Al oír su nombre, me froté automáticamente las sienes. Era una niña presumida que había heredado la empresa de su padre. El resto de su equipo era encantador, pero Olivia era una pesadilla.

—Gracias, Samantha. —Agarré el teléfono y pulsé el botón que parpadeaba.

Olivia habló la primera, sin esperar a que yo dijera una sola palabra que indicara que estaba al teléfono.

—Hawke.

Empecé a dar vueltas con la mano al bolígrafo con el logotipo de mi financiera en un lateral.

—Hola, Olivia. Espero que estés bien.

—Estoy muy bien. De hecho, tengo un negocio nuevo para ti.

Olivia me permitía invertir su dinero en compañías de seguros de vida, y acabé por ganar para ella un montón de dinero que ni siquiera necesitaba.

—Ya me conoces. Me encantan los negocios nuevos.

—Muy bien. Reunámonos en las Bahamas. Adoro ese lugar.

Olivia y yo teníamos una relación de negocios y ganábamos muchísimo dinero juntos. Pero también teníamos una relación personal.

—Ahora mismo tengo una agenda muy apretada. ¿Podemos concertar una reunión telefónica?

—¿Apretada? —Una risa sarcástica se escapó de su boca, como si fuera completamente absurdo.

—Sí.

—Me siento mucho más aventurera cuando estoy en la playa con un cóctel en la mano.

Sabía que insistiría. También era muy insistente en el dormitorio.

—Lo siento, Olivia. En ese sentido ya no estoy disponible. —Olivia tenía un buen revolcón y no quería nada serio, justo lo que yo había buscado mientras estuvimos juntos. Habíamos mantenido una relación intermitente que en general había consistido en viajes juntos para follar y planificar sus inversiones. Pero eso ya no podía volver a suceder.

—¿Ya no estás disponible? ¿Eso significa que Hawke ha sentado la cabeza?

Desvié la mirada hacia la fotografía que tenía encima del escritorio. La había sacado Marie unos años antes. Francesca y yo estábamos en la cocina con una bandeja de muffins recién horneados. Ambos estábamos dando un mordisco a uno, y yo tenía el brazo sobre sus hombros.

—Sí.

—Vaya, ¿de verdad? —Estaba decepcionada porque había algo que quería y no podía obtener, cosa muy poco frecuente.

—De verdad.

—¿Quién es la afortunada?

—Se llama Francesca.

—Por favor, no me digas que es una modelo italiana.

—No lo es.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella?

No me gustaban las preguntas personales. Mi relación con Francesca era un asunto privado y no me apetecía contárselo a nadie, y mucho menos a una mujer con la que había tenido una aventura carente de toda importancia.

—Si quieres hacer negocios, llámame. Si no, ya hablaré contigo. —Me dispuse a colocar el teléfono de nuevo en la base.

—¡Eh! Espera un poco.

Suspiré y volví a acercarme el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—No tenía intención de molestarte, Hawke.

—Entonces, ¿podemos concertar una reunión para la semana que viene?

—Sigo prefiriendo que nos veamos en persona. ¿Qué te parece nuestro lugar habitual?

Esa mujer era increíble. Pensaba de verdad que podría seducirme si nos

veíamos a solas.

—Por mí bien. Siempre ando buscando excusas para viajar. Pero Francesca me acompañará.

El silencio de Olivia dejaba claro que no estaba precisamente encantada con la solución.

—Dale los detalles a mi secretaria. —Colgué antes de que Olivia pudiera decir algo más.



ACABABA DE SALIR DE LA DUCHA CUANDO MI TELÉFONO SE ILUMINÓ CON UN mensaje de texto.

¿Qué hace mi grizzly?

Siempre que veía aparecer su nombre en la pantalla, esbozaba una sonrisa.

Comerme un tarro de miel.

Si me paso por ahí, ¿también me comerías?

Es una posibilidad muy real.

Me apoyé en la pared con una toalla anudada a la cintura.

Creo que me arriesgaré.

Justo después de aparecer su mensaje, alguien llamó a la puerta.

Miré hacia la entrada y una sonrisa se apoderó lentamente de mis labios.

¿Eres tú?

Quizás...

Dejé el teléfono antes de abrir la puerta.

La mirada de Francesca salió disparada hacia la toalla que llevaba a la cintura. Se comía con los ojos mi poderoso tórax, sobre el que todavía quedaban gotitas de agua, y entonces una sonrisa traviesa surgió en sus labios.

—Creo que he encontrado el tarro de miel.

La empujé al interior de mi apartamento y cerré la puerta tras ella.

—¿Por qué no has llamado a la puerta simplemente?

—No quería que pensaras que soy un poco rarita, pasándome así por tu casa.

La puse contra la puerta, y me incliné hacia ella.

—Puedes venir siempre que quieras.

—¿Puedo? —Tenía los ojos fijos en mi boca antes de bajarlos hacia mi pecho.

—Sí. —La besé en la comisura de los labios, y me encantó cómo respondió al beso. Aunque no sentía los latidos de su corazón, sí podía ver sus leves reacciones. Cuando separó los labios, tomó aliento silenciosamente. Tenía los ojos nublados, como si no pudiera ver nada que estuviera a más de cinco centímetros de su cara. Se sumergía en mí de la misma forma que yo me sumergía en ella. Sabía lo que deseaba sin necesidad de leerle el pensamiento. Quería lamirme el pecho con la lengua y saborear cada gota de agua.

Miró la toalla que llevaba a la cintura antes de agarrarla con sus delicados dedos. Entonces alzó la vista hacia mí con sus intenciones escritas por toda la cara.

Se me había puesto dura nada más recibir su mensaje de texto. Me excitaba todo lo relacionado con Francesca. En una época anterior había estado con multitud de mujeres impresionantes, tanto aquí como cuando vivía en Carolina del Sur, pero ninguna había tenido el mismo efecto en mí que Francesca. Sus caricias eran de otra galaxia, y poseía un encanto sexy que no admitía comparación.

Tiró de la toalla hasta que se soltó. Cuando cayó al suelo con un ruido sordo, bajó los ojos, mirándome boquiabierta sin ninguna vergüenza.

—Grizzly se alegra de verme.

—Siempre. —Le pasé los brazos por la cintura y la levanté hasta mi pecho. Estar con ella era un regalo maravilloso que nunca debería dar por sentado. Ella ahuyentaba la oscuridad y traía la luz cuando entraba en mi cueva. Ahora estaba completo.

Era feliz.



FRANCESCA SE DESLIZÓ FUERA DE LA CAMA.

La pillé y la arrastré de vuelta.

—¿A dónde te crees que vas, Muffin? —La atraje de nuevo hacia mi pecho y la acaricié con los labios más allá del nacimiento del pelo.

El estómago le rugía ruidosamente, contestando a mi pregunta por ella.

Sonreí de oreja a oreja.

—Espero que no lo hayas oído...

—Pues lo he oído. —Hice que se diera la vuelta para regar de besos su vientre plano—. Tengo que alimentar a mi chica.

—Sí. Aliméntala con pizza.

Yo evitaba comer fuera siempre que podía, excepto cuando se trataba de un restaurante en el que pudiera pedir algo remotamente saludable. Francesca era lo contrario. Comía todo lo que quería y cuando quería. Daba igual lo que comiera, seguía teniendo una figura perfecta. Sospechaba que todas las mujeres del mundo la odiaban por ese motivo.

—Voy a hacer el pedido.

—Vale. —Soltó unas pataditas, traviesa.

Me eché a reír.

—Las cosas pequeñas te hacen feliz, ¿a que sí?

—No. —Me pasó las manos por el pecho y los hombros—. En realidad, son las cosas grandes.

Al ver la chispa que apareció en sus ojos, mi polla volvió a la vida. Algunas veces me preguntaba si todo era un sueño, si se trataba de una de mis fantasías habituales. Había sido infeliz durante tanto tiempo que no reconocía la felicidad cuando la tenía delante de las narices. Había malgastado muchísimo tiempo sin ella. ¿Cómo había sobrevivido durante tantos años?

—Pediremos la pizza más tarde. —Me puse encima de ella porque deseaba otra sesión de sexo.

En lugar de insistir en comer, me rodeó la cintura con las piernas y me dio un pellizco cariñoso. Tenía el cabello enmarañado sobre las sábanas y sus ojos se iluminaron como fuegos artificiales. A veces no podía creer cómo nos habíamos conocido. Ella trabajaba tras el mostrador de una cafetería, y el resto era historia.

Así encontré a mi media naranja.



FRANCESCA SE ZAMPÓ MEDIA PIZZA ELLA SOLA. SENTADA EN LA MESA, LA engulló como si se estuviera muriendo de hambre.

La contemplé divertido.

—¿Qué? —Agarró otra porción grande de la caja y la dejó caer en el plato.

—Nada.

—Me estás mirando. —Cogió una rodaja de *pepperoni* y se la metió en la boca.

—A lo mejor me gusta mirar.

Francesca agarró otro trozo de *pepperoni* y me lo arrojó.

Me hice a un lado y lo esquivé.

—Ya sé que como mucho, pero es que tengo hambre.

Arqueé una ceja.

—No estaba pensando en eso.

—Bien, pues no deberías quedarte mirando a una dama mientras come.

—¿Aunque crea que está muy buena? —Añoraba nuestras bromas juguetonas. Cuando estaba con ella podía ser yo mismo, tal cual.

—Bueno... En ese caso, sí. —Levantó la porción de pizza y dio un bocado enorme.

Silbé por lo bajo.

—Buenísima.

Se rio antes de dar otro bocado.

Miré el reloj de la pared y me di cuenta de la hora. Cuando estaba con Francesca, se creaba un extraño vórtice temporal y el tiempo volaba a una velocidad vertiginosa. Cuando miré el reloj habían transcurrido dos horas, pero me habían parecido cinco minutos.

—¿Puedes tomarte unos días libres en el trabajo?

—¿Por qué? —Se acabó la porción y apartó el plato.

—Tengo un viaje de negocios a las Bahamas y me gustaría que me acompañaras.

Se quedó con la boca abierta, y su mandíbula casi rozó la mesa.

—Repítelo. —Apreté los labios con firmeza e intenté no echarme a reír—. ¿Un viaje gratis a las Bahamas con un tío bueno? —Francesca saltó de la silla y empezó a bailar el hula, meneando las caderas como si llevara puesta una falda hawaiana—. Joder, me apunto.

—El hula es hawaiano.

—Qué más da. —Siguió bailando en medio de la cocina—. Me voy al paraíso.

Decidí omitir la parte relativa a Olivia. No necesitaba saberlo.

—Espera. —Dejó de bailar y la tristeza hizo acto de presencia—. ¿Vas a estar trabajando todo el tiempo?

—No. Debería tener únicamente una reunión. El resto del tiempo podremos relajarnos.

Volvió a bailar el hula, balanceando los brazos como si lo hubiera bailado muchas veces cuando nadie miraba.

—Marie se va a morir de la envidia.

—Acaba de estar en Bora Bora por su luna de miel.

—Sí, pero eso fue antes. Esto es ahora. —Se dejó caer en mi regazo y me rodeó el cuello con los brazos—. Como me vas a llevar a un sitio tan bonito, a cambio debería hacer algo por ti.

Me gustó cómo sonaba aquello.

—Vas a estar trabajando todo el tiempo que estemos allí.

—¿Qué? No voy a hacer pasteles. La humedad lo estropearía todo.

—Vas a trabajar para mí. —La mirada de mis ojos decía todo lo que mis labios callaban.

Me acarició la mejilla con la nariz y luego la frotó contra la mía.

—Nunca pensé que me haría tanta ilusión ir a trabajar.

FRANCESCA

Acababa de lavarme las manos cuando Marie entró en el obrador. Llevaba un vestido ajustado de color púrpura con zapatos negros y, a juzgar por el aspecto turbado de su rostro, algo iba mal.

—Tengo que contarte una cosa.

—¿Qué pasa?

—Mientras hablaba con Axel, le mencioné que nos habíamos encontrado con Kyle la otra noche. Me dijo que se lo iba a contar a Hawke porque tenía derecho a saberlo.

Suspiré y me di media vuelta.

—Mierda, Marie.

—Sinceramente, no pensé que fuera a decir nada.

—Hawke me va a montar un buen pollo.

—Lo sé, lo sé. Lo siento. —Llevaba el pelo suelto en bucles, pero no estaba tan arreglado como antes, ya que había venido corriendo. Parecía verdaderamente angustiada por haber revelado mi secreto—. Ha sido culpa mía.

—No pasa nada. —Marie guardaba el resto de mis secretos—. Hawke acaba de pedirme que me vaya de viaje con él, así que creo que esto va a ser como un jarro de agua fría.

—Lo sé. Lleváis juntos pocos meses y ahora os echo encima una tensión innecesaria.

—No te preocupes por eso. —Romper con Hawke era lo último que me preocupaba. Podíamos pelearnos o discutir a menudo, pero eso no quería decir que no fuéramos a estar juntos para siempre.

—¿Crees que se va a cabrear mucho?

—Yo...

—Tremendamente. —La voz grave de Hawke llegó hasta el obrador y ambas nos quedamos rígidas. Había atravesado el local y emergió a nuestro lado sin que ninguna de las dos nos diéramos cuenta.

Marie se encogió, miró por encima del hombro y lo vio ahí de pie, con traje negro y corbata. Si no lo conociéramos nos habríamos dado un susto de muerte. Marie se echó el bolso al hombro y lo sujetó con fuerza antes de dirigirse lentamente a la puerta de entrada.

—Uf, me tengo que ir. Acabo de acordarme de que tengo que...

Hawke mantuvo los ojos pegados a mí, con una furia insoportable marcada en todo su semblante. Se adentró lentamente en la sala con la mirada puesta en mí.

Me alisé el delantal y no sucumbí al miedo.

—No deberíamos mantener esta conversación en el trabajo.

—No deberías haber estado con él en primer lugar. —No gritó, pero de alguna forma su voz queda era más aterradora. Recorrió la distancia que nos separaba y se quedó de pie justo delante de mí.

—Hablamos unos minutos. Eso fue todo.

—¿Por qué sigues dirigiéndole la palabra? —Apoyó la mano en el mostrador que había a mi lado, bloqueándome el paso para que no pudiera escapar a ningún sitio.

—Porque nos encontramos por casualidad. A veces ocurre. No me digas que no ves a tus muñequitas de vez en cuando.

—Sí. —Cerró la mano en un puño—. Pero no me tomo una copa con ellas.

Entendía por qué Hawke estaba celoso. Había visto a Kyle en carne y hueso, y además sabía que habíamos tenido una relación. Incluso me había presentado a su madre. No era una aventura sin importancia. Aunque no lo amaba, había algo.

—Hawke, no deberías sentirte amenazado por nada ni nadie de este mundo. Le dije a Kyle que eras mi alma gemela y el único hombre al que amaría en mi vida. Él y yo estuvimos juntos durante un tiempo y pasamos buenos ratos, pero siempre supo que eras tú a quien quería de verdad. Tus celos son infundados y, francamente, es ridículo. —Di un paso atrás y me quité el delantal. Estaba cubierto de harina y azúcar, y tenía que ponerme otro limpio.

Hawke no se movió. Seguía con la mano apoyada en la encimera y me

miraba fijamente con expresión impenetrable. Sus pensamientos eran indescifrables incluso para mí.

Probablemente esto conduciría a una de esas peleas que se alargaban durante días, tal vez incluso una semana. Pero me negaba a disculparme por un delito que no había cometido. Me iba a encontrar con antiguos novios el resto de mi vida. Me negaba a mostrarme grosera con ellos sólo porque fueran parte de mi pasado amoroso.

—Debería volver al trabajo. Tengo que preparar una tarta de cumpleaños para...

—Tienes razón.

«Espera, ¿qué acaba de decir?». Agarré un delantal limpio del montón y miré a Hawke.

Quitó la mano de la encimera y se la metió en el bolsillo. Entonces se acercó a mí lentamente, y la hostilidad de sus ojos había desaparecido.

—Lo siento.

Primero vacaciones gratis, y ahora, una disculpa rápida. Iba a ser una buena semana.

—No pasa nada.

—Ya te perdí una vez y no quiero volver a pasar por lo mismo. Mi vida sin ti era... —Se frotó la nuca mientras intentaba encontrar la palabra adecuada—. Una agonía. No quiero volver a pasar por eso, no ahora que soy tan feliz.

Enrollé la tela del delantal con la punta de los dedos y mis ojos se suavizaron.

—Pero no debería preocuparme jamás por perderte, no cuando lo nuestro es para siempre.

Al instante una sonrisa apareció en mis labios, seducida por la forma en que había pronunciado las palabras finales.

Apoyó su frente en la mía y cerró los ojos, sintiendo las ondas que resonaban entre nosotros. Todo lo demás se difuminó en un segundo plano. Era la hora del almuerzo, y la pastelería estaba abarrotada de clientes. El ruido constante de la caja registradora se oía por todo el local. Pero el halo que nos rodeaba nos separaba de todo lo demás, aislándonos del mundo exterior.



APENAS PODÍA QUEDARME QUIETA EN EL ASIENTO. MIRÉ POR LA VENTANILLA Y me froté ansiosamente las palmas de las manos, emocionada por salir del avión y sentir el calor del paraíso.

Hawke me observaba con expresión divertida.

—¿Emocionada?

—Eso es decir muy poco.

—¿Has practicado la danza del hula?

—En realidad, sí.

Tomó mi mano y la puso sobre su muslo.

—Quiero un pase privado, con el bikini de coco y todo lo demás.

—Trato hecho. Es lo menos que puedo hacer por traerme aquí.

—Si quieres, puedes ir a todas mis reuniones de negocios. Así no tendré que cascármela en la ducha.

Sentí una sacudida en la columna al imaginármelo. La idea de Hawke dándose placer y pensando en mí era lo que más me excitaba del mundo. Cuando aún éramos sólo amigos, solía pensar en ello cuando me daba un poco de satisfacción con el vibrador.

—Puedes seguir haciéndolo...

Se giró hacia mí con la misma expresión de diversión en la cara.

—Lo haré. Si tú haces otra cosa por mí.

Sospechaba que ya sabía lo que era.

—Me parece bien.



NOS CONDUJERON A NUESTRO BUNGALÓ PRIVADO SOBRE EL AGUA. HABÍA UNOS cien más diseminados a lo largo de la tranquila cala. Más allá de la laguna había barcos de recreo y pesqueros. Incluso había gente con motos acuáticas.

Era mejor que en las fotografías.

—Este sitio es impresionante. —En mi único viaje de vacaciones habíamos ido a Disneyworld y era muy pequeña, así que no lo recordaba muy bien. Este lugar confería a la palabra vacaciones un nuevo significado.

—Me alegra que te guste. —Me pasó el brazo por la cintura y me guio al interior del bungalow. Nuestro equipaje ya estaba allí y la habitación estaba decorada con elegancia.

Abrí la puerta de atrás y vi la pequeña piscina privada y el muelle que

conducía hasta el agua.

—¡Me mareo!

Hawke se apoyó contra la puerta de entrada con los brazos cruzados. Seguía con la misma expresión divertida que llevaba pegada a su cara todo el día.

—Es una bonita vista.

Metí los pies en el agua de la piscina y sentí la frialdad que penetraba en mi piel.

—¿Ya habías estado aquí?

—Unas cuantas veces.

—Ahora entiendo por qué no estás tan emocionado como yo.

Se sentó a mi lado y se quitó los zapatos.

—Sí, estoy emocionado. Tú me emocionas. —Metió los pies en el agua y se quedó mirando la cala y el mundo que se abría más allá.

—Gracias por traerme. Es el viaje más genial que he hecho nunca.

Hawke frotó su nariz contra la mía antes de besarme en la comisura de los labios.

—El paraíso no lo es tanto si estás solo y eres desgraciado. —Me miraba con amor en los ojos y me mostraba el vacío de su mundo antes de encontrar el camino de vuelta juntos—. Pero ahora puedo valorarlo y apreciar su belleza, porque estoy completo.



HAWKE SE VISTIÓ Y COGIÓ LA CARTERA.

— Probablemente estaré trabajando casi todo el tiempo. Pero mañana tenemos todo el día para hacer lo que quieras.

—¿Podemos ir a hacer esnórquel? —Me puse de pie, con mi bikini rosa y una toalla sujeta bajo el brazo. Me apliqué tanta crema solar como pudo absorber mi piel, para que no se me secase con el sol.

—Claro. —Me agarró de la cintura y me dio un beso lento—. ¿Qué vas a hacer mientras yo no esté?

—Me quedaré en la piscina.

Me dedicó una mirada cariñosa antes de ofrecerme otro beso.

—A todos los tíos de la piscina se les va a poner dura por culpa tuya.

—Venga, no me digas. —Agarré la bolsa de playa y metí mis cosas—. Nos

vemos luego.

Me dio una palmadita juguetona en el culo.

—De acuerdo, Muffin.



PASÉ TODO EL DÍA EN LA PISCINA. HABÍA GENTE DESCANSANDO BAJO LAS cabañas con llamativos cócteles en la mano y algunos niños jugando en la piscina infantil. Me había traído unos cuantos libros para leer, ya que había descuidado la lectura después de abrir la pastelería. Desde entonces no había tenido tiempo para leer o relajarme. Mi vida estaba dedicada a las tartas.

Aunque echaba de menos a Hawke, me sentía a gusto a solas. Pedí la comida al lado de la piscina e incluso me eché una pequeña siesta. No me metí ni una vez en el agua, porque estaba demasiado relajada en la hamaca.

El sol empezó a ponerse y miré la hora. Hawke seguía trabajando y no me podía creer que llevara todo el día en la reunión. ¿Durante cuánto tiempo podía hablar de dinero esa gente? Menos mal que lo tendría para mí sola al día siguiente. Me apetecía de verdad dar una vuelta en esas motos acuáticas.

Dejé el libro porque ya no podía leer. La luz mortecina me hacía daño en los ojos y, si no dejaba de parpadear, me saldrían arrugas antes de tiempo. Justo cuando levanté la vista, vi aproximarse a Hawke, que bajaba por la rampa. Se desvió de la línea de cabañas y enfiló hacia el edificio principal.

Y entonces vi a su cliente.

Era una mujer de más o menos su misma edad, con un bonito cabello rubio que le caía por debajo del pecho. Lo tenía ondulado en las puntas, suave y brillante. Sus facciones eran anormalmente perfectas y sólo pude suponer que se trataba de una modelo o una actriz.

Lo primero que sentí fue celos. Hawke había pasado todo el día con esa mujer de bandera. Yo no me había maquillado y tenía el pelo recogido en un moño.

Me sentí feísima.

Hawke me vio y vino hacia mí con la mujer a su lado. Tenía un aire altivo, como si incluso antes de conocerme supiera que yo no iba a gustarle.

—Hola, Muffin. —Se inclinó y me dio un beso, como siempre—. ¿Te has divertido?

—Sí. Me he pasado el día tumbada al lado de la piscina y bebiendo. Ha

sido como estar en el cielo. —Miré a la mujer y esperé a que me la presentara.

—Francesca, esta es Olivia. —Hawke dio un paso atrás para que pudiéramos estrecharnos la mano—. Casi hemos acabado. Sólo nos falta rematar algunos flecos durante la cena.

¿Iba a seguir trabajando? ¿Con ella?

—De acuerdo. Entonces te veo luego.

Hawke me dio otro beso antes de marcharse.

—Encantada de haberte conocido, Olivia.

La mujer me dirigió una mirada fría.

—Lo mismo digo.



ME SENTÉ EN EL MUELLE DE LA CABAÑA Y ESPERÉ A QUE HAWKE REGRESARA. Los celos me estaban comiendo viva y me lo reproché a mí misma. La semana anterior nos habíamos enzarzado en una pelea a causa de Kyle, y le había dicho que tenía que tranquilizarse.

Ahora debía aplicarme mi propio consejo.

Daba igual lo guapa o lo rica que fuera. Hawke y yo estábamos destinados a estar juntos, y nadie podía separarlo de mí. Me estaba preocupando por nada y sabía que debía afrontar las cosas con realismo.

Después de unos minutos ejercitando mi poder de autoconvicción, los celos desaparecieron. Hawke podía estar con quien quisiera, incluso con supermodelos. Si yo no fuera suficiente para él, me habría dejado hace mucho.

Hawke regresó al bungaló una hora más tarde.

—¿Te has cansado de la piscina?

—Empecé a preguntarme cuántos niños se habrían hecho pis en el agua.

Sonrió ligeramente mientras se quitaba los zapatos y los calcetines. Se sentó a mi lado en el muelle, con los pies colgando dentro del agua. Mantuvo la espalda completamente recta mientras contemplaba el oscuro océano. El sol casi había desaparecido y las estrellas empezaban a brillar. La cálida brisa agitaba su pelo ligeramente.

Podría mirarlo durante toda la eternidad y no cansarme nunca. La lejana luz de las estrellas se reflejaba en sus ojos azules, semejando una galaxia privada que sólo yo podía disfrutar. Sus facciones masculinas le daban cierta apariencia de dureza y resultaban un poco intimidantes, pero debajo de ese

muro de ladrillo había un hombre con un corazón tierno. Me recordaba a mí misma en muchos aspectos.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Bien. Me ha confiado una cantidad muy grande de dinero para invertir.

Sentí curiosidad por saber cuánto dinero utilizaba para sus transacciones, pero no se lo pregunté. Probablemente no le importaría compartir conmigo esa información, pero tal vez a sus clientes sí.

—¿Habías trabajado antes con ella?

—Muchas veces. Su familia es propietaria de Thick Whiskey.

Mierda, era asquerosamente rica.

—Qué suerte.

—Ella no lo valora. Creció con mucho dinero y no conoce el valor real de un dólar.

Sonaba igual que los demás ricos a los que había conocido.

—Por lo menos invierte, en lugar de gastarlo.

—Supongo. —Alzó los ojos hacia las estrellas y movió ligeramente los pies en el agua.

Que hubiera trabajado antes con ella acrecentaba mis peores temores. Era más que probable que se hubiera acostado con ella. Imaginármelo con una mujer tan hermosa me producía náuseas, pero me obligué a dejar de pensar en ello.

Hawke apartó la vista del cielo y me miró.

—¿Has pasado un buen día?

—Vaya pregunta más tonta. —Solté una risa forzada y recé para que sonara sincera—. He estado tumbada a la sombra de una cabaña con gente que atendía mis más nimios deseos. Sí, ha sido un buen día.

Hawke me conocía lo suficiente para ver a través de la careta que me había puesto. Sabía que intentaba ocultar algo y en unos pocos segundos adivinó de qué se trataba.

—Ocurrió unas pocas veces, pero nunca significó nada para ninguno de los dos.

Aparté la mirada llena de vergüenza. Era capaz de ver el dolor en mi cara muy fácilmente, a pesar de que intentara ocultarlo con todas mis fuerzas.

—Quería volver a enrollarse durante este viaje, pero le dije que ya no estaba en el mercado. No le gustó la respuesta, así que le pregunté si podía traerte. Ahora ya sabe que lo digo en serio.

Miré el agua, viendo cómo se oscurecía con cada segundo que pasaba.

—¿Soy como un repelente de insectos?

Se echó a reír por lo bajo.

—Supongo que sí, si lo quieres ver de esa forma.

En realidad, me preocupaba bastante que hubiera tenido que traerme. ¿Eso quería decir que Olivia no se rendiría hasta que consiguiera lo que quería?

Puso su mano sobre la mía.

—Fuiste tú quien me dijo que no tenía nada de qué preocuparme. Lo mismo se aplica para ti.

—No he dicho que estuviera preocupada.

—Muffin, lo veo en tus ojos.

Las mujeres que había habido en su vida antes que yo no importaban. Pero las que vinieron después sí. Para empezar, nunca deberían haber estado con él. Hawke debería haber sido mío estos dos últimos años. Habían tomado algo que no les pertenecía. Juntos o separados, Hawke siempre sería mío.

—Es sólo que a veces me molesta. No me preocupa que te vayas a marchar con otra y, sinceramente, no culpo a las mujeres por desearte. Simplemente me arrepiento del tiempo que perdimos. Ella te tuvo cuando tendrías que haber sido mío. —Lo último que quería era hacerle daño, pero tenía que decir la verdad.

Mantuvo los ojos clavados en mí sin pestañear ni una sola vez.

—Lo comprendo.

Finalmente, le miré a los ojos y vi remordimiento en su rostro.

—Yo siento lo mismo respecto a Kyle. Excepto que fue toda culpa mía.

Lo era, pero no me regodeé en ello.

Me acarició los nudillos con el pulgar.

—Ahora estamos juntos y eso es lo único que importa. Nada nos volverá a separar. Jamás.

Cuando decía cosas bonitas como esa, era imposible seguir enfadada. Me perdí en sus ojos oscuros y me dejé llevar por un sueño. Siempre que estábamos juntos, parecía como si estuviéramos en un lugar completamente distinto, como si viviéramos en un mundo paralelo al que nadie podía seguirnos.

Me quité el vestido y me deslicé en el mar con el bikini. El agua estaba un poco fría, pero me sentó bien sobre la piel caliente. Me desanudé lentamente la parte de arriba del bikini y lo dejé flotando en el agua.

Hawke tenía los ojos fijos en mí. Observaba todos mis movimientos, viendo cómo el bikini se desplazaba por la superficie del agua.

Me quité la parte de abajo y recogí la parte de arriba para colocarlas sobre el muelle. Todavía llevaba el pelo recogido en un moño, así que me lo solté y dejé que me cayera sobre los hombros. Las puntas acariciaron el agua y se empaparon inmediatamente.

Hawke me miró fijamente durante unos minutos, apreciando mi silueta a través del agua. Se fijó en cómo se me endurecían los pezones con el frío. Entonces se desvistió lentamente, tirando a un lado los pantalones y la camisa. Cuando se bajó los bóxers, dejó al descubierto su polla dura, prueba de lo contento que estaba con lo que veía.

Entró en el agua y caminó por ella hasta que estuvo justo delante de mí. El nivel del agua le llegaba a la parte inferior del pecho, pero para mí eso era casi hasta la barbilla.

Hundió sus manos húmedas en mi cabello antes de darme un beso lento, de ese tipo de besos que no tienen intenciones lujuriosas. Fue largo y lleno de amor, disfrutando de mis labios como si fuera la última vez que los iba a sentir. Al principio no usó la lengua. Cuando lo hizo por fin, yo ya estaba retorciéndome en el agua. Daba igual cuántas veces me hiciera el amor, siempre me lanzaba desesperada a por más.

Me agarró por las nalgas y me levantó hasta que tuve las piernas alrededor de su cintura. Sin romper el momento, continuó besándome hasta que sentí la espalda contra el cristal de la pequeña piscina del bungalow.

Sus labios se apartaron de los míos y me miró a los ojos con deseo y amor infinitos, abrasándome como la llama de una vela.

—Tenemos que ser silenciosos.

—Vale. —Le rodeé los hombros con los brazos y apreté las rodillas alrededor de sus caderas, deseándolo dentro de mí.

De nuevo tenía su boca sobre la mía mientras me ladeaba las caderas y me metía la polla. Me penetró lentamente, estirándome de la mejor forma posible. Se fue moviendo hasta que estuvo totalmente dentro de mí. Entonces se quedó quieto mientras me mantenía con la espalda pegada contra el cristal.

—A veces me gustaría quedarme así para siempre. —Me chupó el labio inferior y nos quedamos quietos.

Siempre que lo tenía dentro de mí me convertía en una persona diferente. Era impaciente, apasionada y agresiva. Siempre quería más. No había palabras para expresar lo que sentía por ese hombre. Ya le había dicho antes que lo amaba, pero no era suficiente. Ninguna palabra del diccionario lo era. Nunca había estado con un hombre con el que me sintiera así, como si se me

fuera a agotar el corazón porque se lo había dado todo. No sólo poseía mi corazón, también era el dueño absoluto de mi alma.

Bajé la mano arañándole la espalda, palpando sus prominentes músculos bajo la piel. Deslicé los dedos por su columna hasta que noté la curva pronunciada de su culo. Tenía un trasero precioso. Me encantaba agarrarme a él cuando hacíamos el amor.

—Córrete conmigo.

Apretó su cara contra la mía y empezó a embestirme lentamente, haciendo que el agua chocara contra el cristal formando olas. Normalmente nos besábamos durante el sexo, pero en ese momento sólo nos miramos a los ojos. Siempre me hacía derretirme en pocos minutos, y no sólo porque fuera bueno en la cama. Cuando me abría su corazón de ese modo, cuando me permitía ver a través de sus ojos hasta el interior de su alma, entonces era cuando me tensaba a su alrededor y me sentía estallar.

—Hawke...

Contempló mi rostro iluminándose en pleno éxtasis mientras luchaba por no correrse. Se estaba conteniendo a propósito, porque no quería acabar tan pronto.

—Vamos. —Lo agarré por el culo y lo empujé más dentro de mí, deseando sentir el peso de su semen. Era el único hombre al que le había permitido correrse dentro de mí, porque era el único que se merecía tal honor.

Su cuerpo se tensó en mis brazos y hundió los dedos en mi culo al alcanzar el orgasmo. Mantuvo los ojos fijos en los míos todo el tiempo y, por un breve instante, su mirada pareció buscar el lugar en el que habíamos estado un momento antes.

Se relajó, permaneciendo en mi interior mientras mantenía mi espalda sujeta al cristal.

Deseé quedarme así toda la noche, hasta que saliera el sol al día siguiente. Volví a ponerle los brazos al cuello y lo besé lentamente, disfrutando al sentir el roce de nuestros cuerpos bajo la luz de la luna y las estrellas. Quería permanecer así para siempre, hasta el fin de los tiempos.

Dejar el paraíso y volver a casa no fue tan malo como había creído. Pero sabía que era porque Francesca estaba conmigo. No importaba dónde estuviéramos o lo que hiciéramos. Mientras estuviéramos juntos, yo sería feliz.

Las hojas estaban empezando a tornarse rojas y doradas, y el verdor típico de Central Park había desaparecido. Antes incluso de que llegaran los meses más fríos, parecía claro que iba a ser un invierno del demonio.

—Añoro las Bahamas. —Francesca hizo un puchero mientras cogía un muffin.

—Ya volveremos en otra ocasión. —Me senté a su lado en la mesa de la sala de descanso que había al lado de su despacho. Cuando ninguno de los dos tenía suficiente tiempo para comer, tomábamos algo en la pastelería.

—Me parece increíble que existan lugares tan hermosos. Ya sé que los ves en las revistas y todo eso, pero siempre supuse que los habían modificado con Photoshop.

Yo ya había estado antes y pensaba exactamente lo mismo. Pero, cuando Francesca me acompañó en el último viaje, la sensación fue mágica.

«Cuando vayamos de luna de miel me aseguraré de ir a un lugar realmente hermoso, aunque no creo que vayamos a salir mucho del dormitorio».

—Me alegra que te gustara.

—Tal vez debería dejar mi trabajo y hacerme inversora. Así podríamos viajar por todo el mundo.

—O puedes venirte conmigo a donde vaya. Prefiero eso. —Antes era un lobo solitario que prefería la soledad a la compañía. Pero todo cambió cuando

encontré a Francesca. Era la única persona con la que quería estar, la única con la que quería vivir la vida.

—No quiero coartar tu estilo de vida.

La miré con incredulidad.

—Yo sí quiero que coartes mi estilo de vida. —Partí un pedazo del muffin y me lo comí. Mi fuerza de voluntad había disminuido, y tuve que dar otro mordisco.

Francesca se comió el último pedazo y suspiró como si se arrepintiera.

—¿Tienes planes para Acción de Gracias?

Siempre pasaba la fiesta solo. A veces, alguna de mis habituales estaba en la ciudad por negocios y bebíamos y follábamos todo el día, intentando combatir la soledad y olvidarnos de las personas a las que realmente añorábamos.

—No. —Me sorprendía que Francesca me preguntara eso. Debería haberlo adivinado ella sola.

—¿Quieres venir con nosotros?

Las fiestas eran los días más difíciles del año para mí. Me recordaban lo solo que estaba. Mientras todos pasaban el día perfecto con su familia perfecta, yo me ahogaba en la botella de whisky escocés más grande que pudiera encontrar. Cuando era pequeño, las vacaciones eran lo peor. Mi padre parecía beber incluso más por la presión de estar con la familia, y la tomaba con mi madre y conmigo.

—No hay ningún otro lugar en el que preferiría estar.

—Muy bien. Será un día de Acción de Gracias muy agradable.

—¿Dónde lo vamos a celebrar?

—En casa de Yaya.

La última vez que había visto a Yaya había sido en la boda. Me había sonreído desde el otro extremo de la sala, visiblemente contenta de que Francesca y yo volviéramos a estar juntos. Era una señora muy dulce y siempre había sido muy buena conmigo. Me sentía culpable por haber hecho daño a su nieta.

—¿Dónde vive ahora?

—En un adosado a unas manzanas de aquí.

—No lo sabía. —No habíamos hablado de ello. Estábamos demasiado ocupados el uno con el otro para pensar en nadie más.

—Sí, le gusta mucho. Tiene un pequeño patio trasero para que pueda disfrutar de un jardín. Sé que venir a la ciudad era un gran cambio para ella,

pero fue lo mejor que Axel y yo pudimos hacer.

—¿Elegisteis vosotros la casa?

—Sí. Axel y yo decidimos dividirnos el alquiler, de forma que no suponga una carga demasiado grande para ninguno de los dos.

Tampoco sabía eso.

—¿Axel y tú pagáis el alquiler?

—Por supuesto —respondió—. Yaya no iba a seguir trabajando.

Cuando lo pensé con calma, no me sorprendió. Francesca y Axel eran personas generosas y siempre cuidaban de los suyos. Después de perder a sus padres, su vínculo se hizo más fuerte.

—Es muy considerado por vuestra parte.

—Bueno, es Yaya. Nos crio y nos cuidó. Ahora nosotros hacemos lo mismo por ella.

Aquello me recordaba a mí mismo. Seguía ingresando dinero en la cuenta de mi madre, aunque ella se negara a utilizarlo. Si un día por fin decidía marcharse, tendría suficiente dinero para vivir el resto de su vida.

Francesca vio la tristeza que había en mis ojos.

—¿Has hablado con tu madre últimamente?

—No desde la boda de Axel. —Recordé la llamada telefónica y lo extraña que había sido. Me dijo que se le había caído el teléfono al fregadero, pero ¿qué certeza tenía yo de aquello?

—¿Le va bien? —Francesca siempre pasaba de puntillas sobre este tema, sabiendo lo mucho que me dolía hablar de ello.

—No estoy seguro. Aunque no le fuera bien, tampoco me lo diría. Pero tuvimos una conversación muy extraña.

—¿Qué te dijo? —Tenía toda su atención puesta en mí.

—Me llamó y su voz parecía llena de pánico, como si algo fuera mal. Intenté hablar con ella, pero la línea se cortó. Supuse lo peor, que la estaba golpeando con un hierro o algo así, y estuve a punto de llamar a la policía. Pero volvió a llamarme y me dijo que todo iba bien, que se le había caído el teléfono al fregadero. —Francesca se tocó un mechón de cabello cerca de la oreja, algo que hacía cuando estaba nerviosa—. Hasta el día de hoy todavía no sé si decía la verdad. Y tengo la sensación de que nunca lo sabré.

Francesca acercó su mano a la mía sobre la superficie de la mesa.

—Lo siento. —La sinceridad de su voz me dolió en el alma. Era capaz de sentir con total exactitud lo que yo sentía en cualquier momento. Compartía la carga conmigo, asegurándose de que nunca me quedaba a solas con mi

oscuridad.

—Lo sé.

Me acarició los nudillos con el pulgar. Tenía manos menudas comparadas con las mías, probablemente la mitad de grandes.

—Un día tendremos nuestra propia familia. Seremos los padres que nunca tuvimos y nuestras vidas se colmarán de risas y amor. Cicatrizarán las heridas que los dos hemos sufrido y tendremos algo por lo que vivir, además de nosotros.

Entrelacé mis dedos con los suyos. No estaba preparado para tener hijos en ese momento, pero la idea de que Francesca llevara a mi hijo en su vientre me produjo una fuerte sensación de alegría.

—Tienes razón.



—¿QUÉ TAL LA LUNA DE MIEL?

Axel estaba sentado frente a mí vestido con traje y corbata. Estábamos comiendo juntos en nuestro restaurante chino favorito.

—Tío, ya te lo conté cuando me recogiste en el aeropuerto.

—Bueno, Marie y Francesca estaban allí. —Y no era completamente sincero cuando había alguien más aparte de él y yo.

—Fue maravilloso. No puedo describirlo de ninguna otra forma.

—¿La confesión de tu pequeño secreto no fastidió nada? —Axel se había negado a casarse con Marie hasta que le contó lo que había hecho dos años antes. Yo no lo había creído necesario, pero se había mantenido inflexible en ese asunto.

—No. No hemos hablado de ello. En realidad, creo que a Marie no le importa.

—Yo sabía que no le importaría.

—Aunque me puse muy nervioso la noche de bodas. —Se limpió un sudor inexistente de la frente—. Tantísima presión. Creí que iba a explotar del estrés.

—¿Por qué? No era tu primera vez.

—Lo sé. Pero quería que fuera perfecto para ella. —Sostuvo los palillos chinos y los hundió en el arroz blanco—. ¿No habría sido una cagada si hubiéramos hecho el amor y yo hubiera acabado tras dos embestidas? ¿O si no

hubiera conseguido que se corriese? ¿Y si no hubiera sido lo suficientemente romántico? Se pone toda la presión en el chico, y ninguna en la chica.

—¿Y cómo fue?

—Bien... Creo.

No hice ninguna broma porque sabía que Axel era muy sensible con ese tema.

—Duré lo suficiente y después nos acurrucamos juntos el resto de la noche. Así que creo que no la defraudé. Pero el sexo durante la luna de miel fue mucho mejor. Entonces sí pude relajarme.

—¿Se llevó lencería erótica?

—Toneladas. —Sonrió de oreja a oreja—. Y tenía un aspecto muy seductor. Pero claro, esa mujer está sexy con cualquier cosa.

Me tomé el salteado y comprobé la hora.

—Francesca me ha invitado a pasar Acción de Gracias con vosotros.

—Genial. Marie también viene. Será nuestro primer año como marido y mujer. Mola, ¿a que sí? —dijo, haciendo bailar sus cejas.

Antes sentía celos de la relación de Axel y Marie, pero ya no me importaba. Lo que yo tenía con Francesca no era de este mundo. Era algo que nadie podía entender excepto nosotros. Por fin me sentía completo, sabiendo a qué lugar pertenecía.

—Mucho.

—Yaya hace el mejor... —se detuvo y me señaló con el palillo—. Espera, si ya lo sabes. Ya has probado su comida.

—Sí. Y la echo de menos.

—No será lo mismo que en la cabaña, pero también será muy agradable.

—Seguro que sí. —Me sentía agradecido por tener un lugar al que ir este año. Cuando estaba solo, en lo único que pensaba era en mi familia rota. Se había quebrado a causa del alcoholismo y el mal carácter de mi padre. Me había robado mi vida y nunca podría devolvérmela.

—Pero supongo que mientras estés con Frankie el lugar no importa. —Al principio Axel no había querido que saliera con su hermana, pero luego lo aceptó enseguida. Vernos juntos obviamente le hizo cambiar de opinión sobre todo el asunto.

—Es verdad. —Esa mujer era mi roca.

—Me he enterado de que habéis estado en las Bahamas.

—Pues sí.

—Suenan como si intentarais copiarnos.

Me eché a reír.

—No. Tenía que ir por trabajo y pensé que podía venir conmigo. A Francesca le encantó. Dijo que nunca había visto un lugar tan bonito.

—Es muy fácil complacerla —dijo Axel—. No necesita mucho.

Arqueé una ceja al oír el comentario.

—¿Acabas de hacerle un cumplido a Frankie?

—Eh... no. Sólo era un comentario. —Se metió rápidamente comida en la boca y no me miró a los ojos.

—Voy a contarle lo que has dicho.

—Ja. Como que te iba a creer.

—Sabe que nunca le mentaría. —Supe que lo había pillado.

Palideció ligeramente.

—Mierda.



LLAMÉ A SU PUERTA.

—Pasa.

Entré y dejé la bolsa del supermercado en la encimera.

—Hawke al rescate.

—Muchísimas gracias. —Abrió la bolsa y sacó la harina y el extracto de almendra—. Me has salvado la vida. —Se volvió hacia la encimera de la cocina, donde ya había preparado un cuenco para mezclar.

—¡Eh! Espera un momento. —La agarré por el codo y le di media vuelta para verle la cara—. Creo que merezco algo más que un «gracias».

Me lanzó una mirada asesina, aunque su sonrisa decía lo contrario.

—Somos exigentes, ¿eh?

—Nunca hago nada gratis. —Clavé los ojos en sus labios.

—¿Qué quieres a cambio de tu acto de heroísmo?

—Un beso de la mujer más hermosa del mundo.

En lugar de ablandarse como esperaba, puso los brazos en jarras.

—Bueno, Scarlett Johansson me debe un favor...

La apreté contra mi pecho y bajé la vista hacia el rostro que poblaba todos mis sueños.

—Esa no es la mujer que tenía en mente.

—Bueno, pues no conozco a Blake Lively, así que tendrás que

arreglártelas solo.

—Es un orco comparada contigo.

—¿Qué? —preguntó incrédula—. ¿La has visto?

En realidad, no tenía ni idea de quién era.

—Da igual. Supe que eras la mujer de mis sueños la primera vez que posé los ojos en ti. —Me incliné y la besé dulcemente en el cuello y el hombro. Al sentirme se derritió como la mantequilla. Me encantaba tener ese efecto en ella. Francesca tenía el mismo efecto en mí, se diera cuenta o no. Acerqué mis labios a los suyos y la besé con fuerza en la boca. Disfrutaba con los saltos que daba mi corazón cada vez que nuestros labios se movían al unísono.

Ella se apartó primero, pero tenía una expresión soñadora en los ojos.

—¿Te parece suficiente «gracias»?

—Por ahora. —Le apreté el culo con dulzura y fui hasta donde estaba el cuenco para mezclas—. ¿Qué obra de arte vas a preparar hoy?

—Muffins de almendras.

—Suena bien.

—Quería hacer algo nuevo para Acción de Gracias, así que he pensado que una combinación de almendras y arándanos sería perfecta.

—Bien pensado.

Mezcló a mano todos los ingredientes en el cuenco y después puso en marcha la mezcladora para conseguir una masa perfectamente suave.

Me quedé a su lado mirándola todo el tiempo, disfrutando con el movimiento de sus pechos bajo la camiseta cuando se movía. Tenía el pelo recogido en una coleta, dejando a la vista sus facciones perfectas.

Vertió la masa en los moldes y después lamió el cuenco, como siempre.

—Mmm.

Metí el dedo en la masa y se lo puse delante, deseando que lo chupara de mi piel.

Me agarró por la muñeca y se lo llevó a la boca. Con el aspecto más sexy que había visto en mi vida, envolvió mi dedo con sus labios y chupó la masa.

Mi miembro se desperezó.

Lo lamió hasta que estuvo limpio, y después colocó la bandeja en el horno y puso en marcha el temporizador.

—¿Cuánto falta hasta que estén listos?

—Treinta minutos.

—Perfecto.

—¿Perfecto para qué?

La agarré de la mano y la arrastré al dormitorio.
—Ya lo verás.



AXEL Y YO TERMINAMOS EL PARTIDO DE BALONCESTO Y NOS DIRIGIMOS A UNA tienda de tacos.

—Estoy en muy baja forma. —Axel se sentó con la bandeja de comida—. La boda me ha dejado hecho papilla.

—No pareces distinto.

—Pues claro —respondió—. Pero ya no corro tan rápido como antes. Tengo que volver a ir al gimnasio.

Yo iba todas las mañanas y todas las tardes después de trabajar. Consumía gran parte de mi tiempo y resultaba un poco obsesivo, pero me encantaba la forma en que me miraba Francesca. Se me quedaba mirando como si fuera el tío más atractivo que hubiera visto jamás. Cuando hacíamos el amor, me clavaba las uñas en el pecho de forma posesiva, como si cada centímetro de mi cuerpo fuera de su exclusiva propiedad.

Y lo era.

—Pues vuelve a ir.

—Pero Acción de Gracias es la semana que viene...

—Si quieres dejar de cuidarte ahora que estás casado, es decisión tuya.

—Cierra el pico. —Sólo dio un par de mordiscos a uno de sus tacos—. No he dejado de cuidarme. ¿Estás de broma? Tengo una mujer que está como un tren. Si no me mantengo en forma, alguien podría arrebátarmela.

—Deberías confiar un poco más en Marie.

—Pero es verdad. Puede venir algún guaperas y hacer que caiga rendida a sus pies. Tengo que mantenerme en forma para que no despegue los ojos de mí.

—Se señaló al pecho con el dedo índice—. ¿Por qué te machacas tú como un bestia en el gimnasio todos los días?

«Por un montón de razones».

—Los dos sabemos que es para echar un polvo.

—No solamente por eso. —Desarrollé una gran musculatura en cuanto me hice adulto. Quería convertirme en un contrincante del que mi padre tuviera miedo y lo conseguí. Pero no esperaba que Axel lo entendiera—. ¿Por qué no empiezas a boxear conmigo? Es un buen ejercicio y no es aburrido.

—No lo sé... No quiero estropearme las manos. —Le dediqué una mirada que decía claramente que era patético—. ¿Qué? No quiero tener artritis a los cuarenta.

Sacudí la cabeza, decepcionado.

—Tienes razón. Marie te va a dejar por un hombre de verdad.

Me soltó una patada por debajo de la mesa.

—Déjalo ya.

Aquello le molestaba de verdad, así que lo dejé correr.

Axel terminó la comida y tiró las servilletas sucias a la bandeja.

—Entonces... ¿Crees que le vas a pedir matrimonio pronto?

La pregunta me sorprendió, pero oculté mi reacción.

—¿Te parecería bien si lo hiciera?

Se encogió de hombros.

—Como si te importara.

—En realidad sí. —Esto era mucho más serio que salir con su hermana.

—Siempre y cuando la trates bien, no me importa.

Sabía que le preocupaba bastante más, pero estaba intentando mostrarse tranquilo.

—Entonces, ¿lo vas a hacer?

—Lo he pensado.

—¿Y qué te retiene?

—Nada. —El matrimonio no me asustaba lo más mínimo. Me encantaría que Francesca llevara mi apellido y estuviera a mi lado para siempre. Si no hubiéramos roto unos años antes, probablemente eso ya habría sucedido—. No quiero precipitarme, no hasta que ella esté preparada. Sé que le hice daño de verdad y todavía estoy intentando compensárselo.

—Pues parece que ella ya lo ha superado.

—Sí, yo también lo creo. Pero quiero asegurarme. Lo último que deseo es que piense que se lo pido sólo porque trato de enmendar lo que hice.

—Dudo que eso se le pase por la cabeza.

—Aun así, prefiero esperar un poco. Cuando esté listo para pedírselo, te lo diré.

—Genial. —Apoyó los codos en la mesa—. Me parece una locura pensar que algún día podrías ser mi cuñado.

—Seré tu cuñado. Simplemente no sé cuándo.

Cuando me desperté esa mañana, había una mujer preciosa a mi lado. Sus cabellos castaños se extendían revueltos sobre la almohada como briznas de hierba. Sus ojos desprendían una luz natural propia incluso teniéndolos cerrados. La curva del labio superior era extrañamente similar a un lazo y, cuando su boca se entreabría, reclamaba inexorablemente un beso.

Estaba enroscada alrededor de mi cuerpo como si yo fuera otra almohada de la cama. Mi pecho se había convertido en su lugar favorito para dormir y siempre descansaba la cabeza sobre él para escuchar el latido de mi corazón.

Era el amor de mi vida.

Esa mañana no nos despertamos con la alarma del despertador. El sol se filtraba a través de las ventanas y nos despertó de forma natural, inundando el apartamento de luz y ahuyentando el frío.

Francesca dejó escapar un leve suspiro, como hacía cada mañana justo antes de abrir los ojos.

Me quedé mirándola y esperé al momento que ansiaba presenciar.

Sus párpados se abrieron y la belleza de sus ojos llenos de vida me llegó directamente al corazón. Ver a Francesca por la mañana, descansada y satisfecha de la noche anterior, me proporcionaba una sensación de absoluta plenitud.

La mañana era mi parte favorita el día. Ahora que me despertaba con Francesca a mi lado, todo era diferente. Ya no abría los ojos junto a alguien cuyo nombre ni siquiera recordaba. No había vasos vacíos de alcohol en la mesita de noche. Y tampoco había condones usados tirados por el suelo. Toda

esa tristeza había sido reemplazada por la luz que Francesca traía consigo.

Me miró lentamente, empezando a distinguir el sueño de la realidad. Sus ojos se detuvieron en mi cara y en mi boca, reconociéndolas de la noche anterior. Movi6 lentamente la mano hacia mi pecho antes de besarme justo en el punto en el que se unían mis pectorales.

—Grizzly.

—Muffin. —Deslicé la mano por sus mechones de pelo enmarañado.

—Feliz Acción de Gracias. —Su voz era áspera, como acostumbraba a ser por la mañana.

—Feliz Acción de Gracias.

Se volvió a acurrucar en mi pecho y cerró los ojos.

—¿Qué hora es?

Miré el reloj de la mesita de noche.

—Las ocho.

—Bien. —Dejó escapar un suspiro alegre—. Disponemos de ocho horas hasta que tengamos que estar allí.

Solté una risa baja y la besé en el nacimiento del cabello.

—Entonces volvamos a dormir.



SACÓ LA TARTA DE NUECES PECANAS DEL HORNO Y LA DEJÓ EN LA ENCIMERA para que se enfriara.

—Mmm, huele bien.

Me incliné sobre la tarta y aspiré.

—Es verdad.

Cogió un tenedor y miró la tarta, deseando desesperadamente probar un trocito.

La observé y esperé, porque sabía que su deseo nunca superaba su necesidad de perfección.

Suspiró y dejó el tenedor.

—Esperaré hasta la cena.

Sonreí para mis adentros.

—¿Algo más que debemos llevar?

—No, ya lo tenemos todo. Y Yaya se ocupará de lo demás. Se desvive por este tipo de fiestas.

Ya estaba vestido y preparado para irnos, pero Francesca iba un poco retrasada porque se había pasado la tarde haciendo pasteles.

—Deja que termine de maquillarme y arreglarme el pelo.

Normalmente no llevaba maquillaje, y eso me gustaba. Era preciosa sin colorete, lápiz de ojos o máscara de pestañas. Tenía una belleza natural y una piel de porcelana perfecta, aunque en el trabajo siempre anduviera con la cara cubierta de sudor y harina. Y el resto de su rostro era perfecto en sí mismo. No necesitaba ningún cambio.

—¿Por qué te maquillas?

—Es una ocasión especial.

—Estás preciosa sin maquillaje.

—Simplemente me apetece arreglarme un poco.

No puse más objeciones.

Se quitó el delantal y miró la tarta.

—¿Puedo confiar en dejarte solo? —Eché un vistazo a la tarta y después a ella. Me encogí de hombros—. Sé fuerte —me dijo.

Nunca me había gustado demasiado el dulce. Pero eso cambió cuando Francesca entró en mi vida con sus muffins y sus deliciosas galletas. Ahora había dulces por todas partes y no tenía escapatoria.

—Lo intentaré.

Dio media vuelta y se dirigió al cuarto de baño, balanceando el trasero todo el tiempo mientras caminaba.

Me apoyé en la encimera y la miré irse, disfrutando del movimiento de sus caderas y la curva de su espalda. Era un diamante en bruto y ni siquiera lo sabía. Tal vez por eso estaba tan obsesionado con ella.

Por eso todo el mundo estaba tan obsesionado con ella.



—¡FELIZ ACCIÓN DE GRACIAS! —AXEL ABRIÓ LA PUERTA.

Francesca iba delante de mí llevando las dos tartas.

Yo iba detrás, acompasando mis caderas al movimiento de su culo respingón.

—Feliz Acción de Gracias. —Francesca sujetó las tartas con una mano para poder abrazarlo.

Sin embargo, Axel pasó a su lado y me abrazó a mí.

—Llegáis justo a tiempo.

Le di unas palmaditas en la espalda e intenté no reírme por la manera tan fría en que había ignorado a su hermana.

—¡Eh! —Francesca le dedicó una mirada asesina—. Es Acción de Gracias. Tienes que ser amable conmigo.

Axel hizo un gesto simulando hablar con las manos y puso los ojos en blanco.

Francesca le dio una patada en la espinilla.

—Gilipollas.

Axel se encogió y se frotó la zona dolorida, maldiciendo para sí.

—Pues ahora seguro que no te voy a dar un abrazo.

—Bien. —Entró en la casa levantando la barbilla—. De todas formas, paso.

—Pues tú te lo pierdes —replicó Axel—. Mis abrazos son fantásticos. ¿A que sí, Hawke?

Me encogí de hombros.

—Los he recibido mejores.

—Ya, no me digas. —Entró a la pata coja en la casa.

Marie salió de la cocina y vio a Axel cojeando.

—¿Qué ha pasado?

—Tu mejor amiga me ha dado una patada. —Le lanzó a Francesca una mirada malévola.

—¿Por qué? —Marie se giró inmediatamente hacia ella.

—Se está portando como un gilipollas. —Le pasó las tartas a Marie.

Marie aceptó la explicación sin hacer más preguntas.

—Vamos a ponerlas en la cocina. ¿Acabas de hacerlas?

—Sí. —Francesca se alejó con Marie por el pasillo.

Axel se enderezó, ahogando un gesto de dolor.

—Mi esposa debería defenderme.

—¿Por qué? Estabas portándote como un imbécil.

—Mierda. No lo hagas tú también.

Entramos en la cocina, donde Yaya se afanaba con incontables cazuelas al fuego y en los dos hornos.

—Ya ha llegado todo el mundo. ¡Feliz Acción de Gracias!

—Feliz Acción de Gracias, Yaya. —Francesca la abrazó y luego miró su delantal—. Qué mono.

—Gracias —respondió Yaya—. Me lo ha regalado Marie.

—¿Dónde está el mío? —preguntó Francesca, volviéndose hacia Marie.

—Tú no eres mi abuela —replicó Marie—. ¿Por qué iba a regalarte uno?

—Porque trabajo en una pastelería.

—Eso es como decir que debería darle dinero a Axel porque trabaja con dinero —contraatacó Marie.

Axel le rodeó la cintura con el brazo.

—Lo que es mío es tuyo, así que puedes quedártelo.

Yaya se volvió hacia mí y, en lugar de parecer molesta porque me hubiera presentado allí o dejar traslucir desconfianza en los ojos, me dedicó la más cálida de las sonrisas.

—Estoy contentísima de verte, Hawke. —Me dio un abrazo que transmitía más amor que el que había recibido nunca de mis padres.

—Yo también me alegro de verte, Yaya. Gracias por invitarme.

—Tonterías. Tu sitio está aquí.

Esas palabras me impactaron de forma extraña. Nunca había sentido que perteneciera a algún lugar, no hasta que conocí a Francesca. La verdad de aquella afirmación resonó en mis oídos y me llegó al corazón.

—Gracias.

—Espero que tengáis hambre. He preparado demasiada comida.

—Me lo comeré todo. No te preocupes.

Se rio y después me dio unas palmaditas en el estómago.

—Todo debería estar listo en unos minutos.

—¿Necesitas ayuda?

—Lo tengo todo bajo control. Pero gracias, cariño.



AXEL SE TUMBÓ EN EL SUELO DE LA SALA DE ESTAR CON LAS MANOS EN EL estómago.

—Tío, no volveré a comer jamás. Estoy que reviento.

Marie hizo un gesto de fastidio al ver a su marido tumbado en la alfombra como un chiquillo.

—Cariño, levántate.

Él se quedó quieto.

—No puedo... moverme.

Nada de lo que los nietos de Yaya hicieran conseguía hacerle perder la

sonrisa.

—¿Tenéis pensado tener niños pronto?

—Dios, no. —Marie comprendió que lo había soltado demasiado impulsivamente, así que dio marcha atrás—. Quiero decir que ya tengo un bebé. —Dirigió los ojos a Axel, que seguía en el suelo.

Francesca se echó a reír.

—Marie tiene razón.

—No soy un bebé —le rebatió Axel—. Un bebé no puede ser sexy.

—Y tú tampoco lo eres —replicó Francesca.

—Ja. —Axel se puso las manos detrás de la cabeza—. Pregúntaselo a Marie.

Marie respondió inmediatamente.

—Ahora mismo no estás nada sexy.

—Qué más da. —Axel se quedó mirando al techo mientras se le cerraban los ojos—. Seguro que dices otra cosa cuando llegemos a casa.

Francesca me miró y puso los ojos en blanco.

Cuando hacía eso era muy tierno, así que me incliné y le di un beso rápido.

Aquello borró el gesto de su rostro al instante. Un brillo apareció en sus ojos, el mismo brillo que veía cuando hacíamos el amor.

Moví la mano hacia su muslo y le di un pellizco suave. Aunque me encantaba estar con su familia, siempre prefería estar a solas con ella. Incluso cuando no hacíamos el amor y nos quedábamos tranquilamente tumbados en la cama, me sentía en paz.

Axel se sentó con el pelo levantado en la parte de atrás después de haber estado tumbado en la alfombra.

—Vale, ¿qué hay de postre?

Marie sacudió la cabeza.

—Acabas de decir que estabas lleno.

—Lo estoy —replicó Axel—. Es sólo que necesito algo dulce, ¿sabes?

Marie lo miró exasperada, pero todavía seguía allí esa mirada de amor.

Francesca se levantó del sofá y mi mano regresó a mi muslo.

—He traído tarta de calabaza y de pecanas. ¿De cuál queréis?

La mano de Axel se alzó como un resorte.

—¡De las dos!

Marie cruzó las piernas y se ajustó la falda.

—Yo ninguna, gracias.

—¿Qué? —Axel se giró hacia ella—. ¿Estás loca?

—Ahora no tengo hambre. —Marie tenía obsesión por su figura. Sólo comía lo mínimo y hacía ejercicio como si fuera corredora olímpica, o al menos eso era lo que me contaba Axel.

Axel le lanzó una mirada irritada antes de volverse hacia Francesca.

—Tráele una porción de la de nueces pecanas y helado de vainilla.

—Axel. —Marie lo amenazó sólo con la voz.

—Nena, estás buenísima. —Axel lo dijo con absoluta seriedad, como si no estuviera apaciguándola para conseguir que cooperase—. Haces que las demás chicas parezcan una mierda... excepto Yaya —afirmó. Al oírlo, Francesca se llevó una mano a la cadera y le lanzó una mirada asesina—. Te vas a tomar un trozo porque es Acción de Gracias —continuó Axel, y se volvió a Francesca chasqueando los dedos—. Tú, ve a buscar la tarta.

Yo no tenía hermanos, así que no sabía si esa relación era normal, pero me daba la sensación de que no.

Francesca le golpeó en el brazo cuando pasó a su lado.

—Ahora mismo voy.

Axel se dio la vuelta y gruñó.

—Puaj.

Yaya se acercó más a mí y me tomó la mano.

—Estoy muy contenta de que estés aquí, Hawke.

Siempre me hacía sentir bienvenido con unas palabras sencillas y una sonrisa.

—Yo también. —Tenía un collar de perlas inmaculadas alrededor del cuello y llevaba una chaqueta de estampado de leopardo.

—¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—Bien. Tuve una reunión de negocios hace unas semanas y me llevé a Francesca.

—Me lo ha contado. Me dijo que era el lugar más hermoso que había visto.

Sonreí al recordarlo, y estaba encantado de haber hecho algo que hiciera feliz a Francesca.

—Lo pasamos muy bien.

—Estoy muy contenta de que hayáis encontrado la forma de estar juntos. Francesca se había tomado la ruptura muy mal, pero, después de superarlo, se volvió más fuerte. Se esforzó en seguir adelante e hizo todo lo que se suponía que debía hacer, pero no era feliz de verdad. Lo veía en sus ojos.

Sabía que no me lo decía para que me sintiera mal. Tenía buena intención.

—Yo también era desgraciado.

—Ahora que os tenéis el uno al otro, no la dejes escapar. La vida tiene mucho más sentido cuando tienes a alguien especial con quien compartirla.

Lo supe en el momento en que me enamoré de Francesca. De repente, el mundo era un lugar hermoso. Había muchísimas cosas que quería hacer y vivir con ella. El mero sonido de los pájaros o sentir las gotas de lluvia ya eran una experiencia memorable.

—Sé lo que quieres decir.

FRANCESCA

Estaba mezclando los ingredientes para el glaseado de la crema cuando entró Laura.
—Yaya está aquí.

—Ah, ¿sí? Gracias. —Dejé la espátula sobre un papel de cocina y cubrí el cuenco para que no entrara en contacto con toda la harina que había en el aire. Me dirigí a la parte delantera y, cuanto más me acercaba, más bullicio se oía. Las voces resonaban en la pastelería y la caja registradora sonaba continuamente.

Yaya estaba sentada en una mesa de la esquina, con medio sándwich y media ensalada delante de ella. Ví que no tenía postre, así que cogí unas galletas antes de sentarme con ella.

—Hola, Yaya.

—Hola, cariño. —Sus ojos se iluminaron como siempre que me veía—. ¿Un buen día en el trabajo?

—Por supuesto. —Me incliné sobre la mesa para que pudiéramos oírnos mejor. Siempre había muchísimo ruido—. Tengo que invertir en unos auriculares.

Yaya soltó una risita.

—¿También hay mucho ruido en la trastienda?

—En realidad, no. Por suerte.

Se comió el sándwich y dio un mordisco al pepinillo.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—Estoy haciendo una tarta de boda para los ganadores de un campeonato de bolos. La tarta tiene unos bolos en la parte superior al lado de la bola. Es

muy bonita.

—¡Vaya! Qué chula.

—Sólo me falta pensar de qué voy a hacer la bola. Usaría azúcar, pero me temo que es demasiado grande y se podría romper.

—Ya se te ocurrirá algo, cariño. Eres muy lista.

Sonreí.

—Gracias, Yaya. —Era mi animadora personal.

—Parece que las cosas te van bien con Hawke. —Pasó a la ensalada.

—Sí. —Dejé escapar un suspiro desde lo más hondo y me sentí ligera como una pluma—. Es perfecto.

Yaya sonrió al percibir la felicidad en mi voz.

—Es un buen hombre.

—Lo es. —Aunque a veces ni él mismo lo creyera.

—Y muy guapo.

Me eché a reír.

—Eso también.

—Te adora. Lo veo cada vez que te mira.

A veces, cuando no lo estaba mirando, notaba sus ojos fijos en mí. Y había veces en las que no hablábamos y manteníamos una conversación sólo con los ojos. Conocía sus pensamientos con una sola mirada. Ahora sabía que había otras personas que también lo habían notado.

—Da igual el éxito que tenga, el tipo de familia del que proceda o lo que pueda ofrecerte. Lo más importante es el amor. Y te quiere, cariño.

—Lo sé. —No le había contado a Yaya por qué habíamos seguido caminos separados. La única vez que lo preguntó no contesté. Por suerte, no guardó rencor a Hawke después de haberse marchado. Lo aceptó con los brazos abiertos, del mismo modo que aceptaba a todo el mundo.

—Algún día os casaréis. Lo presiento.

—Lo sé. —Jamás habría nadie más con quién quisiera estar. Kyle era un buen amigo y habría sido una pareja excelente, pero con Hawke era distinto. Era algo auténtico y poderoso.

Eché un vistazo al reloj de la pared y me di cuenta de que el glaseado llevaba demasiado tiempo en reposo.

—Lo siento, Yaya. Tengo que irme.

—No pasa nada, cariño. Sé que tienes que trabajar.

—Te veo luego. —Le di un beso y regresé al mostrador.

—Frankie. —Un hombre mayor con chaqueta beis y gorra de béisbol me

agarró por el brazo. Sostenía una taza de café caliente en la otra mano.

Era un cliente habitual. Reconocí su cara.

—Buenos días, caballero. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Esa mujer con la que estabas hablando... —Hizo un gesto con la cabeza hacia la parte trasera donde estaba sentada Yaya—. ¿Es tu abuela?

—Sí. ¿Por qué?

—Bueno... ¿Hay también un abuelo? —sonrió con esperanza.

—En realidad, no. Y es una mujer muy agradable.

—Ah... Entonces creo que voy a invitarla a un café.

Sonreí.

—Buena suerte. Espero que no falle.

—Cuando era joven tenía fama de seductor. Conocí a muchas mujeres en el ejército.

—¿Es usted veterano de guerra?

—De la Segunda Guerra Mundial.

—Gracias por sus servicios. —Lo agarré por el hombro y se lo apreté afectuosamente—. Ahora vaya y conquístela.

Me saludó tocando ligeramente su gorra.

No necesitó que se lo dijeran dos veces. Se acercó lentamente a la mesa donde estaba sentada Yaya y yo me quedé mirando desde mi sitio cerca del mostrador. Se detuvo a su lado e inició una conversación. Después de unos minutos, Yaya se rio por algo que dijo él.

Supe que Yaya había hecho un nuevo amigo.



ACABABA DE SALIR DE TRABAJAR E INMEDIATAMENTE DESEÉ VER AL HOMBRE DE mis sueños.

Quiero a mi grizzly.

Quiero a mi muffin.

¿Entonces puedo acercarme?

Siempre.

Vale, me voy a dar una ducha antes de salir.

Estoy a punto de ir al gimnasio. Me paso dentro de una hora.

Sabía que corría por las mañanas y boxeaba por las tardes.

¿Dónde entrenas?

En un club de boxeo.

¿Puedo mirar?

Claro. Pero las cosas pueden ponerse violentas.

Ya sabes que la violencia no me molesta.

El sitio se llama Brawl. Hasta luego.

Vale.

No me importaba nada ver a Hawke sudoroso y acalorado. Me sonaba a porno gratis.



LO ÚNICO QUE HAWKE LLEVABA ENCIMA ERAN SUS PANTALONES CORTOS DE correr. Los incontables músculos de su espalda y su torso eran como un chaleco antibalas. Cada vez que se movía, sus músculos se estiraban y encogían, mostrando su fuerza y su potencia. Su columna estaba enmarcada y protegida entre los músculos de ambos lados de la espalda. El grosor de sus brazos aterrorizaría a cualquier contrincante y, cuando las venas se le hinchaban por la adrenalina, se convertía en una bestia.

Un entrenador con casco de protección sujetaba dos *paos* de boxeo del tamaño de una almohada para que Hawke los golpeará. Cuando el entrenador dio la señal con su silbato, Hawke cargó contra ellos.

Concentró todo su cuerpo en ese instante, lanzando potentes puñetazos que empujaban hacia atrás al entrenador. Golpe tras golpe, el sonido de la colchoneta retumbaba por todo el gimnasio. Había otros boxeadores en el extremo opuesto del ring viendo cómo se movía Hawke.

Bailaba sobre los pies y nunca se quedaba en un lugar demasiado tiempo. Todos los músculos de su cuerpo se contraían, se tensaban y sobresalían por la acumulación de sangre. En su nuca se estaban empezando a formar gotas de sudor que resbalaban por los surcos que formaban sus músculos prominentes.

No perdió la concentración ni un segundo, poniendo en ello todo su esfuerzo. Empujaba al entrenador con sus poderosos puños y alternaba las manos sin usar nunca la misma dos veces seguidas. Unas veces usaba su gancho de derecha y otras subía el codo, haciendo que el entrenador perdiera el equilibrio.

Este no parecía tomarse a mal la agresión. De hecho, ni siquiera parecía sorprendido.

Hawke volvió a golpear como si fuera cuestión de vida o muerte. La furia que mostraba su rostro era inconfundible. Quería matar a alguien. A quien fuera.

Uno de los que estaban en el ring hablaba con su amigo.

—Joder, ¿por qué está tan cabreado?

El otro tipo se encogió de hombros.

—¿Por todo?

Yo sabía exactamente por qué lo estaba. Llevaba en su interior una aflicción infinita y esa era la única forma de liberarla. La ira se acumulaba dentro de Hawke hasta que estaba a punto de estallar. Necesitaba el boxeo para conservar la cordura.

Hawke no parecía cansarse, aunque ya habían transcurrido diez minutos. Tenía todo el cuerpo bañado en sudor, empapado como si acabara de estar bajo la lluvia. A pesar del esfuerzo, daba la sensación de que podría seguir indefinidamente.

—Suficiente. —El entrenador bajó las manos y se quitó los guantes—. Buen trabajo, Hawke. Deberías considerar la posibilidad de boxear profesionalmente.

Hawke estaba sin aliento. Se quitó los guantes lentamente y los arrojó al suelo.

—No. Mataría a alguien.

El entrenador se rio como si fuese un chiste.

Pero no lo era.

Hawke trepó por las cuerdas y saltó al suelo. Se secó el sudor de la frente con el dorso del antebrazo. No me miró a los ojos directamente, porque sabía exactamente lo que pensaba y sentía yo.

Me crucé de brazos, comprendiendo la clase de dolor por la que estaba pasando. Nada había cambiado desde la última vez que tomamos caminos separados. Todavía sufría, incapaz de controlar y encauzar su rabia. Lo seguían atormentando los mismos demonios.

Se masajeó las muñecas antes de levantar la vista hacia mí, preparado para ver la desaprobación en mi rostro.

Le devolví la mirada sin dejar traslucir nada.

Se acercó a mí lentamente, frotándose los nudillos doloridos. Como si esperara que lo llamase monstruo, me miró y se preparó para la reprimenda.

Extendí mis manos hacia las suyas y le masajee lentamente los músculos para aliviar el dolor. Froté primero una y luego otra, sintiendo la tensión de

cada tendón. Tenía las manos mucho más grandes que las mías y me parecían pesadas cuando las sostenía.

Acerqué sus manos a mis labios y le besé los nudillos uno a uno, apreciando el valor del hombre al que amaba. Daba igual lo furioso que estuviera. Daba igual lo torturado que se hubiera sentido. Seguía siendo la misma persona para mí.

—Has estado genial.

Se quedó mirándome sin pestañear.

Me acerqué a su pecho y besé la piel que cubría su corazón, saboreando el sudor en mis labios.

Cuando me sintió, respiró profundamente, como si se sintiera aliviado de que no pensara mal de él.

—Vamos a casa.



HAWKE SE DIRIGIÓ AL BAÑO DE INMEDIATO Y COMENZÓ A DUCHARSE.

—Entra conmigo.

—¿Quieres que me duche contigo? —Me olí las axilas—. ¿Apesto?

No estaba de humor para bromas. Agarró mi blusa con las manos, y me la sacó por la cabeza. Después me desabrochó el sujetador con facilidad. Examinó mi cuerpo atentamente, fijándose en mis pequeños pechos y mis hombros menudos.

Cuando me miraba de esa forma, era incapaz de pensar en nada que no fuera él. Me derretía a sus pies, anhelando que me tocara.

Me quitó los vaqueros y las bragas antes de desvestirse él. Tenía la polla dura, como siempre que me miraba, pero no parecía que estuviera de humor para el sexo.

Nos metimos bajo el agua caliente y dejamos que resbalara por nuestros cuerpos. El pelo se me empapó y se me pegó a la nuca y a los hombros. Me quedé mirando su pecho y contemplé el agua al caer entre los surcos de sus músculos.

Cogió un poco de gel y me masajé la piel, frotándome primero las caderas y luego los hombros. Sus ojos no se despegaban de los míos, observando cada una de mis reacciones.

—No soy distinto en nada.

Sabía a qué se refería y no tenía nada que ver con la ducha.

—No. Sí que lo eres.

Deslizó las manos por mi pecho hasta llegar a mi estómago.

—Siempre estaré así, jodido por dentro.

—No estás jodido por dentro, Hawke. Sólo estás enfadado. Le pasa a mucha gente.

—Quiero herir a alguien. —Tragó el nudo que se le había formado en la garganta—. Boxeo porque quiero hacer daño a alguien.

—Pero no a mí.

Respiró profundamente al oír mis palabras.

—No, a ti nunca.

Deslicé las manos por sus brazos, notando los músculos que había debajo.

—Sólo hay una persona a la que quieras hacer daño, y no es inocente. No pasa nada por sentirse así. No pienso mal de ti.

—¿No piensas mal de mí cuando me vuelvo loco?

—Nunca. —Lo besé en el pecho.

—Él estaba allí cuando mi madre ingresó en el hospital. —Lo había mencionado la noche que me dejó, pero nunca me contó los detalles. Había sido la última conversación que habíamos mantenido antes de que se marchara—. Algo dentro de mí se rompió. Ataqué y golpeé a ese hijo de puta allí mismo, en el hospital. Fueron necesarios cinco guardias de seguridad para separarme de él y, cuando lo consiguieron, estaba completamente ensangrentado. Incluso ahora sigo deseando haber tenido un poco más de tiempo. Podría haberle partido el cuello y haber acabado con su vida en ese momento y en ese lugar.

Sabía que pensaba cada palabra que decía, pero eso no me asustaba. No intentaba vengarse de lo que le había ocurrido a él. Estaba protegiendo a su madre, a una persona débil e indefensa.

—¿Por qué no se marcha? —Sus ojos miraban por encima de mí como si hablara consigo mismo en lugar de hacerlo conmigo—. Tiene suficiente dinero. Incluso podría vivir conmigo si quisiera. Si hay alguien a quien él tiene miedo, es a mí.

—No está en tu mano. No te mortifiques por eso.

—Ya no me llama cuando tiene problemas. Pero me sigue preocupando que vaya a suceder algo malo... y no estaré allí para detenerlo.

Entendía su necesidad de proteger a su madre, pero no podía dejar de vivir su vida por su causa.

—No puedes ayudar a una persona cuando ella no quiere. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero tienes que dejarlo correr.

—No es tan sencillo.

—Lo sé.

—Espero que se muera. —Había una convicción inconfundible en su voz. No lo decía sólo porque estuviera enfadado. Sentía cada una de las palabras que había pronunciado—. Espero que se caiga y se parta el cráneo.

Yo deseé lo mismo.

—No olvides dónde estás. Estás aquí... conmigo. —Le tomé las mejillas con ambas manos y lo miré a los ojos—. Cuando estamos sólo tú y yo, nadie puede tocarnos. Nadie puede arrebatarnos la felicidad.

Regresó a mí lentamente y sus ojos volvieron a la vida. Aflojó las manos que aprisionaban mi cintura y su respiración recuperó la normalidad. La furia abandonaba poco a poco su cuerpo, dejando que aflorara el hombre tranquilo que había debajo.

Cuando la sombra desapareció de sus ojos, lo besé.

—Ese es mi grizzly.

Sus labios se abrieron con una leve sonrisa antes de besarme de nuevo.

—Tú siempre me devuelves a la luz. —Deslizó las manos por mi espalda, sintiendo los pequeños músculos bajo mi piel.

—Y siempre lo haré.



HAWKE SE APOYÓ CONTRA EL CABECERO MIENTRAS ME SENTABA A HORCAJADAS sobre sus caderas. Observó todos mis movimientos mientras su pecho se ensanchaba con respiración entrecortada.

Me senté en su regazo y sentí su miembro erecto bajo mi cuerpo. Frotaba contra su pene la humedad que surgía entre mis piernas mientras yo me movía para extenderla por toda su polla.

Un suave gemido escapó de sus labios y extendió las manos hacia mis caderas.

—Sin tocar. —Lo agarré por las muñecas y le volví a colocar las manos sobre la cama.

Entornó los ojos, molesto.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Cerró los puños.

Recorrí su cuerpo con la punta de los dedos, desde el estómago hasta el pecho. Cuando llegué a los hombros, los masajeeé, sintiendo los músculos poderosos que me protegerían de cualquier cosa. Balanceé lentamente las caderas, frotándome contra su verga palpitante.

Le gustaba y lo odiaba al mismo tiempo.

Rodeé su cuello con mis brazos y apoyé mi pecho en el suyo. Cada vez que me movía, mis tetas se balanceaban y mis pezones rozaban su cálida piel. Apoyé la frente en su cabeza y miré sus labios, entreabiertos por el deseo.

Oí cómo le chasqueaban los nudillos debido a la fuerza con la que apretaba los puños.

Le di un beso lánguido, saboreándolo como tantas otras veces. Nuestras bocas se movieron lentamente, sin apresurarse. Aunque estaba encantada con nuestra relación física, los besos eran lo que más me gustaba. Me complacían enormemente.

—Muffin... —Había una desesperación muda en su voz.

—Sin tocar.

Dejó escapar un gruñido.

Me metí la punta y sentí que el grosor de su polla ensanchaba mi interior. Palpitaba ligeramente al penetrar en mi humedad. Lanzó un gemido mientras su miembro seguía hundiéndose dentro de mí. Lentamente, me deslicé hacia abajo hasta que lo tuve completamente dentro.

Hawke respiró profundamente, como si fuera la mejor sensación que hubiera experimentado jamás. Siempre parecía la primera vez, como si nunca estuviéramos preparados para lo bien que nos sentíamos juntos.

Dejé que se asentara en mi interior durante unos segundos antes de empezar a montarlo lentamente, sin despegar mi mirada de la suya. Me agarré a sus hombros para mantener el equilibrio mientras me movía arriba y abajo sobre él. Tenía el tamaño perfecto, lo suficientemente grande para llevarme hasta el límite, pero no demasiado como para hacerme daño.

Hawke deslizó las manos hasta mi culo y lo agarró con fuerza.

—Sin tocar.

Suspiró y las retiró.

Yo subía y bajaba, disfrutando cada centímetro de su miembro mientras me penetraba. Cuando su glande me abría los labios, la sensación era lo más erótico que había sentido jamás. Mis tetas bailaban al ritmo de cada embestida

y Hawke tenía los ojos clavados en ellas.

—Eres tan preciosa que a veces duele. —Le clavé las uñas en el pecho mientras me movía—. No tan rápido. —Hice presión contra su polla con suavidad, haciendo que me penetrara con lentitud contenida—. Así. —Se puso las manos en la nuca y me contempló.

Verlo disfrutar de mí hacía que todo mi cuerpo ardiera. Ahora deseaba que me tocara, que me agarrara con fuerza y no me soltara nunca.

—Muffin, déjame tocarte. —Mantuvo las manos detrás de la cabeza mientras me observaba cabalgar sobre su polla.

Me acoplé a sus caderas, sintiendo el roce de su pelvis en el clítoris. Ya estaba casi en el clímax, a punto de derramarme alrededor de su miembro.

Sin esperar a que le diera permiso, me agarró por el culo y empezó a balancearse conmigo. Apoyó los dedos entre mis nalgas, deslizándose hacia la parte de atrás de mi coño. Sus labios encontraron los míos y me besó con fuerza en la boca, hundiendo la mano que tenía libre en mi cabello.

—Juntos.

Yo ya estaba ahí, a unos segundos de explotar.

—Voy a correrme.

Me movió con más fuerza mientras seguía besándome. Su cuerpo se tensó bajo el mío y su respiración se volvió caótica.

Le clavé las uñas con fuerza en el pecho cuando sentí los espasmos que me atravesaban el cuerpo. La sensación era maravillosa. Unos gemidos escaparon de mis labios y mis ojos se tornaron vidriosos. Lo miré a la cara y vi que alcanzaba el mismo éxtasis que yo y se sumergía en un torbellino de sensaciones. Nos corrimos juntos y prolongamos el orgasmo hasta que se disipó lentamente.

Me quedé encima de él porque me encantaba sentirlo dentro de mí, aunque la erección ya estaba bajando. Notaba el peso de su esperma y aquello por sí solo ya me excitaba. Hawke se me quedó mirando, intentando recuperar el aliento.

Siempre que estábamos juntos de esta forma, era como si nadie más existiera. Éramos él y yo contra el mundo.

—Gracias por darme esto. —Apoyó su frente sobre la mía mientras sus manos me agarraban por la cintura.

Sabía a qué se refería.

—Por darte a mí.

Se suponía que debía estar leyendo los informes financieros que acababan de llegar, pero, en lugar de eso, le daba vueltas a un bolígrafo entre los dedos mientras pensaba en algo completamente distinto. Ahora tenía que hacer un esfuerzo para concentrarme en el trabajo, porque había algo mucho más importante en mi vida.

Nunca había sido tan feliz.

De alguna forma esta vez era mejor que la anterior. Nuestros corazones se conectaron y regresaron exactamente a donde habían estado antes. Francesca era la única persona con la que podía ser yo mismo por completo. Podía decir cualquier cosa y ella lo entendía, nunca se lo tomaba de forma equivocada como habrían hecho otras.

Todos los días mi realidad era como un sueño. Mucha gente encontraba el amor a diario, pero la mayoría no poseía lo que yo atesoraba. No tenían a la persona con la que compartían la otra mitad de su alma. Carecían de esa persona especial que el universo había creado específicamente para ellos.

Sólo yo.

Unos años antes, habría dicho que el destino y las almas gemelas eran lo más estúpido del mundo. Era un invento cursi de las tías para que hubiera algo de romanticismo en sus vidas. Pero, cuando Francesca entró en mi vida, ya no pude negar la realidad. Las pruebas estaban delante de mis narices y llegó el día en que ya no pude ignorarlas.

Era la verdad.

Tim, uno de los inversores de mi oficina, apareció por la puerta.

—Esta noche nos vamos a un club de *striptease*. ¿Te apuntas?

Manténia una buena relación con mis empleados. Como sus salarios se basaban en cuánto quisieran trabajar, no podían culpar a nadie excepto a sí mismos si la cantidad que aparecía en sus cheques les parecía insuficiente. Gracias a eso, me veían como a un amigo, no como a su jefe.

—No, gracias. Que lo paséis bien. —El club de *striptease* era una de mis paradas habituales cuando salía con los chicos. Era una de esas experiencias que te hacían sentir como una mierda, pero, por alguna razón, no podías dejar de ir. Ahora ya no me interesaba lo más mínimo. Daba la casualidad que la única mujer a la que deseaba ver desnudarse hasta quedarse en bragas era la mujer con la que compartía cama cada noche—. Tal vez la próxima vez.

Tal vez nunca.

—Claro.

Salió de mi oficina y me abandoné a mis ensoñaciones con «la chica de los muffins».



FRANCESCA ME LLAMÓ DESPUÉS DEL TRABAJO.

—Quiero verte.

—Entonces ven. —Siempre esperaba a que la invitara y nunca aparecía sin avisar. No entendía por qué. Yo quería que entrara y saliera cuando quisiera. No había ningún motivo para que me avisara cuando iba a venir. No hacía nada que no debiera hacer.

—Vale. Estaré allí dentro de poco.

Después de colgar, busqué la llave de repuesto y la coloqué en el suelo delante de la puerta. Diez minutos después, oí sus pasos fuera del apartamento. Se detuvo, pero no llamó porque probablemente había visto la llave en el suelo.

—Eso es lo que quiero que hagas. —Tenía la puerta cerrada con llave para que no pudiera entrar—. Recoge la llave y abre la puerta.

—¿Por qué?

—Tú hazlo.

Metió la llave en la cerradura y la giró.

—¿Para qué has hecho eso? —Abrió la puerta y entró—. ¿Has cambiado la cerradura o algo así?

—No. A partir de ahora, esa es tu llave.

—¿Qué? —Se quedó mirando la llave que tenía en la mano.

—Muffin, puedes venir siempre que quieras. No tienes que pedir permiso.

—Pero... es un gran paso.

¿Lo era? Si acaso, esperaba que se sintiera decepcionada porque todavía no le había propuesto matrimonio.

—No, no lo es. —Saqué sus llaves del bolso y coloqué la mía en el llavero—. Ven cuando quieras. Quiero que te sientas cómoda aquí.

Francesca miró fijamente las llaves que tenía en la mano y sonrió.

—A lo mejor vengo justo cuando estés saliendo de la ducha...

—Pervertida.

—¿Qué? —preguntó inocentemente—. Sólo soy sincera.

—Me gusta tu sinceridad. —La atraje hacia mi pecho y la besé en la frente. En cuanto su cuerpo tocó el mío, me sentí en el séptimo cielo. Todo el peso que tenía sobre los hombros desapareció.

Francesca volvió a examinar sus llaves.

—Te daría la mía, pero me he dejado la de repuesto en casa.

—No tienes que dármela.

—Lo sé. Pero a lo mejor quieres sorprenderme cuando esté en la ducha.

—Alzó la vista hacia mí y allí estaba esa sonrisa preciosa que adoraba.

—Suenas bien.

—¿Y ahora quién es el perverso?

La besé en la comisura de los labios y me dejé ir. Siempre que estaba con ella me sentía en un universo diferente. El tiempo y el espacio no tenían poder sobre nosotros. Existíamos por nosotros mismos, dos almas unidas por un brillo etéreo.



LA CAJA DE PIZZA VACÍA, CON SÓLO UNAS MIGAJAS DENTRO, ESTABA TIRADA EN una esquina de la cama. Francesca terminó la última porción y luego se limpió los dedos. No me gustaba comer en la cama, pero Francesca me convertía en un holgazán.

—¿Sabes qué? —Estaba desnuda con las rodillas contra el pecho. El pelo le caía por delante, ocultando sus tetas. Aunque tenía la piel expuesta, todo lo bueno estaba tapado. De alguna forma resultaba más sexy que si estuviera todo a la vista.

—¿Qué? —A veces no escuchaba ni una palabra de lo que decía. Me limitaba a mirar cómo movía los labios. Todo lo que decía era importante, pero a veces caía víctima de su hechizo. Su belleza me atrapaba y me paralizaba.

—Un hombre le tiró los tejos a Yaya la semana pasada.

—¿Un hombre?

—Sí, de su edad.

—¿De verdad? —Nunca había oído que Yaya saliera con nadie. En realidad, ese pensamiento ni se me había pasado por la cabeza—. ¿Qué ocurrió?

—No lo sé. No se lo he preguntado todavía.

—Me imaginaba que la atosigarías a preguntas.

—Me lo estoy tomando con calma. —Apretujó los dedos de los pies, mostrando la laca de uñas morada—. Yaya nunca se metió en mis cosas cuando era adolescente, así que yo tampoco voy a meter las narices en las tuyas.

—No sería meter las narices, sino simplemente curiosidad.

Francesca se encogió de hombros.

—Es una mujer adulta. Si tiene algo que quiera compartir, sabe que siempre estoy dispuesta a escucharla.

Francesca no me había contado qué le había ocurrido a su abuelo. Como nunca lo mencionaba, supuse que no lo había conocido muy bien. Tal vez falleció antes de que naciera ella.

—¿Qué le ocurrió a tu abuelo, si no te importa que te lo pregunte?

—¿A *Papu*?

Intenté no sonreír.

—¿Qué quiere decir *Papu*?

—Es abuelo en griego.

—Qué gracioso.

—No lo conocí muy bien. Murió cuando yo era muy pequeña.

—Lo siento. —Había perdido a tantas personas que parecía increíble—. ¿Qué ocurrió?

—Cáncer. —Volvió a encoger los dedos de los pies y se quedó mirando sus uñas—. Tú nunca hablas de tus parientes. ¿Tienes alguno?

Sacudí la cabeza.

—Mi padre nunca hablaba de su familia. Mi madre tenía una hermana, pero murió hace mucho tiempo. Y no conocí a mis abuelos.

—Los dos tenemos círculos familiares muy reducidos. Vamos a tener que repoblar el país.

La paternidad no era precisamente lo mío, pero no me sonaba tan mal con ella. Me encantaría tomarla de la mano y llevar a nuestros hijos al parque. La responsabilidad sería estresante, pero estaba seguro de que seríamos capaces.

—Estoy deseando hacerte un hijo.

Ella me dio una patada juguetona.

—¿Eso es lo único que te importa?

—A veces sí. —Contemplé sus piernas largas y estilizadas—. Como ahora mismo. —La agarré por el tobillo y tiré con fuerza. Ella se echó a reír y se dejó caer sobre la espalda con las piernas en mi regazo.

—Eres un cavernícola, lo juro.

Me subí a ella gateando y le sujeté las manos sobre la cabeza.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Supongo que no lo es. —Sus ojos centelleaban como un adorno verde de Navidad. Había mucha vida en ellos y, cuando los miraba con atención, veía sus pensamientos. Veía el futuro que imaginaba para nosotros. Tenía el pelo desparramado sobre la colcha y los labios entreabiertos, como si estuviera esperando con desesperación que la besara.

La hice esperar más, provocándola.

—Pensaba en ti todos los días que estuvimos separados. —No se trataba de una estúpida frase romántica. Era sencillamente la verdad. Por muchas mujeres que hubieran pasado por mi cama, nunca me había olvidado de la chica a la que amaba de verdad. A veces, cuando me tomaba un café por la mañana, pensaba en ella en The Grind. Otras veces creía verla por la calle, pero resultaba ser una mujer desconocida de pelo castaño. Y estaba siempre en mis sueños, mi lugar sagrado.

Sus ojos se tornaron serios al ver la sinceridad en lo más profundo de mí.

—Lo mismo que yo.

Le coloqué las piernas alrededor de mi cintura y hundí una mano en su pelo. Me había enamorado por completo de esta mujer. Me tenía comiendo de su mano y movía los hilos de todo mi cuerpo como si fuera una marioneta. Me controlaba totalmente y ni siquiera se daba cuenta.

—Me alegro de que nunca dejaras de amarme. —Después de lo que hice, no podría haberla culpado si su corazón hubiera pasado página.

Me pasó las manos por el pecho hasta que llegó a acariciarme la cara.

—Y nunca dejaré de amarte.



AXEL Y YO FUIMOS A UN BAR ESA NOCHE. MARIE HABÍA INVITADO A SUS AMIGAS a casa, así que Axel tenía que encontrar algo que hacer fuera del apartamento.

—¿Qué le vas a comprar a Marie por Navidad?

Se bebió media cerveza de golpe, y luego no volvió a beber.

—He encontrado una chaqueta de Nordstrom que creo que le va a gustar. Es gris. Ese color siempre le resalta los ojos.

—Qué bien —asentí.

—Y estoy intentando escribirle un poema.

Iba a dar un sorbo a la cerveza, pero me detuve.

—¿Qué?

—Ya sabes, un poema. —Le dio vueltas al posavasos con los dedos—. Como una canción de amor.

—No me pareces el típico tío poético.

—Sí, ya me estoy dando cuenta. Llevo un mes intentándolo. Es difícil de cojones.

—¿Por qué decidiste escribirlo?

Se encogió de hombros.

—Le he comprado unas cuantas cosas bonitas para Navidad, pero quería hacerle algo especial, ¿sabes? A Marie le gustan esas cosas. Es nuestra primera Navidad desde que nos casamos y quiero que sea especial.

Como se trataba de un gesto muy dulce, no me burlé de él.

—¿No sería mejor que le hicieras algo distinto?

—¿Como qué?

—Algo que se te dé bien.

—Tío, no destaco en nada. Lo sabes.

No era verdad, pero no iba a perder el tiempo discutiendo.

—¿Y tus votos matrimoniales?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Y si se los escribieras a mano? Algo así.

—Mmm... No es mala idea. —Se frotó la barbilla como si siguiera sumido en sus pensamientos—. Y eso sí puedo hacerlo.

—No debería ser muy difícil.

—No, es verdad. —Me dio una palmada divertida en el antebrazo—. Gracias, tío. He empleado demasiado tiempo y no he llegado a ninguna parte con ese poema.

—Tal vez el año próximo.
—Tardaré todo el año en escribirlo —rio.
—¿Entonces no se te había ocurrido nada?
—Tengo unas pocas líneas, pero no son muy buenas. Dio un sorbo a la cerveza y después echó un vistazo a la televisión de la esquina.
—¿Puedo verlo?
—Es muy malo... y no lo digo por decir.
—Los peores críticos somos nosotros mismos.
Sacó la cartera y desdobló un pedazo de papel amarillo. Me lo pasó.
—Aquí está.
Lo abrí y empecé a leer.
*Marie, tu culo es fuera de serie,
Mejor que cualquier libro que encuentre.
Tu corazón es grande,
Pero tus tetas son aún más grandes.*
Intenté mantener una expresión seria mientras lo acababa de leer. No era lo peor que había leído en mi vida, pero claramente tampoco era lo mejor. Lo volví a doblar y se lo tendí.
—Mejor los votos matrimoniales.
Se lo guardó en el bolsillo.
—Es muy difícil, ¿vale? No hay muchas cosas que rimen.
Estaba deseando contarle a Francesca lo del poemita.
—¿Qué vas a regalarle a Francesca?
—Todavía no estoy seguro.
—Es muy difícil comprarle algo. —Se pasó los dedos por el pelo como si sólo de pensarlo se pusiera nervioso—. Un año le compré un libro de recetas y me lo tiró a la cara.
—Bueno, no necesita un libro de recetas.
—Sólo intentaba hacer algo bonito y se comportó como una malcriada. Así que... buena suerte.
A Francesca no le importaban las cosas materiales. Si le compraba un teléfono nuevo o unos auriculares Beats no los usaría. La ropa y los zapatos de marca tampoco eran lo suyo. El único lujo que parecía disfrutar eran las vacaciones. Pero no podía regalarle eso.
—¿Quieres usar mi poema? —Se lo volvió a sacar del bolsillo.
Intenté no reírme.
—Quizás en otra ocasión, Axel.

«La chica de los muffins» cerraba a las cuatro porque era Nochebuena, pero sabía que la pastelería estaría llena hasta la bandera todo el día. Yo no trabajaba porque no había nada que hacer durante las vacaciones. No había nadie en mi oficina, porque todos se habían ido de viaje o estaban con sus familias. La mayoría se tomaba unas vacaciones largas de dos semanas.

Me quedé en casa a esperarla, porque sabía que vendría en cuanto pudiera. No soportábamos estar separados, aunque fuera por poco tiempo. Siempre me dolía cuando me despedía de ella por la mañana. Y cuando entraba por la puerta, me parecía que hacía una eternidad que no la veía.

La cerradura giró y se abrió la puerta principal.

—Cariño, estoy en casa.

Tardó un poco en acostumbrarse a usar su llave, pero al final lo consiguió.

—Llevo mirando la puerta desde hace una hora.

Francesca todavía tenía puesta la ropa del trabajo. La harina y el azúcar cubrían su camiseta negra y llevaba el pelo recogido en una trenza. Dejó una tarta en la encimera de la cocina.

—He pensado que esta noche podíamos darnos un capricho.

Tener una relación también tenía sus inconvenientes. Por ejemplo, comía mucho más porque siempre cenaba con alguien. Pero debía mantenerme en forma porque, de lo contrario, mi tableta de chocolate desaparecería.

—La Navidad se ha adelantado.

Inmediatamente se quitó la camiseta y la apartó a un lado para no llenar el apartamento de harina. Después se quitó los vaqueros y se quedó en braga y sujetador.

Silbé a pleno pulmón.

—¡Este año he sido un niño muy bueno!

—Es verdad. —Se acercó a mí y saltó a mis brazos.

Le agarré el culo mientras la besaba con fuerza en la boca, sintiéndome en las nubes.

—¿Quieres darte una ducha?

—¿Contigo? ¿O sin ti?

—Siempre conmigo.

—Entonces sí, me encantaría.



NOS COMIMOS EL PASTEL DIRECTAMENTE DE LA CAJA, TENEDOR EN MANO.

—Joder, qué bueno está.

—Hacemos la mejor tarta holandesa de manzana. Sé que suena un poco arrogante, pero qué más da. —Hundió el tenedor y empezó a comer a grandes bocados.

—Cuando es verdad, no es arrogancia. —Yo sólo di un par de bocados porque nunca me había gustado mucho el dulce—. ¿Mañana vamos a casa de Yaya?

—Sí. Y le he comprado un bolso precioso. Es rosa, de la marca Guess.

—Es un detalle muy bonito por tu parte.

—Creo que le va a gustar. El rosa le sienta muy bien.

—¿Qué le has comprado a Axel?

Se comió otro bocado antes de dejar el tenedor.

—Le encantan los Yankees, así que he comprado un par de entradas para Marie y para él.

—Le va a encantar.

—¿Qué le has comprado tú?

—Un balón de baloncesto.

Francesca soltó una risita.

—Seguro que le va a gustar muchísimo.

—¿Qué le has comprado a Marie?

—Bueno, como ahora está casada, le he comprado un juego de cocina con su apellido grabado en las fuentes.

No me sorprendió lo detallista que era Francesca.

—Es perfecto.

—Bueno, a Marie le gusta cocinar, pero no se le da muy bien. Tal vez así le hará ilusión practicar.

Las luces del árbol de Navidad parpadeaban en una esquina al lado de la ventana. Francesca y yo lo habíamos decorado como la última vez que habíamos pasado la Navidad juntos. Ahora ella era mía, y la situación era diferente. Era uno de los mejores momentos de mi vida. Iba a ser feliz de verdad durante la Navidad.

Mi regalo para Francesca estaba debajo del árbol y sabía que ella había colocado el suyo el día anterior. Me sentí aliviado de que sólo me hubiera comprado un regalo, porque yo había hecho lo mismo. A ninguno de los dos nos importaba el número de regalos que nos hacíamos.

Nada que le comprara se podría comparar con el regalo que ya me había hecho. Su diario era una posesión sagrada y mientras estuvimos separados lo seguí leyendo para poder sentirme cerca de ella. Me hizo compañía durante las noches solitarias de mi vida.

—¿Deberíamos darnos los regalos con todos los demás? —Yo prefería hacerlo a solas nosotros dos, pero lo haríamos como ella quisiera.

—¿Y si lo hacemos esta noche, a medianoche?

—Suená perfecto.

Cerró la caja y dejó los tenedores dentro. No éramos muy higiénicos con la comida porque lo compartíamos todo.

—No puedo creer que me haya comido la mitad de esa tarta.

—Yo sí. Te he visto hacerlo.

—No me lo recuerdes.

Le hice cosquillas en los costados.

—Tienes suerte de comer todo lo que se te pone delante de los ojos y seguir tan delgada.

—No estoy delgada. Tengo culo y tripa. Marie está delgada.

—Está demasiado delgada. —La agarré por la cadera y la senté sobre mi regazo—. Tú eres perfecta.

—Dirías lo mismo aunque no fuera verdad.

—Para mí siempre lo serás, así que nunca te tendrás que preocupar por eso. —La besé en el hombro desnudo y la estrujé contra mí. Tenía el culo sobre mi paquete y me encantaba la sensación.

—Entonces, ¿qué hacemos mientras esperamos a que sea medianoche?

—¿Qué te parece hacer el amor frente a la chimenea?

—Oh... ¡Qué romántico!

La levanté en brazos y la llevé a la sala de estar, donde estaba la chimenea. No la había usado en años, pero sabía que funcionaba. La dejé en el suelo y encendí el gas.

—Ahora sólo nos falta una alfombra de oso.

Encendí el fuego y me volví hacia ella.

—Para eso tienes a tu grizzly.



NOS TUMBAMOS DESNUDOS EN EL SUELO Y NOS QUEDAMOS MIRANDO EL RELOJ mientras daba las doce.

—Feliz Navidad. —Hundió los dedos en mi pelo antes de besarme.

Nuestros labios se rozaron ligeramente y me estremecí, aunque habíamos pasado toda la tarde haciendo el amor.

—Feliz Navidad.

—No puedo imaginar una Navidad mejor que contigo.

—Yo tampoco. —Le planté besos por todo el cuerpo, besándola primero en el hombro y luego en su vientre plano.

—Entonces, ¿estás preparado para abrir los regalos? —Sus ojos brillaban de excitación, y sabía que era porque estaba ansiosa por darme su regalo, y no por lo contrario.

—Sí.

Se dirigió al árbol y cogió los dos regalos. Después los dejó en el suelo a nuestro lado. Mi regalo era una cajita de joyería, y el suyo era mucho más grande. No tenía ni idea de lo que me había comprado.

—¿Quién empieza?

Tomé la cajita y se la di.

—Tú primero. —Había tardado mucho en elegir su regalo y sabía que le encantaría.

Francesca no dudó y rasgó el papel de regalo para abrirlo. En cuanto vio la madera oscura de la cajita, la abrió sin dudar. Dentro había una gargantilla de platino con un medallón en forma de corazón.

Lo sacó de la caja y lo examinó. En la parte de delante tenía un pequeño grabado en cursiva.

Juntos para siempre.

Los ojos se le humedecieron al leerlo. Sorbió sonoramente y después contuvo las lágrimas parpadeando varias veces. Ni siquiera lo había abierto todavía.

Sus delicados dedos encontraron la muesca y el medallón se abrió con un resorte. Dentro había una foto pequeña de los dos. Nos la habíamos hecho en Carolina del Sur. Recordaba perfectamente el día. Francesca acababa de crear un nuevo tipo de muffin y, cuando los sacó del horno, nos enzarzamos en una pequeña discusión culinaria. Saqué una fotografía de los dos juntos con el teléfono, pero no se la enseñé. En esa época éramos sólo amigos, pero ya entonces sabía lo que ella significaba para mí.

—Hawke... —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras lo sostenía en la palma de la mano.

La visión me inundó el corazón de calidez. Hacerla feliz era en realidad un acto de egoísmo, porque me proporcionaba una inmensa alegría. Le daban igual las joyas o el dinero. Lo único que le importaba era el amor que había puesto en ello.

—Me alegra que te guste.

—¿Gustarme? Me encanta. —Cerró el medallón y lo apretó entre sus dedos menudos—. Es absolutamente perfecto.

Me había llevado bastante tiempo dar con el collar ideal para ella. Quería algo bonito, algo que no se oxidara en toda su vida. Acabé comprándolo en Tiffany's, pero no hacía falta que lo supiera.

Se puso la cadenita y sintió cómo se balanceaba en su cuello. Le caía justo por encima del pecho, el lugar perfecto.

—Muchísimas gracias. —Se acercó, me abrazó con fuerza, y las lágrimas de sus ojos me empaparon el hombro—. Eres muy tierno.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad.

Continué abrazándola y me sentí más feliz que en toda mi vida. Había perdido muchas cosas y había vivido mucha tristeza, pero con el amor de Francesca me olvidaba totalmente de esa carga. Ella me infundía nueva vida.

Cuando se apartó ya tenía los ojos secos.

—Ahora abre el mío. —Me tendió la caja.

La examiné antes de romper el papel de regalo. Debajo había una sencilla caja de cartón sin ninguna pista de lo que contenía. Rompí la cinta de embalar y saqué una manta.

Al principio no entendí lo que me estaba regalando. Aunque agradecía

cualquier cosa que quisiera regalarme, no comprendía por qué me daba una manta. Cuando le di la vuelta, reconocí el tejido. La manta estaba hecha de distintas piezas de tela combinadas para formar un *collage*.

—Mis camisetas viejas...

—Me dejaste muchas cuando te marchaste. Las guardé. Me resultaba demasiado difícil tirarlas. Pensé que podía hacer algo como esto para disfrutar con esos recuerdos todos los días.

Apreté la manta con fuerza mientras la miraba fijamente.

—¿La has hecho tú?

Francesca asintió.

—¿Sabes coser?

—Tardé un poco en aprender a hacer la manta, pero al final lo conseguí. ¿Te gusta? —Había duda en sus ojos, como si no estuviera segura de lo que me parecía a mí.

—Muffin, ni siquiera sé qué decir... No puedo creer que las conservaras.

—Era incapaz de tirar nada tuyo, daba igual lo que fuera.

Ambos habíamos decidido hacernos regalos relacionados con el pasado. No se me escapó la ironía del asunto. Había temido que nunca nos recuperaríamos de lo que había sucedido, pero, de algún modo, lo habíamos conseguido. Y no sólo eso: éramos más fuertes.

Dejé la manta sobre mis piernas antes de mirarla a los ojos. El fuego brillaba débilmente en el hogar y los adornos de Navidad se reflejaban en sus ojos. Había un silencio absoluto, a excepción del crepitar de las llamas. El corazón me latía demasiado rápido, pero a la vez me sentía extrañamente tranquilo. Francesca y yo teníamos una relación tan especial que no podía describirse con palabras. Era increíble y sobrenatural. Tenía el amor de una mujer que no solamente duraría el resto de nuestros días, sino que se prolongaría más allá.

La atraje a mi regazo y eché la manta sobre su cuerpo desnudo para envolverla. El medallón colgaba de su garganta, brillando luminoso a la luz de las llamas. Aunque estaba desnuda encima de mí, no me excitó. Sentí algo mucho más profundo. Las palabras que brotaron de mi boca eran palabras que casi nunca pronunciaba. Para nosotros simplemente no eran necesarias.

—Te amo. —Enlacé su cintura con mis brazos y apoyé la cara en su pecho, justo encima del medallón.

Francesca me rodeó el cuello con los brazos y apoyó su cabeza en la mía.

—Yo también te amo.

FRANCESCA

Aunque Hawke y yo deseábamos estar con mi familia durante las fiestas, lo que realmente queríamos era seguir tumbados frente al fuego haciendo el amor eternamente al ritmo del crepitar de las llamas. La manta nos envolvería con su calidez.

Atravesamos el umbral con tartas en las manos y saludamos a todo el mundo. Axel y Marie llevaban unos jerséis de Navidad bastante feos, siguiendo una tradición que no recordaba cuándo empezó.

Marie me dio un fuerte abrazo.

—Estoy contentísima de tener una excusa para pasar las fiestas contigo.

—Yo también.

—¿Una excusa? —preguntó Axel—. ¿Casarse con un tío bueno es una excusa?

Marie resopló y cogió la tarta que llevaba en la mano.

—Yaya está en la cocina... y no está sola.

—¿Qué dices? —solté—. ¿El veterano del ejército está aquí?

—¿Cómo lo sabes?

—Se conocieron en la pastelería.

—Pues sí, está aquí. Y parece muy agradable.

—Genial. —Yaya se merecía un compañero que la hiciera feliz.

Hawke dio un abrazo a Axel.

—¿Qué es eso del jersey?

—¿Qué quieres decir?

—Es... interesante. —Hawke se quedó mirando el unicornio blanco de su jersey y los elfos que tenía alrededor.

—Se supone que tiene que ser feo —dijo Axel—. Esa es la gracia.

Hawke no había asistido a muchas fiestas de Navidad en su época, así que no tenía ni idea de la tradición.

—Da igual. —Axel lo dejó correr.

Entré en la cocina y saludé a Yaya.

—Feliz Navidad.

Mi abuela me recibió emocionada con los brazos abiertos.

—Feliz Navidad, cariño. —Me dio un beso en la mejilla antes de abrazarme—. Estoy contentísima de que estéis todos aquí.

—Yo también, Yaya. —Cuando me aparté vi al hombre de la pastelería. Esta vez no tenía puesta la gorra de béisbol y, para mi sorpresa, tenía la cabeza completamente cubierta de pelo. Lucía en los labios la misma sonrisa que había visto la vez anterior, y su entusiasmo me recordaba la alegría innata de Yaya—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad. —Me abrazó como si nos conociéramos de toda la vida—. Yaya me ha invitado a pasar las fiestas con vosotros. Mis hijos viven en la costa oeste y me siento demasiado cansado para volar.

—Es comprensible. A propósito, me llamo Francesca.

Hizo un gesto con la mano.

—Ya sé quién eres. «La chica de los muffins».

Sonreí.

—Me llamo Joe. Un placer conocerte formalmente.

—Lo mismo digo. —Atraje a Hawke a mi lado—. Este es Hawke, mi... —Decir novio sonaba extrañamente fuera de lugar. No me parecía simplemente un novio. Era algo mucho más profundo que todo eso. Pero era incapaz de encontrar la palabra adecuada—. Hawke.

—Encantado de conocerle, señor. —Hawke le estrechó la mano—. Será mejor que trate bien a Yaya. Si no, tendrá que vérselas con dos hombres.

Axel chasqueó los nudillos ruidosamente.

—Eh, para. —Yaya le dio un manotazo a Axel en la muñeca.

—No tengo motivos para sentirme asustado —respondió Joe—. Así que podéis continuar con vuestras amenazas todo lo que queráis.

—Buena respuesta —dijo Hawke.

—Si todo el mundo ha terminado de amenazarse, la cena está lista. —Yaya se quitó el delantal y lo dejó sobre la encimera.

Joe caminó a su lado.

—¿Necesitas ayuda para poner la mesa, querida?

—Claro. ¿Puedes llevar el pavo?

—Por supuesto.

Sonreí mientras los veía interactuar, comprobando lo bien que trabajaban juntos.

—No lo ahuyentéis —susurré a Hawke y Axel—. Me gusta muchísimo.

—A mí también me gusta —asintió Marie—. Hacen una pareja preciosa.



NOS DIMOS LOS REGALOS DESPUÉS DE LA CENA. YO LE HABÍA HECHO A YAYA una manta personalizada con fotografías de Axel y mías cuando éramos niños. Se le saltaron las lágrimas de la emoción, como siempre. A Marie le encantó la carta escrita a mano de Axel con sus votos matrimoniales y me regaló a mí una fotografía enmarcada de ambas el día de su boda. En general, fueron unas Navidades fantásticas de verdad.

—¿Qué le has regalado a Hawke? —preguntó Marie.

Me daba un poco de vergüenza decirlo en voz alta.

—Le he hecho una manta.

—¿Una manta? —saltó Axel. —Lo siento, Hawke.

—Está hecha con sus viejas camisetas... —Tragué saliva mientras una sensación de incomodidad llenaba el ambiente.

—Y me ha encantado. —Hawke metió todo el papel de regalo en una bolsa de basura.

—¿Qué te ha regalado él? —preguntó Marie.

Señalé al medallón que llevaba en la garganta.

—Tiene una fotografía nuestra en el interior.

—Vaya —exclamó Marie—. Qué adorable.

—Es adorable —asintió Axel.

—¿Qué dice en la tapa? —Yaya entrecerró los ojos como si intentara verlo mejor.

No quería decirlo en voz alta. Probablemente pensarían que era cursi y exagerado.

Hawke contestó antes que yo.

—Juntos para siempre. —No parecía avergonzado en lo más mínimo por las palabras que había mandado grabar, ni siquiera delante de su mejor amigo.

—Precioso... —A Marie se le humedecieron los ojos y se los secó

rápidamente.

La felicidad de Axel desapareció.

—¿Qué diablos, Hawke?

—¿Qué? —preguntó Hawke.

—Le he hecho a Marie un regalo fantástico y tenías que pisoteármelo todo con tu maldito medallón. —Agarró una bola de papel de regalo usado y se la tiró a Hawke.

—No. —Marie lo agarró por la muñeca. —Me ha encantado, Axel. Simplemente estoy feliz porque mi mejor amiga es feliz. —Lo besó en la mejilla y lo abrazó con fuerza.

Axel se derritió delante de todos en cuanto Marie le prestó atención, como siempre. Soltó un sonoro suspiro y apoyó la cabeza en Marie, como si no hubiera otro lugar en la Tierra en el que le gustaría estar que no fueran sus brazos.



UNA VENTISCA AZOTÓ MANHATTAN Y SE CERRARON CASI TODOS LOS MEDIOS DE transporte. La nieve se amontonaba en las calles y las aceras, y los colegios estaban cerrados. Me encantaba la nieve invernal, pero odiaba pasar frío. Por desgracia, ambas cosas iban siempre de la mano.

El despertador sonó a las cinco y salí lentamente de la cama calentita, sintiendo inmediatamente el aire frío contra mi cuerpo desnudo.

Hawke se movió en cuanto me aparté de sus brazos.

—¿Qué haces? —Tenía el cabello enmarañado de dar vueltas la noche anterior, y los párpados le pesaban de sueño.

—Tengo que trabajar. —Repté por la cama y le planté un beso en el pecho. —Te veo cuando vuelva a casa. —Volví a ponerme de pie y aparté la camisa que Hawke había dejado tirada la noche anterior.

—¿Vas a ir a trabajar? —Se sentó y se pasó la mano por el pelo—. Muffin, hay una tormenta de nieve en la calle. —Tenía la voz ronca de sueño.

—Sí, pero el espectáculo debe continuar. —Saqué mi ropa de trabajo de la bolsa y empecé a vestirme.

—No vas a ir a trabajar. —Ahora su voz era clara, y el enfado brillaba en ella como el sol en un día nublado.

Me di la vuelta con un hormigueo de irritación en la piel. Normalmente no

reaccionaba muy bien a las órdenes. Cualquiera que intentara mandarme perdía el tiempo.

—Sí voy a ir.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es salir ahora mismo? El metro está cerrado.

—Menos mal que no voy a coger el metro. —Me puse los vaqueros y la camiseta negra.

—Joder, Frankie. —Apartó las mantas de una patada y se irguió totalmente. Así desnudo y cincelado en piedra, era todo potencia muscular—. No es momento de mostrarse testaruda. Si los colegios están cerrados y el metro no funciona, ¿crees que habrá muchos clientes?

—Siempre hay clientes. ¿Qué crees que va a hacer la gente en un día de nieve? Sentarse y comer muffins.

—Entonces deja que tus empleados se ocupen de ello. Tú te quedas aquí.

—Tengo cosas que hacer. —Me recogí el pelo en una coleta y cogí el abrigo.

—Si crees que vas a salir de aquí, te vas a llevar una sorpresa. —Se acercó a mí con los hombros tensos y una amenaza reflejada en los ojos.

Si esto hubiera sucedido en cualquier otro momento, me habría subido a él y lo habría cabalgado hasta quedar satisfecha. Pero en ese instante estaba demasiado enfadada para algo así.

—Estaré bien. Puedo cuidarme sola.

—¿Contra una tormenta? Hay un viento de cincuenta kilómetros por hora. A no ser que tengas superpoderes, no creo que puedas vencerlo.

—La pastelería está a sólo dos manzanas. Estaré bien.

Respiró profundamente, como si intentara tranquilizarse. Después se dio un puñetazo en el pecho para liberar la frustración reprimida.

—¿Se supone que eso tiene que asustarme?

—Debería.

Me subí la cremallera del abrigo y me puse la capucha.

—Te veo luego. —Di media vuelta y salí del dormitorio.

—Yo creo que no. —Me agarró por la muñeca y me arrastró otra vez adentro—. No voy a dejar que salgas. No es seguro. Ni siquiera mi oficina está abierta, y eso que el dinero nunca duerme.

Me retorcí para liberarme.

—Porque puedes trabajar desde cualquier otro ordenador. Yo no puedo hacer una tarta de cumpleaños aquí.

—En realidad sí puedes. —Estaba cansada de discutir, así que salí de la habitación—. ¿Cómo puedo evitar que hagas esto? —Me siguió hasta la puerta de entrada.

—No puedes. —Me di la vuelta e intenté poner una pose tan amenazadora como pude a pesar de mi corta estatura—. Tienes que saber que, si lo nuestro va a durar para siempre, nunca me podrás mandar ni tomar decisiones por mí. Aunque tenga en cuenta tu opinión, haré lo que quiera, joder. —Abrí la puerta.

—¡Eh! Espera un momento. —Cerró la puerta con la palma de la mano—. Espera a que me vista.

—¿Por qué?

—Si vas a ir de todos modos, deja que te acompañe.

—¿Estás loco? —¿Iba a caminar en medio de la ventisca y volver sólo para asegurarse de que llegaba bien?—. Hawke, estaré bien.

—¿Cómo voy a saberlo? Probablemente no te funcione el móvil, y entonces, ¿cómo voy a comprobarlo? ¿Y si no llegas a la pastelería? ¿Cómo te encontraré?

Joder, qué melodramático se ponía.

—No te estoy impidiendo ir. Así que no estoy rompiendo ninguna regla. —Entorné los ojos—. Podrías evitarme el viaje si te quedaras en casa.

—Tengo que trabajar, Hawke.

Suspiró y entró en el dormitorio.

—Entonces dame un minuto para que me cambie.



EL TIEMPO ERA TERRIBLE. LA NIEVE NO DEJABA DE CAER CON LA VENTISCA, Y las aceras estaban húmedas y resbaladizas. Hawke me sostuvo la mano y me guio hacia adelante, asegurándose de que no me resbalaba o me ahogaba en un montón de nieve. No hablamos, aunque de todos modos no nos habríamos oído.

Ahora me aterrorizaba pensar en el camino de vuelta al apartamento.

A pesar de mi carísimo abrigo de invierno, estaba quedándome congelada. No había nadie más en la calle a causa del tiempo, y era incapaz de ver a dos palmos de mis narices. Todo se confundía en un gran manto blanco.

Normalmente tardaba dos minutos en recorrer una manzana, pero hoy tardamos casi diez. Por suerte, llevaba guantes. De lo contrario, se me habrían

congelado los dedos.

Seguí caminando y, de repente, choqué con algo duro. Por un momento perdí el equilibrio, sin saber contra qué me había golpeado. Hawke me sujetó e impidió que me cayera. Entonces apareció de la nada una navaja a la altura de mis ojos.

—El bolso. —Tiró de la correa que llevaba al hombro e intentó arrebatármelo.

Me estaban amenazando y robando al mismo tiempo. Debí haberle dejado quedarse con mi bolso, pero me cabreaba que un gilipollas cualquiera se aprovechara de una chica que intentaba abrirse camino en la nieve.

—Vete a la mierda. —Levanté la mano abierta y lo abofeteé justo en la nariz. Se tambaleó hacia atrás con mi bolso todavía entre las manos.

Hawke me quitó de en medio y acorraló a nuestro asaltante. Le quitó el cuchillo de la mano con una patada y luego le dio un fuerte puñetazo en la cara.

—Has elegido joder a la persona equivocada. —Le arrancó el bolso de las manos congeladas y le propinó otra patada fuerte en el costado. Estaba claro que no había terminado, porque volvió a sacar el puño.

—Hawke, basta. —Lo agarré por el brazo para apartarlo.

—Yo creo que no. —Retorcí el brazo para soltarse y salió corriendo tras el ratero.

—¡Hawke, para!

Bajó lentamente la mano y me miró.

—Es un sin techo en medio de una tormenta de nieve. Con eso está todo dicho. —Lo agarré de la mano y lo arrastré conmigo.

Caminó a mi lado con la misma mirada asesina en la cara.

Sabía que más tarde me caería una buena bronca por aquello.

Llegamos a la pastelería y agradecemos el cambio de temperatura al entrar. El local estaba tranquilo, a diferencia del clima polar del exterior. No había muchos clientes, aunque algunos se habían acercado por allí.

Hawke se echó la capucha hacia atrás y se pasó los dedos por el pelo.

—Te recogeré a las tres.

—No hace falta que vengas a buscarme.

Me fulminó con la mirada más oscura que había visto nunca.

—Confía en mí. Será mejor que estés aquí a las tres. —Me retaba a desafiarlo, a darle la respuesta equivocada que lo haría estallar.

—De acuerdo.

—Gracias. —No parecía en absoluto agradecido, sólo enfadado. Dio media vuelta sin decir adiós y se internó de nuevo en la tormenta. Desapareció bajo el manto de nieve en cuestión de segundos.



HAWKE ENTRÓ JUSTO A LAS TRES.

Sabía que cuando llegáramos a casa se desataría la Tercera Guerra Mundial. La amenaza era patente en sus ojos. Estaba más que cabreado conmigo, aunque hubieran pasado diez horas. Agarré el bolso y me reuní con él en la entrada.

No me dirigió la palabra.

—Estoy lista.

Me puso la capucha y salió.

Me resultó un poco más fácil volver caminando, ya que el viento soplaba a favor. La nieve caía espesa, nada que ver con adorables copos de nieve. El tiempo era tan malo que ni siquiera un oso polar sobreviviría.

Esta vez no había atracadores, y regresamos a su apartamento sin incidentes. Nada más entrar en el edificio, la calidez del interior nos dio la bienvenida. Me quité los guantes y la capucha antes incluso de entrar en el apartamento.

Una vez dentro, se quitó los guantes y la cazadora, incapaz de dejárselos puestos ni un segundo más.

Era agradable estar en casa después del día tan largo que había tenido. Había sido bastante ajetreado, a pesar del tiempo infernal. Los clientes no tenían nada mejor que hacer que sentarse y beber café.

Hawke se me quedó mirando como una bomba a punto de estallar.

—¿Qué?

—¿Qué? —Entrecerró los ojos hasta que parecieron dos rendijas—. ¿Me estás hablando en serio?

—Hemos llegado bien. Relájate.

—¿Que me relaje? ¡No me jodas con que me relaje!

Allá vamos.

—No uses ese lenguaje conmigo.

—No me cabrees.

—Mira, tenía que ir a trabajar. No hacía falta que vinieras conmigo.

—Si no te hubiera acompañado, ese atracador te habría tenido a su merced.

—¿Que me habría tenido? Por si no lo recuerdas, le di un puñetazo en la nariz. Puedo arreglármelas sola.

—Podía haber acabado de una forma muy distinta.

—Pero no ha sido así. —Siempre imaginaba lo peor.

—Te admiro por ser tan fuerte y valiente todo el tiempo. De verdad que sí. Pero a veces tu valentía roza la estupidez. No puedes vencer a todas las cosas, y mucho menos a la Madre Naturaleza.

—Eran dos manzanas. Dos. —Levanté dos dedos.

—No me importa si es la puerta de al lado. No eres inmortal, Frankie.

—Deja de llamarme así. —Odiaba cuando me hablaba de ese modo. Era insultante.

—Es tu nombre, ¿no?

—Sabes que no es mi nombre. —Él sólo me llamaba Muffin, nada más.

—Bueno, ahora no eres mi chica, así que no sé de qué otra forma llamarte. Le tiré un guante.

—No hables así.

—Entonces no actúes así. —Sus ojos ardían con fuego.

—¿Sabes qué? —recogí el guante del suelo y me lo puse—. Me voy a casa.

Hawke soltó una risotada que sonó aterradora.

—Qué graciosa eres, Frankie.

—Lo digo en serio.

—No te voy a dejar salir por esa puerta. Espera a que pase la tormenta. Después puedes hacer lo que te dé la gana. Me importa una mierda.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—En realidad sí. —Se interpuso entre la puerta y yo—. Hasta donde yo sé, eres mi chica. En lugar de tomarte mis peticiones como órdenes, puedes verlas como lo que son. Soy un hombre locamente enamorado de ti y lo único que quiero es protegerte, no controlarte. Nunca te he dicho que ponerte, que hacer o con quién puedes salir. La única vez que te pido algo, lo hago por tu seguridad. Debes aprender a respetarme y olvidar esa actitud infantil. A pesar de tu testarudez, te amo. Te quiero demasiado. ¿Qué tengo que hacer para dejártelo claro? —Dio un paso hacia mí, obligándome a echarme hacia atrás. Había dejado caer sus brazos a los costados, pero su postura seguía siendo amenazadora.

—Madura, Frankie. —Caminó a mi alrededor, y su hombro me rozó de pasada antes de entrar en el baño. Un momento después oí correr el agua de la ducha.

Suspiré profundamente antes de quitarme el abrigo y el jersey. Estaba tan decidida a mantener mi independencia que había olvidado que ya me había comprometido a compartir mi vida con otra persona. No podía tener las dos cosas a la vez. No tenía que hacer lo que él dijera, pero debería mostrarme más receptiva a las cosas que me pedía. Tenía razón cuando decía que no pedía mucho. Cuando me ponía un vestido diminuto para salir con Marie, él nunca hacía ningún comentario. Si me veía hablando con un tío guapo en la pastelería, tampoco se ponía celoso. Nunca me miraba el teléfono cuando yo estaba en otra habitación. Era el hombre perfecto... casi siempre.

Me quité la ropa antes de entrar en el cuarto de baño. Se estaba lavando la cabeza bajo el agua caliente. Incluso a través del vidrio que distorsionaba el interior, percibía los detalles de su físico perfecto.

Me metí en la ducha y cerré la puerta detrás de mí.

Siguió dándome la espalda, ignorándome.

Me acerqué por detrás y apoyé la frente en su espalda.

—Lo siento.

Hawke se aclaró el champú del pelo, y se quedó quieto.

—¿Por qué?

—Por ser... cabezota.

Se dio media vuelta y me miró a la cara, pero la furia había desaparecido de sus ojos.

—Lamento haberte llamado Frankie.

—No pasa nada. —Le dediqué una pequeña sonrisa, preguntándole en silencio si estábamos bien—. Sé que tenías buena intención. No debería alterarme tanto por eso.

—Eres independiente y lo entiendo. Es difícil dejar que otra persona cuide de ti.

Por lo menos lo entendía.

—¿Estamos bien?

—Da igual lo cabreado que esté, siempre estamos bien. —Enlazó los brazos alrededor de mi cuerpo y me atrajo a su pecho. El jabón goteó de su cuerpo al mío. Apoyó una mano en la parte baja de mi espalda, cubriendo toda la zona sólo con la palma de la mano—. Eres todo mi mundo. Siempre serás todo mi mundo.

—Gracias por aguantarme. Sé que doy mucho trabajo.

—Eres mucha mujer. —Apoyó su frente en la mía—. Y yo soy hombre más que de sobra para arreglármelas.

HAWKE

El día de Navidad Francesca me presentó como Hawke. No le especificó a Joe lo que era yo para ella, qué tipo de relación teníamos o lo que significábamos el uno para el otro. No me molestó porque lo comprendí. La palabra novio no era la correcta para describirme. Yo era mucho más que eso. Limitarse a decir mi nombre era mejor que una etiqueta absurda.

Y fue en ese momento cuando todo cambió.

Ya no quería seguir siendo su novio. Lo que había entre nosotros estaba a años luz de un amor de principiantes. Los regalos que nos intercambiamos eran prueba suficiente. No necesitaba más tiempo para descubrir cómo me sentía. Mis días de soltero habían acabado mucho tiempo atrás y no tenía ningún deseo de volver a ellos.

Quería casarme con ella.



—Tío, ¿POR QUÉ ESTAMOS AQUÍ? —AXEL LE ABROCHÓ LA CHAQUETA A MARIE para protegerla del frío. Cuando pensó que aquello no era suficiente, la cubrió también con su chaqueta.

—Cariño, estoy bien. —Se la quitó de los hombros.

—No. No quiero que enfermes. —La envolvió en ella y le puso los brazos por encima.

Nunca dejaba de sorprenderme lo atento que era Axel. Cuando estaba

soltero no le importaba una mierda nadie más que él y su polla.

—Quiero que me ayudéis en una cosa.

—¿Qué? —preguntó Marie.

Me giré hacia la joyería ante la que nos habíamos detenido.

—Ayudadme a elegir un anillo.

Marie se quedó con la boca abierta y se le escapó un grito que hizo que los demás peatones se apartaran de su camino.

Axel estaba igual de sorprendido.

—¡Hostia puta, me cago en la leche!

Marie no paraba de dar saltos.

—¡Va a ser tan feliz! ¡Ay, Dios!

—¡Genial! —Axel se olvidó del frío y se frotó la sien—. Es la bomba.

—Debí haberlo hecho hace mucho tiempo. En nuestra primera cita, por ejemplo.

—¿Quieres que te ayudemos? —preguntó Axel.

—Creo que sé lo que quiero comprarle. Lo único que necesito es que estéis allí. —Me imaginaba el anillo que Francesca llevaría puesto todos los días durante el resto de su vida. No sabía mucho de anillos, porque nunca me lo había planteado antes.

—¡Entonces vamos allá! —Marie se dirigió la primera a la joyería.

Axel se echó a reír.

—Es como un *déjà vu*.



—¡ESTE ES MAGNÍFICO! —MARIE SEÑALÓ LA VITRINA DE CRISTAL. UN diamante enorme reposaba sobre un anillo de platino.

—Es muy llamativo —dijo Axel—. ¿Qué tal este? —Señaló un anillo con un diamante de talla princesa y más diamantes en el aro.

No me la imaginaba llevando ninguno de esos anillos.

—Creo que prefiero un diseño personalizado.

—Perfecto —Marie aplaudió con entusiasmo.

Axel se sintió amenazado.

—Yo no personalicé tu anillo, pero también es bonito.

—Es precioso, Axel. —Lo besó en la mejilla para no dañar su ego.

Axel se relajó un poco.

Me reuní con la diseñadora y nos sentamos en su oficina.

—Bueno, ¿qué tiene pensado? —Colocó un iPad delante de mí mientras sostenía un puntero con las yemas de los dedos—. Podemos hacer literalmente lo que quiera.

—Bueno, quiero que sea diferente a cualquier otra cosa que ella haya visto. —Tenía que ser único. Ese era mi criterio.

—Por supuesto. ¿Por qué no echa una ojeada a algunas de las propuestas para tomar ideas? —Me pasó el puntero.

Lentamente empecé a combinar todo lo que quería, eligiendo el platino como metal y diseñando el aro. Creé tres aros segmentados que se extendían por la parte superior y los uní para que dieran una imagen más orgánica. Coloqué el grabado en la cara interior del aro y admiré mi diseño.

Ese era el anillo.

Le devolví el iPad.

—Este es. Talla cinco.

Axel lo miró fijamente con expresión confusa.

—¿Tienes un presupuesto limitado o algo así?

—¿Por qué? —Entorné los ojos, no muy seguro de por qué lo preguntaba.

—Bueno... No hay diamantes. —Señaló la fotografía—. A no ser que se te olvidaran.

—No le voy a poner diamantes. —No me imaginaba a Francesca llevándolos. Ella querría ponerse el anillo para ir a trabajar, pero, si tenía un enorme pedrusco encima, no estaría cómoda. ¿Para qué servía tener un anillo si no se lo podía poner todos los días?

—¿Por qué no? —preguntó Axel—. Si no tiene un diamante, no le va a gustar.

—No —lo contradijo Marie—. Es perfecto para ella. Me la imagino llevándolo puesto.

—Ah... —Axel se rindió y se quedó callado.

—Quiero que tenga algo que nadie más haya visto nunca —dije. —Y este va con su personalidad.

El diseñador me dedicó una sonrisa.

—Tardaremos seis semanas en hacer el anillo. Y tendrá que pagarlo por adelantado, sin reembolsos.

—De acuerdo. Me parece justo. —Saqué la tarjeta de crédito y se la di.

—Esto es muy emocionante —dijo Marie—. Dentro de seis semanas, Francesca será tu prometida.

Seis semanas era mucho tiempo. Tendría que ser paciente.

—Lo estoy deseando.

—Entonces ella ya no será problema mío —dijo Axel—. Será toda tuya.

—Nunca fue tu problema. —Francesca había cuidado de sí misma desde siempre. No necesitaba a nadie, y eso me incluía a mí.

—¿Cómo le vas a proponer matrimonio? —preguntó Marie.

Lo sabía desde hacía mucho tiempo.

—La primera Navidad juntos, me regaló su diario. Fue algo precioso y verdaderamente personal. Empecé a escribir un diario hace unos años, así que voy a regalárselo... con el anillo dentro.

HAWKE

La ventisca remitió y la nieve comenzó a derretirse. La gente volvió a sus vidas ajetreadas, esperando que llegara la primavera. Yo regresé al trabajo e hice unos cuantos clientes más. Seis semanas era mucho tiempo de espera, pero en realidad no era tanto si lo comparaba con toda nuestra vida. Tendría paciencia.

Cuando llegué del trabajo, Francesca ya estaba allí. Había entrado y se había acomodado como si estuviera en su casa.

Me encantaba volver a casa y que ella estuviera allí.

—Hola, Muffin. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. He contratado a más empleados. Tal vez así conseguiré agilizar el servicio a la clientela.

Cogí una cerveza de la nevera.

—A lo mejor deberías trasladarte a un local más grande. —Fue lo primero que se me vino a la cabeza cuando me tuve que abrir paso entre la multitud a la hora del almuerzo.

—Demasiado trabajo.

—O abre una segunda pastelería.

—Definitivamente demasiado trabajo.

Me senté a su lado en el sofá y le di un beso.

—Una pena que no tengas un clon.

Francesca sonrió.

—Te encantaría, ¿a que sí?

—No lo sé... ¡Apenas puedo con una!

—¿Alguna vez has hecho un trío?

Intenté no inmutarme al oír la pregunta. Normalmente no me hacía preguntas sobre mi vida sexual anterior. Cuando volvimos juntos, Francesca se obsesionó con las mujeres con las que me había acostado. Si me lo preguntaba ahora tal vez era porque ya no le importaba.

—Sí. —Cogió mi cerveza y dio un sorbo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es sólo curiosidad.

Cogí mi cerveza y di un trago largo.

—¿Qué quieres hacer esta noche?

Francesca se recostó en el sofá y puso los pies encima de la mesa de centro.

—¿Te parecería mal si te dijera que quiero quedarme en casa y no hacer nada?

—No.

—Porque eso es lo que quiero hacer siempre. No salir nunca.

—Yo pienso lo mismo.

Se inclinó hacia mí.

—Somos un matrimonio de viejos.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Somos aburridos.

—Si la gente nos viera en acción, no pensaría que somos aburridos. —La besé en la coronilla.

—Me reía de Marie cuando Axel y ella empezaron a ir en serio. Y ahora yo estoy haciendo lo mismo.

—Me gusta quedarme en casa contigo todas las noches. Sinceramente, no hay nadie más con quien preferiría estar.

Me abrazó y me estrujó como si fuera un peluche.

—Lo mismo digo.



ME EMPUJÓ A LA CAMA Y ME BAJÓ LOS BÓXERS HASTA LOS TOBILLOS.

Me apoyé con los codos y la contemplé mientras se arrodillaba en el suelo. Sólo llevaba puestos el sujetador y las braguitas, y me imaginé lo que se avecinaba.

Cogió una taza de agua helada y dio un sorbo, jugando con un cubito de hielo en la boca.

La polla se me endureció automáticamente porque sabía lo que iba a ocurrir. Me encantaba enterrarme en lo más profundo de su ser, pero estar dentro de su boca era igual de bueno. Hacía unas mamadas asombrosas, las mejores que había disfrutado nunca. Me entraban ganas de correrme sólo de pensarlo.

Se guardó el cubito de hielo en una mejilla y dejó el vaso a su lado en el suelo.

Una mamada con cubitos de hielo. Nunca me habían hecho nada parecido.

Empezó por las pelotas y me lamió la piel más sensible. La frialdad de su lengua hizo que el miembro se me contrajera al instante. Aquello me produjo una oleada de excitación casi cegadora.

Lentamente subió con la boca por mi miembro hasta que llegó a la punta. Una vez allí, frotó el cubito de hielo contra la piel tierna. El cubito se había hecho más pequeño, pero la sensación seguía siendo buena. Entonces se metió mi polla en la boca y el cubito se fue deslizando mientras ella movía la lengua a su alrededor.

Era alucinante.

Me masajeó las pelotas con los dedos y continuó moviéndose para meterse y sacarse mi miembro de la boca. Sus movimientos eran lentos, aumentando las sensaciones que provocaba su contención. El cubito seguía deshaciéndose, pero tenía la boca fría como un congelador.

Hundí una mano en su cabello y embestí desde abajo, sintiendo un dolor en las pelotas que ansiaba aliviar. Estaba preciosa con mi polla en la boca. Verla así me hizo desear el orgasmo tanto como la sensación. Quise aguantar más, pero no pude. Lo que sentía dentro de su boca era demasiado increíble.

Le sujeté la nuca y eyaculé con un gemido, llenándole la garganta con mi semen. Fue un orgasmo largo, de esa clase de orgasmos que te mantienen en las nubes durante minutos.

Francesca se lo tragó todo antes de apartar la boca. Después se chupó los labios.

Joder, qué sexy era.

Dio otro sorbo de agua antes de ponerse de pie.

Ya estaba satisfecho, pero quería seguir. Con ella, los preliminares eran tan buenos como el sexo. La agarré por la cintura y la empujé hacia la cama.

—Ahora me toca a mí. —Di un sorbo al agua y me metí un cubito de hielo en la boca. Entonces me agaché sobre ella para darle el mismo placer que ella me acababa de dar.



ESA NOCHE FRANCESCA SALIÓ CON MARIE, ASÍ QUE ME QUEDÉ EN CASA. HABÍA un desfile de moda organizado por la revista en la que trabajaba Marie, y a Axel no le apetecía sentarse a verlo. No lo culpaba.

El apartamento estaba excepcionalmente silencioso. Hacía mucho que no estaba así. Normalmente la presencia de Francesca llenaba el aire con el olor de sus tartas. A veces cantaba en la ducha. Y en otras ocasiones hacía montañas de colada. Más o menos vivía allí, pero sin sus cosas.

Me encantaba el apartamento, pero sabía que debíamos encontrar algo más grande. Era perfecto para nosotros dos, pero la familia se ampliaría con el tiempo. Necesitaríamos un jardín, algo con vistas a la naturaleza. Probablemente tendría que emplear tiempo en desplazarme al trabajo desde un barrio residencial.

Nunca pensé que viviría en un barrio así.

Me senté en el sofá y me bebí una cerveza mientras veía el partido. Conociendo a Marie y a Francesca, no volverían hasta las tres de la mañana. A esas dos les gustaba salir de juerga de verdad. Cuando las vi juntas en la despedida de soltera de Marie, estaban bastante desmadradas.

El teléfono sonó y en la pantalla apareció un nombre que no reconocí, pero el prefijo era de Carolina del Sur. Eran las diez de la noche y no tenía ni idea de quién necesitaba hablar conmigo a esas horas. Contesté de todas formas. Hawke Taylor.

La voz que sonó al otro lado del teléfono habló con profesionalidad.

—¿El señor Taylor? ¿El señor Theodore Taylor?

Odiaba mi nombre. Lo aborrecía. Mi alegría desapareció de un plumazo. Si algo me ponía el vello de punta, era eso.

—Sí, soy yo.

—Soy el doctor Tiberius del Centro Médico de Carolina del Sur.

La televisión quedó en un segundo plano y dejé de oírla. Las imágenes se mezclaban y ni siquiera estaba seguro de lo que estaba viendo. Me abandonó toda noción del tiempo y me sentí flotar. Mi mente empezó a divagar.

—Por favor, dígame que está bien. —Ya había recibido esta llamada en otras ocasiones. Conocía el proceso.

—Lo lamento, caballero. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero la hemos perdido.

«¿Qué?»

«¿La han perdido?»

Solté la botella que tenía en la mano y vi cómo rodaba por el sofá. La cerveza se derramó por todas partes hasta formar un charco en el suelo. El olor de la cerveza penetró en mi nariz y me quemó las fosas nasales.

—No comprendo...

—Había perdido mucha sangre y entró en parada cardiorrespiratoria. Intentamos estabilizarla, pero no pudimos hacer nada. Mis condolencias por su pérdida, señor Taylor.

Me puse de pie lentamente, con una gran sensación de debilidad.

—¿Está muerta?

«¿Mi madre está muerta?»

—Lo lamento, señor Taylor. —El doctor Tiberius se repetía porque no sabía qué decir—. Sé que es duro.

Agarré el teléfono con fuerza y noté que me temblaban las manos. La furia me inundó como nunca antes. El ansia de sangre me nubló la vista. Sólo podía pensar en partirle el cuello y desmembrarlo después sólo por deporte. Quería arrastrar su cuerpo a una zanja y dejarlo allí para los buitres.

—Los de la ambulancia dijeron que se había caído por las escaleras y se había estrellado contra un armario. Este se le cayó encima y...

—No. Su esposo la golpeó hasta matarla. —El doctor Tiberius se quedó en silencio—. Ha sido asesinada.

—Lo lamento, caballero. Eso es lo que me dijeron los de la ambulancia.

Agarré el teléfono con tanta fuerza que casi lo hice añicos.

—Voy ahora mismo.



ENTRÉ COMO UNA EXHALACIÓN POR LA PUERTA Y BUSQUÉ SU HABITACIÓN.

—Estoy buscando a Carol Taylor. ¿En qué habitación está?

Un médico que estaba tras el mostrador mirando un gráfico levantó la vista hacia mí. Me dirigió una mirada triste antes de dejar la carpeta.

—¿El señor Taylor?

Entonces supe quién era.

—¿Dónde está?

—El forense está a punto de trasladarla al depósito.

—Quiero verla. —No había nada que pudiera hacer por ella. Llegaba

demasiado tarde. La había dejado sola y no la había protegido como debí haberlo hecho. Yo debería estar en su lugar, tendido inerte sobre una mesa de metal con una sábana tapando mi cuerpo.

—No creo que sea buena idea.

—Es mi madre. —Me entraron ganas de golpearlo, aunque no hubiera hecho nada malo. Quería hacer daño a todo el mundo.

—Lo siento. Podrá verla después de que finalice el protocolo en el depósito de cadáveres. Son las normas.

Di un paso atrás para no agarrarlo por el cuello.

—Tengo que hablar con la policía.

—Estaban aquí hace unos minutos. A lo mejor todavía los alcanza.
Habitación 113.

Sin dar las gracias me dirigí a la habitación donde había muerto. La sangre me palpitaba en los oídos y mi cuerpo gritaba de agonía. El día que tanto temía había llegado. Ya estaba aquí y no podía dar marcha atrás en el tiempo. No podía cambiar lo que había ocurrido. No podía devolverle la vida.

Dos agentes de policía seguían allí, acabando su informe.

—Soy Hawke Taylor, el hijo de Carol. —No me apetecía perder el tiempo con las presentaciones, pero no lograría nada si no lo hacía.

—Lamentamos mucho tu pérdida, hijo. —El agente Bradley me estrechó la mano—. Ya estamos acabando.

—No se cayó. Su esposo la golpeó hasta matarla. —Era imposible que dos policías no vieran las señales. Deberían haber echado un vistazo y ahora sabrían la verdad.

El otro agente se me quedó mirando con ojos vacíos.

—Es una acusación muy grave.

—Mi padre es un borracho violento. Cuando era joven me daba auténticas palizas. Le ha hecho lo mismo a mi madre. Se lo estoy diciendo: no fue un accidente. Tienen que arrestarlo.

El agente Cunningham repasó sus notas.

—Según nuestros registros, ha tenido muchas caídas en el pasado.

—Abusos.

—Por supuesto, podemos investigarlo —dijo el agente Bradley—. Pero ya estábamos en el lugar del suceso cuando llegó la ambulancia. Estaba bastante claro que se trataba de un accidente. Su padre estaba deshecho en lágrimas.

Porque era un puto psicópata.

—Se lo estoy diciendo, eso es lo que ha sucedido.

—¿Estaba allí? —preguntó el agente Bradley.

—No... pero sé que eso es lo que sucedió.

—Si ya había pasado más veces, ¿por qué no se denunció nunca?
—preguntó el agente Cunningham.

En ese preciso instante supe que nunca recibiría ayuda de la policía. Lo único que les importaba era el protocolo y no querían escuchar los hechos reales. Así sus vidas eran más fáciles, y sólo tenían que rellenar informes y avanzar sin reabrir ningún caso.

—Porque mi madre estaba asustada. Intenté convencerla para que se marchara, pero no lo hizo. Y ahora está muerta. —Cuando lo dije en voz alta, me sentí desfallecer—. Muerta.



ME QUEDÉ DE PIE DELANTE DEL MOSTRADOR Y SEÑALÉ UNA PISTOLA DEL expositor.

—Esa.

El tipo la sacó y me la mostró.

—Es una belleza. No es ideal para cazar, pero siempre viene bien tener una por si acaso.

Iba a ir a cazar... pero no animales.

—Me la llevo.

—Muy bien. Se la reservaré. —Devolvió la pistola al expositor y a continuación abrió un cajón.

«¿Reservármela?»

Colocó un papel delante de mí.

—Rellene esta solicitud de antecedentes y es toda suya.

¿Solicitud de antecedentes?

—¿Cuánto va a tardar?

—Cinco días laborales.

No tenía tanto tiempo.

—Venga, tío. Soy un tipo normal.

—Lo siento, hijo. Es la ley.

Saqué algo de dinero.

—Es tuyo si miras para otro lado.

Lo miró como si se sintiera intrigado. Pero entonces cogió un trozo de

papel y escribió un nombre.

—Los vendedores privados no tienen que comprobar los antecedentes penales. Llama a este tío. —Me tendió el papel y dejó el dinero sobre la mesa.



PAGUÉ LA PISTOLA Y ME LA SUJETÉ EN LA PARTE TRASERA DE LOS VAQUEROS. IBA a volarle los sesos a mi padre y no sentía ningún remordimiento. Se merecía una muerte dolorosa. De hecho, un disparo rápido en la cabeza era demasiado bueno para él.

Fui a su casa y comprobé que su camioneta no estaba allí. La casa estaba oscura y silenciosa. No había ninguna luz encendida. Aun así, me detuve para investigar y me pregunté si no se estaría escondiendo.

Usé la ventana que cerraba mal de la parte trasera para entrar. Una vez dentro, comprobé que la casa tenía el mismo aspecto de siempre. Excepto porque faltaban algunos muebles. La mesa de centro había desaparecido y faltaba una de las sillas del comedor.

Supe lo que había sucedido.

Exploré la casa y encontré la cómoda que supuestamente se había caído encima de mi madre. Me detuve cuando llegué hasta ella, a sabiendas de que ese era el lugar donde había empezado a escapársele la vida. Me quedé mirando la tarima de madera y apreté los dientes de rabia.

Seguí explorando la casa y busqué a ese pedazo de cabrón que era mi padre. Todas las habitaciones estaban vacías, y en la de invitados descansaban amontonados todos los muebles que mi padre había intentado ocultar a la policía. Estaba claro que no estaba allí.

Pero me encargaría de él en cuanto volviera.



HABÍA TENIDO EL TELÉFONO APAGADO UN BUEN RATO. NO QUERÍA HABLAR CON nadie. En ese momento, lo único que me importaba era matar al monstruo que le había arrebatado la vida a mi madre. Si hablaba con alguien, probablemente intentarían detenerme.

Ni siquiera quería hablar con Francesca.

Me alojé en un hotel a pocos kilómetros de la casa. Se trataba de mi

ciudad natal, pero no me daba la sensación de estar en casa. Ahora era como una ciudad fantasma, un lugar que en realidad nunca había conocido. Había pasado tanto tiempo intentando salir de allí que no había comprendido que debería haberme quedado.

No me había esforzado lo suficiente en salvar a mi madre. Lo único que tenía que haber hecho era sacarla a rastras de esa casa cuando mi padre estuviera trabajando y meterla en el asiento de atrás de mi camioneta. Pude haberla haber llevado a un lugar seguro. Pudimos haber empezado desde cero. Así, cuando hubiese venido a por ella, habría podido protegerla.

Pero no lo hice.

La dejé morir.



ENCENDÍ EL TELÉFONO PARA HACER UNA LLAMADA. UN SEGUNDO DESPUÉS DE encenderlo, el teléfono sonó y el nombre de Francesca apareció en la pantalla. Debía de haber estado llamando sin parar con la esperanza de que lo encendiera en algún momento.

Suspiré irritado, porque en ese momento no quería hablar con ella. Sólo quería que me dejara en paz.

—¿Sí?

—¿Hawke? —El pánico de su voz resonó en mis oídos—. ¿A dónde has ido? Fui a tu apartamento y no estabas. He estado muy preocupada por ti. Me alegro mucho de que estés bien.

—¿Bien? —Solté una risa maníaca—. No estoy bien. Nunca estaré bien.

Francesca hizo una pausa, y su miedo viajó a través de la línea.

—¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? —Me reí otra vez con una risa que no sonaba en absoluto como la mía—. Te diré lo que ocurre. Mi madre está muerta. La han golpeado hasta matarla. Eso es lo que ocurre.

Otro silencio.

—¡Oh, Dios mío...!

—Ese engendro la ha matado. Y yo dejé que sucediera.

—Hawke...

—Ahora que ya te he puesto al día, tengo que irme. —Desplacé el pulgar hasta el botón de colgar.

—¡Espera, espera! ¿Estás en Carolina del Sur?

—¿Dónde más iba a estar? —Ella no había hecho nada para merecer mi odio, pero no podía controlarlo. Todo mi mundo estaba del revés y era incapaz de distinguir a un amigo de un enemigo. Lo único que sentía era aturdimiento. Sabía que este día iba a llegar y, a pesar de preverlo, no lo había evitado.

—¿Dónde estás exactamente?

—No vengas por aquí. Quiero estar solo.

—Hawke, por favor.

—¿Estás sorda?

Francesca ni se inmutó con mi respuesta hostil. Normalmente me contestaría a gritos, pero esta vez me dejó en paz.

—Ahórrame tiempo y dímelo. Si no, no me quedará más remedio que malgastar tiempo y energía en buscarte.

—Pues buena suerte. —Colgué y entonces hice la llamada que quería hacer desde el principio.

FRANCESCA

A porré la puerta con los puños tan fuerte como pude.
—¡Axel! ¡Abre! —Había intentado llamarlos antes, pero ponían el teléfono en silencio mientras dormían—. ¡Vamos! —Golpeé la puerta con más fuerza, hasta amoratarme las manos.

Axel abrió la puerta vestido únicamente con unos pantalones de chándal.

—Mierda, ¿qué cojones...? —Tenía el pelo revuelto y en sus ojos se apreciaba el recuerdo distante del sueño—. ¿Tienes idea de la hora que es?

—Es una emergencia. —Me había quedado sin aliento al aporrear la puerta principal con todas mis fuerzas—. Hawke.

—¿Qué? —Su actitud cambió radicalmente cuando oyó esas palabras—. ¿Qué ha ocurrido?

—Su madre ha muerto. —Respiré a pesar de la punzada que me atravesaba el costado hasta que el calambre desapareció—. La ha matado su padre. —Todavía no podía creerme lo que había ocurrido. Hawke siempre había temido que este día podía llegar y tenía razón, desgraciadamente—. Se marchó ayer y no conseguía localizarlo. Pero al final lo he encontrado y está en Carolina del Sur.

—Ah, mierda. —Se cruzó de brazos con la incredulidad reflejada en el rostro.

—Está fuera de sí. Cuando hablé con él por teléfono, fue como hablar con una persona totalmente diferente. Está... Ni siquiera sé dónde está.

—Pobre hombre.

—Estoy muy preocupada por él. Tenemos que ir todos a hablar con él y salvarlo antes de que haga algo irremediable.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que evitar que mate a su padre. —No debí decirlo en voz alta, pero era la verdad. No descartaba que Hawke fuera a hacer algo parecido. Cuando perdía los estribos era más destructivo que una bomba nuclear. Carecía de autocontrol.

—Espera que nos vestimos y vamos contigo. —Volvió a entrar en el apartamento.

—Daos prisa, por favor.



—¿SABES DÓNDE ESTÁ? —PREGUNTÓ MARIE, SENTADA EN EL ASIENTO DEL copiloto.

—No me lo ha querido decir. Me ha dejado completamente al margen.

—En esos momentos no era más que una extraña que lo molestaba.

—Pensemos —dijo Axel—. ¿Dónde puede estar?

—Podría estar en el hospital —apuntó Marie—. Allí falleció su madre.

—Pero eso fue hace veinticuatro horas —señalé—. A estas alturas ya habrán trasladado su cuerpo.

—¿Sabes dónde vive su padre? —preguntó Axel.

—No... Nunca me lo dijo.

—Bueno, tiene que dormir en algún sitio, ¿no? —preguntó Marie.

—Probablemente se aloja en algún hotel.

—Que posiblemente esté cerca del hospital. —Axel golpeó el volante con la mano, recordando cuando todos nosotros vivíamos en esa zona—. Y sólo hay un hotel en ese lugar. Tiene que estar en el Marriott.

—Dios, espero que tengas razón. —Me daba la sensación de que no iba a ser tan fácil.

—Podemos conseguir su número de habitación en la recepción —sugirió Axel—. Seguiremos a partir de ese punto.



AFORTUNADAMENTE, SE HABÍA REGISTRADO EN EL HOTEL. EN CUANTO SUPIMOS en qué habitación estaba, corrimos por el pasillo hasta que la encontramos. El corazón me latía con tanta fuerza que apenas podía contenerlo. Estaba a punto

de explotarme y saltarme del pecho.

Llamé a la puerta con suavidad, con la esperanza de que supusiera que se trataba del servicio de habitaciones o algo parecido.

No hubo respuesta.

—Llama otra vez —susurró Axel.

Aporreé la puerta con los nudillos, pero no se oyó ningún ruido en el interior.

—No debe estar aquí. —Deseé agarrarme la cabeza y empezar a gritar.

—¿Y qué está haciendo a las cinco de la mañana? —preguntó Marie.

No quería pensarlo.



NOS QUEDAMOS JUNTO A LA PUERTA DE SU HABITACIÓN, ESPERANDO A QUE volviera.

—Prueba a llamarlo por teléfono otra vez. —Axel se sentó en el suelo con Marie tumbada sobre su regazo. Estaba dormida.

—Ya lo he hecho. Tiene el teléfono apagado. —Caminé de un lado a otro por delante de la puerta. No había dormido en cuarenta y ocho horas, pero la necesidad de descanso había desaparecido totalmente de mi cuerpo. Hawke estaba sufriendo enormemente y yo era incapaz de relajarme ni siquiera por un segundo.

—Vamos, Hawke... —Axel acarició el pelo de Marie.

Yo estaba completamente aterrorizada sólo de pensar que Hawke podría ir a la cárcel por asesinato. Iba a suceder. Lo presentía.

El ascensor que había al final del pasillo sonó antes de que se abrieran las puertas. Me giré inmediatamente, con la esperanza de ver salir a Hawke.

Y así fue.

Llevaba la misma ropa que vestía el día que se marchó. Se movía de forma distinta, como si cargara con un peso invisible sobre los hombros. Tenía los ojos clavados en el suelo. No levantó la vista hasta que estuvo cerca de la puerta.

Cuando me vio no pareció complacido. Parecía incluso más enfadado que cuando habíamos hablado por teléfono unas horas antes. Ver mi rostro no lo tranquilizó como había esperado. De hecho, tenía el aspecto de un homicida.

—¿Qué te dije? —Su agresividad surgió como un hachazo contundente.

Estaba sufriendo más de lo que yo podía imaginar, y no se lo tuve en cuenta. Cuando perdí a mi padre y mi madre casi al mismo tiempo, yo también estaba fuera de mí. Me cabreeé con mi padre por irse voluntariamente, y también me cabreeé con el mundo. Nadie entendía su reacción mejor que yo.

—Te queremos y queremos estar contigo en estos momentos.

—Bueno, pues yo no os quiero aquí. Habéis perdido el tiempo. —Sacó la llave de la cartera y se dirigió a la puerta.

—Hawke. —Me interpuse entre la puerta y él—. Entiendo lo que sientes...

—Cierra la puta boca. No tienes ni idea de lo que estoy pasando. Vale que tu padre se suicidara, pero no asesinó a tu madre. No es lo mismo. —Los ojos estaban a punto de salirsele de las órbitas, igual que a un asesino en serie. Ya no era él mismo.

No lo puse en su lugar porque no habría adelantado nada. Necesitaba mantenerlo calmado, no agravar la bronca.

—Entonces explícamelo. Quiero oírlo. —Parecía increíble que unos días antes hubiéramos estado locamente enamorados y felices. Ahora me parecía que aquello había sucedido en otra vida.

—Me importa una mierda lo que quieras tú. Quiero que te vayas... y no vuelvas. —Me apartó a un lado con su enorme brazo para llegar hasta la puerta. El empujón no fue muy fuerte, pero si hubiera estado en sus cabales, nunca habría hecho algo semejante.

—¡Eh! Espera un momento. —Axel se puso de pie con la paciencia agotada—. Está intentando ayudarte, ¿y así es como la tratas? No me importa lo que te haya pasado, Hawke. Nadie le habla así a mi hermana.

Agradecí la defensa, pero eso sólo empeoraría las cosas.

—Axel, llévate a Marie y espérame en el vestíbulo.

Hawke respiró con fuerza y se quedó mirando a Axel como si fuera a arrancarle la cabeza de los hombros.

Axel no se movió.

—Por favor. —Yo entendía a Hawke mejor que él. Con mis palabras podía alejarlo del precipicio.

Axel agarró a Marie de la mano y se fue.

Cuando ya se habían marchado, me volví hacia Hawke.

—Ahora sólo estoy yo. —Mantuve la voz baja, con la esperanza de persuadirlo para que abandonara la idea del asesinato.

—¿Se supone que eso tiene que importarme? —Su voz era fría como el hielo—. Frankie, simplemente quiero estar solo. No te he pedido que vinieras.

No quiero mirarte ni hablar sobre cómo me siento. Lo único que quiero es un poco de soledad.

Me dolió verlo despacharme con esa frialdad. Debería correr a mis brazos, no alejarse de mí. Pero su estado emocional lo había colocado en una posición completamente diferente. No era el hombre que conocía.

—Entonces déjame compartir tu soledad.

Tenía la puerta abierta, pero no me permitía traspasar el umbral.

—Vete por donde has venido. —Entró y dejó que la puerta se cerrase sola. La paré antes de que se cerrara del todo y entré sin que me invitara.

Hawke se volvió y me fulminó con la mirada.

—¿Quieres acabar muerta?

—Tú nunca me harías daño. —Sabía que en ese momento era una persona distinta, pero eso no cambiaba nada. El hombre al que amaba aún estaba ahí. No me levantaría la mano por muy enfadado que estuviera. El único dolor que me infligiría provendría de sus palabras.

—¿Estás segura de eso? —Se giró y se encaró conmigo—. Mi padre y yo no somos diferentes. Llevamos el mismo nombre, y tenemos el mismo aspecto y la misma furia desbocada. —Acortó la distancia que nos separaba y me miró con fiereza a los ojos—. Te partiré el cuello y te arrojaré al suelo. Máchate antes de que sea demasiado tarde.

Di otro paso hacia él.

—Tú no eres tu padre. —Ladeé la cabeza ligeramente y dejé el cuello al descubierto—. Te lo estoy poniendo en bandeja, Hawke.

—No deberías.

Me quedé mirándolo sin pestañear.

—Tú proteges a las personas, no las lastimas. Y eres el mejor hombre que he conocido. No harías daño a nadie. Y, desde luego, nunca serías capaz de matar a alguien.

—¿Sí? —Se llevó la mano a la espalda y sacó una pistola—. ¿Lo crees de verdad? —La balanceó delante de mí.

Al ver el arma se me aceleró el corazón, pero seguía sin tener miedo.

—Entonces dispárame. —Apretó los dientes y me miró de arriba abajo, irritado porque las cosas no estaban saliendo como quería. Agarré la pistola por el cañón y me la apunté al pecho—. Sólo de esta forma te librarás de mí.

Tal y como sospechaba, apartó rápidamente el arma y dio un paso atrás, aterrorizado al pensar que me había estado apuntando. Se la guardó en la parte de atrás de los vaqueros.

—Márchate, por favor. —Ahora su voz surgía calmada, como si aceptara la derrota.

—No.

—Entonces cállate. —Se quitó la camisa y se desvistió. Puso el seguro a la pistola y la dejó sobre la cómoda.

Yo me quedé de pie mirándolo.

—Me voy a dormir. Puedes salir tú sola. —Se metió bajo las sábanas y apagó la lamparita.

Me quedé de pie unos segundos antes de desvestirme y meterme en la cama a su lado. Cuando mi cuerpo tocó el colchón, Hawke se giró hacia el lado opuesto, cerrándose a mí completamente. Yo no había asesinado a su madre, pero me trataba como si fuera culpable.

—Siento muchísimo lo de tu madre, Hawke. —Le pasé la mano por la espalda.

—No me toques.

Aparté la mano y me la llevé al pecho.

Después de una larga pausa, por fin habló.

—La policía cree que fue un accidente. Que se cayó por las escaleras y se chocó contra la cómoda. Cuando los contradije, no me creyeron. Mi padre está fuera de toda sospecha, así de simple. —Me aferré a cada una de sus palabras e intenté no hacer ningún ruido—. Perdió tanta sangre que sufrió un paro cardíaco y murió. —Cerré los ojos mientras me inundaba el dolor—. Y ese cabrón anda suelto. —Aquello no estaba bien—. He decidido hacer lo que no va a hacer el sistema judicial. Me voy a ocupar yo... Y me quedaré a verlo morir.

Sabía que estaba muy alterado y tenía el corazón roto. Nadie podía culparlo por ello. Pero esta no era la solución.

—Tienes todo el derecho a estar enfadado, Hawke. Pero matarlo no es la solución.

—Sí lo es. Y debí haberlo hecho hace mucho tiempo. Tal vez ella aún estaría aquí.

—No es culpa tuya.

—Sí es culpa mía —replicó con frialdad—. Sabía que este día llegaría y no lo detuve.

—Hiciste todo lo que podías...

—No fue suficiente. Voy a meterle una bala en los sesos en cuanto aparezca. Me importa una mierda si tengo que pasar el resto de mi vida en la

cárcel. Habrá merecido la pena.

—Hawke, tú no quieres cargar con eso sobre los hombros el resto de tu vida. No eres un asesino.

—Sí lo soy.

—No cambiará nada. No te la devolverá.

—No. Pero al menos me hará sonreír. —Siguió dándome la espalda y no se giró. Se mantuvo a todo un mundo de distancia y se aseguró de que yo no invadiera su espacio.

Había llegado demasiado lejos para poder ayudarlo. No sabía qué hacer. Normalmente me miraba a los ojos, pero ni siquiera podía lograr que hiciera eso. Yo era la única persona en el mundo que siempre podía traerlo de vuelta cuando estaba al borde de la locura.

Pero ahora no tenía ningún poder.

HAWKE

Me deslicé fuera de la cama sin despertar a Francesca. Intentaría entorpecer mis planes y no tenía tiempo para eso. Lo único que quería era que ella desapareciera, que regresara a Nueva York y me dejara en paz.

Me vestí y oculté la pistola en la parte de atrás de los vaqueros. Con suerte, a estas alturas mi padre ya habría regresado a casa. En algún momento tenía que aparecer, sobre todo para el funeral.

No se podía esconder para siempre.

Sabía que yo le provocaba pavor. Era perfectamente consciente de lo que se avecinaba. Después de cómo le rompí la mandíbula y la nariz aquella vez en el hospital, sabía que esta vez haría algo mucho peor.

El hecho de que hubiera huido me divertía.

Porque estaba asustado.

Deseaba atemorizarlo tanto como pudiera, provocarle la dosis más alta de ansiedad justo antes de matarlo. En pago por toda mi vida. Por todos los años de andar con pies de plomo por la casa sin saber qué sería lo que le haría estallar. Mi madre tenía que hacer lo mismo, y servirlo a cuerpo de rey sólo para asegurarse de que no empezara con el whisky.

La venganza es una cabronada, ¿a que sí?

Cogí las llaves y me dirigí a la puerta.

Francesca me bloqueó el paso en bragas y sujetador. La vista normalmente me habría excitado, pero en ese momento no sentí nada. No era más que un obstáculo en mi camino, un problema que quería quitarme de en medio.

—Hawke, no lo hagas.

—Aparta de mi camino.

—Ahora estás enfadado, como es lógico. Pero esta no es la solución.

—Apártate o te quitaré yo. —Me acerqué más a ella, amenazándola con todo mi cuerpo.

—Entonces vas a tener que quitarme tú, porque no me pienso mover. —Se mantuvo en sus trece, enterrando todo su miedo en lo más profundo de su ser.

—¿Crees que se merece vivir? —Nada me jodería más. Mi madre no había merecido morir y él por supuesto, no merecía vivir. ¿Cómo iba a ser justo?

—No he dicho eso.

—Pues ha sonado así.

—Recibirá lo que le depare la vida, Hawke. No tienes por qué apretar el gatillo.

—Pero se lo merece. Debí haberlo matado hace mucho tiempo.

—Seguro que te sentirás satisfecho en el momento de arrebatarle la vida. Pero cada segundo que venga después no sentirás nada que no sea culpa y aflicción. Tu madre no hubiera querido que lo hicieras, Hawke.

Aquellas fueron las únicas palabras de todo lo que dijo que me llegaron de verdad. Mi madre no habría querido que le quitara la vida. Siguió protegiéndolo por el amor que le profesaba, aunque sabía que un día la mataría. Yo a eso no lo llamaba amor. Lo llamaba estupidez.

—Lo voy a hacer, digas lo que digas. Apártate de mi camino.

Francesca no dio un solo paso.

—Ahora mismo deberías concentrarte en el duelo. Ocúpate de la organización del funeral. Prepárate para decir adiós. No pierdas el tiempo con alguien que no merece tu atención.

Cuando yo decidía una cosa, nunca cambiaba de opinión. Iba a hacerlo, tanto si le gustaba como si no. Nada podría arrebatarme la venganza. Dejaría a ese cabrón tirado en el suelo de una vez por todas.

—Muévete.

—No.

—Ahora.

—No. —Se cruzó de brazos.

—Vale. —Me arrodillé y me metí entre sus piernas, forzándola a volcarse sobre mi hombro. La sostuve en el aire y después di media vuelta y la tiré a la cama.

Francesca peleó por liberarse todo el tiempo.

—¡No, Hawke! —Se agarró a mí, rodeándome la cintura con las piernas para que no pudiera escaparme—. No lo hagas. No te voy a dejar hacerlo.

Forcejeé para librarme de ella hasta inmovilizarla en la cama con una sola mano.

—Déjalo ya.

—Déjalo tú. —Me soltó una patada.

Le sujeté las dos manos por encima de la cabeza.

—No me obligues a hacerte daño.

—Nunca lo harías.

—Sí lo haré. No lo dudes. —Me aparté de la cama y me dirigí a la puerta.

Vino corriendo por detrás y saltó encima de mí.

—No. No voy a permitir que cometas el peor error de tu vida.

Me la quité de encima y volví con ella al dormitorio.

—El peor error de mi vida fue dejarle vivir. —La volví a tirar sobre la cama—. ¿Tengo que atarte? Porque lo haré.

—Si te vas llamaré a la policía.

No debió lanzarme esa amenaza.

—Bueno, pues ya puedes ser rápida, porque no necesito mucho tiempo.

—Me aparté y salí como un rayo de la habitación antes de que pudiera volver a agarrarme. Nada me impediría hacerlo. Tenía la pistola cargada y lista para disparar.

Ya sólo me faltaba la diana.



CUANDO ME DETUVE DELANTE DE LA CASA, VI SU CAMIONETA.

«Ha llegado la hora del espectáculo».

Aparqué ahí mismo y ni me molesté en ocultar mi coche. Si estaba vigilando, quería que supiera que iba a por él.

Quería que supiera que se le había acabado el tiempo.

La verja lateral siempre estaba abierta, y entré por ahí. Di la vuelta a la casa hasta que llegué a la parte de atrás. La ventana cerraba mal y metí la mano para abrir la puerta trasera. Entonces saqué la pistola y entré.

La sala de estar permanecía exactamente tal y como la recordaba. Probablemente sólo había entrado para coger unas cuantas cosas, calculando que sería lo bastante rápido para que yo no lo pillara.

Dejé la pistola a mi lado y escuché los ruidos de la casa. La tarima crujía en la planta superior bajo sus pesados pies. Estaba en el dormitorio, probablemente reuniendo cosas de última hora. Pretendía huir y dudé que tuviera intención de asistir al funeral.

Sus pasos se oyeron a través del techo hasta que llegaron a las escaleras. Las tablillas crujieron bajo su peso mientras bajaba. Cuando llegó al último escalón, apareció en el vestíbulo con una maleta en la mano.

Se iba a marchar de allí, sin lugar a dudas.

Me quedé completamente quieto, esperando que me viera. Mi padre estaba decidido a largarse tan rápido como pudiera y no prestó atención a lo que le rodeaba.

Buscó las llaves en su bolsillo.

—¿Vas a alguna parte?

Dio un salto y se le cayeron las llaves al suelo. Se estrellaron con un ruido sordo que resonó por toda la casa.

Levanté la pistola y la agité ante sus narices.

No era el hombre temible que recordaba. Inmediatamente se encogió, presa de un miedo evidente que delataban sus ojos abiertos de par en par. Estaba mucho más asustado de mí de lo que yo jamás había estado de él. En los últimos años le había aumentado la tripa hasta ocultar su cintura a causa del alcohol que había consumido durante toda su vida. Sobresalía como un gran bulto, y los pantalones apenas se le sujetaban. Conservaba todo el pelo y sus ojos eran idénticos a los míos. Aunque teníamos bastante parecido, yo no me veía reflejado en esos rasgos. Sólo veía a un monstruo.

No dijo nada. Se agarraba el pecho con una mano y respiraba pesadamente, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de pánico. Dio un paso atrás, como si creyera que un poco más de distancia lo iba a proteger de la bala.

Lo apunté con la pistola directamente a la cabeza y me acerqué hasta que ya no hubo distancia entre nosotros. Apoyé el extremo del cañón entre sus ojos y le dediqué mi sonrisa más sincera.

—Llevo mucho tiempo deseando que llegara este momento.

Tembló ante mí, a punto de mearse en los pantalones. Para ser un maltratador, era el cobarde más grande que había visto nunca.

No mencioné a mi madre porque no hacía falta. No se molestó en negarlo, sabiendo que yo lo habría adivinado. Levantó las manos y empezó a rogar por su vida.

—Lo siento...

—¿Mamá dijo lo mismo antes de que la mataras? ¿Tuviste piedad de ella? —Seguía temblando, incapaz de quedarse quieto—. No voy a tener piedad de alguien que no es capaz de sentirla. —Amartillé la pistola.

—Por favor, no. —Las lágrimas brotaban de sus ojos.

Mentiría si dijera que no estaba disfrutando.

—Yo... —Se encogió ligeramente, y entonces se agarró el pecho. Tomó aliento con fuerza, pero no parecía conseguir suficiente aire. Después cayó al suelo en medio de fuertes convulsiones, como si le estuviera dando un ataque.

Bajé el arma.

Aún tenía los ojos completamente abiertos, pero ahora estaban desprovistos de vida. Conservaba la mano sobre el corazón y empezó a salirle espuma por la boca.

Le estaba dando un infarto.

Debí haber llamado a emergencias, pero no lo hice. Me quedé de pie sobre él y lo vi morir, contemplando el sufrimiento de sus últimos momentos de vida. Francesca tenía razón cuando dijo que no sería necesario que apretase el gatillo. Si lo hubiera hecho, ahora sería un asesino. Pero quedarme mirando y negarme a socorrerlo sólo era negligencia.

Cuando por fin su cuerpo cesó de moverse y sus ojos se volvieron vidriosos con la presencia de la muerte, supe que se había ido de verdad. Me arrodillé y lo examiné, observando la espuma que le goteaba de la boca. Había soñado con este momento durante mucho tiempo, pero no me sentía como había pensado. No había alegría, ni rastro del éxtasis producido por la dulce venganza.

No sentí nada.



TENÍA LA MENTE COMPLETAMENTE ATURDIDA DURANTE TODO EL CAMINO DE vuelta a la habitación del hotel. No podía quitarme de la cabeza la imagen de mi padre tendido en el suelo, convertido en un despreciable despojo humano. La sola visión del arma consiguió aterrorizarlo y le provocó un ataque al corazón.

¿No era patético?

Fue una muerte digna de un cobarde, mejor que haber acabado con una

bala entre los ojos. Esperaba sentirme libre ahora que se había ido, como si por fin me hubiera desprendido del peso que cargaba sobre los hombros. Pero no había cambiado nada. Seguía siendo exactamente el mismo hombre.

Mi madre había muerto. Nada me la devolvería ya ni nunca le daría la vida que había merecido. Si lo hubiera hecho antes, mi madre podría haber disfrutado el resto de su vida. Los remordimientos me estaban matando por dentro.

Cuando entré en la habitación, me había olvidado por completo de Francesca. Tenía la cabeza sumida en un torbellino de emociones.

Estaba sentada en la cama y se puso de pie como un resorte en cuanto entré. En lugar de parecer asustada, parecía aliviada al verme regresar. No me preguntó si lo había matado. Lo único que hizo fue mirarme fijamente.

—¿Por qué estás todavía aquí? —Ella se levantó de la cama cruzada de brazos. ¿Por qué no se iba y me dejaba solo?—. Vete.

—¿Por qué me echas de tu lado?

—Porque quiero estar solo —bramé—. Ya te lo dije.

—Entiendo que ahora mismo estés sufriendo, pero déjame compartir tu carga. Somos un equipo, Hawke. No cargues tú solo con ello.

—Quiero hacerlo yo solo. —Arrojé el arma a la mesa y me senté en la silla que había al lado—. Estoy harto de oírte hablar. Mi madre acaba de morir y lo único que te preocupa eres tú. Quieres que te preste atención y que bese el suelo que pisas. Supéralo.

Francesca no se movió de donde estaba.

—No, en absoluto. Es sólo que no quiero que te alejes de todos nosotros porque creas que no mereces nuestro cariño y nuestro apoyo. ¿Cuántas veces tengo que decirte que tú no eres tu padre? No sé cómo decírtelo para que lo entiendas.

Junté las manos y me quedé mirando al suelo.

—Está muerto. —Revelárselo me era indiferente.

—¿Qué? ¿Cómo?

Levanté la vista hacia ella con ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir con cómo? —Había ido hasta allí con el arma. ¿Qué pensaba que había sucedido?

—Sé que tú no lo mataste, así que, ¿qué ha sucedido?

¿Cómo lo sabía? ¿Me había seguido? Me cabreaba muchísimo que me conociera tan bien.

—¿Por qué estás tan segura de que no le metí una bala en los sesos?

—Porque te conozco, Hawke. Tú no harías algo así.

Miré la pistola que seguía sobre la mesa con la sospecha abriéndose paso en mi mente. Cogí la pistola y abrí el cargador.

No había ni una sola bala.

—Las sacaste mientras dormía. —Debí haber adivinado que usaría un truco como ese.

—Sabía que no las necesitarías.

Arrojé el arma al suelo.

—Tienes un cuajo increíble.

—Te estaba protegiendo de ti mismo.

—Si sabías que no iba a matarlo, ¿por qué sacaste las balas? —Sabía que la había pillado.

—Los accidentes ocurren. ¿Y si te hubiera quitado el arma y te hubiera disparado él a ti?

Quise gritar.

—Saca tu puto culo de la habitación. Estoy harto de verte y hablar contigo. Vete.

—No me voy a ir. —Francesca se sentó en el borde de la cama—. Por mucho que quieras, no estás solo en esto.

—Entonces me marcharé yo. —Me puse de pie y me dirigí a la puerta.

—¿Cuál es tu problema, Hawke? —Ella también se puso de pie, con los brazos colgando inertes a los costados—. Soy yo. ¿Por qué no vienes a mí? ¿Por qué no dejas que te consuele? ¿Por qué me alejas de ti? —Las lágrimas se arremolinaban en sus ojos.

—Porque ambos sabemos que no lo merezco. Los dos sabemos que no soy lo bastante bueno para ti. Que esta relación estaba destinada a fracasar desde el principio. Venimos de mundos distintos. Soy un hombre violento con un carácter que no puedo controlar. Dentro de diez años estarás enterrada a dos metros bajo tierra... por mi culpa. —Se lo solté a la cara, ignorando las lágrimas que empezaban a rodar por sus mejillas—. Dejemos de fingir que esto va a durar para siempre. Hemos acabado... de verdad.

FRANCESCA

Me reuní con Axel y Marie en su habitación.
—¿Cómo está? —preguntó Marie inmediatamente.
Cuando entré, Axel estaba sentado en el borde de la cama.
Saltó con un respingo y se dirigió directamente hacia mí.
—¿Lo has tranquilizado?
Miré a Marie.
—Está fatal. —Entonces me volví hacia Axel—. Y no.
Marie se desinfló como un globo.
—Se lo está tomando muy mal.
—Entiendo que está sufriendo, pero no está bien comportarse como un cabrón integral. —Axel se estaba transformando en el hermano mayor sobreprotector que yo no echaba de menos.
—Me ha dicho que hemos acabado. —Sentía como si mi cuerpo estuviera completamente paralizado a causa de nuestra última conversación—. Incluso había traído una pistola para matar a su padre. Yo sabía que no lo haría, pero, por si acaso, le quité las balas. No podía permitir que sufriera el resto de su vida por algo que no tendría remedio.
—¿Qué? —estalló Marie—. ¿Ha roto contigo?
—Pero ¿qué cojones? —añadió Axel—. No estás hablando en serio.
Asentí con la cabeza.
—He intentado consolarlo, pero no quiere que esté con él. Cuanto más lo intento, más me rehúye.
Marie vino a mi lado y me abrazó.
—¡Dios, qué pesadilla!

Axel empezó a caminar de un lado a otro con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Le voy a patear el culo.

—Déjalo en paz —dije—. No lo ha dicho en serio.

—¿Que no lo ha dicho en serio? —preguntó Marie.

—Está muy trastornado. —Me aparté de ella y me senté en el borde de la cama—. Siempre que aparece su familia, me aparta de su lado. Hawke cree que es igual que su padre, y no es verdad. Vuelve a sentirse perdido.

—Lo entiendo —respondió Axel—. Pero no puede pasar de ti cada vez que las cosas se ponen difíciles.

Odiaba recordarle el pasado, pero tuve que hacerlo.

—Axel, cuando papá se pegó un tiro, te volviste loco. Estuviste enfadado y amargado durante mucho tiempo. A día de hoy, sigues sin ser como eras antes de aquello. Yo también cambié, y tardé muchísimo tiempo en recuperarme. Después, cuando Hawke me abandonó, me hundí aún más e intenté matarme con una sobredosis de analgésicos. Cuando te golpea una tragedia, todos hacemos cosas que desearíamos no haber hecho. —Axel dejó la discusión porque sabía que yo tenía razón—. Ahora mismo, lo único que debemos hacer es estar con Hawke de la forma que él nos permita para ayudarlo. Iremos al funeral y estaremos a su lado. Cuando salga de la depresión lo sabremos.

—¿Así que crees que en realidad no quería cortar contigo? —preguntó Axel.

—No, por supuesto que no. —Hawke nunca me haría eso. Yo era la única familia que le quedaba. Me amaba más que a la vida misma—. Simplemente necesita tiempo para superar todo esto. Cada uno supera la aflicción a su manera. El pobre acaba de perder a su madre y, aunque lo odiara, también ha perdido a su padre.

—¡Espera! ¿Qué? —preguntó Marie—. ¿Cuándo ha muerto su padre?

—¿Lo ha matado Hawke? —preguntó Axel.

No les iba a contar a ninguno de los dos los momentos más oscuros de Hawke.

—No. Le dio un ataque al corazón.

—Ah... —Axel se rascó la nuca—. Son demasiadas emociones fuertes para digerirlas de una sola vez.

—Ahora me explico por qué está tan alterado —añadió Marie.

—Entonces, dejemos que grite como un energúmeno si eso es lo que necesita. —Aunque Hawke había dicho un montón de cosas imperdonables, no

se las tendría en cuenta porque sabía lo que significaba perder a tu padre y a tu madre... a la vez—. Dejad que haga lo que quiera para superarlo. Ahora mismo no se trata de nosotros. Se trata de Hawke.



EL FUNERAL SE CELEBRÓ EN UNA GRAN IGLESIA BLANCA CERCA DE LA COSTA. Había estado allí unas cuantas veces con Yaya por Semana Santa. Hawke no podía haber elegido un lugar mejor para la ceremonia.

Cuando entramos en la iglesia, él ya estaba allí. Se había sentado en primera fila, al lado del pasillo. Había unas cuantas personas diseminadas por los bancos, pero eran relativamente pocas.

—Nos sentaremos aquí atrás. —Axel agarró a Marie de la mano y la llevó a un banco.

Respiré profundamente y caminé hacia el altar con la esperanza de que Hawke me quisiera a su lado. Me había comprado un vestido negro y unos zapatos de tacón en el centro comercial porque no había traído ropa adecuada. Cuando llegué a su lado, levantó lentamente la vista hacia mí.

Ya no había brutalidad en sus ojos. Pero tampoco encontré alegría. Me miró fijamente, como si fuera una persona cualquiera, alguien a quien no conocía y no tenía ningún interés en conocer. Su indiferencia era peor que cualquier insulto.

—¿Puedo sentarme contigo? —Sospechaba que iba a decir que no, tal vez incluso me echaría.

Se movió un asiento para dejarme al lado del pasillo. No me volvió a mirar y no me dirigió la palabra.

Me senté a su lado y crucé las piernas. En lugar de tomarle la mano como habría hecho normalmente, me quedé quieta. El medallón que me había regalado colgaba de mi cuello y esperaba que volviera a mí al verlo. Estaba sumido en una espesa niebla, perdido como un perro abandonado en la cuneta en una noche de invierno.

Sostenía un folleto en la mano, arrugado de apretarlo tan fuerte. No había nadie más sentado en primera fila, lo que quería decir que él era el último familiar que había tenido su madre.

—Si me necesitas, estoy aquí. —No hacía falta que se lo dijera, pero Hawke necesitaba oír las palabras.

Siguió mirando hacia adelante, con la vista puesta en el féretro. Era de color blanco inmaculado con ribetes dorados. Tenía coronas de flores dispuestas sobre la parte superior. No estaba abierto a la vista, probablemente porque su madre estaba demasiado golpeada para mostrar su rostro. Todo era de la mayor elegancia. Hawke había hecho todo lo posible para darle un hermoso funeral.

El pastor se acercó al púlpito y comenzó la ceremonia.



CUANDO FUE SU TURNO, HAWKE SUBIÓ AL PÚLPITO Y SACÓ SU DISCURSO DEL bolsillo. Su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción, como si la muerte de su madre y el funeral no significaran absolutamente nada para él. Estaba aturdido, incapaz de sentir nada. Se aclaró la garganta y se quedó mirando su discurso.

Sospechaba que le diría a todo el mundo la verdad acerca de lo ocurrido, que su madre no era una mujer torpe que no sabía bajar las escaleras de una en una. Le contaría al mundo lo que había sucedido en realidad, que su maltratador le había arrebatado la vida. Si eso era lo que quería hacer, yo no iba a aconsejarle lo contrario.

—Cuando tenía diez años, quise disfrazarme de caracono por Halloween. —Hawke bajó la vista hacia el papel mientras hablaba—. Quería disfrazarme de algo distinto a los demás niños, y quería que fuera divertido. Pero en aquella época no teníamos mucho dinero y mi familia no se lo podía permitir. Mi padre dijo que me disfrazara de otra cosa, preferiblemente algo que se pudiera hacer con cartón. Me enfadé por no poder salirme con la mía, pero comprendí que era una batalla perdida. Decidí no salir con mis amigos a disfrutar de la fiesta del truco o trato.

»Poco podía saber que mi madre había estado trabajando sin parar para hacerme un disfraz de caracono. Unos compañeros de su clase de manualidades la ayudaron. Entre todos hicieron el traje perfecto de caracono, y le costó tres pavos. El día que me lo dio, empecé a dar saltos y a gritar. No podía creer que lo hubiese hecho para mí y que hubiese empleado tantísimo tiempo intentando hacer realidad mi sueño. No me importaba que no tuviéramos mucho dinero. Lo único que me importaba era que tenía una madre dispuesta a dar a su hijo lo que quería, sin importar el tiempo que tuviera que

emplear.

Me tapé los labios con los dedos, al darme cuenta de que me estaban temblando. Los ojos se me llenaron de lágrimas con la historia, al imaginar a Hawke de niño con sus amigos. La única vez que había hablado con su madre había sido cuando se refugió en el apartamento de Hawke. Ahora deseaba haberla conocido mejor, haber oído esas historias de sus labios.

—Así era mi madre —continuó Hawke—. Lo hacía todo por mí, a veces poniéndome pudín de chocolate en la bolsa del almuerzo sólo para darme una sorpresa. Aunque yo la he conocido como madre, sé que para vosotros fue otra cosa. Era una amiga, un familiar y muchas otras cosas. Ahora que ya no está, siento que mi vida está vacía, como si me faltara algo. Pero intentaré recordar que su espíritu vive en mí. Puedo sentirla en mi corazón. Y siempre la sentiré. —Dobló el papel del discurso y suspiró al micrófono—. Gracias.

Bajó del púlpito y regresó a su asiento a mi lado. Su rostro seguía impenetrable, ocultando profundamente todos sus sentimientos. Estaba librando una batalla en su interior, pero la mantenía enterrada en lo más profundo de su ser.

Tragué saliva antes de tomarle la mano, sintiéndome vacía de repente. Nunca conocería a mi futura suegra tan bien como me habría gustado. Era una lástima haber perdido esa oportunidad.

Hawke no retiró la mano, pero tampoco me devolvió el apretón. Dejó sus dedos allí, fríos y distantes. Era como si no me estuviera dando la mano, como si sólo me permitiera sostenérsela.



BAJARON EL ATAÚD AL HOYO Y TODOS LOS PRESENTES TOMARON UN PUÑADO DE tierra para echarla encima a medida que iban pasando. Se oían susurros de oraciones recitadas en voz baja antes de alejarse.

Los asistentes charlaron durante unos minutos antes de dirigirse al funeral que se celebraría en el centro de la ciudad. Marie, Axel y yo esperamos en el cementerio hasta que se hubo marchado todo el mundo. Hawke seguía allí de pie, solo ante la tumba. Tenía las manos en los bolsillos y miraba fijamente el hoyo, contemplando el hermoso féretro blanco cubierto con puñados de tierra húmeda.

Axel se giró hacia mí.

—¿Qué hacemos?

—Os podéis ir. Yo me voy a quedar hasta que se marche él.

Marie me dedicó una mirada triste, deseando claramente poder hacer algo más.

—Llámanos si nos necesitas.

—Lo haré.

Se fueron del cementerio sin hablar con Hawke, suponiendo que no querría hablar con nadie.

Caminé lentamente por la hierba, intentado que los tacones no se me clavaran en el terreno reblandecido. Hawke no me miró. Ni siquiera hizo un gesto para indicar que me había visto. Era como si yo no estuviera allí.

Me acerqué a su lado, pero me contuve y no lo toqué. Lo único que quería era consolarlo, dejarle llorar en mi hombro y que liberara todo su dolor. Sabía que se moría por dentro, incapaz de soportar la pérdida y el remordimiento.

Deseé poder decir las palabras adecuadas que le levantarán el ánimo. Pero no había nada que pudiera decir, por muy acertado que fuera, que pudiera cambiar la realidad.

—Iban a enterrar a mi padre encima de mi madre. —Era la primera vez que me dirigía la palabra desde que me había gritado unos días antes—. Me negué. Les dije que lo incineraran y tiraran sus cenizas sobre mierda de perro. —No me sorprendí ante la ferocidad de sus palabras porque la esperaba—. Así que estará enterrada sola.

El silencio fue mi única respuesta.

Cogió un puñado de tierra y la arrojó sobre el ataúd.

—Lo siento, madre. —Dio media vuelta y salió del cementerio sin esperarme. Llevaba las manos en los bolsillos y caminaba derecho, a pesar del peso que cargaba.

Y vi cómo se marchaba.

FRANCESCA

Pasó una semana y no supe nada de Hawke.

Habíamos regresado a la ciudad, preparados para volver a nuestras vidas como si nada hubiese sucedido. Las calles estaban atestadas de tráfico y la pastelería estaba tan llena como siempre. Todo era exactamente igual, pero diferente a la vez.

Nunca había visto a Hawke tan alterado. Cuando le gritó a su madre delante de mí, destruyó todos los muebles hasta que no quedó nada. Pero esta vez era otra clase de ira.

Ahora guardaba el silencio más absoluto.

Tenía que ser paciente y esperar a que viniera a mí. Con el tiempo, escaparía de la niebla y me necesitaría. Se abriría a mí y se disculparía por dejarme fuera. Y yo lo perdonaría al instante.

Pero todavía no había llamado.

Axel pasó por la pastelería, cosa que no hacía casi nunca. Entró en el obrador donde estaba preparando el glaseado de una tarta que no me importaba demasiado.

—¿Has hablado con Hawke?

Todos estábamos preocupados por él, en especial Axel.

—No.

Se apoyó en la encimera, observándome trabajar con la espátula.

—¿Crees que debería intentarlo?

—Puedes hacer lo que quieras. Pero sólo volverá a nosotros cuando esté listo.

Se frotó una mejilla, y su anillo de boda oscuro resaltó sobre su piel

pálida.

—Ya sé que cada uno lidia con el duelo de forma distinta, pero esto...
Cuesta entenderlo.

—Hawke es complicado.

—Ya te digo.

—Ya se le pasará. Ahora mismo tiene mucho que asimilar.

Suspiró como si no me creyera.

—Bueno, como lo conoces tan bien, supongo que debería confiar en tu criterio.

—Eso siempre es buena idea.

No contestó con el típico comentario de listillo, y eso era raro.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros.

—Me preocupo por él cada segundo del día, y lo echo de menos. Pero, aparte de eso, estoy bien.

—Sé que te dijo cosas muy mezquinas...

No lo había dicho en serio. A Hawke le costaba trabajo controlar su genio y por eso gritaba a los demás. Pero aquello fue lo peor.

—Ten un poco de fe, Axel.

—Sinceramente, no sé si yo sería capaz de tener la misma paciencia si se tratara de Marie.

—La tendrías. —Sabía que la tendría.

Se irguió totalmente y se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, ya te veré. Puedes llamarme si necesitas algo.

—Eso ya lo sabía. Pero gracias.

Parecía que iba a marcharse, pero se quedó clavado en el sitio. Me miró fijamente, como si quisiera decir algo más. Entonces se acercó y me dio un abrazo.

—Te quiero.

Puse mi brazo sobre el suyo.

—Yo también te quiero.



TRANSCURRIÓ OTRA SEMANA Y SEGUÍA SIN SABER NADA DE HAWKE. NO ERA sólo que estuviera preocupada, es que estaba aterrorizada de que pudiera

hacer algo estúpido. Que se lo hiciera a sí mismo. Sabía que debía seguir mi propio consejo y esperar a que él se acercara a mí, pero me estaba poniendo muy nerviosa. Tal vez estaba demasiado avergonzado para llamarme. O quizás era algo completamente distinto.

Llegué a su puerta, pero no usé mi llave para entrar. Aunque me había dado permiso, no pensaba que fuera lo más inteligente en esos momentos. Llamé y esperé a que respondiera.

Un minuto después abrió la puerta vestido con un chándal y una camiseta, como si no hubiera ido a trabajar. Se me quedó mirando sin dejar traslucir ninguna emoción.

—¿Sí?

Su frialdad ya me resultaba familiar, pero, por algún motivo, me mantuve alerta.

—Estaba por el barrio y quería ver cómo te iban las cosas.

—Todo va bien. —Empezó a cerrar la puerta.

—¡Eh! Espera un momento. —Empujé la puerta para abrirla y entré—. Hawke, sólo quiero hablar.

—¿De qué? —Se cruzó de brazos. Aquellos hermosos ojos azules antes emitían una calidez que me envolvía y me abrigaba toda la noche. Ahora eran como carámbanos de hielo, listos para acuchillarme sin previo aviso—. ¿De cómo mató a mi madre? ¿De cómo no se presentó una sola persona al funeral de mi padre porque sabían que era un cabrón? ¿De cómo casi lo mato, pero antes le dio un ataque al corazón? ¿De qué tema quieres hablar?

Necesité todas mis fuerzas para no ponerlo en su lugar.

—Quiero hablar de ti y preguntarte si estás bien. Eso es todo.

Se apoyó contra la isla de la cocina. Había tres cajas a sus pies. No había recogido nada más del apartamento, por lo que no podía estar mudándose. Pero las cajas estaban fuera de lugar.

—Estoy bien. Ahora puedes irte.

Me entraron ganas de darle una bofetada en toda la cara.

—Hawke, deja de apartarme. Eso no te lleva a ninguna parte.

Agarró una de las cajas que estaban en el suelo y la puso sobre la encimera.

—He recogido todas tus cosas. A lo mejor necesitas hacer varios viajes, pero puedes pedirle a Axel que te ayude.

«¿Qué acaba de decir?»

Posé los ojos en la parte de arriba de la caja y vi que sobresalía la manta

que le había hecho por Navidad.

Y salté.

—Déjalo ya. Comprendo que estás pasando por momentos muy duros, pero romper conmigo no es la solución. Ahora mismo estoy harta de tu actitud, de tu mierda y de todo lo demás. Tienes que dejarlo ya, o voy a tener que meterte algo de sentido común a bofetadas. —Agarré la caja y la tiré al suelo—. No te atrevas a volverme a insultar así.

Hawke me miraba fijamente y, por primera vez, no me pareció tan intimidante. Casi parecía pedir disculpas.

—Te estoy haciendo un regalo, Hawke. Voy a fingir que esta conversación no ha tenido lugar, por tu bien. —Salí en tromba del apartamento y cerré de un portazo tan fuerte que casi saqué la puerta de las bisagras.



TRANSCURRIÓ OTRA SEMANA Y SEGUÍA SIN NOTICIAS SUYAS.

Ahora estaba empezando a tener miedo.

Mucho miedo.

¿Qué pasaría si seguía comportándose así? ¿Y si no superaba la depresión? ¿O si se perdía para siempre?

Pasaba todo el tiempo en el apartamento, porque sólo me apetecía quedarme tumbada en la cama. Ya no me quedaban fuerzas o motivación en el cuerpo. No salía a correr después de trabajar como antes, y ni siquiera cocinaba. Lo único que era capaz de hacer era pensar en Hawke y esperar que pasara lo peor de la tormenta.

Cuando transcurrió una semana más y seguía sin saber nada de él, dejé de comer. La ansiedad de no saber qué iba a suceder me estaba ahogando. Me dolía el pecho porque mis pulmones no podían respirar. Los pensamientos me asfixiaban.

Ni siquiera podía pensar.

Tenía que mantenerme firme y no hablar con él hasta que él se dirigiera a mí primero, pero ya no podía esperar más. Fui a su apartamento, decidida a enderezar las cosas de una vez por todas.

Cuando llegué a su puerta no llamé. Usé mi llave para abrir la puerta, pero cuando intenté girar la llave, no ajustaba.

Había cambiado la cerradura.

Una bofetada en toda la cara.

Aporree la puerta y le di patadas, porque necesitaba ver su cara para sacar todo lo que llevaba dentro. Estaba más enfadada de lo que podía digerir. Las manos me temblaban a causa de la adrenalina. Podía aguantar muchas cosas, pero tenía mis límites, como todo el mundo.

Hawke abrió con la misma mirada indiferente en la cara.

—Eh. —Lo empujé con fuerza en el pecho y le obligué a volver a entrar en el apartamento—. ¿Has cambiado la cerradura?

—Tuve que hacerlo. —Estaba tranquilo, y hablaba conmigo como si le aburriera la conversación incluso antes de que empezara.

Tiré mi llave al suelo.

—¿Por mí?

—Te dije que habíamos acabado.

Era increíble. ¿Otro bache en el camino de nuevo echaba por tierra nuestra relación? ¿No podíamos superarlo juntos?

—Hawke, el mes pasado estábamos locamente enamorados, ¿y ahora me dices que hemos terminado?

—Sí. Hemos terminado.

—¿Por qué? —Ya no me quedaba paciencia. Salió la listilla que llevaba dentro—. ¿Porque ha ocurrido una tragedia que no tiene nada que ver con ninguno de los dos? Entonces, si quebrase la Bolsa, ¿también tendríamos que romper?

—Sabes exactamente por qué. No te hagas la tonta.

—Tengo que hacerme la tonta para ponerme a tu altura. —Insultarlo no ayudaría, pero en ese momento estaba fuera de mí.

—Soy exactamente igual que él...

—No. Lo. Eres. —repliqué. Hawke sonaba como un disco rayado—. Deja de decir eso. No es verdad.

—Pero es que sí es verdad. No soy lo bastante bueno para ti y nunca lo seré.

—¿Sabes qué? Es verdad. —Al oírme, Hawke entrecerró los ojos—. Porque en estos momentos me estás tratando como a una mierda. Me estás haciendo daño cuando no he hecho otra cosa que apoyarte en los momentos difíciles. Y ahora me rompes el corazón cuando no he hecho nada para merecerlo. Estás cavando tu propia tumba, Hawke. Estás sabotando nuestra relación sin ningún motivo. Crees que no mereces ser feliz y te obligas a sufrir a propósito.

Hawke se cruzó de brazos, ocultando su verdadero ser tras una máscara.

—No, no es verdad.

—Hawke, ¿me has pegado alguna vez?

—Sí

—El incidente de hace dos años no cuenta.

—Sí cuenta.

Las lágrimas de frustración me abrasaban los ojos.

—No te pareces en nada a ninguno de tus padres. Eres fuerte, compasivo y la persona más cariñosa que conozco. No dejes que el odio enmascare todo eso.

Miró por los ventanales, con el árbol de Navidad todavía en la esquina, aunque ya era febrero.

—No debería haber vuelto contigo. Fui débil y tomé una decisión apresurada.

—Quieres decir que me amas y querías estar conmigo. ¿Eso es apresurarse?

—Sabía que no había cambiado nada. Sabía que él seguía siendo un monstruo. Pero fui egoísta y lo hice de todos modos.

—Hawke, ojalá pudieras entender lo ridículo que suenas en estos instantes. —Siguió mirando por la ventana—. Hawke —le supliqué con una sola palabra. No me miró—. Te comportas como un egoísta al actuar así. Déjalo ya.

—No voy a cambiar de opinión en este tema. —Se volvió hacia mí y miró las cajas que había en el suelo—. Recoge tus cosas y vete.

Esto no podía estar ocurriendo.

—Me he asegurado de ponerlo todo ahí para que no tengas que volver.

Odiaba todo eso.

—¿Te has acostado con alguien desde que «rompimos»? —Lo miré de arriba abajo y esperé que no me diera la respuesta equivocada. Si lo hacía... No estaba segura de lo que haría.

—La respuesta no importa.

—A mí sí —repliqué, pero él siguió cruzado de brazos—. Hawke, será mejor que me contestes.

—No. —Al oír su respuesta me inundó una oleada de alivio—. Pero eso no significa nada. Por favor, coge tus cosas y vete.

Era la peor pesadilla que había sufrido jamás.

—Dijiste que no volverías a hacerme daño. Me lo prometiste, Hawke.

—De alguna forma logré contener las lágrimas. Ese hombre había vuelto a hacerme daño y me sentí estúpida por haberle dado otra oportunidad.

Cerró los ojos como si algo por fin estuviera rompiendo su coraza de piedra.

—Lo sé...

—Entonces no le hagas esto a lo nuestro.

—Tengo que hacerlo.

—No.

Se cubrió la cara con las manos y respiró profundamente. Después las bajó lentamente y el dolor apareció escrito en sus facciones.

—No hagas que esto sea más difícil para los dos.

Me estaban empezando a temblar las manos.

—Te di otra oportunidad porque me lo prometiste. —Ahora no me volvió a mirar—. Me suplicaste que te volviera a aceptar porque me amabas, porque esta vez haríamos bien las cosas. ¿Y ahora me dejas por algo que ni siquiera es verdad? —Tranquilité mi voz y no dejé que saliera el dolor. Me negaba a darle la satisfacción de apuñalarme en el corazón otra vez. Si me iba a hacer eso de verdad, no se merecía mi tristeza. Sólo permití que le llegara mi rabia—. Hawke, cuando salga por esa puerta, se acabó. No voy a volver jamás.

Siguió mirando al suelo.

—No me importa lo que hagas o lo que digas. Aunque alguna vez quieras que vuelva contigo, jamás te daré otra oportunidad. Pasaré página con otra persona y me olvidaré de ti. No es un farol.

Sus palabras surgieron en un murmullo.

—Es exactamente lo que deberías hacer.

Me estaba obligando a hacer algo que no quería, pero no tenía otra opción. Miré las cajas del suelo que contenían las cosas que había dejado allí a lo largo del año anterior.

—No me pienso llevar nada de esto. Si vas a dejarme como un cobarde, entonces tíralo tú a la basura, lo mismo que has hecho conmigo.

FRANCESCA

En lugar de sentirme destrozada como la última vez que rompimos, estaba extrañamente aturdida. Los últimos meses me había tratado como una mierda, así que tuve más tiempo para digerir la traición que la vez anterior.

Recordaba con todo lujo de detalles lo que había ocurrido en nuestra anterior ruptura. Se marchó y yo perdí el control por completo. Mis notas bajaron escandalosamente y conseguí aprobar a duras penas con un suficiente de media. Dejé mi trabajo en The Grind porque no lograba levantarme para ir a trabajar. Axel se hizo cargo de mis facturas porque ya no podía mantenerme. Andaba por la casa como un fantasma atormentado recorriendo las habitaciones y las esquinas. Ya no me quedaba vida. Todas las razones para vivir habían desaparecido.

Y, cuando su ausencia fue demasiado para mí, me tomé el bote de calmantes de Marie y decidí acabar con todo allí mismo y en ese instante.

Fue la cosa más estúpida que había hecho jamás.

Me había despertado en el hospital con mi hermano llorando a mi lado. También estaba Marie. Me había convertido en una suicida sin darme cuenta. Fue la época más oscura de mi vida, y me decepcioné a mí misma por perder todo aquello por lo que había trabajado. Estuve a punto de dejar a mi hermano solo en el mundo.

Y nunca me perdoné por aquello.

No podía volver a caer en esa espiral destructiva. No debía dejar que la marcha de Hawke arruinara mi vida. ¿Qué clase de persona sería si dejara que el mismo tío me arruinara la vida dos veces? Perdería todo respeto por mí

misma.

No pensaba volver a hundirme y perder el control.

No.

Nuestra relación había sido como un cuento de hadas. Por alguna razón, yo me enamoré más de él cuando volvimos juntos que la primera vez. Tal vez fuera porque nuestra relación había durado mucho más. Que me arrebataran eso era lo más doloroso que me había pasado nunca.

Pero no podía dejar que me afectara tanto.

La primera vez me había destruido totalmente, y no iba a darle esa satisfacción de nuevo. Ningún tío me podía tratar así y esperar que llorara por él.

Ni de coña.

Daba igual por lo que estuviera pasando Hawke. Su forma de tratarme era completamente inaceptable. No iba a justificarlo, esta vez no. Obviamente no era lo bastante hombre para tratar a una mujer de verdad, a alguien que le daba todo lo que podía desear.

Esta vez mantuve la cabeza alta y la espalda erguida. Esta vez no dejé que el peso pudiera conmigo. Esta vez sobreviviría sin un solo arañazo.



—¿QUÉ? —PREGUNTÓ MARIE, INCAPAZ DE PROCESAR LO QUE ESTABA diciéndole—. Yo sólo... ¿Qué?

Axel estaba sentado a su lado rumiándolo en silencio.

—Hemos acabado definitivamente. —Para mi sorpresa, no me dolió decir esas palabras. Había perdido todo el respeto por Hawke cuando me trató así, sobre todo después de lo que había hecho por él.

—Es que... ¿cómo es posible? —Marie estaba tan disgustada con la situación como yo. La vez anterior había animado a Hawke a recuperarme. Apuesto a que ahora deseaba haber dejado el asunto en paz.

—Ya no es la misma persona. —Perder a su madre y ver cómo moría su padre lo habían cambiado para siempre. El hombre del que me había enamorado no me habría dejado marchar por ninguna razón, así que sólo podía suponer que estaba muerto. Y no iba a regresar—. Tal vez un día podamos ser amigos, probablemente conocidos, pero nunca volveremos a estar juntos.

—Debería matarlo. —Axel se frotó los nudillos como si ya los tuviera

doloridos con sólo pensar en ello.

—No. —Aquello no resolvería nada—. No merece la pena, Axel. En todo caso, es culpa mía. Le di otra oportunidad y no debí haberlo hecho. Tendría que haberme dado media vuelta y haber seguido mi camino. No debí romper con Kyle. —Sacudí la cabeza—. Todo ha sido un enorme error.

Axel siguió frotándose los nudillos.

—No puedo creerlo... Hace unas semanas, Hawke iba a... —Marie le dio un codazo en el estómago—. Regalarte un perro.

—¿Un perro? —pregunté—. ¿Por qué?

—Ya sabes, una mascota —dijo Marie con voz aguda—. Parecía que iba a hacer más seria vuestra relación.

Yo no quería un perro hasta que no tuviese una casa. Además, Hawke y yo nunca habíamos hablado de ello.

—Menos mal que no lo hizo. Ahora tendría que aguantarme con el chuchó.

—Yo sólo... —Axel sacudió la cabeza—. No me lo puedo creer, de verdad.

Para mí también fue difícil hacerme a la idea, pero había tenido cuatro semanas para prepararme.

—Axel, no quiero que dejes de ser amigo suyo. Por favor, no lo hagas.

—¿Cómo no lo voy a hacer? Es un puto cabrón. —Se me quedó mirando con incredulidad.

—Porque Hawke se encuentra en un momento de oscuridad y necesita a alguien a su lado: tú. —Axel sacudió la cabeza, como si eso no fuera a suceder jamás—. Lo que ocurrió entre él y yo no debería afectarte. Son relaciones completamente diferentes.

—Pero...

—Da igual —dije—. Además, no me importa lo suficiente como para que dejes de hablarle. Si actúas como si todo fuera normal, se dará cuenta de que no me ha hecho mella. Esta vez no me estoy tomando la ruptura como la última vez. Valgo demasiado para aguantar toda esa mierda.

Marie suspiró de alivio.

—¿De verdad? ¿Estás bien?

—Estaré bien —respondí—. No os preocupéis por mí.

—Porque si no estás bien no pasa nada. —Axel me miró con preocupación en los ojos—. Estábamos allí. Vimos lo que teníais. No pasa nada por estar hecha polvo. Esta ruptura ha surgido de la nada, y nadie podría haberse preparado para ella. Si Marie me dejara así... no podría seguir adelante.

Los ojos de Marie se suavizaron.

—Axel, de verdad que estoy bien. —A lo mejor no estaba bien justo en ese momento, pero lo estaría... con el tiempo.

Los dos se quedaron en el sofá, mirándome como si esperaran que fuera a convertirme en una enfurecida bola de fuego a punto de explotar.

No los culpaba por no creerme, no cuando me habían visto en el hospital después del lavado de estómago. Tenían todo el derecho del mundo a albergar dudas.

—No te preocupes. Ya verás.

FRANCESCA

Me concentré en la pastelería y en el concurso anual de decoración de tartas de Manhattan. Había ganado los dos últimos años y estaba ansiosa por volver a competir. Una noche, mientras estaba dormida, me vino a la mente un diseño y me puse a trabajar para perfeccionarlo durante los ratos muertos en el trabajo.

Nunca pensé que agradecería tanto el bullicio demencialmente ruidoso de la pastelería. El parloteo de la gente pidiendo docenas de galletas para una fiesta, las mezcladoras encendiéndose y apagándose, y el sonido constante de la caja registradora tenían un efecto tranquilizador en mí. Me distraían de los pensamientos no deseados.

Volví a ponerme en forma y empecé a correr de nuevo por Central Park después de salir del trabajo. Nunca antes había corrido un maratón, pero me apunté al primero de mi vida. Se celebraba el mes siguiente y estaba haciendo grandes progresos.

Mantenerme ocupada evitaba que la tristeza me invadiera y, cuando Hawke aparecía en mi cabeza, no permitía que el pensamiento permaneciera mucho tiempo. Cambiaba rápidamente de tema y pensaba en otra cosa, normalmente en la pastelería o en mis objetivos para el maratón.

Ni una sola vez me tropecé con Hawke en ningún sitio. Creía que aparecería por la pastelería después de unas semanas de silencio. Al final se despertaría y se daría cuenta del terrible error que había cometido.

Pero no vino.

En mi corazón deseaba que llegara ese momento. Quería que me suplicara que volviera con él sólo para poder rechazarlo. Pero sospechaba que no

tendría fuerzas suficientes para hacerlo.

De todas formas, era liberador fantasear con la situación.

El negocio siempre había ido bien, pero alcanzó nuevas cotas después de que el *New York Times* publicará un artículo sobre la pastelería. Como las cosas iban tan bien, alquilé un apartamento más grande en un barrio mejor. Me mudé al East Side y pude disfrutar de una hermosa vista de la bahía desde mi ventana. Estaba más lejos del trabajo, pero eso no me importó.

Axel y Marie estaban constantemente pendientes de mí para asegurarse de que no tenía una recaída. Ambos se inventaban excusas para pasarse por mi apartamento y estar conmigo, aunque yo sabía que preferían cenar a solas. Los fines de semana siempre me pedían que saliera con ellos, pero no necesitaba su compasión. Empecé a salir con mis propios amigos.

Pero no volví a salir con chicos.

Por mucho que lo deseara, no estaba preparada para ello. Me prometí a mí misma andar con la cabeza bien alta y me negué a dejar que la ausencia de Hawke me pesara, aunque no podía forzar algo para lo que no estaba lista. No sería justo para ellos salir con una chica que estaba colgada de otra persona.

Pero sabía que Hawke se acostaría con otras.

No necesitaba verlo para saber que era verdad. Volvería a sus antiguas costumbres y, por mucho que me avergonzara admitirlo, aquello me rompía el corazón. Imaginármelo con otra que no fuera yo me dolía terriblemente. Esos pensamientos eran los que más sufrimiento me causaban y hacía todo lo posible para no pensar en eso.

Me costaba creer que había sido tan feliz sólo unos meses antes. Hawke me había regalado un medallón precioso y me había dicho que lo nuestro sería para siempre. Habíamos hecho el amor junto a la chimenea y nos habíamos prometido el uno al otro.

Y después ya no estaba.

¿Ocurrió de verdad?

¿O fue sólo un sueño?

¿Estaba sufriendo un ataque de nostalgia? ¿Creía que el pasado era mejor de lo que había sido en realidad? ¿Habíamos estado realmente enamorados? ¿Éramos de verdad almas gemelas? ¿Era una estúpida romántica sin remedio?

Ahora ponía todo en duda.

Tal vez nada de eso había ocurrido.

Nada era real.

No significaba nada.

FRANCESCA

Habían pasado seis meses y era feliz por primera vez después de una eternidad.

No tenía que obligarme a no pensar en Hawke. Ya no me quedaba mirando el teléfono con la esperanza de recibir un mensaje suyo. Tampoco me molestaba en mirar a través del ventanal del escaparate por si él pasaba por allí.

Lo había superado.

Ni siquiera tenía claro si lo que habíamos vivido había sido real. Era imposible saber si alguna vez significó algo para alguno de nosotros. Porque no importaba. Dejé de pensar en él.

Había mantenido la cabeza alta todo el tiempo, y cada día se hacía más fácil. Ya no tenía que recordarme a mí misma que debía ser fuerte. Lo hacía de forma natural.

Después de salir del trabajo, me dirigí al bar donde había quedado con Marie para tomar una copa. Me cambié rápidamente de ropa y me puse un vestido de verano con una cazadora vaquera para no parecer la mascota de la pastelería cuando entrara en el local.

Vi a Marie haciéndome señas desde una mesa de la esquina. Al hacerlo, su anillo de casada titiló con la luz.

—Hola. —Le di un abrazo rápido antes de tomar asiento frente a ella—. Tía, más vale que el camarero guapo me traiga una copa rápidamente.

—En realidad, la camarera es una chica.

—Ah. —Miré hacia la barra y divisé a la morena. Tenía una delantera enorme—. Bueno, también está buena.

Marie se echó a reír y empujó su *cosmopolitan* hacia mí.

—Puedes empezar con el mío. Ya pediré otro.

—Me parece un trato estupendo, porque este también lo vas a pagar tú.

Marie puso cara de incredulidad y llamó a la camarera. Pidió otro *cosmopolitan* para ella y se me quedó mirando con una gran sonrisa en los labios.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Has tenido un buen día?

—No especialmente. —Todavía se le veían todos los dientes.

—Entonces... ¿estás colocada? —No sabía que Marie estuviera enganchada a algo.

—No. —Tamborileó sobre mi muñeca juguetonamente—. Simplemente es agradable verte contenta.

El corazón me dejó de latir por unos segundos al oír esas palabras, y mi alegría anterior se desinfló.

—Llevo contenta una buena temporada. —No era necesario sacar a colación el pasado. Parecía que aquello había sucedido en otra vida.

—Lo sé. Simplemente me hace feliz. —Cogió la copa que le trajo la camarera y dio un sorbo—. Perdona por haber sacado el tema.

Cambié de conversación.

—¿Cómo va la revista?

—Bien. Unos tíos buenísimos fueron a posar el otro día. No estoy en el departamento de moda, pero de todos modos me acerqué a verlos.

—Seguro que Axel se puso celoso.

—Como que se lo iba a contar. Es el tío más celoso que he conocido.

—Simplemente está enamorado de ti —le recordé—. Antes de que aparecieras en su vida, esas cosas no le importaban.

—Lo sé. Pero parece que se pone un poco histérico con el tema.

Choqué mi copa con la suya.

—Tú lo has dicho, hermana.

Ambas dimos un trago largo y luego dejamos la copa en la mesa con un golpe.

—¿Cómo va la pastelería? —preguntó.

—Genial. Llevo pensándolo una buena temporada y... creo que a lo mejor abro otra. Tal vez en Brooklyn.

—¡Oh, Dios mío! —Golpeó la mesa con las dos manos—. Es fantástico, Frankie.

—Lo sé.

—Ten cuidado. Muy pronto aparecerás en la lista Forbes.

La miré con incredulidad.

—Sí... Elton John, Morgan Freeman, Taylor Swift... y luego yo.

—¡Eh, podría ocurrir!

—Soñar es divertido.

Marie pidió otra copa y alzó los ojos por encima de mi hombro. En lugar de volver a mirarme, su vista se quedó clavada allí.

—Nunca adivinarías quién está aquí.

Hawke. Tenía que ser él. Me las había arreglado para no toparme con él durante todo este tiempo, pero mi buena suerte estaba a punto de terminarse.

—Dime que es un poni, por favor. —Esos animalitos eran jodidamente adorables—. Uno blanco, como de algodón.

—En realidad es Kyle.

—Ah... —No lo había visto en una eternidad. Habíamos dejado de hablarnos cuando nos encontramos por casualidad en un bar un año antes, más o menos—. Genial.

—Viene hacia aquí. —Dejó la copa en la mesa y empezó a moverse nerviosa—. Actúa con normalidad.

—Soy una tía normal. Eres tú la que se está comportando como un bicho raro.

Kyle se acercó a nuestra mesa casi con el mismo aspecto que antes. Llevaba el cabello castaño un poco más corto que antes y estaba un poco más fuerte. Parecía que le había dado a las pesas con más ahínco el año anterior. Llevaba una camiseta gris que dejaba al descubierto sus hermosos brazos, y tenía algo tatuado con tinta negra.

Antes no lo tenía.

—Cuánto tiempo sin veros. —Me dedicó una sonrisa sincera, como si ver mi rostro no le trajera más que alegría. Toda su cara se iluminó como la de un niño en la cabalgata de Reyes—. Guau, llevas el pelo increíblemente largo.

Me lo atusé con la punta de los dedos.

—Lo sé. He estado demasiado ocupada para ir a cortármelo.

Se volvió hacia Marie.

—Estás preciosa, como siempre. ¿Sigues con Axel?

—Sí. —Marie sonrió y se tocó el anillo.

Kyle chasqueó los dedos imitando un gesto de decepción.

—Maldición. —Se volvió hacia mí con el mismo brillo en los ojos—. Pero no me importa. Yo tengo una novia alucinante. Dirige un centro de yoga

en Brooklyn.

¿Tenía novia? Aquello no debía sorprenderme, ya que Kyle era un tío guapísimo y no era extraño que hubiera encontrado a otra. Me alegraba por él. Se merecía estar con alguien que lo valorase.

—Es genial. Me alegro por ti.

—Gracias —respondió—. Me imagino que a estas alturas Hawke y tú ya estaréis casados, ¿no? —soltó una risita y me miró el dedo anular izquierdo.

Marie se puso tensa al oír la suposición.

Esta vez tomé la iniciativa.

—En realidad rompimos. Ocurrió hace mucho tiempo.

—Ah... —Estaba claro que Kyle no sabía cómo tomarse esa información—. Eh... Lo siento.

—No pasa nada. Como he dicho, aquello sucedió hace mucho tiempo. Supongo que no estaba destinado a durar. —No podía creer con qué facilidad hablaba de Hawke. Me alegraba, pero a la vez me entristecía.

Kyle se frotó la nuca.

Marie lo observó y luego me miró a mí, alzando las cejas.

Kyle tamborileaba en la mesa con los dedos.

¿Qué había dicho?

—Entonces... ¿estás soltera? —preguntó—. ¿Totalmente disponible y lista para zambullirte en el mundo de las citas?

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí. —¿Por qué le importaba, si ya tenía novia?

—Bien, tengo que confesar algo —dijo—. No tengo novia. Me lo he inventado.

Los ojos de Marie brillaron como el sol de la mañana.

—¿Por qué te lo has inventado? —Kyle siempre había sido un poco peculiar, pero no se inventaba las cosas.

—Simplemente quería salvar la cara, ya me entiendes —Se metió las manos en los bolsillos—. Me imaginaba que tú eras feliz con Hawke y supongo que... No quería que supieras que aún no he encontrado a nadie.

Marie no podía dejar de sonreír.

—Acabo de recordar que tengo hora en la peluquería... —Agarró el bolso y se levantó de la mesa.

—No es verdad. —Esta vez la estaba dejando con el culo al aire.

—Tía, que llego tarde. —Marie se puso en marcha y salió prácticamente corriendo del bar.

Intenté no parecer abochornada por que Marie casi me hubiera empujado a los brazos de Kyle.

Pero él se quedó mirando el asiento vacío que había frente a mí.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Por favor. Porque si no, me toca quedarme bebiendo sola.

Se sentó y me miró a la cara con sus ojos azules, tan hermosos como siempre.

—Bueno, ¿y qué has hecho durante el último año?

—No mucho. —Ahora que estaba cara a cara con él, me sentía extrañamente nerviosa—. Corrí mi primer maratón hace unos meses.

—Enhorabuena. Es asombroso.

—Y estoy pensando en abrir otra pastelería.

—Eso es todavía más asombroso. ¿La vas a llamar «El chico del donut»?

Arqueé una ceja.

—¿Por qué iba a llamarla así?

—Bueno, soy un chico. Y me gustan los donuts. —Me reí de la mirada estúpida que apareció en su rostro—. Eh, me parece una idea estupenda. Atraería a un nuevo perfil de clientes.

—Oh, sí —respondí—. A policías.

—Y... ¡Bum! Ahí lo tienes. Un nuevo negocio de éxito.

Me eché a reír antes de volver a beber.

—Gracias por la sugerencia.

—De nada.

Acabé la copa y la dejé en la mesa.

Se quedó mirándola durante unos segundos antes de volver a fijar su vista en mí.

—Francesca, ¿puedo invitarte a otra?

Contuve el aliento durante unos instantes, como si estuviera pensando en su ofrecimiento, dudando si tomar ese camino de nuevo. Pero cuando contemplé esos ojos atractivos y esa cálida sonrisa, supe cuál iba a ser mi respuesta.

—Por favor.



—¿DÓNDE VIVES AHORA? —KYLE CAMINABA A MI LADO POR LA ACERA.

—A unas manzanas del parque.

—Ah... Alguien ha subido de categoría.

Sonreí.

—Me gusta muchísimo. Es mucho más grande que mi antiguo apartamento. Ahora tengo hasta un despacho.

—¡Qué nivel!

—¿Cómo va tu bufete?

—Igual —respondió—. No tiene nada de interesante.

—Pues yo creo que sí es interesante.

—¿De verdad? —preguntó—. Por el poder y todo eso, ¿no?

—No. Creo que el Derecho es interesante. Si no me hubiera hecho pastelera, creo que habría pensado seriamente en ser abogada.

Kyle asintió con gesto de aprobación.

—Puedo imaginarlo perfectamente. Serías una abogada muy sexy, todo trabajo y nada de tonterías.

—Bueno, gracias.

Entramos en mi edificio y tomamos el ascensor hasta el ático.

—En tu antiguo edificio no había ascensor —observó.

—Lo sé. Está muy bien. —Cuando se abrieron las puertas, salimos y nos dirigimos a mi apartamento.

—Sólo viendo la puerta de entrada ya sé que es muy bonito. —Se quedó mirando los paneles de madera que rodeaban la entrada y el llamativo timbre que resaltaba en la pared. Se apoyó contra ella, mirándome sin ninguna intención de marcharse.

—Bien, gracias por acompañarme a casa. —Saqué las llaves del bolso.

—Por supuesto.

Abrí la puerta antes de volver a guardar las llaves.

—Entonces... ¿puedo pedirte salir alguna vez?

Había sospechado que esto llegaría. Aunque había tenido toda la noche para pensar mi respuesta, no supe qué decir.

—¿Quieres salir conmigo?

—Por supuesto. —Me miró confiado, sin separar los ojos de su premio.

—¿Incluso después de lo que te hice?

—Tú no hiciste nada, Frankie. Me dijiste cómo era nuestra relación desde el principio. Fui yo quien llevó las cosas demasiado lejos.

—Aun así...

—¿Qué tal esto? —Dio un paso hacia mí—. Sin pensar. Sólo hacer. Cena conmigo mañana por la noche. Podemos ir a un italiano y luego tomar un

helado. Será superromántico.

—¿Superromántico? —No pude evitar una sonrisa ante la palabra que había elegido.

—Oh, sí. —Meneó las cejas igual que solía hacer antes, y el recuerdo hizo que me relajara—. Lo pasaremos muy bien. Quizás después podamos disfrutar de sexo del bueno. —Me guiñó un ojo.

—Estás siendo un poco presuntuoso, ¿no te parece? —Era difícil decirlo con seriedad cuando no podía borrar la sonrisa de mi cara.

—He dicho quizás. Tendrás que controlarte si quieres que esta conversación siga siendo apta para todos los públicos.

Le di una palmada juguetona en el brazo.

—Sigues siendo el mismo, ¿eh?

—Algunas cosas no cambian nunca. —Enganchó el brazo alrededor de mi cintura con naturalidad, exactamente igual que lo había hecho antes un millón de veces—. ¿Entonces?

Ya me gustaba la forma en que me tocaba. Y me gustaba la forma de relacionarnos, fluida como el agua. Nuestra conversación había empezado con naturalidad y me había hecho reír varias veces.

—Me encantaría salir a cenar y a tomar un helado. —Kyle sonrió—. Y también me encantaría disfrutar de un poco de sexo apasionado.

HAWKE

Mi vida era una completa mierda. Transcurría despacio, como un mal sueño que no terminaba nunca. Rezaba para que llegara pronto lo que más deseaba: la dulce liberación de la muerte.

Mi empresa marchaba mejor que nunca y acababa de contratar a otras cinco personas para la oficina. Mi padre ya no estaba y no tenía que preocuparme de toda esa mierda. Además, ahora que mi madre también había fallecido, tampoco tenía que seguir preocupándome por ella... porque lo peor ya había sucedido.

Estaba enfadado todo el tiempo sin motivo. Pasaron las semanas y la rabia no disminuía. Tenía presente a Francesca todos los días y, cuando recordaba la forma en la que la había tratado, me odiaba aún más.

¿Porque no me suicidaba de una vez y acababa con todo?

Axel se reunió conmigo en nuestro bar habitual después del trabajo. Todavía llevaba el traje puesto, lo mismo que yo. Nunca hablábamos de Francesca ni de lo que había ocurrido entre nosotros. A veces aún podía notar el resentimiento en su forma de mirar, como si no me hubiese llegado a perdonar de verdad por haberla abandonado una segunda vez.

No lo culpaba.

—¿Qué tal te van los negocios? —preguntó en cuanto se sentó.

Irrelevante.

—Bien. ¿Y a ti?

Le hizo una señal a la camarera y pidió una cerveza.

—Me gusta mi trabajo y todo eso, pero odio tener jefes. Son una mierda.

—Por supuesto. —Me estaba portando terriblemente mal.

—¿Qué haces este fin de semana?

«Algo que llevo temiendo mucho tiempo».

—Tengo que volver a Carolina del Sur... a recoger las cosas de mi madre y decidir qué voy a hacer con ellas. —Lo había aplazado todo lo posible. No quería estar en esa casa, con su fantasma. No quería ver el armario en el que me había encerrado. El bate de béisbol con el que me había roto las costillas en octavo curso probablemente seguía guardado bajo la cama.

—Ah... —Cogió la jarra de cerveza por el asa.

—Lo he pospuesto demasiado tiempo. Tengo que hacerlo.

—Bueno, si necesitas ayuda, avísame.

Agradecí la oferta, pero no podía someter a nadie a esa tortura. La única persona que se ofrecería porque quería estar allí de verdad era Francesca, pero no podía pedirle nada.

A pesar de mi constante estado de ira, mi lado más amable empezó a surgir lentamente. Pensaba en Francesca todas las noches antes de dormirme, preguntándome qué estaría haciendo y si dormía sola. Su aroma inundaba mi apartamento incluso después del tiempo transcurrido. Pensaba que había hecho lo correcto cuando dejé que se fuera, pero ahora estaba empezando a cuestionármelo todo.

Había supuesto que volvería a mis viejos hábitos en cuanto rompiéramos, pero no fue así. No me había acostado con nadie, y ni siquiera había tenido la intención. Las mujeres empezaron a insinuármeme un segundo después de estar disponible y tenía multitud de ofertas sobre la mesa.

Pero no pude hacerlo.

Los últimos meses no habían sido más que una sucesión de días terriblemente solitarios. Pasaba la mayor parte del tiempo solo y, cuando estaba en el apartamento, lo único que hacía era ponerme más taciturno. Culpaba a mi padre de haberme robado todo lo que me era querido. Primero me quitó a mi madre. Y después me arrebató la inocencia. No podía estar con la única mujer que me importaba porque la haría daño.

Era un bestia.

Cuando Francesca se puso delante de mí para impedir que me cargara a mi padre, deseé empujarla con todas mis fuerzas. Cuando me ofreció su cuello para que terminara con ella, deseé hacerlo. Mis tendencias violentas se apoderaron de mí y fue un milagro que no me dejara llevar.

Si hubiéramos seguido juntos, a estas alturas probablemente ya estaría

muerta.



NO QUERÍA RECOGER LAS COSAS DE MI MADRE SOLO. ERA UN HOMBRE HECHO Y derecho, invencible en casi todo, pero todavía me sentía intimidado por las cuatro paredes que me habían rodeado de niño. Sólo había una persona que podía combatir en primera línea conmigo, porque ella no se asustaba de nada.

Pero la había echado de mi vida para siempre.

La última conversación que habíamos tenido en mi apartamento había sido brutal. Yo estaba enloquecido por la rabia y la tomé con ella. Desesperado por alejarla de allí, había hecho todo lo necesario para conseguir que se fuera.

Y se había ido.

Antes de salir hacia Carolina del Sur, fui a su apartamento y me quedé de pie delante de su puerta. Ir allí fue una estupidez, pero no pude evitarlo. Las piernas me habían llevado inconscientemente, aunque mi corazón también tuvo algo que ver.

Me quedé mirando la puerta de madera y suspiré profundamente, sabiendo de antemano el rumbo que iba a tomar la conversación. No nos habíamos visto en seis meses. En cuanto le pidiera ayuda, me rechazaría... Que era justo lo que debía hacer.

Llamé al timbre.

Oí el sonido de pasos al otro lado, y entonces la puerta se abrió. Apareció un hombre de cuarenta y tantos. Tenía un espeso bigote y ojos negros, pequeños y brillantes.

—Me da igual lo que venda, no se lo voy a comprar.

—¿Por casualidad no vive aquí Francesca?

—No sé de quién me habla. Me mudé aquí hace unos meses.

¿Francesca se había mudado? No tenía ni idea.

—Siento haberle molestado. —Salí disparado por el rellano con la cabeza gacha. Se había mudado y yo ni siquiera lo sabía. ¿Cómo me había perdido aquello?

¿Qué más había cambiado en su vida?

FRANCESCA

Llamó a la puerta a las siete en punto.
Me retoqué el pelo en el espejo una última vez antes de abrir la puerta. Marie y yo habíamos ido de tiendas esa tarde y me había comprado un vestido negro que básicamente dejaba toda la espalda al descubierto. Casi se me veía el culo, como si fuera una puta barata.

—Hola.

Me miró de arriba abajo y silbó.

—Mmm.. Estás impresionante. —Tenía las manos a la espalda y, cuando las sacó, me ofreció una rosa—. Para mi cita.

—Preciosa, gracias. —Cogí la flor y aspiré el olor de los pétalos. El aroma del verano me inundó como una cálida brisa.

Kyle me examinó otra vez de arriba abajo, y sus ojos se quedaron clavados en mis piernas.

—Por favor, dime que llevas un vestido con la espalda descubierta.

Me encogí de hombros.

—Tendrás que esperar a verlo.

Kyle cruzó los dedos.

—Por favor... por favor... por favor.

Me eché a reír y saqué un jarrón del armario. Después de llenarlo de agua, lo puse en la mesa y metí la rosa.

—Oh, sí. —Kyle se acercó por detrás y me plantó un beso directamente en la nuca.

Al sentir su tacto, tomé aire instintivamente.

—Tienes la espalda más sexy del mundo, Francesca. Mira toda esta curva

sinuosa. —Sus dedos recorrieron lentamente mi columna hasta llegar a la zona entre los omoplatos.

—Gracias. No puedo verme la espalda, así que no lo sé.

—Bueno, pues usa mis palabras como espejo. —Fue cariñoso conmigo desde el principio, retomando nuestra relación justo donde la habíamos dejado. Pareció darse cuenta de que había cruzado la línea, porque se apartó ligeramente y se aclaró la garganta—. ¿Lista para irnos?

Cogí el bolso morado.

—Sí.

—Bien. Me muero de hambre. —Me rodeó la cintura con el brazo mientras salíamos. Su tacto no daba sensación de apresurado. De hecho, parecía justo lo adecuado.



KYLE ECHÓ UN VISTAZO A LA CARTA.

—¿Me criticarías mucho si pido dos lasañas?

—¿Para ti solo?

—Sí.

—En realidad, si te comieras las dos me dejarías muy impresionada.

Cerró la carta y la dejó sobre la mesa.

—Entonces estás a punto de divertirme mucho.

Llegó el camarero y anotó nuestros platos antes de regresar al resto de mesas. El restaurante estaba tenuemente iluminado por la luz de las velas, y se oía el murmullo del resto de los comensales hablando en voz baja.

—Es la primera cita que tengo desde... Sí. —Cogí un panecillo y partí un pedazo con los dedos.

—Entonces haremos que sea inolvidable. —Kyle tenía la habilidad de levantarme el ánimo con una simple sonrisa. Su felicidad era contagiosa.

—¿A qué te has dedicado el último año?

—¿En el plano romántico?

Me encogí de hombros.

—Quería decir en general, pero también.

—Bueno, en mi búsqueda de la chica ideal con la que tener una relación seria, me he enrollado con muuucha gente. Tanta que no llevo la cuenta.

—Eso es bueno, ¿no?

—Supongo. Pero cada vez que le decía a una chica que quería sentar la cabeza, se me tiraba encima. Creo que he inventado la mejor frase para ligar.

Di un mordisco al pan y me reí.

—Compartir la riqueza.

—Paso —dijo—. Cuando pronunciaba esa frase, realmente lo decía en serio. Pero si otros tíos empiezan a usarla sólo para follar, va a haber un montón de corazones rotos. Eso no mola.

—No, no mola. Entonces, ¿no te gustó ninguna? —Nueva York estaba lleno de mujeres hermosas. ¿De verdad no había conseguido conectar con una sola de ellas?

—Todas eran fantásticas. No tengo queja. Algunas eran inteligentes y otras interesantes, e incluso conocí una chica que había hecho las pruebas para entrar en los Yankees... Es una historia real. Pero eso que necesitas para sentir algo de verdad no apareció por ninguna parte. Saltaron chispas aquí y allá, pero nada que encendiera la hoguera. —Dio un sorbo a su copa de vino—. Pero no me malinterpretes, me divertí muchísimo acostándome con todas ellas.

—Seguro que sí —asentí entre risas.

—Mi madre todavía me pregunta por ti.

El comentario me hizo un nudo en el estómago.

—Le gustaste de verdad. O teme que nunca vuelva a llevar una chica a casa y me muera solo.

—A mí ella también me gustó mucho. —Kyle tenía una familia muy agradable. Fueron muy amables conmigo desde que puse el pie en su casa—. ¿Todavía sigue saliendo con ese hombre? ¿El que tenía hoteles en el Caribe?

—¿Te acuerdas de eso? —preguntó con una sonrisa—. Sí, ya llevan juntos una buena temporada. Ella es muy feliz, así que yo también soy feliz.

—Es genial.

—La trata bien, y es lo único que puedo pedir.

—¿Crees que se casarán?

—Eso espero. Quiero que mi madre tenga un compañero. Ya sé que tiene cincuenta y tantos, pero no es tan mayor. Todavía tiene mucha vida por delante.

Kyle podría haber tenido una opinión muy distinta respecto a todo el asunto. Podría haber sido egoísta y decir que no quería que su madre estuviera con ningún otro hombre después de su padre. Pero lo único que deseaba era que ella fuera feliz.

—Muy cierto.

—Y tuve «la conversación» con él.

—¿La conversación?

—Ya sabes, esa en la que le digo que lo mataré si le hace daño a mi mamá. Creo que lo asusté un poco.

Sonreí.

—Eres un niño de mamá.

—¿Y qué? Quiero a mi madre. ¿Qué tiene eso de malo?

—Nada. Me parece adorable.

—Eh. —Se inclinó sobre la mesa con los brazos apoyados en el mantel—. Ya sabes lo que dicen, ¿no? Mira cómo trata un hombre a su madre, porque tratará igual a su mujer.

—Unas palabras muy sabias.

Se reclinó hacia atrás y dio otro sorbo a su copa de vino.

—Así que soy una apuesta segura.

—Sí, pero eso ya lo sabía. —Ya había tenido una relación con Kyle y sabía que era perfecto de todas las formas imaginables. Me trataba bien y me hacía feliz. Cuando lo arrastré por el fango con todo el drama de Hawke, él siguió a mi lado. Ojalá nunca hubiera vuelto con Hawke y no le hubiera roto el corazón a Kyle. Aunque lo mío con Hawke había sido hermoso durante bastante tiempo, al final él lo redujo todo a cenizas. Había sido una pérdida de tiempo.

Kyle me miraba atentamente, como si estuviera intentando leerme el pensamiento.

—¿Todavía piensas en él de vez en cuando?

Sus palabras me devolvieron a la conversación.

—Perdona.

—No pasa nada. Lo comprendo. Yo hacía eso muchas veces cuando salía con otras chicas... Pensaba en ti.

Mis ojos se dulcificaron y el corazón me dolió amargamente.

Kyle intentó animarme con una sonrisa.

—¿Más vino?



KYLE ME ACOMPAÑÓ HASTA LA PUERTA Y ME AGARRÓ POR LAS CADERAS. Estábamos cara a cara, con sus labios peligrosamente cerca de los míos. En lugar de besarme como esperaba, frotó su nariz contra la mía.

—¿Has disfrutado de nuestra cita?

—Sí.

—¿Podré salir contigo una segunda vez?

—Es más que probable.

Soltó una risa y me apretó con delicadeza.

—¿Estás jugando a hacerte la dura?

—No. Sólo te mantengo alerta.

Tenía los brazos alrededor de mi cuerpo, como si fueran una jaula para un animal salvaje. Me atrajo hacia su pecho y me besó con una lentitud agresiva. Se tomó su tiempo para sentir mis labios, intentando memorizarlos. Una de sus manos se escabulló hacia mi cabello, acariciando los bucles rizados con las yemas de los dedos. Me besó de esa forma en que toda mujer desearía que la besaran, con desesperación y un poco de lujuria.

—¿Estamos todavía a tiempo para un poco de sexo apasionado?

—Te hice la reserva ayer.



KYLE ME BESÓ EN EL HOMBRO MIENTRAS ME SUJETABA DESDE ATRÁS.

—Ha estado bien.

—A mí también me ha gustado. —Cuando me bajó la cremallera del vestido, me vino a la mente Hawke. Era difícil no compararlo con otros amantes, después de haber dejado el listón tan alto. Pero tenía que procurar que ese recuerdo muriera, porque Hawke se había ido para siempre. En cuanto lo arrinconé en lo más profundo de mi mente y lo dejé allí, me pude concentrar en Kyle y en nadie más.

—No me vas a dar la patada, ¿verdad?

—No.

—Me gusta este acuerdo. Ya no me siento sólo como un par de buenas nalgas para follar. —Me volvió a besar en el hombro y sus suaves labios acariciaron mi piel.

Eché las manos hacia atrás y le apreté el culo con dulzura.

— Siempre serás un par de buenas nalgas para follar.

Se rio en mi oído.

—Podré soportarlo.

Me subí las sábanas hasta los hombros y busqué una postura cómoda para

dormir.

Kyle seguía abrazado a mí, con su pecho apretado contra mi espalda. Sus músculos duros como rocas se ponían en tensión cada vez que respiraba. Su cálida piel era como un calefactor orgánico.

Me pitó el teléfono en la mesita de noche y apareció un mensaje de Marie.
Espero que no leas esto porque estás muy ocupada follando.

Sonreí antes de volver a dejar el teléfono.

Kyle apretó los labios contra mi oreja.

—¿Alguna vez te he dicho lo mucho que me gusta Marie?

—Le gusta a todo el mundo.

—Bueno, ahora me gusta de verdad.



ESTABA DE PIE FRENTE A LA COCINA PREPARANDO UNOS HUEVOS CON BEICON.

Kyle salió del dormitorio en calzoncillos, y su musculoso pecho tenía un aspecto irresistible. Su pelo estaba enmarañado de dar vueltas en la cama y en sus ojos se apreciaba todavía el rastro del sueño.

—¿Qué huele tan bien?

—El desayuno.

—Estoy seguro de que eres tú. —Se acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos. Entonces olisqueó con exageración—. ¿Lo ves? Sabía que tenía razón. —Me dio un beso rápido en el cuello antes de servirse una taza de café.

—Vaya. Ni siquiera me he duchado.

—Por eso. —Meneó las cejas.

Aparté las sartenes calientes y llevé la fuente a la mesa. Nos sentamos juntos y comimos en silencio. Aunque los fines de semana eran los días más ajetreados, yo no trabajaba. Sólo iba a decorar tartas, y no había ningún pedido para ese domingo.

Kyle devoró el desayuno.

—Sabes hacer más cosas además de galletas.

—Gracias. —Saqué el teléfono y miré los correos.

Kyle no me quitaba ojo desde el otro lado de la mesa.

—Un collar interesante.

La mano se me escapó inmediatamente al medallón que llevaba en la

garganta. No me lo había quitado desde el día que me lo había regalado Hawke. Cada vez que lo intentaba, era incapaz de hacerlo. A pesar del modo en que me había herido, aún atesoraba su recuerdo. El pasado me causaba dolor, pero no podía olvidarlo, no cuando había sido tan hermoso.

—Vaya, gracias.

Kyle continuó mirándolo, pero no dijo nada más.

Probablemente lo había adivinado sin mi ayuda al comprobar que no le daba más detalles.

—¿Tienes planes para hoy?

—Sólo quedarme tumbada en pijama. A lo mejor se pasan Axel y Marie. Normalmente vienen por aquí los domingos. —Aunque ya no me hacía falta su compañía. Me sentía muy bien.

—Genial. ¿Necesitas a alguien con quien tumbarte?

—Claro. Me siento menos perezosa cuando alguien hace el vago conmigo.

—Ah, pero no vamos a hacer el vago. —Me dedicó un guiño muy teatral.

—¿Por qué sigues haciendo eso?

—Porque es gracioso.

—En realidad, no.

Extendió la mano por debajo de la mesa y me hizo cosquillas.

—Como quieras. Pero sabes que es gracioso.

—No te atreverás. —Le aparté la mano de un manotazo.

—Lo haré la próxima vez que echemos un polvo. Y te vas a correr.

—Lo dudo mucho...

—Pues tendremos que descubrirlo... —Me levantó de la silla y me llevó en brazos al dormitorio.

Pateé en señal de protesta, pero en realidad no quería regresar a la cocina. Sin ninguna duda, follar con un tío bueno era mucho mejor que el desayuno, aunque se dedicara a guiñar el ojo en mitad del sexo.

FRANCESCA

El lunes, nada más empezar la hora del almuerzo, Marie apareció en el obrador de «La chica de los muffins».

—No me contestaste al mensaje. —Llevaba un vestido de marca con unos zapatos de corte salón muy monos. Trabajaba de editora para una revista de moda y su aspecto era tan atractivo como el de las modelos—. Lo que quiere decir que estabas demasiado ocupada para responderme.

Acababa de sacar una bandeja de muffins del horno.

—Me has pillado.

Tomó asiento al lado del mostrador y se preparó para escuchar la historia.

—Desde el principio.

—¿Tu descanso para comer no es sólo de una hora?

—¿Y qué? Diré que me han atracado o algo así.

Saqué todos los muffins de la bandeja con unas pinzas metálicas.

—Kyle y yo lo pasamos genial. Salimos a cenar y a tomar un helado...

—¿Y follasteis como locos? —Agarró el muffin que acababa de sacar y le quitó el papel.

—No me gustan los cotilleos de cama, pero... sí.

—¡Sí! —Alzó el puño al aire antes de dar un mordisco al muffin—. Kyle es un tío estupendo.

—Lo es.

—Estoy contentísima de que hayáis vuelto a conectar.

—Kyle es exactamente igual que antes, como yo.

—¿Lo vas a volver a ver?

—Creo que sí.

Picoteó el muffin con los dedos y se fue metiendo trocitos en la boca.

—¿Sigue siendo asombroso en la cama?

—En realidad, incluso ha mejorado. Ha aprendido algunos movimientos nuevos.

—¡Qué suerte tienes! —Me pellizcó el antebrazo con cariño.

Marie deseaba desesperadamente que yo fuera feliz y, ahora que lo era, ella estaba en el séptimo cielo.

—Personalmente, me encanta Kyle. Es guapo, dulce, inteligente... y tiene un cuerpazo.

—No le voy a contar a Axel que has dicho eso.

Marie me miró simulando un gesto de fastidio.

—Es demasiado susceptible para esta clase de cosas. Si alguna vez miro a un tío, saca pecho y se comporta como si fuera a cambiarlo por alguien mejor.

—A mí me parece adorable. ¡Está tan colado por ti! Incluso ahora que la fase de luna de miel ya se ha terminado.

Se quedó mirando el muffin que tenía entre los dedos con una sonrisa en los labios.

—Sí... Tienes razón.

Cuando acabé de vaciar la bandeja, vertí más masa en los moldes.

—¿Qué hicisteis anoche?

—Cosas aburridas de casados, ya te imaginas.

Sabía que Marie siempre restaba importancia a su felicidad con Axel. Había empezado a hacerlo desde el momento en el que Hawke me abandonó despiadadamente.

—Entonces vas a volver a salir con Kyle, ¿verdad?

—Sí. Lo pasamos genial.

—Perfecto. —Se terminó el muffin y se limpió los dedos—. Bueno, debería volver al trabajo.

—Vaya, ¿te comes un muffin gratis y después te largas?

—Básicamente he venido a por cotilleos, pero sí. —Me lanzó un beso y salió.



—ESTÁS SÚPER EN FORMA. —KYLE CORRÍA A MI LADO POR EL PARQUE.

—Gracias. Me ha costado mucho tiempo conseguir esta resistencia.

—Una chica deportista... Me gusta.

Mantuve su ritmo mientras avanzábamos por el sendero del parque. Cuando le dije que iba a salir a correr, inmediatamente se ofreció voluntario para acompañarme.

—No sabía que eras de los que les gusta correr. Creía que sólo te machacabas en el gimnasio.

—No. El cardio también es importante. Simplemente no le dedico tanto tiempo.

Después de recorrer casi diez kilómetros, fuimos bajando el ritmo hasta caminar a paso rápido.

—¿Cuándo es tu próximo maratón?

—No lo sé. El último fue brutal.

Kyle se echó a reír.

—Seguro que lo hiciste genial.

—Lo único seguro es que no gané... Ni siquiera estuve cerca.

—Bueno, me habría sorprendido que ganaras. Es muy complicado, a no ser que estés entrenando para los Juegos Olímpicos.

Apoyé las manos en las caderas mientras caminaba, respirando a pesar del calambre que sentía en el costado.

—Antes odiaba correr, pero ahora en realidad me gusta.

—¿Qué ha cambiado? —A Kyle no le faltaba el aliento como a mí.

—No lo sé. Supongo que simplemente necesitaba aire fresco. —O una distracción para no pensar en cómo me había roto el corazón Hawke. Mantenerme ocupada era la mejor forma de olvidarme de él. Con cada mes que pasaba, se hacía más fácil. Ya casi no pensaba en ello.

—¿Te apetece ir a un karaoke esta noche?

—¿Qué? —pregunté entre risas.

—Sí, cantaremos juntos estúpidas canciones de amor. Será divertido.

—Tendrás que emborracharme a conciencia si quieres que cante.

Me dio un codazo en el costado.

—Trato hecho.

HAWKE

No fui a casa de mi madre como había planeado. Por alguna razón, la mudanza de Francesca me había trastornado. Se había cambiado de apartamento y yo ni siquiera lo sabía. Mientras me escondía para lamerme las heridas, las cosas habían cambiado. Todo este tiempo había pensado que seguía allí para mí, viviendo su vida de la misma forma que antes.

Pero se había mudado.

Seguía sin comprender por qué me molestaba tanto.

¿Se suponía que debería habérmelo contado? ¿Había esperado que lo hiciera?

No tenía ningún derecho a esperar nada de ella.

Tuve una semana particularmente buena en el trabajo en lo que a ganancias se refería. Había invertido un montón de dinero en una empresa de bioingeniería y cuadruplicué el dinero de mis clientes casi de la noche a la mañana. Cuando ellos ganaban, yo ganaba. Además, también había invertido parte de mi dinero en la misma empresa.

Pero no me importaba demasiado.

Tony entró en mi oficina al final de la jornada.

—Vamos a salir a celebrarlo. ¿Te vienes?

No me veían como a un jefe propiamente dicho. Era más bien el encargado de organizar el trabajo. Si no salía con ellos, me quedaría solo en casa. Pasaría el tiempo mirando por la ventana, como siempre, y contemplaría cómo las luces de la ciudad cobraban vida al ponerse el sol. Mis pensamientos volverían una y otra vez a temas que no podía cambiar. Me iba a volver loco

si no me concentraba en algo distinto.

—Claro.



—¿UN KARAOKE? —PREGUNTÉ SORPRENDIDO. NO ERA LO HABITUAL. Normalmente preferían sitios tranquilos donde tomarse un whisky y echar un vistazo al sexo opuesto.

—Sí —confirmó Tony—. Este es el sitio.

—¿Tenías pensado cantar? —pregunté divertido.

—Demonios, no —contestó—. Pero las tías se emborrachan hasta reunir el valor suficiente para subirse a cantar al escenario. Después de cometer ese error, normalmente buscan el siguiente.

—Parece que lo tienes muy estudiado.

—Por supuesto.

Entramos y nos dirigimos hacia una mesa grande situada en la esquina. Ya había una pareja en el escenario cantando un dueto de amor. Los vi de pasada por el rabillo del ojo. Cuando llegamos a la mesa, pedí una cerveza, decidido a empezar poco a poco.

—*I got you, babe.* —El chico y la chica cantaban juntos con voces acompañadas. No sonaban como profesionales, pero parecía que se estaban divirtiendo. La chica se reía al micrófono mientras seguía cantando.

La risa me resultaba familiar.

Me volví hacia el escenario lleno de curiosidad. Mis ojos no estaban preparados para lo que vi. Francesca sostenía el micrófono con ambas manos y se balanceaba al ritmo de la música. No apartaba la vista de su compañero de actuación.

Kyle.

Uno de los chicos me dijo algo, pero no conseguí descifrar sus palabras. Todo se volvió borroso. Se me nubló la vista y el corazón empezó a dolerme. La música seguía sonando de fondo, como si fuera una canción satánica. El calor me abrasaba el cuerpo, elevando mi temperatura corporal hasta niveles dolorosos.

—*I got you, babe.*

Seguía oyendo sus voces a través de los altavoces. Kyle miraba a Francesca con afecto en los ojos, amándola con una simple mirada.

—*I got you, babe.*

«Que sea una pesadilla, por favor».

«¿Puedo despertarme ya?»

Dolor. Agonía. Rabia.

Por fortuna, la canción terminó y unas voces ininteligibles se convirtieron en el sonido de fondo.

Kyle agarró a Francesca e hizo algo que me provocó ganas de vomitar. La inclinó teatralmente hacia el suelo y luego la besó, logrando que los asistentes silbaran y aplaudieran. La volvió a levantar y le dedicó una sonrisa.

Las mejillas de Francesca se ruborizaron por la vergüenza, pero sonrió como si hubiera disfrutado.

Ella sonrió.

Se bajaron del escenario y regresaron a su mesa. Axel y Marie estaban con ellos y también parecían estar pasándolo bien. Kyle pasó el brazo por el respaldo de su silla y dio un trago a su cerveza. Axel dijo algo que provocó risas en todos ellos.

Y me morí por dentro.

FRANCESCA

Kyle estaba tumbado a mi lado en la cama, completamente desnudo y tapado por las sábanas. Nos quedábamos en su casa porque era mucho más lujosa que mi nuevo apartamento, aunque este fuera mejor que el anterior. La casa de Kyle tenía tamaño suficiente para alojar a una familia completa, y era lo bastante elegante para un hombre rico como él.

—Duerme conmigo. —Me pasó un brazo por la cintura mientras me miraba a los ojos.

Tenía que trabajar temprano a la mañana siguiente, pero tampoco quería irme.

—No sé si debería. Me levanto a las cinco.

—Por mí está bien.

—Cuando suene la alarma, te despertará.

—No me importa. Me volveré a dormir cuando te marches.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. —Hundió su rostro en mi pecho y me besó en el valle que formaban mis pechos.

—Entonces me quedo.

—Bien. —Se apartó y apoyó la cara cerca de la mía, con los ojos todavía abiertos. Después de varios minutos de silencio, volvió a hablar—. Hay algo que quiero preguntarte. Y quiero que sepas que no hay respuesta equivocada.

Ya sabía lo que era.

—De acuerdo.

—¿Qué sucedió con Hawke? Me dijiste que era tu alma gemela y todo eso y, de repente... simplemente rompisteis. A mí me suena un poco a locura.

¿Cómo es posible que dos personas que se aman como os amabais vosotros decidan dejarlo?

No era una pregunta fácil de responder.

—Es complicado...

—Estoy preparado.

No había hablado de ello en tanto tiempo que me resultaba raro sacar el tema. Estaba abriendo una herida antigua que al fin había cicatrizado.

—Hawke siempre tuvo un problema para controlar la ira. Tuvo una infancia dura y nunca lo superó de verdad.

—¿Te pegó? —Sus ojos ardieron al instante de rabia y sus músculos se tensaron, como preparándose para salir corriendo y darle caza.

—No. Nunca. —Se volvió a tranquilizar—. Tuvo un padre alcohólico que les propinaba palizas a su madre y a él. Hawke se marchó de casa en cuanto cumplió los dieciocho, pero su madre se negó a irse con él. Pasaron los años, y ella lo llamaba cada vez que las cosas se ponían feas. Hawke la protegía, pero siempre que intentaba sacarla de allí, la madre se negaba a marcharse. Daba igual lo que le hiciera su padre, ella siempre lo perdonaba.

»Pasaron los años y nos conocimos. Me enamoré inmediatamente, pero él me mantuvo a distancia. Después de varios meses de darle vueltas, al final me dijo que no podíamos estar juntos porque temía ser exactamente igual que su padre: violento, aterrador y agresivo. No era nada de eso, por supuesto.

»De todas formas, nos enamoramos y fuimos felices juntos. Pero entonces su madre tuvo que ingresar en el hospital por una paliza de su padre y Hawke enloqueció. Me dejó porque temió hacerme lo mismo: dejarme al borde de la muerte.

Kyle escuchaba sin interrumpirme para no perderse una sola palabra.

—Volvimos a estar juntos, como ya sabes. Fuimos felices durante casi un año. Pero entonces su madre murió.

La tristeza inundó los ojos de Kyle.

—¿Fue su padre?

Asentí con la cabeza.

—Después de aquello, Hawke ya nunca ha vuelto a ser el mismo. Cayó en un abismo y la oscuridad lo devoró. Me apartó de su lado y se negó a dejarme entrar. Levantó muros de acero a su alrededor y se aisló completamente. Me dijo muchas cosas muy mezquinas. Después me abandonó sin volver la vista atrás.

—Mierda...

—Eso fue hace seis meses.

—Lo siento. —A pesar de sus sentimientos hacia mí, parecía sincero.

—Le dije que no podía soportarlo. Si me abandonaba otra vez, no le daría más oportunidades, pasara lo que pasara. Estaba sufriendo mucho, pero eso no era excusa para tratarme como a un juguete roto. Mis amenazas no surtieron ningún efecto en él y me dejó de todas formas.

—Qué idiota.

Apoyé mi brazo en el suyo.

—Y esa es la historia.

—Entonces, ¿habéis terminado de verdad?

Asentí.

—Si él quisiera que volvieras, ¿no le darías otra oportunidad? —Quería tener la seguridad de que no lo pisotearía de nuevo.

—No.

—Entonces... ¿esta vez tengo una oportunidad de verdad? —Me acarició la piel de las costillas con el pulgar, ardiendo de excitación.

—Sí.

Suspiró en señal de alivio, como si todas las preocupaciones que le pesaban hubieran desaparecido.

—Pero... debes saber una cosa. —Su pulgar dejó de moverse—. No me imagino amando a alguien de la forma en que lo amé a él, no porque seamos almas gemelas o porque siga enamorada de él. Simplemente no me creo capaz de tener dos amores de esa intensidad. Si sirve de algo, tal vez un día llegue a amarte, pero nunca será de esa forma tan desesperadamente romántica. Siempre será de un modo más apagado, casi de forma amistosa. No quiero que te hagas muchas ilusiones y esperes algo grandioso y hermoso. Si no es suficiente para ti, lo entiendo perfectamente.

Me acarició la espalda con la mano y luego la subió hasta el pelo. En lugar de sentirse herido por mis palabras, sus ojos brillaban con más fuerza. En lugar de desalentado, parecía animado. Incluso esperanzado.

—El amor es el amor, Francesca. Y sé que lo que tengamos juntos sí será grandioso y hermoso.



KYLE ENTRÓ EN «LA CHICA DE LOS MUFFINS» UN SEGUNDO DESPUÉS DE QUE

acabara de trabajar.

—¡Qué coincidencia! Estaba a punto de comprar un muffin de camino a casa.

—¿De camino a casa? —pregunté—. ¿Desde dónde, exactamente? —Llevaba vaqueros y una camiseta, así que obviamente no había ido a trabajar—. ¿No será que acabas de salir del gimnasio? —Sonreí, porque lo tenía acorralado.

—Para tu información, acabo de asesorar a un cliente sobre un asunto que debíamos resolver fuera del despacho.

—Sí, ya.

Intentó no sonreír. Apretó los labios de una forma extraña, como si una risa irrefrenable estuviera a punto de emerger.

Continué mirándolo con ojos asesinos.

Al final se derrumbó.

—Vale, me rindo. No he venido por los muffins, sino por la chica de los muffins.

Me resultaba difícil oír cómo un hombre me llamaba así de modo cariñoso cuando Hawke había sido la persona que me había bautizado de esa forma.

—Por lo menos lo admites.

—¿Un tío no puede pasarse a ver a su novia?

—¿Novia? —Me puse el bolso al hombro y me acerqué. Estábamos de pie al lado de una de las mesas vacías mientras los clientes esperaban en fila.

Kyle se frotó la nuca.

—Perdona. Había asumido que...

No me iba a seguir conteniendo. Kyle era un tipo estupendo y había sido feliz con él antes de que Hawke interviniera. Tal vez no viviríamos un cuento de hadas, pero a esas alturas ya no creía en ellos. Ni siquiera estaba segura de que Hawke y yo hubiéramos tenido algo que mereciera la pena conservar. Quizás nunca fuimos almas gemelas. Había sido sólo un sueño estúpido de una romántica estúpida.

—Suena bien.

Kyle bajó lentamente la mano y su sonrisa encantadora regresó.

—¿Sí?

—Sí.

—Genial. ¿Querría mi novia ir a picar algo?

—Tengo unas ganas locas de ir a Taco Bell...

Kyle se echó a reír.

—Eres la novia más enrollada del mundo. —Me rodeó la cintura con el brazo y me acompañó afuera.

—¿Porque me gusta Taco Bell? —No pensaba que eso fuera comida de calidad.

Me besó en la mejilla.

—Esa es una razón... entre otras muchas.



NOS TUMBAMOS EN EL SOFÁ A VER LA TELEVISIÓN. SU PECHO ERA EL LUGAR perfecto para acurrucarse. Era un poco duro, pero también cálido. Me acariciaba la espalda desnuda y me masajeaba dulcemente los pequeños músculos que flanqueaban mi columna.

Estábamos viendo *Enredados*, mi película favorita de Disney.

—Me gusta el caballo —dijo Kyle—. Es orgulloso... Como un soldado.

—A mí me gusta el camaleón.

Kyle puso los ojos en blanco.

—A todo el mundo le gusta el camaleón.

—Es muy chulo.

Apartó la vista de la televisión y me miró.

—¿Qué? —Yo seguía con los ojos fijos en la pantalla, pero sentí su mirada clavada en mí.

—Odio volver a sacar el tema, pero... ¿lo que ocurrió con Hawke significa que no quieres una familia e hijos?

Había sospechado que Hawke me perseguiría en todas mis relaciones, pero no había esperado que sucediera a través de mis parejas.

—Nunca he dicho eso.

—¿Entonces sí? ¿Quieres tener marido e hijos algún día?

—Por supuesto.

—Pero dijiste que nunca amarías a otro.

—Nunca dije que no fuera a amar a otro. —Era imposible explicar mis sentimientos a nadie, porque no tenían sentido—. Tengo capacidad para amar. Ya amo a mucha gente. Simplemente quería decir que no sería una cosa como de Romeo y Julieta. Tener una familia es algo que deseo de verdad. Quiero ayudar a mis hijos cuando tengan que hacer dulces para recaudar dinero, y también con los deportes y los deberes. Quiero ser madre, amar a alguien

especial con todo mi corazón. Y quiero un esposo con el que compartir la experiencia, mi mejor amigo, el que me hará disfrutar de la vida.

—¿Puedes imaginarme a mí como tu esposo?

—No lo sé... es un poco pronto para eso.

—¿Pero es una posibilidad? ¿No estás reservando ese lugar para Hawke?

—Ya te dije que jamás volvería con él. —Me aparté de su pecho porque la conversación se estaba volviendo demasiado seria para disfrutar de la película.

—Sé lo que dijiste. Pero no entiendo por qué. Concuerdo en que su reacción ante la muerte de su madre no estuvo bien, pero... No veo por qué no puedes perdonarlo. ¿Por qué esto es diferente de lo que hizo la primera vez?

Justo cuando pensé que todo eso se había acabado y había quedado en el pasado, volvía otra vez.

—Es diferente porque no voy a dejar que un tío me coja cuando le dé la gana y me deje cuando las cosas se ponen demasiado complicadas. Puede que lo ame, pero no soy un monigote. Un hombre de verdad no tira la toalla cuando las cosas se ponen difíciles. No pienso dejar que nadie me trate así. Da igual quién sea.

Me observó con una mirada indescifrable.

—Así que es cuestión de orgullo.

—Yo no diría eso. Me prometió que no volvería a hacerme daño. Después traicionó esa promesa en cuanto se volvió a presentar un bache en el camino. Le di muchas oportunidades e intenté ayudarlo, pero él lo único que quería era apartarme de su lado. Ahora busco al hombre adecuado para pasar mi vida con él, alguien que no me haga sufrir.

—Yo no te haré sufrir.

Sentí que el corazón se me ablandaba.

—Lo sé.

—¿Todavía crees que es tu alma gemela?

Ese era un tema amargo para mí.

—Ya no sé qué creer. Mientras estuvimos juntos, fue hermoso y perfecto. Pero ¿era de verdad tan fantástico si luego me dejó de esa forma? Estoy empezando a pensar que soy una chica estúpida que no reconoce una mierda cuando la ve.

—Yo no diría eso —contestó Kyle. Me subí la manta para mantenerme caliente—. Creo que amaste a alguien con todo tu ser. Se lo diste todo hasta que no te quedó nada. Y, ahora que ves las cosas claramente, sabes con certeza

que no era el hombre adecuado para ti. Quizás era tu alma gemela, o quizás no. Pero sabes que no era la persona con la que vas a pasar el resto de tu vida. Ahora puedes pasar página... para siempre.

—¿Cómo voy a pasar página si no haces más que preguntarme por él?
—Era un golpe bajo, pero no pude evitarlo. Por fin había dejado de pensar en Hawke todo el tiempo y Kyle no dejaba de sacar el tema.

—Tienes razón. Debería olvidarme de ello —admitió. Desvió la mirada hacia la televisión—. Supongo que sólo quería asegurarme de que se ha ido de verdad, de que no compito contra un dios imbatible. Quería tener la seguridad de que puedo arriesgar mi corazón. Quería cerciorarme de que tengo una oportunidad real.

Me volví hacia él, subyugada por sus palabras.

—No tienes nada de lo que preocuparte.

Kyle me miró a los ojos en busca de certeza. Cuando la encontró, dejó escapar un profundo suspiro.

—Entonces no volveré a sacar el tema.

—Gracias. —Repté de nuevo hacia su pecho.

—¿Puedo decir una última cosa?

—Supongo que sí.

—Lamento que Hawke te haya causado tanto dolor, pero me alegra de verdad que sea un idiota incapaz de ver la perla que tiene delante de las narices. Porque yo sí la veo. Es brillante y perfecta, y contiene más luz que todas las estrellas juntas. Es única y extraordinaria, infinitamente bella. La conservaré con amor y la cuidaré. No pasará ni un solo día en el que se vea empañada u olvidada. La mantendré siempre a salvo, a mi lado.

HAWKE

Se me revolvió el estómago.

Verla con otro, especialmente con Kyle, fue devastador. Sentí que mi corazón se partía en dos y ya no funcionaba. Lo tenía roto desde hacía tiempo, aunque ahora ya era irreparable. Los meses que estuve sumido en un pozo de rabia, no supe lo que hacía ella.

Pero no había creído posible que volviera con él.

No sólo estaba con él, sino que también era feliz. Estaban juntos cantando canciones en un karaoke, canciones estúpidas de amor de esas que se oyen en los supermercados. Se comportaban como una pareja que llevara años juntos.

Era como si lo nuestro nunca hubiera existido.

¿Cuánto tiempo llevaban juntos? ¿Regresó con él en cuanto rompimos? Yo no había estado con nadie en seis meses, ¿y ella ya había vuelto con su ex?

¿De verdad?

Axel no lo había mencionado, y no entendía por qué. Un aviso no habría estado mal. Nunca hablaba de Francesca, pero yo había supuesto que era porque no tenía nada que decir.

Me quedé en el apartamento y apenas me moví. No fui al gimnasio porque estaba demasiado deprimido. Pasaba las horas tumbado en el sofá mirando al techo con las luces apagadas. Cuando había suficiente silencio, a veces me parecía oír al fantasma de Francesca. Los recuerdos de mi vida con ella me reconfortaban, pero también me causaban dolor.



AXEL Y YO JUGÁBAMOS AL BALONCESTO DESPUÉS DEL TRABAJO. NORMALMENTE jugábamos un uno contra uno, excepto cuando encontrábamos a otros tíos para formar equipo. Correr de arriba abajo por la cancha de baloncesto era muchísimo mejor que la cinta de correr.

La cinta de correr era aburrida.

Mientras jugábamos, hablaba intermitentemente de Marie, su tema favorito de conversación.

—¿Tendréis niños pronto?

—Dios, no. —Dribló con el balón y se lo pegó a un costado—. No estoy preparado para eso. Ahora mismo sólo quiero disfrutar de la vida de casado. Me resulta extraño pensar que me he casado de verdad. Y más aún cuando pienso que realmente me gusta estar casado.

—Has encontrado a la persona adecuada. No es tan raro.

—No sé si Marie es necesariamente la persona adecuada. —Fue hasta el banco donde había dejado la botella de agua—. Tampoco sé si yo soy la persona adecuada para ella. Sólo sé que la quiero más que a nadie en el mundo.

Lo miré con otros ojos, comprendiendo que era lo más sabio que había dicho jamás.

Se sentó y bebió un trago de agua. Cuando notó mi mirada, me espetó:

—¿Qué?

—Nada. —Tomé asiento y apoyé los brazos en las rodillas.

—Algún día me gustaría tener hijos. Me encanta la idea de Marie con el vientre redondeado por mi bebé.

Comprendí la sensación. Yo había tenido pensamientos similares con Francesca. Era difícil creer que había pasado tanto tiempo desde que rompimos. Cuando empecé este viaje emocional, nunca creí que fuera a durar tanto.

—Entonces, ¿Francesca ha vuelto con Kyle? —Era una estupidez preguntárselo a Axel, pero necesitaba saberlo. No podía preguntárselo yo y espiarla de esa forma. No era asunto mío.

Se puso visiblemente tenso y apartó la botella de agua.

—¿Qué? —la amenaza en su tono de voz era inconfundible.

—Os vi a los cuatro la otra noche en el karaoke. —Axel se recostó en el banco y me miró—. ¿Cuánto tiempo llevan así? —Desvié la vista hacia el fondo de la cancha para no mirarlo a los ojos.

—¿Y a ti qué coño te importa? —Axel aún no me había perdonado lo que

le había hecho a su hermana. Sospechaba que se lo guardaba para sus adentros porque se lo había pedido ella. Yo había perdido a mi madre y después había intentado matar a mi padre. En esa época estaba de mierda hasta el cuello.

—¿Por qué no iba a importarme?

—Porque la dejaste y te largaste... otra vez. —Me froté las palmas de las manos, sabiendo lo que se avecinaba—. Eres un cabrón y tienes la cara muy dura, ¿lo sabías?

Mantuve la voz tranquila para que la discusión no subiera de tono.

—Sólo preguntaba... Eso es todo.

—¿Por qué preguntas? ¿Porque no quieres estar con ella hasta que llegue otro? ¿No la quieres, pero nadie más puede tenerla? —Se levantó y se marchó del banco botando lentamente la pelota, y dejó la botella allí.

—Eso no es lo que he dicho.

—Pues es lo que yo he oído. Jodiste de verdad a Francesca la primera vez, y luego la dejaste de nuevo. Lo único que ella intentaba era consolarte, pero no se lo permitiste. La empujaste y la empujaste, hasta que ella al final te dio la espalda. Por si no te has enterado, mi hermana no es de la clase de chicas que carga con un gilipollas. Es mucho mejor que todo eso... mucho mejor que tú.



ESTABA EMPEZANDO A COMPRENDER TODO EL DAÑO QUE HABÍA CAUSADO.

Había ahuyentado a la mujer que amaba.

Había puesto a mi mejor amigo en mi contra.

Obviamente, Marie no quería saber nada de mí.

Si mi plan era conseguir que todo el mundo me odiara, lo había conseguido.

Los últimos seis meses no había estado en mis cabales. Al perder tanto tan rápidamente, me había hundido en un oscuro abismo del que no podía salir. Francesca afirmaba que yo no habría sido capaz de disparar a mi padre, pero yo sabía que lo habría hecho. La culpa me pesaba sobre los hombros peligrosamente y me provocaba tanto sufrimiento que podría estallar en cualquier momento.

El hecho de no poder culpar a nadie excepto a mí mismo empeoraba aún más las cosas.

Había metido sus cosas en cajas y le había exigido que se las llevara. Le había dicho que ya no la quería, y que le haría daño cuando menos lo esperara. Un chorro de palabras imperdonables había brotado de mi boca para intentar mantenerla alejada de mí.

Y ahora aquí estaba. Solo.

Axel no me dio la información que necesitaba. Quería saber si iba en serio con Kyle. ¿Lo había llamado inmediatamente después de irme yo? ¿Cuánto tiempo llevaban acostándose juntos?

¿Me amaba todavía?

Debería mantenerme a distancia y dejarla en paz. Después de lo que había hecho, no merecía que me volviera a hablar ni una sola vez. Y, si de verdad era feliz con Kyle, lo correcto era no inmiscuirme. Tal vez él había unido los pedazos que yo había roto. Tal vez le daría la relación sana y normal que yo nunca podría ofrecerle. Tal vez él nunca tendría que luchar contra la ira.

Pero no podía dejar de pensar en ella. Cada recuerdo que me venía a la cabeza era más vívido que el anterior. Ella y yo habíamos compartido demasiadas cosas. ¡Habíamos creado tanta belleza sólo con nuestros abrazos! Lo que habíamos tenido había sido único y puro.

Y entonces lo eché todo a perder... de nuevo.

Una disculpa no lo arreglaría. Otra promesa carecería de significado. No me quedaba ningún as que sacarme de la manga. Todo lo que tenía era amor.

¿Sería suficiente?



EL ÚNICO MOMENTO EN EL QUE PODÍA HABLAR CON ELLA A SOLAS ERA CUANDO llegaba a «La chica de los muffins» por la mañana temprano. Abría la pastelería a sus empleados y se ponía a trabajar en el obrador. Me quedé a unos metros y contemplé los rayos distantes del sol asomando por detrás de los rascacielos. Era una mañana fría, lo bastante para que se formara rocío en las hojas de los árboles.

Se acercó por la acera con los auriculares puestos, endemoniadamente guapa. No la había visto en mucho tiempo y no había olvidado su rostro, pero me quedé asombrado de su belleza, como siempre.

Llevaba el pelo recogido en una coleta alta peinada hacia atrás con manos expertas. Se había enfundado unos vaqueros ajustados que conservaban ligeras

manchas de harina en la parte delantera y jersey negro con el logotipo de la pastelería. Iba mirando su teléfono, probablemente jugando a algo para pasar el rato durante el camino.

Cuando llegó a la pastelería, metió la llave y abrió la puerta. Saltó la alarma, y se apresuró rápidamente al panel de la trastienda para desactivarla.

Me colé dentro y cerré la puerta detrás de mí.

La alarma dejó de pitar y su voz llegó hasta mis oídos. Estaba cantando en voz baja algo de Shakira. En lugar de hacer notar mi presencia, me limité a escuchar, añorando el sonido de su voz.

De repente, las palabras murieron en su garganta, como si hubiera percibido que no estaba sola en la pastelería. No podía verme y no tenía forma de saber que yo estaba allí, pero de alguna forma lo intuyó.

Sabía que era yo.

Se quedó en la trastienda y no apareció. Había un silencio mortal, de esa clase de silencio que te pone el vello de punta. Las luces estaban encendidas, pero, de repente, tuve una gran sensación de oscuridad. El corazón me dolía en el pecho, pero me emocionó que todavía pudiera sentir mi presencia después de todo ese tiempo. Estábamos tan en sintonía como antes. Había electricidad estática en el aire, un zumbido distinto que sólo nosotros dos podíamos oír. Emitíamos en una frecuencia distinta a la de los demás.

Al dirigirse a la trastienda, sus pasos resonaron lentamente contra las baldosas blancas y negras que formaban el damero del suelo. Caminaba despacio, sin prisa por llegar hasta mí. Lo alargó lo indecible, temerosa de la conversación que se avecinaba.

Y entonces apareció.

Tenía los auriculares de color rosa metalizado alrededor del cuello y el teléfono metido en el bolsillo delantero. Se quedó mirándome con ojos entrecerrados, ocultando todos sus pensamientos en lo más profundo de su ser. En lugar de ponerse furiosa conmigo por haber entrado sin avisar, su rostro no reflejaba ningún tipo de emoción.

Continuó avanzando con los ojos fijos en mí, como si estuviéramos a punto de lanzarnos un misil el uno al otro.

Ver cómo me miraba, reconociendo que estábamos en la misma habitación, me produjo una extrañísima sensación de satisfacción. Me dio un subidón que no se agotaba. La conexión especial que los dos habíamos sentido mucho tiempo atrás seguía ahí. La sentí en el latido de mi corazón. Resonaba cada vez que tomaba aire.

Se detuvo cuando estuvimos a metro y medio de distancia. Sus ojos no se despegaban de los míos, pero no pestañeó. Su actitud no era hostil, aunque estaba claro que no me quería allí. Incluso metro y medio le parecía demasiado cerca.

Sin pronunciar una sola palabra, me dijo cómo se sentía. La última vez mi presencia le había sido indiferente. Pero ahora Francesca me despreciaba. Me detestaba por la forma en que la había tratado. Lo que menos deseaba era volver a ver mi cara. Mis actos habían sido imperdonables y ese día, cuando me dijo que no volvería a darme otra oportunidad, lo había dicho de verdad.

Mantuve la respiración bajo control, a pesar del golpe que acababa de recibir. Me había hecho añicos con una mirada. Sólo con los ojos había conseguido decirme cómo se sentía con total exactitud.

No me había sentido peor en toda mi vida.

Yo había hecho que me mirara así. Yo era responsable de haber destruido lo más bonito que habíamos compartido. No pude sostenerle la mirada por más tiempo. Me invadió la vergüenza y supe que no la merecía. No tenía ningún derecho a aparecer así en su pastelería.

Entonces bajé la vista. Mi mirada se centró en la cadena que colgaba de su cuello. Era de platino, el mismo metal del que estaba hecho el collar que le había regalado en una vida anterior. El colgante desaparecía bajo su camiseta y no podía verlo. Pero sospechaba que era ese mismo.

Dio un paso más hacia mí, amenazándome en silencio para que me fuera y no regresara jamás.

Retrocedí, rindiéndome ante su hostilidad. Era difícil mantener la cabeza alta como un hombre de verdad después de lo que le había hecho. En lugar de ser fuerte para ella, me había dejado hundir por el dolor y me había convertido en un... cobarde.

Lo peor de todo era la decepción. Lo llevaba escrito por toda la cara. Ella había esperado mucho más de mí, había estado a mi lado a pesar de todo y había tenido fe en mí cuando nadie más la tuvo.

La verdad innegable me golpeó directamente en el pecho. Puede que fuera el amor de mi vida, pero nunca me perdonaría. Esta vez no. Ni nunca más. Me quedé mirando el espacio que nos separaba, sintiendo la humedad distante de las lágrimas que empezaban a aflorar en mis ojos. Había perdido muchas cosas en mi vida, pero perderla a ella era algo completamente distinto. Francesca lo era todo para mí. Aunque yo no permitía que resultara obvio, ella lo era todo para mí.

Salí de la pastelería con la cabeza gacha, sabiendo que ya no era bienvenido.

FRANCESCA

Esperaba que Hawke volviera a aparecer en mi vida en algún momento, pero había supuesto que sucedería mucho antes, no a los seis meses. Sin que dijera una palabra supe que estaba allí. La mirada de sus ojos me dijo todo lo que necesitaba saber.

Pero me negué a escuchar.

Lo había expulsado de mi vida sin contemplaciones y lo amenacé para que se mantuviera apartado de mí. Ya no era suya y no le debía una mierda. Sus problemas eran sólo suyos y estaba harta de sus jueguecitos emocionales.

No significaba nada para mí.

No le conté a Kyle lo que había sucedido. Después de que me hiciera todas esas preguntas sobre Hawke, pensé que era mejor guardar silencio. De todas formas, no había nada que decir. Hawke y yo no intercambiamos una sola palabra, al menos con los labios.

No volvería por la pastelería, no después de haberlo destrozado sólo con los ojos. Dio un paso atrás, incapaz de sostener mi mirada y sabiendo que merecía toda mi hostilidad. Supo que su lugar ya no estaba allí. Como un perro apaleado, agachó la cabeza y se alejó.

Intenté olvidar todo el asunto.



AXEL ESTABA SENTADO AL LADO DE KYLE EN EL SOFÁ. AMBOS SOSTENÍAN UNA cerveza en la mano y disfrutaban del partido de baloncesto.

—Tío, me encantan los Knicks. —Axel era uno de los mayores frikis del deporte que había conocido jamás.

Pero Kyle no se quedaba atrás.

—Son impresionantes. Mi bufete tiene abonos de temporada, pero siempre se me olvida ir.

—¡Qué dices! —Axel casi derramó la cerveza—. ¿Cómo se te puede olvidar eso?

Kyle se encogió de hombros.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Apenas vas a la oficina.

Kyle se echó a reír.

—Bueno, tengo novia, y eso me ocupa la mayor parte del tiempo. —Me dedicó un guiño muy teatral antes de volverse hacia Axel—. Juego bastante al golf... De hecho, estoy mejorando mucho. Y además tengo que hacer papeleo y todas esas cosas tan aburridas.

—Ojalá tuviera tu vida.

—No, no te gustaría —replicó Kyle—. Estoy saliendo con tu hermana, ¿recuerdas?

—¡Puaj! —Axel sacudió la cabeza—. Buena observación.

La voz de Marie llegó desde la cocina.

—Cariño, ¿puedes echarme una mano?

Axel dejó la cerveza.

—Parece que mi esposa me necesita.

Marie salió y me miró.

—Frankie, ¿puedes ayudarme con la carne de los kebabs? Tú sabes ensartarla mejor.

Sonreí triunfante y entré con ella en la cocina.

—¿Pero qué demonios...? —exclamó Axel.

—Menudo zasca acabas de llevarte —rio Kyle—. Pero no puedes culparla. Frankie cocina mejor.

—No hagas que te estampe el botellín en la cabeza.

Me puse al lado de Marie y me desentendí de la conversación de los chicos.

—Son muy graciosos, ¿verdad?

—Se llevan francamente bien. —Apartó un cuenco con distintos ingredientes y ensartamos todo lo demás en palos de madera—. A Axel le encanta Kyle.

—¿De verdad? No pensé que a Axel le gustara ninguno de los chicos con los que salgo.

—Sí, le gusta de verdad. —Marie se concentró en su tarea, y siguió ensartando champiñones y pimientos en los pinchos—. Me ha dicho que espera que Kyle sea el último novio que tengas.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿En serio?

Marie asintió con una sonrisa en los labios.

Siempre había creído que Axel quería que estuviera con Hawke. Pero supongo que la ruptura tan brutal lo había cambiado todo.

—Bien, me alegro de que os guste.

—Es perfecto para ti. —Marie pinchó un trozo de pollo.

—Eso no lo sé... pero es genial.

—Es más que genial. —Agarró la bandeja de brochetas ya acabadas y las llevó a la sala de estar.

Yo me quedé en la cocina y me puse con una nueva tanda de pinchos.

Axel entró un momento después y cogió una cerveza de la nevera.

—Intentaré no ofenderme porque te haya llamado cariño a ti. Después de todo, tú eres la que está aquí trabajando como una esclava.

—Es mejor que quedarme a escucharte.

Axel se puso a mi lado y giró el tapón del botellín.

—Kyle ha dicho que me va a llevar a un partido de los Knicks la semana que viene.

—Genial —contesté. Siguió allí de pie sin moverse, de una forma muy molesta—. ¿Qué?

—Me gusta de verdad. —Lo soltó así, sin venir a cuento—. Sólo quería que lo supieras.

—Ah, gracias. Pero tu opinión nunca me ha importado.

—Sí, sí que te importa —me rebatió, aunque sin hacerse el listillo—. No me importaría ser su cuñado, si alguna vez llega a eso.

Ahora el asunto se estaba volviendo extraño.

—Axel, me alegro de que te guste, pero ¿a qué viene todo esto? Kyle y yo llevamos saliendo un mes. ¿Por qué has mencionado siquiera el tema del matrimonio?

—Tienes razón. —Levantó las manos, como si creyera que eso me iba a tranquilizar—. No tenía que haber dicho eso. Lo siento.

Mi hermano nunca se disculpaba por nada, ni siquiera cuando estaba

equivocado.

—¿Qué pasa?

—¿Qué quieres decir? —Se quedó allí de pie, incómodo, como si intentara parecer enrollado sin conseguirlo.

—¿Por qué estás tan raro?

—No lo estoy.

Cuando lo miré a los ojos, por fin lo adiviné.

—No te preocupes por Hawke. Nunca voy a volver con él. No hay nada que pueda hacer o decir para que cambie de opinión.

—Entonces... ¿eso quiere decir que has hablado con él?

Técnicamente, no.

—Se pasó por la pastelería la semana pasada. Estuvo un par de minutos y se fue. No me volverá a molestar.

Dejó la cerveza y suspiró.

—Me lo quité de encima cuando me preguntó por Kyle. Parece que nos vio a todos en el karaoke.

En realidad, me sentí mal por él. Hawke había entrado en ese bar esperando pasar una noche normal y se topó con Kyle y conmigo besándonos y haciéndonos caricias bajo la mesa. Pero entonces la lástima desapareció.

—Lo superará.

—Fue a hablar contigo sólo porque se dio cuenta de que tú habías pasado página, Frankie. Es un gilipollas.

—No voy a volver con él, ni ahora ni nunca. Pero tampoco quiero que cambies tu amistad con él por esto. Hawke se deprimió mucho cuando sucedió todo. Lo último que necesita es perder a su mejor amigo.

—Bueno, pues no debería haber jodido a mi hermana. —Dejó la cerveza con un golpe seco y se marchó.

Me quedé mirando el montón de palitos antes de volver a ponerme a trabajar, olvidando la discusión un segundo después de haberla terminado.



KYLE Y YO FUIMOS A SU CASA DESPUÉS DE CENAR.

—Axel y yo vamos a ir a jugar un partido la semana que viene.

—Me lo ha dicho. —Entré en su dormitorio e inmediatamente me puse a rebuscar en los cajones para ponerme una de sus camisetas.

—En realidad, es un tío bastante enrollado.

—Está bien. —Lancé la camiseta sobre la cama y empecé a desnudarme para ponérmela. Cuando me quité el sujetador, Kyle se quedó mirando mis tetas descaradamente—. Es un buen hermano, pero a veces me pone de los nervios.

Seguía mirándome sin escuchar una sola palabra de lo que decía.

Me dejé las bragas puestas y me puse su camiseta.

—¿Por qué te pones ropa? Me gusta más cuando te la quitas.

Retiré hacia atrás las mantas y me metí en la cama.

—Me gusta tomarte el pelo.

—Vale, pues que sepas que lo has conseguido. —Se deslizó a mi lado e inmediatamente se colocó sobre mí—. Tienes un pedazo de cuerpo.

—Tengo las tetas pequeñas, y también barriga y el culo plano.

—Calla la boquita. —Me levantó la camiseta y me besó en el estómago—. Nena, eres perfecta.

—Tú sí que eres perfecto. —Me tumbé y giré el cuello, dejándole el paso libre. Me gustaba cuando me besaba ahí. La sensación de su lengua sobre mi piel me encantaba y hacía que el interior de los muslos me doliera de deseo.

Me chupó el labio inferior muy lentamente antes de quitarme las bragas.

—Llevo toda la noche pensando en este momento.

—¿Incluso cuando estabas estrechando lazos con mi hermano?

Hundió la cabeza entre mis piernas.

—Cada. Segundo.



ABRÍ LA PASTELERÍA Y ME FUI A TRABAJAR A LA TRASTIENDA. A LAS SEIS llegaban los demás empleados y empezaban a preparar la bollería y el resto de productos que ofrecíamos a la hora del desayuno. Normalmente me pasaba la mañana con los auriculares puestos. Era el rato que tenía a solas para trabajar en mis creaciones y diseñar hermosas tartas con las que los clientes se llenaban la barriga.

Cuando sentí la tensión subiéndome por la espalda hasta llegar al cuello, supe que él estaba allí. No podía explicarlo con palabras. De alguna forma lo sabía. El aire era distinto. La iluminación era diferente. La música sonaba con estrépito a través de mis auriculares, pero podría jurar que lo había oído. Me

los quité y los dejé sobre el mostrador antes de girarme.

Estaba allí de pie, en vaqueros y sudadera, y con el cabello castaño un poco más largo que antes. Con la misma mirada de desolación en los ojos. Aparentemente, mi brutal rechazo no había sido suficiente.

No había creído que fuera tan estúpido como para volver a entrar en la pastelería. Cuando vino la semana anterior, supuse que era la última vez que nos tendríamos que tratar, aunque se quedara en silencio.

—Estoy muy ocupada y no tengo tiempo para gente que no me importa. Vete, por favor.

No se marchó.

Sabía que no me lo pondría fácil.

—La semana pasada te dije exactamente cómo me sentía.

—No dijiste nada.

—No me hizo falta. —Me puse una mano en la cadera y lo miré con ferocidad—. Y eso dice mucho más.

Hawke se quedó totalmente quieto, pero sus ojos mostraban todas y cada una de sus emociones. Libraba una batalla en su interior y llevaba mucho tiempo luchando contra sí mismo. Pero había algo más allí: una oleada demencial de esperanza.

—Muffin.

—No. Me. Vuelvas. A. Llamar. Así. Jamás. —Mi genio estalló como un volcán—. No tienes derecho a venir aquí y hablarme como si fuera de tu propiedad. No soy tuya y nunca lo volveré a ser.

Hawke metió las manos en los bolsillos y agachó la cabeza.

—Concédeme cinco minutos, por favor.

—No. Ya has tenido todo el tiempo que necesitabas. Yo estaba allí, preparada para escucharte y ser lo que necesitaras que fuera para ti. No te voy a regalar cinco minutos de mi tiempo. En realidad, no te concedo ni un segundo. —Agarré la espátula y me volví a concentrar en la tarta.

Hawke no se movió.

—He sido muy desgraciado...

—No me importa. —Esperaba que mi brutalidad le hiciera cerrar la boca y largarse. Le había dado muchas oportunidades para convertirse en el hombre que yo sabía que podía llegar a ser. Había tenido suficiente manga ancha con él. Pero eso se había acabado.

—Francesca, escúchame.

—No te debo nada.

—No voy a poner excusas por mi comportamiento. No voy a convencerte con argumentos. Lo único que deseo es pedirte perdón. Necesito que entiendas que me arrepiento de lo que hice. Quiero que sepas que estoy sufriendo.

La rabia desapareció cuando oí esas palabras. Ya no importaba lo que me había hecho o cuánto daño me había infligido. No quería que sufriera o que sintiera un dolor innecesario. Una parte de mí siempre lo amaría, y esta parte era incapaz de soportar su dolor.

Tiré la espátula al cuenco y le miré a la cara.

—Te escucho.

Sus ojos brillaron ligeramente de agradecimiento.

—Perdona por todo. Perdona por lo que te dije hace unos meses. Perdona por cómo te traté. Perdona por haber arruinado esa relación tan hermosa que teníamos. Y perdona por... romperte el corazón.

—No me rompiste el corazón, Hawke. No guardé luto por ti como la vez anterior. Lo superé. —Me volví hacia la mezcladora que tenía en la encimera junto a los detalles de la decoración—. En cuanto salí de tu apartamento ya lo había superado. Te dije adiós en la puerta y pasé página. Ambos sabemos que el único motivo de que estés aquí es porque ahora salgo con Kyle.

—No.

—Sí. —Le lancé una mirada desafiante.

—Me he sentido igual los últimos seis meses. No ha cambiado nada.

Quise gritar.

—Como quieras. Volviste a tus antiguas costumbres en cuanto me di la vuelta, follando con cualquier cosa que se meneara y yéndote de vacaciones con supermodelos. Y en cuanto yo empiezo a acostarme con otro, vienes a pedirme explicaciones. —Sacudí la cabeza con desaprobación—. Eres el tío más egoísta que he conocido.

Hawke volvió a agachar la cabeza con los hombros echados hacia adelante.

—No he estado con nadie más.

En ese momento deseé acuchillarlo con la espátula.

—No me insultes.

—No te estoy mintiendo. No te he mentado nunca y no voy a empezar ahora. —Me sostuvo la mirada mientras lo decía, y había sinceridad en sus ojos.

—¿Esperas que me crea que te has mantenido célibe los últimos seis meses?

—Sí.

—No te creo ni por un segundo.

—Me he masturbado mucho, pero no he estado con nadie. La única persona a la que deseo eres tú.

—Eso no tiene ningún sentido. —Levanté la mano, haciendo círculos con el índice y el pulgar—. Entonces, ¿por qué no te he visto en medio año?

—Porque sé que no soy lo bastante bueno para ti. No te merezco. Pero aun así te quiero. —Contuvo el aliento mientras me miraba—. Mi vida ha sido un borrón sin sentido. Lo único que me hace seguir son nuestros recuerdos. Sé que queda algo debajo de tu odio y tu resentimiento.

—Te equivocas. —Me había despedido de nuestro futuro nada más salir de su apartamento—. Kyle es un tío estupendo, me trata bien y nunca me hará daño.

—¿Así que estás con alguien sólo porque es seguro? —Se acercó a la encimera, invadiendo mi espacio personal—. ¿Porque no te va a hacer daño? Francesca, da igual cuánto se quieran las personas, siempre se hacen daño. Así son las cosas.

—También estoy con Kyle por otros motivos.

—No lo amas, así que esos otros motivos no importan.

Estrellé el utensilio contra la encimera.

—No tienes ningún derecho a suponer algo así.

—Sí que lo tengo. Porque todavía me quieres a mí.

Sacudí la cabeza y aparté la mirada.

—Que te quiera o no es irrelevante. Me abandonaste cuando te necesitaba. Rompiste la promesa que me habías hecho y me partiste el corazón. No soy un felpudo, Hawke. No puedes ir y venir cuando te dé la gana. Prefiero estar con alguien que me respete antes que estar contigo. —Me quedé quieta, aferrándome a la encimera porque necesitaba algo en lo que apoyarme.

Se quedó callado durante tanto tiempo que pensé que la conversación había terminado. Seguía a mi lado, respirando silenciosamente.

—Ojalá pudiera volver atrás.

—Pero no puedes.

—Lo sé. Pero quiero otra oportunidad. Una más.

—Mira, no funcionó ni la primera vez ni la segunda. Estoy totalmente segura de que tampoco va a funcionar una tercera vez. —No había nada que Hawke pudiera decir o hacer para que yo cambiara de opinión. Cuando tomaba una decisión, ya no había vuelta atrás. Me mantendría en mis trece. La

idea de dejar que volviera a entrar en mi vida como si su comportamiento hacia mí hubiera sido aceptable no estaba entre mis opciones.

—Francesca...

—No. —Mantuve la voz firme mientras la rabia me invadía—. La respuesta es no. Siempre me tendrás aquí si necesitas cualquier otra cosa. Y este compromiso sí es para toda la vida. Si alguna vez hay algo que necesites, siempre estaré dispuesta a ayudarte. Pero nada más. Así que, a no ser que necesites algo, es hora de que te marches. —No podía predecir el futuro, pero sabía lo que ocurriría si volvía con Hawke. Volvería a hacerme daño una y otra vez, igual que antes. Aunque siempre añoraría ese amor abrasador que habíamos compartido, necesitaba algo más terrenal. Necesitaba un compañero en quien pudiera confiar, alguien que no se hundiera y se convirtiera en cenizas en cuanto las cosas se pusieran cuesta arriba. No había forma de saber lo que iba a pasar con Kyle en el futuro, pero era mucho más probable que acabara con él que con Hawke.

Hawke echó un vistazo al obrador mientras pensaba en lo siguiente que iba a decir. Estaba intentando encontrar algún resquicio, algo que arreglara el desaguisado que había provocado.

Hawke me había hecho daño en el pasado, pero sabía que no me mentiría. Si decía que no había estado con nadie desde que tomamos caminos separados, lo creía. Por mucho que me avergonzara admitirlo, la revelación resonó en mi corazón como una campanada lejana. Me dolía imaginármelo con otra, y saber que había estado solo todo este tiempo derribó muchas de mis defensas.

Pero me mantuve firme.

HAWKE

Fui un ingenuo al pensar que podía convencerla para que cambiara de opinión con palabras bonitas. Cuando le conté que no había estado con nadie en los meses que llevábamos separados, pensé que aquello sería suficiente para lograr que me diera otra oportunidad. Mis manos no habían tocado a nadie más excepto a ella desde que volvimos juntos la segunda vez. Por desgracia, no fue suficiente.

Odiaba de verdad a Kyle.

Odiaba que fuera bueno con ella. Era leal y la valoraba como yo no había sabido hacerlo. Le hacía reír y sonreír. La volvía loca de amor justo delante de mis ojos.

Y tal vez la tuviera para el resto de su vida.

Si no lo arreglaba, me condenaría a una muerte temprana. Sin ella en mi vida, realmente no tenía sentido seguir adelante. Aún era mi alma gemela, y siempre lo sería.

Esperé fuera de la oficina de Axel hasta que salió de trabajar. Apareció con traje gris y cartera al hombro. No habíamos vuelto a hablar desde la incómoda conversación que habíamos tenido en la cancha una semana antes.

—Hola, tío. —Me acerqué a su lado y actué como si todo fuera normal.

Axel se volvió hacia mí, y sus ojos me abarcaron con amenazas.

—¿Qué?

—Sólo quería saludar. Te he visto al pasar.

—Bien, hola. —Se giró sobre sus talones y echó a andar en dirección opuesta—. Y adiós.

Agaché la cabeza con tristeza antes de llegar a su altura.

—Espera, háblame.

—¿De qué quieres hablar? —Siguió caminando, decidido a alejarse de mí.

—No tenía intención de cabrearte el otro día.

—Pues lo hiciste.

—Sólo estaba haciendo una pregunta sencilla. No hay necesidad de enfadarse.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Fuiste a la pastelería de Frankie y la acorralaste. Intentaste recuperarla cuando sabías que ya estaba saliendo con otro.

Temí que se lo hubiera contado ella.

—Sólo quería hablar con ella.

—La quieres sólo cuando otro se interesa por ella. Ya sé que eres mi amigo y todo eso, pero de verdad que eres un cabrón integral. Francesca y yo no estamos tan unidos, pero es mi hermana. Una cosa es romper y que sigáis caminos separados, y otra muy distinta es hacer que vuelva para dejarla tirada por segunda vez como si no fuera un ser humano. Es absolutamente despreciable. Lo siento, pero no quiero volver a verte. —Comenzó a andar de nuevo, decidido a alejarse de mí.

Me sentí como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Aléjate de Frankie y de mí. Ya no queremos saber nada de toda tu mierda.

¿Mi mejor amigo desde hacía cinco años me estaba dejando tirado? Me paré en seco y vi cómo se iba, comprendiendo que había tocado fondo.



ESPERÉ EN LA PUERTA DE SU PASTELERÍA HASTA QUE LLEGÓ. SE ACERCÓ Y SE quitó los auriculares, dedicándome una mirada cargada de veneno.

—Me estoy cansando de todo esto.

—Dijiste que estarías para mí necesitara lo que necesitara. Y necesito tu ayuda. —No había ido por ella. Pero tenía que admitir que era agradable ver su hermoso rostro. Tenía la tez clara como una muñeca de porcelana. Hacía que el cuerpo me doliera de deseo, que quisiera tumbarme con ella en la cama y no levantarnos nunca.

—¿Ayudarte con qué? —Abrió la puerta y entró.

La seguí.

—Axel.

Me dedicó una mirada triste que implicaba que ya lo sabía todo.

—Espera. —Desactivó la alarma y encendió todas las luces. Regresó y me hizo una seña para que la siguiera al obrador de la trastienda—. Tengo cosas que hacer, pero puedo hablar a la vez.

Odiaba que pareciera tan poco afectada por mi presencia, pero sospechaba que todo era fingido. Si todavía estaba en sintonía con mis sentimientos, entonces seguíamos conectados aunque intentara negarlo.

—¿Ha sucedido algo más con Axel?

—Me dijo que me mantuviera alejado de vosotros. —Francesca se ató el delantal a la cintura y dejó escapar un profundo suspiro—. Entiendo por qué está enfadado, pero... No quiero perderlo a él también.

—No tendrías por qué. —Sacó los ingredientes que necesitaba del armario y los dejó en la encimera—. Hablaré con él.

—No quiero que hables con él. No es problema tuyo.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga?

—Dime cómo arreglarlo. Tú le entiendes mejor que nadie.

—Sinceramente... No lo sé. —Vertió los ingredientes en un cuenco metálico y los mezcló con unas varillas grandes—. Estaba bien hasta que... le hablaste de mí.

—¿Cómo puedo no hablar de ti? ¿Se supone que no debo volver a mencionarte nunca más?

—Es muy protector conmigo. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Creo que deberías darle tiempo y después intentar volver a hablar con él.

—No sé... —Cuanto más tiempo pasara, peor se pondrían las cosas.

—Tal vez podamos hablar los tres juntos.

—¿En la misma habitación? —Unos minutos en compañía de Francesca era tiempo bien empleado.

—Sí. Podemos mantener una conversación tranquila entre los tres. Verá que a ti y a mí no nos importa estar en la misma habitación. Cuando comprenda que todo está bien, se relajará.

El problema era más grande.

—Sabe que todavía te quiero. Ese es el mayor problema.

—Bueno, pues deja de quererme. —Lo dijo como si fuera tan sencillo

como apagar el interruptor de la luz.

—Sabes que no es posible.

Se limpió las manos sucias en el delantal.

—Así es como va a ser. Si quieres volver a ser amigo de Axel, tienes que olvidarme. Axel no quiere que volvamos a estar juntos nunca. Lo ha dejado muy claro.

—¿Desde cuándo te importa lo que quiere él? — Tenía que convencer a Francesca para que me diera otra oportunidad. ¿Cómo iba a lograrlo cuando su único familiar se oponía de ese modo?

—Me importa cuando veo lo alterado que está con el asunto.

Había sido muy poco realista por mi parte esperar que me volviera a aceptar tan fácilmente. Creí que siempre tendría su amor y ahora comprendía mi tremendo error. Lo correcto sería marcharme y dejarla ser feliz. Pero no podía hacerlo.

—¿Cuándo quieres que lo hagamos?

—Podéis venir a mi apartamento. No le diré a Axel que tú también vienes.

—¿Crees que es buena idea?

Francesca se encogió de hombros.

—Es la única idea.

Aunque no me volviera a aceptar, me estaba dando más de lo que merecía.

—¿Por qué me ayudas?

—Has sido un buen amigo para Axel. Vuestra amistad no debería cambiar por lo que ocurrió entre nosotros.

—Te hice daño.

—Sí, pero ya soy mayorcita. Puedo cuidarme sola. No es necesario que Axel se implique. Vosotros dos os necesitáis.

Ahora me odiaba todavía más. Si no me hubiera largado y no hubiera perdido la cabeza, todavía la tendría en este mismo instante. Estaríamos uno en los brazos del otro, en lugar de hablar de su hermano. Ella me pediría que pasara por su casa después de trabajar y su cuerpo me daría calor por la noche.

Pero lo jodí todo.



AL DIRIGIRME A SU NUEVO APARTAMENTO, ME DI CUENTA DE QUE ESTABA MUY

cerca del mío. Vivía a una manzana de mí, tan cerca pero tan lejos. En lugar de mudarse a ese apartamento, debería haber traído sus cosas al mío.

¡Vaya sueño!

¿Por qué tuve que sabotear todo lo que tanto trabajo nos había costado construir? En cuanto me golpeó la tragedia, estallé. La confusión me nubló la razón y no desperté hasta cinco meses más tarde, rodeado por las ruinas de mi estupidez. Francesca ya no estaba en mi vida y, para empeorar aún más las cosas, había sido yo quien la había echado. Me tragué mis sentimientos y me lamí las heridas, pero tardé demasiado en recuperarme.

Ahora ella se había ido.

Llamé a la puerta y esperé a que contestara. Cada vez que la veía, un escalofrío me recorría el cuerpo. Sentía una sacudida casi imperceptible en el corazón que me hacía sentir vivo. Aunque ya no era mía, era incapaz de luchar contra mis sentimientos.

Abrió la puerta y sus ojos no se iluminaron como de costumbre. Antes siempre estaba contenta de verme. Ahora parecía como si saludara a un conocido que no le gustaba demasiado. Me habría tragado su actuación si no hubiera una contradicción obvia delante de mis narices.

El medallón.

Todavía lo llevaba puesto. No podía ver el colgante bajo la camisa, pero sabía que estaba allí. No se lo había quitado desde que se lo di hacía ya mucho tiempo. Aún lo llevaba al lado de su corazón, prueba de que creía en nosotros aunque no lo admitiera.

—Justo a tiempo. Entra. —Me invitó a pasar y cerró la puerta detrás de mí.

Axel se puso de pie cuando me vio, y estuvo a punto de soltar la cerveza de la mano.

—¿Qué cojones, Frankie?

—Siéntate y relájate. —Sacó una cerveza de la nevera y me la pasó.

La cogí, aunque no tenía intención de bebérmela. No estaba de humor.

Francesca se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Llevaba un veraniego vestido rosa que dejaba a la vista sus magníficas piernas. Las tenía bronceadas, como si hubiera tomado mucho el sol últimamente. Calzaba sandalias de cuña de color crudo que hacían destacar los torneados músculos de sus pantorrillas. Tenía el cabello peinado con ondas sueltas, como si tuviera planes para salir después de mi visita.

—Nos hemos reunido aquí sólo para mantener una conversación. Sin

peleas.

Axel dejó la cerveza.

—Ni se te ocurra darle otra oportunidad a este cabrón. —Me señaló como si fuera un objeto y no una persona.

—En realidad no es asunto tuyo lo que haga o deje de hacer —replicó Francesca con calma—. Es mi vida y haré lo que quiera. Deja de ponerte de mi lado en una batalla que no se está luchando. A pesar de lo ocurrido entre Hawke y yo, hemos aprendido a superarlo. No hay ningún motivo para que vosotros dos no podáis seguir siendo amigos. Nuestra ruptura no tiene nada que ver con vuestra amistad.

Axel se frotó los nudillos y negó con la cabeza, decepcionado.

—Hawke y yo nunca vamos a volver a estar juntos. —continuó Francesca, como si esas palabras no me dolieran—. Nos amamos mucho en el pasado y siempre nos amaremos. Pero está claro que nunca lograremos que funcione.

Me estaba ahogando de pena.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó Axel esperanzado.

—Sí —respondió Francesca—. Somos todos adultos, no adolescentes melodramáticos. En lugar de hacer de esto un asunto mucho más grande de lo necesario, sigamos adelante. Vuestra amistad es demasiado importante para tirarla por la borda.

Como Axel estaba cediendo, no puse ninguna objeción a nada de lo que decía. De ninguna forma me iba a apartar y rendirme. Lo que habíamos tenido juntos era demasiado importante para dejar que se esfumara. Pero no era el momento adecuado.

Axel suspiró y agarró la cerveza.

—Vale. Puedo dejarlo correr.

Francesca se volvió hacia mí con sus preciosos ojos verdes vibrando de emoción.

Sabía que me estaba diciendo que le dijera algo a Axel.

—Siento haber estropeado las cosas con Francesca. En esos días estaba fuera de mí, envuelto en una oscuridad que nadie puede entender de verdad. Hice y dije cosas que ojalá pudiera retirar. De lo que más me arrepiento es de haber hecho daño a Francesca. Pero entiendo las consecuencias de mis acciones y me hago responsable de ellas. —Axel me miró en silencio—. Tu amistad significa mucho para mí, Axel. Te necesito en mi vida, tanto si estoy con Francesca como si no. Espero que me perdones y pasemos página.

Francesca se giró hacia su hermano y lo miró con firmeza.

Axel dejó escapar otro suspiro.

—Sí, podemos volver a ser amigos.

Fue un éxito, pero, aun así, sentí que había perdido algo más importante.

—Gracias. —Francesca chasqueó los dedos—. Ahora abrazaos. Sin discusiones.

—Los tíos no se abrazan —protestó Axel.

—Pero vosotros sí. —Se cruzó de brazos y esperó.

Axel se puso de pie el primero y se acercó al sofá.

Me puse de pie y le di un abrazo rápido.

—¿Todo bien otra vez?

Me dio una palmada en la espalda.

—Sí, todo bien otra vez.

Todavía me sentía un poco incómodo, pero sospechaba que la incomodidad desaparecería con el tiempo. Aún quedaba una tensión en el ambiente que se cernía como un pesado nubarrón.

—Bien, tenemos que darnos prisa. Marie quiere que le lleve unas cosas de la tienda.

—Vaya —dijo Francesca—. Le vas a comprar tampones. Es enternecedor.

—¿Quién ha dicho nada de tampones? —exigió saber Axel.

—¿Para qué si no ibas a ir a la tienda para comprarle unas cosas? —preguntó Francesca—. Además, ya sé que tiene la regla. Me lo ha contado antes.

Axel apretó los dientes de la vergüenza.

—Bueno, ya hablaré contigo después. —Se marchó rápidamente para que no siguiéramos tomándole el pelo.

Francesca se levantó del sofá y caminó lentamente hasta la puerta con la intención de invitarme a salir.

—Bueno, supongo que ya te veré.

Aunque no quería irme, me acerqué hasta ella. Llevaba una chaqueta de punto blanca que le llegaba hasta la pronunciada curva de su espalda y cubría la prominencia de sus pechos. Era imposible no mirarla, porque era la definición misma de la perfección.

—Gracias por ayudarme.

—Por supuesto. Ya sabes que siempre estaré aquí. —Abrió la puerta y me despidió con los ojos. No quería atravesar el umbral, pero no tenía otra opción.

—Nos vemos.

—Adiós. —Francesca cerró la puerta y echó la llave. Después sus pasos resonaron mientras se alejaba.

Me quedé escuchándolos hasta que se hizo el silencio. Entonces me fui, regresando a mi existencia miserable sin ella.

FRANCESCA

—¿Desde cuándo te gusta la música *bluegrass*? —Caminábamos juntos de la mano. Kyle normalmente escuchaba rock o música alternativa, y saber que le interesaba un sonido tan distinto fue una sorpresa.

—Este grupo me gustó muchísimo cuando lo escuché. Son de aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos meses. Estaba con una chica y salieron al escenario.

No me importaba nada que hablara de las chicas que había habido antes que yo. Ni una sola vez me sentí celosa. No estaba segura de por qué. Siempre que salían a colación las antiguas amantes de Hawke me sentía muy incómoda.

—Genial.

Al entrar llegaron hasta nosotros sonidos de un banjo y una tabla de lavar. Me recordaron a Mumford and Sons, con su toque personal. Pedimos las bebidas en la barra y nos sentamos en una mesa.

Moví la cabeza al ritmo de la música.

—Son bastante buenos.

—Ya te lo dije. —Me pasó el brazo por los hombros y se inclinó hacia mí—. Sabía que te gustarían.

Di un sorbo a mi copa y apoyé la mano en su muslo.

—Me gusta cuando me tocas.

—Siempre te toco.

—Sí... pero esto es diferente.

—¿Cómo?

—No es sexual. Es cariñoso.

No entendí la diferencia.

Me plantó un beso en la frente antes de beberse la cerveza.

—Axel y yo lo pasamos muy bien en el partido la otra noche.

—¿Sí? —Lo había olvidado—. ¿Fue un buen partido?

—Sí.

—¿Axel no te volvió loco?

—No, es un tío bastante majo. En eso os parecéis.

Le saqué la lengua.

—No me insultes.

Le dio un trago largo a su cerveza antes de dejarla en la mesa.

—Entonces... ¿Has hablado con Hawke?

¿Por qué me ponía Axel a los pies de los caballos?

—Estoy segura de que Axel hizo que pareciera peor de lo que fue.

—Ha estado apareciendo por tu pastelería para convencerte de que volváis juntos. —Ahora no era tan afectuoso. Había una ausencia casi total de calidez en su voz. A pesar de la calma que mostraba, su tono revelaba irritación—. Más de una vez.

Mantuve la boca cerrada porque estaba pisando terreno peligroso. El hecho de no habérselo contado yo misma hacía que pareciera que tenía algo que ocultar, aunque no fuera así.

—La única razón por la que no lo he mencionado ha sido porque no merecía la pena. Le dije que no tenía ninguna posibilidad de que volviéramos a estar juntos. Que me creyera o no ya no es problema mío.

Kyle se quedó mirando mi perfil, escrutando cada una de las expresiones que aparecían en mi rostro.

—No suena como si se hubiera rendido.

—De nuevo, no es problema mío.

—Vale, pero sí es mi problema —soltó—. No quiero que haya un tío cortejando a mi novia todos los días.

—No es que me corteje. Es que intenta justificar su comportamiento. No hay una sola excusa que pueda redimirlo de su conducta. Todos pasamos tiempos difíciles. Pero eso no significa que podamos tratar a la gente como nos dé la gana.

Kyle dio otro trago a la cerveza, vaciándola hasta casi la mitad.

—No quiero que tengas que seguir aguantando eso.

—Hawke no me molesta.

—Bueno, pues me molesta a mí.

—Al final se cansará y tirará la toalla. No tienes nada de lo que

preocuparte, Kyle. No soy de las que engañan.

—No he dicho que lo seas. —Su voz se tornó amable, como si se hubiera dado cuenta de lo agresivo que se había puesto—. Eso no me preocupa.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa? Te he dicho que no pienso volver con él, así que no tienes por qué ponerte nervioso.

Apartó la mano de mis hombros y la apoyó en la mesa. Se puso a jugar con el posavasos, haciéndolo girar con los dedos por toda la superficie.

—Con todos mis respetos, dijiste lo mismo la última vez. —Ahora me tenía que tragar mis propias palabras—. Si quieres volver con él, no pasa nada. Pero no me hagas perder el tiempo.

—No te estoy haciendo perder el tiempo, Kyle.

Buscó certidumbre en mi mirada antes de desviar la vista.

—Entonces, ¿por qué organizaste un encuentro para que Hawke y Axel arreglaran las cosas? ¿Por qué te importa?

—Porque Hawke ha sido un buen amigo para mi hermano. Axel lo necesita en su vida. Da igual lo que haya ocurrido entre Hawke y yo. Axel tiene derecho a seguir contando con su amistad, con independencia de cómo me afecte a mí.

Desvió los ojos hacia mi pecho.

—Entonces, ¿por qué te sigues poniendo eso, Francesca? —Kyle sabía exactamente lo que era sin preguntármelo. Simplemente lo sabía... de alguna forma.

Mi mano se aferró instintivamente al medallón que me había regalado Hawke por Navidad. No me lo había quitado desde ese día. La única vez que lo intenté, no me atreví y lo dejé. Era un regalo muy hermoso y me resultaba muy difícil separarme de él incluso después de todo este tiempo.

—Porque me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta del medallón? —preguntó con frialdad—. ¿Que tiene grabado «Juntos para siempre» en el exterior? ¿O que hay una fotografía vuestra en el interior?

Mis dedos palparon el cálido metal mientras me invadía la vergüenza. Era verdaderamente patética por llevarlo puesto. Seguía llevando un pedazo de Hawke a todas partes. Pero entonces reparé en un detalle.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo ojos.

—No. ¿Cómo has sabido lo que había dentro? —Axel no se lo habría dicho nunca.

Apartó la vista y apoyó los codos en la mesa.

—Lo he adivinado por un golpe de suerte.

Un golpe de suerte, los cojones.

—Lo has abierto mientras estaba dormida, ¿verdad?

No me miró a los ojos, pero tenía la palabra «culpa» escrita por todas partes.

—No me puedo creer que husmearas en mis cosas de esa forma. ¿También me fisgas el teléfono?

—No te enfades conmigo. No deberías llevarlo puesto.

—¿No debería *qué*? —le espeté—. ¿Desde cuándo decides tú lo que debo o no debo llevar? —De repente, la noche de diversión se había convertido en una mierda. Nuestra relación era perfecta hasta que surgía el tema de Hawke. Siempre nos estropeaba las veladas sin estar presente siquiera.

Kyle permaneció en silencio.

—Te he hecho una pregunta.

—¿Cómo te sentirías tú si yo llevara un anillo que me hubiese regalado una antigua novia? —Se volvió hacia mí, y la cara se le estaba poniendo roja de rabia.

—No me importaría.

—Ah, ¿de verdad? —Me lanzó una mirada incrédula.

—Sí, de verdad. Te dije que ya había vivido mi gran amor. Nunca te induje a error en ese aspecto. Si no puedes aguantarlo, a lo mejor no deberíamos volver a vernos.

—Sí, quizás no deberíamos vernos.

—Entonces vete.

—Lo haré. —Se levantó y arrojó algo de dinero sobre la mesa.

Me mantuve firme y no dejé que viera lo herida que estaba. Me crucé de brazos.

—Eh... ¿Es un mal momento? —Axel apareció de la nada. Y no venía solo.

Hawke estaba a su lado con una cerveza en la mano. Tenía los ojos clavados en mí. Era capaz de leer todas mis emociones, aunque no hubiera participado en la conversación. Percibía cada pequeño detalle, y supo que me estaba muriendo por dentro.

Aparté la vista porque no quería dejar traslucir nada más.

—En absoluto. —Kyle se volvió a sentar de golpe y fingió que todo iba bien—. Discutíamos de dinero. Ya sabes, lo que hacen las parejas. —No miró a Hawke y actuó como si no existiera.

—Bien, ¿podemos quedarnos con vosotros? —preguntó Axel—. Todas las mesas están llenas.

Era una idea horrorosa, pero no se me ocurrió cómo evitarlo. Si Hawke y Axel iban a seguir siendo amigos, tendría que tratar con él de vez en cuando. Yo podía aguantarlo, pero dudaba que Kyle lo soportara.

Kyle salvó la cara y fingió que todo estaba perfectamente bien. Volvió a pasarme el brazo por los hombros, tal y como habíamos estado unos instantes antes, reclamándome como suya. Tomó la cerveza y dio un trago, extrañamente tranquilo.

Era como si no hubiera sucedido nada.

Axel giró sobre sus talones y concentró su atención en la banda que actuaba en el escenario.

Hawke hizo lo mismo, apoyando la pierna en la rodilla contraria. No tenía los ojos puestos en mí, pero aun así sentía que me envolvía con su presencia. Sólo con eso me consolaba y me tranquilizaba después de la pelea que había tenido con Kyle.

No me gustó. No me gustaba que pudiera seguir comunicándose conmigo de esa forma. Aún manteníamos conversaciones sin palabras.

Axel se inclinó hacia él.

—Siempre he querido aprender a tocar el banjo.

—¿De verdad? —preguntó Hawke—. No me lo imagino.

—Creo que a Marie le gustaría. —Meneó las cejas.

—Seguro que está contenta con el hombre que tiene. —Se cruzó de brazos—. A propósito, ¿dónde está?

—Tenía que trabajar hasta tarde. —El suspiro que soltó dejaba claro lo triste que estaba—. En su oficina tienen mucha suerte de tenerla.

Kyle me agarró el hombro con tanta fuerza que casi me hizo sentir incómoda.

No podía hablar con él de la misma forma que solía hacerlo con Hawke, así que apoyé la mano en su muslo.

Al sentirme se relajó inmediatamente, como si eso fuera exactamente lo que necesitaba.

Di un sorbo al vino y luego choqué mi copa con la suya, intentando que se relajara un poco más.

—Por la buena música.

Se volvió hacia mí y sonrió ligeramente.

—Por la buena compañía.



KYLE DEJÓ EL DINERO EN LA MESA Y SE PUSO DE PIE.

—Nos vamos cuando vuelva del baño.

—Vale.

Se abrió paso entre la multitud para llegar hasta el lado opuesto del local.

—Tío, tengo que ir a mear. —Axel dejó el vaso vacío y siguió a Kyle en la difícil travesía a través del gentío.

Hawke se quedó, con su mirada inquebrantable fija en mí.

Intenté mirar a otra parte, hasta que comprendí que no había nada más. Hawke era la única persona en mi campo de visión. Con un leve suspiro, volví la vista en su dirección.

Llevaba una camiseta gris con vaqueros oscuros. Tenía el cuerpo fuerte y robusto, como siempre. Cada músculo de su cuerpo parecía esculpido a cincel. A veces me recordaba a un gladiador.

Me miró fijamente, compartiendo conmigo un millón de pensamientos a la vez. Sentí su dolor al verme con Kyle. Era pesado y sofocante. Se ahogaba a causa del sufrimiento, no de los celos. No tenía ningún derecho a quejarse o a pensar mal de mí, pero le dolía.

—Espero que no estuvierais peleándoos por mí.

Por alguna extraña razón, sentí deseos de reír.

—Sé que no lo dices en serio.

—En realidad, sí.

—Pues no tiene ningún sentido.

—Quiero que seas feliz. Pero también te quiero para mí. Por lo tanto, sí, es una contradicción.

Miré en dirección al baño, esperando que uno de los chicos regresara pronto.

—Tengo la sensación de que se siente amenazado por mí.

—No tiene motivos para ello. —Si Hawke seguía apareciendo así por todas partes, me sería verdaderamente difícil tener una relación... con cualquiera—. Le dije que nunca volvería contigo.

—Pero dijiste lo mismo la última vez, ¿no?

Apreté los dientes enfadada. Mis decisiones anteriores amenazaban mi credibilidad actual. Ni Hawke ni Kyle creían una sola palabra de lo que les decía.

—Esto es distinto.

—No, no lo es. Todavía tenemos la misma conexión. No desaparecerá nunca.

—La conexión nunca fue el problema. Ya lo sabes.

—Sé que tenía un montón de equipaje emocional...

—Tampoco eso supuso nunca un problema. Abandonarme sí. Me niego a estar con un hombre que no me trata bien, y da igual lo que sienta.

Hawke se quedó en completo silencio. La gente seguía manteniendo conversaciones a nuestro alrededor y sonaba música de fondo. Para cualquiera que nos estuviera viendo, parecería que hablábamos del tiempo.

—Cuando mi mundo se empezó a derrumbar, tomé muchas decisiones estúpidas. Nunca había conocido esa clase de odio. Si mi padre no hubiera sufrido un infarto, lo habría matado yo mismo... Así de loco estaba.

—Deja de poner excusas.

—Pero, antes de eso, yo te merecía. Te hice feliz y te apoyé en todo lo que ambicionabas. Contigo siempre fui fiel y sincero. Lo que teníamos era un maldito cuento de hadas. Incluso después de romper seguí siéndote fiel. Perdí la cabeza, pero mi corazón nunca dejó de latir por ti. Te abandoné porque tenía miedo de hacerte daño. Compré un arma cargada y me dispuse a matar a alguien. Imagina lo que te podría haber ocurrido.

El corazón se me ablandó al oír sus palabras, pero intenté mantenerme fuerte.

—Hawke, estabas enfadado con tu padre, no conmigo. Nunca me habrías hecho nada. ¿Cómo se te pudo pasar eso por la cabeza? —Al oírme, Hawke respiró profundamente—. Te cabreé, me entrometí y me colgué de tu espalda para intentar que te quedaras. ¿Y acaso me levantaste la mano? —Guardó silencio—. ¿Lo hiciste?

—No.

—Pero sigues castigándome por algo que ni siquiera sucedió. Siempre me llevo la peor parte. Estoy cansada de eso.

—No te culpo.

—Entonces déjalo ya. Sigue con tu vida y busca a otra. Puedes tener a la chica que quieras.

—Sólo quiero a una chica. —Me sostuvo la mirada, olvidándose de todos los que nos rodeaban.

—Bueno, pues ya está pillada.

Por primera vez apartó sus ojos de los míos y los posó en el collar que colgaba de mi garganta. No llevaba una camiseta o un jersey que lo cubriera.

El pequeño grabado brillaba con la luz tenue, reflejándose en sus ojos.
—¿Estás segura?

HAWKE

— **T**ío, echo de menos a mi esposa. —Axel caminaba a mi lado por la calle, con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Iba dándole patadas a una piedra, jugando un extraño partido de fútbol.

—¿En qué anda ocupada?

—Uno de sus compañeros de trabajo ha conseguido un ascenso y han salido a celebrarlo.

—¿Y por qué no te lleva con ella?

—Dice que soy demasiado pegajoso. —Puso cara de fastidio—. No sé a qué se refiere con eso.

Probablemente le había metido la lengua hasta la campanilla a Marie mientras ella intentaba hablar con su jefe. Me lo podía imaginar perfectamente.

—¿Por qué no nos dejamos caer por allí? Sólo para saludar. —Últimamente pasaba mucho tiempo con Axel. La única persona con la que realmente quería salir no estaba disponible. Probablemente estaba con Kyle en ese mismo instante haciendo algo que prefería no pensar.

Llevaba el medallón a todas partes, así que sabía que aún tenía una oportunidad a pesar de que ella lo negara. Cuando dejara de ponerse el medallón, entonces empezaría el problema. Mientras tanto, tenía motivos para seguir intentándolo.

Había dos chicas de pelo castaño enfundadas en vestidos muy ajustados. Hablaban en voz baja entre ellas, esperando a alguien a la puerta del piano bar. Miré en su dirección con la esperanza de que una de ellas fuera Francesca, pero aparté la mirada en cuanto comprobé que no era ella.

—Esa del vestido morado te está mirando.

—Gracias por la información. —Había un pegote de chicle en la acera y lo esquivé.

—¿Vas a lanzarte? —Axel dejó de golpear la piedra y centró su atención en mí.

—Paso. —Si me liaba con otra mujer podría poner a Francesca lo suficientemente celosa para que volviera a mí, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo. Había aguantado seis meses sin contacto femenino. Si eso no era una declaración de mi amor por ella, que alguien me lo explicara.

—¿Perdona? —Una voz femenina con acento francés me llegó a los oídos.

Los dos nos dimos la vuelta para ver a la chica del vestido negro.

Axel levantó inmediatamente el dedo anular izquierdo.

—Lo siento, cariño. Pero no estoy en el mercado. Llevo casado casi un año.

—Ah... Está bien saberlo. —Lo siguió con la vista antes de volverse hacia mí—. ¿Tienes hora?

—Claro. —Me subí la manga y miré el reloj—. Son las nueve y cuarto.

—¿También es hora de que me pidas el teléfono? —Tenía las manos juntas bajo el pecho y su cuerpo era esbelto y curvilíneo a la vez. Lucía un bonito bronceado, como si hubiera pasado días enteros al borde de la piscina. Era preciosa.

Pero no era Francesca.

—Eres una mujer preciosa y me siento halagado, pero no estoy disponible.

—¿Qué? —susurró Axel.

—Cuídate. —Di media vuelta y seguí caminando.

Axel se acercó a mi lado hasta rozarme con el hombro.

—¿Qué cojones ha sido eso? Estás disponible.

—No, no lo estoy.

—Francesca está saliendo con Kyle. Eres libre de hacer lo que te dé la gana.

—Pero no quiero estar con nadie más. Ella lo es todo.

—Tío, seguro que es una modelo de Victoria's Secret o algo así.

—Probablemente. Da el tipo.

—Entonces, ¿qué demonios haces? Yo me ponía supercachondo cuando las chicas me entraban así.

Yo también lo encontraba atractivo.

—¿Es un truco para que vuelva Francesca? Porque no va a funcionar.

—No, no estoy fingiendo. De verdad que no quiero estar con nadie que no sea ella. —Me metí las manos en los bolsillos—. No me he acostado con nadie desde que rompimos... excepto con mi mano.

—¿Qué dices? —Se paró en seco—. ¿Seis meses sin sexo?

—Sí. —De todas formas, no es tan difícil cuando te sientes desgraciado.

—¿Ella lo sabe?

—Se lo conté.

Se frotó la sien, como si esa información fuera demasiado difícil de asimilar.

—Si Marie te dejara, ¿te acostarías con cualquier otra?

—No, pero eso es distinto. Yo me casé con ella.

—Bueno, yo me iba a casar con Francesca, ¿recuerdas?

—Sí...

—Para mí es lo mismo.

Axel sacudió la cabeza antes de volver a ponerse en marcha.

—Nunca os entenderé a vosotros dos y, además, ni me voy a molestar en intentarlo. Si amas tanto a esa mujer, ¿por qué la dejaste?

—Yo no la dejé —dije en voz baja—. Ese era otro, un hombre del que no me siento orgulloso. Es mi otra cara, la oscura y retorcida nacida de un mal matrimonio en el que abundaban el alcohol, los malos tratos y la violencia. Regresa de vez en cuando.

—¿Y no volverá de nuevo en el futuro?

—No. —Había descubierto una forma de impedir que volviera a suceder. Si encontraba una solución, tal vez Francesca regresara a mí. —Me aseguraré de que no vuelva a aparecer.



PEDIR CITA PARA HABLAR CON UN LOQUERO FUE UNA DECISIÓN DIFÍCIL. YO ERA hombre de pocas palabras, y hablaría menos aún frente a un profesional desconocido. Pero no sabía qué otra cosa hacer.

La doctora Katie Goodwin no se parecía en nada a como me había imaginado que debía ser un loquero. Era bastante joven, no más allá de los treinta. Tenía el pelo castaño oscuro, parecido al de Francesca, y la energía de alguien en la plenitud de la vida. Saber que teníamos edades similares hizo que las cosas fueran un poco más fáciles. Lo último que quería era un

terapeuta viejo y lleno de prejuicios que pensara que ya lo había visto todo.

Con las piernas cruzadas, Katie apoyó el cuaderno de notas sobre la rodilla. Me miraba atentamente, aunque sin resultar entrometida. Mantenía el equilibrio, acercándose a mí sin traspasar los límites de la intimidad.

—¿De qué quería hablar, Hawke?

Nunca habría hecho nada parecido a esto si no fuera completamente necesario. Francesca era la única mujer a la que me podía abrir, pero la había perdido.

—Yo... tengo un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Un problema de cólera.

—¿Por qué dice eso?

Le conté mi infancia y todo lo que había ocurrido hasta el funeral de mi madre. Mi padre fue incinerado, pero no estaba seguro de lo que había ocurrido a continuación. No fui a recoger sus cenizas.

Katie no mostró ninguna reacción. No parecía horrorizada, ni siquiera remotamente sorprendida. Probablemente oía a diario las confesiones de personas que querían matar a sus seres queridos.

—Dejé a Francesca porque estaba muy furioso y frustrado, y... no sé. Supongo que me asustaba perder el control y hacerle daño. Si alguna vez le hiciera un simple rasguño en la piel, me arrojaría desde lo alto de un edificio.

—¿Ha hecho daño a alguien alguna vez en el pasado?

Apoyé un tobillo en la rodilla contraria.

—A mi padre. Siempre que iba a por mi madre, hacía lo que tenía que hacer.

—¿Y aparte de él?

Negué con un gesto.

—Entonces, ¿por qué cree que es posible que le haga daño a Francesca?

Tener toda la atención de alguien era abrumador.

—Tengo exactamente el mismo aspecto que mi padre, llevo su nombre y tengo su mismo temperamento. Me da miedo... convertirme en él.

—¿Desea que suceda eso?

Volví a negar con la cabeza.

—Entonces, no deje que ocurra.

—Cuando me enfado... me resulta muy difícil controlarme.

—Elimine las cosas que lo enfurecen. —Hizo que pareciera muy sencillo—. Y si suceden, aclare la mente. Piense en algo tranquilo y

relajante... Tal vez en esa mujer.

Francesca tenía un efecto tranquilizador en mí.

—Quiero recuperarla, pero ella no me va a dar otra oportunidad, y no puedo culparla.

—¿Esa mujer lo teme?

—No físicamente. Pero piensa que la volveré a abandonar.

—¿Lo volvería a hacer?

Sacudí la cabeza.

—No. No quiero volver a dejarla nunca más. Pero ella no me cree.

—¿Cree que viniendo aquí ella cambiará de opinión?

—Tal vez si llego a la raíz del asunto y arreglo mis problemas de cólera, ella se lo volverá a pensar.

La doctora asintió y tomó unas cuantas notas.

—Usted hace esto por amor.

—Supongo...

—Entonces no tiene nada de lo que preocuparse. No se parece en nada a su padre y nunca será como él. Sus inseguridades surgen de sus pensamientos, no de hechos reales. En cuanto empiece a creer en sí mismo, estos episodios deberían desaparecer.

—¿De verdad lo cree?

—Sí. —Tomó algunas notas más—. Y quizás saboté a propósito su relación con Francesca a causa de la culpa. Se siente responsable de la muerte de su madre y, para compensarlo, se está castigando a sí mismo. Cree que se lo merece.

—Supongo que sí.

—Hawke, lo que le sucedió a su madre fue una tragedia, pero no puede culparse por ello. Le dio todas las oportunidades del mundo para que lo abandonara, pero ella no las aprovechó. En lugar de poner las cosas en manos de las autoridades, le quitó importancia al maltrato. Y, cuando la llevaron al hospital la primera vez, lo perdonó. Todas esas cosas escapaban a su control.

Me quedé mirando por la ventana y vi a un hombre en una oficina del edificio de enfrente. Dio un sorbo al café y se puso a teclear en el ordenador.

—¿Qué más podía haber hecho?

Volví a girar la cabeza lentamente hacia ella.

—Haberla sacado a rastras de allí.

—¿Contra su voluntad? ¿No se habría vuelto a casa en cuanto se usted diera la vuelta? No parece una solución plausible.

—De todas formas, pude haber llamado a la policía.

—¿Para que ella lo negara todo cuando aparecieran en la puerta de su casa?

—No lo sé. Pude haber hecho algo.

—Eso es lo que intento demostrarle, Hawke. No había nada que pudiera hacer. Está cargando un peso sobre sus hombros que no debería estar ahí. En cuanto lo suelte, podrá respirar con más facilidad.

Había una solución que ella no tuvo en cuenta.

—Pude haberlo matado antes.

Katie no mostraba su indignación como una persona normal. Permaneció tan tranquila como siempre.

—¿Para pasar el resto de su vida en la cárcel?

—Pude haber hecho que pareciera un accidente.

—Entonces tendría que cargar con ese peso.

—No me habría sentido culpable.

—No inmediatamente —contestó ella—. Pero, con el tiempo, sí. Tengo muchos pacientes, Hawke. Algunos son inestables emocionalmente y otros están considerados peligrosos. Usted no entra en ninguna de estas dos categorías. Está alterado por lo sucedido, pero no es un asesino. Matarlo nunca fue una opción y ambos lo sabemos.

FRANCESCA

Era casi mediodía cuando Kyle entró.

—¿En qué está trabajando el genio ahora?

—¿Genio? —Nadie me había llamado eso antes.

—Sí. —Me rodeó con los brazos y me dio un beso apasionado en la boca—. O si lo prefieres, cerebritito. Es lo mismo.

Le pasé el pulgar por los labios, embadurnándolo de glaseado por todas partes.

—Mmm.. —Lo lamió y se metió mi pulgar en la boca—. Está delicioso. —Lo chupó completamente antes de introducir en su boca otro de mis dedos.

Su lengua me hacía cosquillas en la piel, así que aparté la mano.

—Puedes comerlo directamente del cuenco.

—Prefiero comerlo directamente de tu piel. —Me pasó una cucharada por el cuello y lo chupó.

Su gesto cariñoso me gustaba, pero me preocupaba que entrara algún empleado.

—¿Has venido por alguna razón?

—¿Necesito una razón?

—No, pero no me retrases. —Me volví hacia el molde y vertí la masa.

Se acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Tienes planes para el fin de semana?

—No. Sólo dormir. —Kyle y yo nunca volvimos a hablar de la discusión que habíamos tenido la semana anterior. Lo había dejado en cuanto apareció Hawke en el bar y no volvió a sacar el tema. Debió darse cuenta de que, de todas formas, habría perdido la discusión.

—Bueno, ¿te gustaría dormir conmigo? —Apretó los labios contra mi oreja, acariciándome con ellos el lóbulo mientras hablaba.

—Siempre.

—¿Qué te parece si vamos a dormir a mi casa de la playa?

—Me había olvidado de ella. ¿Todavía la tienes?

—Sí. Y quiero hacerte el amor en cada rincón.

—¿Y también en la playa? No lo he hecho nunca allí.

—Podemos intentarlo —dijo—. Pero se nos meterá arena por todas partes. Estás avisada.

—Nos tendremos que duchar después.

Kyle chasqueó los dedos.

—Me gusta tu forma de pensar. Entonces, recogemos aquí y nos ponemos en marcha.

Me eché a reír.

—Aún no he terminado la jornada.

—Tú eres la jefa. Puedes hacer lo que quieras.

—Sí, pero no soy una vaga como tú. Tengo muchas cosas que hacer.

—Eres tan seria siempre... —Deslizó la mano hacia mi culo y lo acarició con delicadeza—. Te recojo esta noche.

—Vale. Te aviso, suelo viajar con un montón de equipaje.

Me dio un pellizco en el trasero y después me besó en la mejilla.

—Sí, ya me acuerdo.



KYLE ABRIÓ LA PUERTA Y ENTRAMOS. LA CASA ERA EXACTAMENTE COMO LA recordaba: elegante y bonita. El ventanal de atrás daba a la piscina y al océano, y se salía directamente a la arena. Todo estaba limpio, porque nunca iba nadie.

—Hogar, dulce hogar.

—Me sorprende que no vivas aquí.

—Ya. Se hace aburrido después de una temporada. Y es mucho más divertido cuando traigo a una tía buena. —Metió las maletas y las dejó en el vestíbulo.

—¿Traes a muchas chicas?

—No a muchas. Sólo a las que son buenas en la cama. —Me guiñó un ojo

y encendió todas las luces.

Si yo tuviera una casa en la playa, probablemente también me llevaría a un montón de tíos para follar.

—¿Qué hacemos primero?

—¿Qué quieres hacer?

Me asomé a la ventana de atrás.

—Creo que me apetece meterme en pelotas en ese jacuzzi...

—Me parece una idea genial. —Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos y salió.

—Podría verte alguien.

Kyle echó un vistazo por encima de la terraza, hacia la playa y el mar.

—¿Quién?



NOS QUEDAMOS EN LA CAMA LA MAYOR PARTE DEL DÍA. TOMAMOS UN DESAYUNO rápido que consistió en tostadas y nos volvimos a meter bajo las sábanas. Compartimos un libro y luego nos divertimos un rato con los juegos de su iPhone. Cuando estaba con Kyle, en realidad nunca hacíamos nada, pero el tiempo volaba.

Le sonó el teléfono y el nombre de su madre apareció en la pantalla.

Contestó inmediatamente.

—Sí, mamá. ¿Qué pasa?

Se podía oír su voz a través del auricular.

—Hola, cariño. ¿Qué haces?

—No mucho. Vaguear, como siempre.

—Mi niño no es ningún vago.

Tuve que contener la risa.

—¿Y tú que haces? ¿Estás de compras?

—Rick se ha ido a una reunión de trabajo, así que hoy me he quedado en casa. —Suspiró al acabar la frase, como si estar sola en una mansión fuera una tortura.

—He venido a la casa de la playa a pasar el fin de semana. ¿Quieres que cenemos juntos?

La idea de volver a ver a su madre me produjo ansiedad. Dudaba mucho que ella me quisiera ver a mí.

—¡Claro! Sería fantástico. —Su voz se iluminó como un árbol de Navidad—. Me encanta contemplar esa preciosa cara tuya.

—A ti y al resto del planeta —respondió Kyle entre risas—. Estoy con una damita muy sexy, y la llevaré a la cena.

—¿De verdad? —Ahora sonaba incluso más emocionada.

Negué vigorosamente con la cabeza para darle a entender que no quería ir a cenar con ellos.

—Sí. —Kyle se encogió de hombros y me ignoró.

—¿Quién es la chica?

—En realidad, es Francesca. Seguro que la recuerdas.

—¡Ah, sí! Me acuerdo de ella.

No conseguí adivinar a qué obedecía esa reacción. No estaba claro si le asqueaba la idea o le intrigaba. Si hubiera sido yo, me habría cabreado mucho si mi hijo hubiese vuelto con la misma chica que ya lo había dejado plantado una vez.

—¿Qué te parece el restaurante mediterráneo que te gusta tanto? —sugirió Kyle—. El humus está increíble.

—Me parece una idea estupenda. Estoy deseando veros a los dos.

—Yo también.

—Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero, mamá. — Kyle colgó y tiró el teléfono a la cama.

—¿Pero qué te pasa? —Me senté, cabreada porque me estaba forzando a ir a esa cena.

—¿Qué? —preguntó inocentemente.

—¿De verdad crees que es una buena idea que cenemos con tu madre?

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿No te gusta mi madre?

—Por supuesto que me gusta. Pero ¿crees que estamos preparados para esto?

—No veo cuál es el problema. Mi madre ya te conoce y quedo con Axel con bastante frecuencia.

—¿No me odia?

—¿Odiarte? —pronunció la palabra con incomodidad, como si no la hubiera dicho nunca—. En absoluto. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque rompimos...

—A mi madre le dije que no había funcionado. No le di más detalles.

—¿Pero no le caigo mal por haberte dejado?

—Sinceramente, no sé qué piensa mi madre. No le pido consejo en estas

cosas. —Se levantó apoyándose en un brazo—. Pero dudo mucho que te odie. Ella más que nadie sabe que el amor puede ser muy complicado. Dado que eres la única chica a la que le he presentado, sabe que hay algo especial en ti. Confía en mí.

Era incapaz de luchar contra la inquietud que crecía en mi pecho y la tensión que atenazaba todo mi cuerpo. ¿Y si la cena se convertía en una pesadilla? Había aceptado hacer un viaje para relajarme en la playa, no para quedar a cenar con su madre.

Kyle vio la incomodidad en mis ojos.

—Perdona. Debería haberte preguntado antes.

—No pasa nada.

—No tienes que venir si no quieres. Diré que no te encuentras bien o algo así.

—No, no hace falta que hagas eso. Iré.

—¿Estás segura?

—Sí —asentí. Para Kyle, su madre era muy importante, y ya había presenciado la relación tan estrecha que tenían la primera vez que estuve con los dos. No me interpondría entre ellos.

—Creo que lo pasaremos bien.

—Sí.

—Y si no... te lo compensaré. —Me besó suavemente entre los senos—. Un orgasmo es la mejor forma de arreglar cualquier problema.

—Además de verdad.



EN CUANTO ENTRÓ EN EL LOCAL, SU MADRE CORRIÓ A ABRAZARLO COMO SI NO lo hubiera visto desde hacía una eternidad.

—Mi niño. —Lo apretó como si fuera un osito de peluche—. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, mamá.

¿No se veían muy a menudo?

—Mamá, ¿te acuerdas de Francesca? —Kyle se giró hacia mí con una mirada de complicidad.

—Por supuesto. Cómo la iba a olvidar. —La sonrisa de su rostro parecía auténtica y no vi resentimiento en sus ojos. Me atrajo hacia sí y me abrazó

como si me hubiera echado de menos tanto como a Kyle—. Es fantástico volver a verte.

Kyle movió los labios a su espalda.

—Te lo dije.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

Su madre se separó de mí y me contempló.

—Me encanta tu vestido.

—Gracias.

—Aquí, mamá. —Kyle le apartó la silla.

—Gracias, cariño. Se sentó y cogió la carta.

Kyle se acercó rápidamente a mi lado y me apartó la silla a mí también.

Contuve el comentario sarcástico que me vino a la mente y me senté.

Kyle se sentó a mi lado y apoyó su mano en mi muslo por debajo de la mesa.

—¿Y qué cuentas de nuevo?

—No mucho —respondió su madre—. He arreglado el jardín de la casa y he plantado flores nuevas. Cosas así.

—¿Qué clase de flores? —pregunté.

—Hortensias. —Llevaba el cabello rubio más corto que la última vez que la había visto. También parecía más delgada, y eso que antes ya era estilizada—. De color rosa y violeta. Necesitaba algo de color, ya que la casa es bastante sosa.

¿Pensaba que su mansión era sosa?

—La jardinería está muy bien —dijo Kyle—. A mí nunca se me ha dado bien.

—Tu hermana era buenísima con las plantas. Su huerto parecía de otro mundo.

¿Su hermana? ¿Kyle tenía una hermana?

Sí —dijo Kyle—. Lo recuerdo. Conseguía pepinos que prácticamente tenían el tamaño de melones. Sigo pensando que enterraba cadáveres para fertilizarlos.

¿Por qué hablaban de ella todo el tiempo en pasado?

La mirada de su madre se perdió en la distancia, rememorando antiguos recuerdos.

Kyle se aclaró la garganta y abrió la carta.

—Esta noche voy a tomar un cóctel afrutado. Tal vez un *mai tai*.

—Sueno delicioso —asintió su madre—. Yo también quiero uno.

—A donde fueres haz lo que vieres... —dije—. Supongo que yo también. Su madre soltó una risita.

—¿Qué hay de ti, Francesca?

—Estoy pensando en abrir otra pastelería. El negocio ha crecido mucho y el local se ha quedado pequeño para la cantidad de clientes que tengo.

—Qué bien que tengas ese problema —dijo ella—. Recuerdo cuando el padre de Kyle abrió su bufete de abogados. Era una oficina pequeña detrás de un restaurante. En esa época no se podía permitir otra cosa. Pero, con el tiempo, el bufete creció hasta convertirse en lo que es ahora.

—Es asombroso —dije—. Debió ser un abogado fantástico.

—Era increíble —asintió Kyle—. El mejor abogado que he conocido. Nunca perdió un caso.

—¿De verdad? —pregunté.

—Ni uno —corroboró Kyle—. Tenía un historial perfecto. Algo inaudito.

—¡Vaya!

—Sí —dijo Kyle con orgullo—. Era la caña.

—También era un gran hombre —añadió su madre—. De verdad. Estoy muy agradecida por tener un hijo que se le parece tanto.

Kyle apartó la mirada, visiblemente conmovido por el elogio.

Quería preguntar por su hermana, pero decidí hacerlo más tarde. Tal vez era demasiado personal para mencionarlo delante de su madre. Estaba claro que Kyle me lo habría contado si quisiera que yo lo supiera. Tal vez no estaba preparado para hablar de ello. Yo no había entrado en demasiados detalles con respecto a mis padres. Kyle sólo sabía que habían muerto, pero no conocía los hechos concretos.

Kyle miró la carta que yo sostenía.

—¿Qué vas a pedir, nena?

Me había llamado nena delante de su madre, pero no reaccioné.

—No lo sé. ¿Qué me recomiendas?

—Yo siempre pido los pinchos de pollo —dijo—. Mamá pide el *panini* vegetal.

—Mmm... El pollo suena bien.

—Te gustará cualquier cosa que pidas —me aseguró—. Este sitio es increíble. Mi padre y yo veníamos todo el tiempo.

Cerré la carta y la dejé en la mesa.

—Entonces parece que he hecho buena elección.

—Sí. —Me besó en el nacimiento del pelo y me apretó el muslo al mismo

tiempo. Entonces desvió la mirada hacia la ventana y contempló el mar.

Cuando levanté la vista, su madre me estaba mirando fijamente. Tenía una amplia sonrisa en los labios y parecía más feliz que nunca.



—TE LO DIJE. ESTABAS PARANOICA POR NADA. —KYLE SE DIRIGIÓ AL dormitorio y se quitó la ropa, como si le faltara tiempo para volver a estar conmigo en la cama.

—Supongo. —Cogí una camiseta de uno de los cajones de Kyle, me la puse y me tumbé junto a él.

—A mi madre no le cae mal la gente. Simplemente no piensa de ese modo.

—Todo el mundo piensa así, tanto si quieres admitirlo como si no.

—Vale, como quieras —respondió—. Lo hemos pasado tan bien como pensaba. —Me agarró por detrás y me rodeó la cintura con su fuerte brazo. La ventana del dormitorio tenía una rendija abierta y se oía el ruido de las olas del océano.

El asunto de su hermana no desapareció de mi mente. No era que quisiera meter las narices, pero sentía curiosidad por saber qué había ocurrido. Estaba claro que ya no pertenecía al mundo de los vivos.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

—Puedes preguntar lo que te dé la gana.

—Es sobre tu hermana...

—Ah... eso. —Me apretó más fuertemente contra él—. Es una historia muy triste. Mi madre nunca lo superará.

—¿Qué ocurrió... si no te importa que pregunte?

—No me importa —respondió—. No lo he mencionado nunca porque es difícil de digerir. —Me preparé para lo peor—. Vivía en la ciudad, lo mismo que yo, y estaba haciendo el doctorado en sociología. Desde pequeña había sido ambiciosa. Una noche, volvía caminando a casa cuando... un tipo la agarró. La violó y después la golpeó hasta matarla. —Kyle lo contó sin una señal de emoción en la voz—. Mi padre y yo nos hicimos cargo del caso y no lo dejamos hasta que el tipo estuvo entre rejas y Kylee obtuvo algo de justicia. Esto sucedió hace cinco años.

Puse mi mano sobre la suya y la apreté. Me invadió una angustia como nunca había sentido. Nunca deberían ocurrir tragedias como aquella. Toda la

familia de Kyle sufrió esta violencia inexplicable.

—Lo siento muchísimo.

—Lo sé. —Apoyó los labios cerca de mi oreja—. Mamá nunca se recuperó. Papá lo pasó aún peor. Y yo... Yo nunca seré el mismo.

Ahora entendía por qué Kyle se interesaba exclusivamente por los casos de agresión sexual. Sólo aparecía por el juzgado para este tipo de casos. El resto no parecía importarle.

—Entonces falleció papá, y eso fue todavía peor para mamá. A consecuencia de todo esto, mamá y yo nos unimos mucho más. Intento verla tanto como puedo y me aseguro de que no se sienta sola. Por eso para mí fue un alivio muy grande cuando empezó a salir con Rick, un gran tipo. Necesita un compañero para poder disfrutar de la vida.

—Tu madre es tan dulce...

—Sí. Durante unos años se encerró en sí misma intentando sobrellevar su pena.

—Lo siento muchísimo, Kyle. Si perdiera a Axel, me hundiría. Él y yo hemos pasado más tiempo discutiendo que haciendo cualquier otra cosa, pero no me puedo imaginar mi vida sin él. Y si sufriera una muerte violenta, sería aún peor.

—No pasa nada. Kylee no querría que llorásemos su muerte indefinidamente. Querría que lo superásemos y fuéramos felices. Así que lo intento con todas mis fuerzas. Mi madre hace lo mismo que yo, pero sólo puede hasta cierto punto. El motivo por el que está muy emocionada con nosotros es por los nietos. Ahora soy su única esperanza.

—Eso es muchísima presión.

—Los tendré algún día, porque quiero tenerlos.

Le acaricié los antebrazos con los dedos, tranquilizándolo de la única forma que podía.

Kyle me besó en el cuello y después me subió un poco la camiseta, dejando a la vista mi culo sólo cubierto por las bragas.

Daba igual de qué humor estuviera Kyle, siempre tenía que follar antes de dormir. Miré por encima de mi hombro y lo vi contemplándome. Me bajó las bragas con las manos antes de colocarse contra mí.

—Pero esta noche quiero practicar.

HAWKE

Mis sesiones con la terapeuta fueron sorprendentemente útiles. Desnudé mi alma por completo, contándole toda la verdad a una persona objetiva y ella, poco a poco, consiguió devolverme la esperanza con sus acertadas observaciones. Si podía arreglar mi problema, tal vez Francesca me daría otra oportunidad.

Kyle era un problema importante y no sabía cómo eliminarlo de la ecuación. Estaba claro que hacía feliz a Francesca y además estaba perdidamente enamorado de ella. Lo llevaba escrito en la cara siempre que estaba en su presencia.

Pero ella aún llevaba puesto mi medallón.

No se lo había quitado desde que se lo regalé, así que podía mentirse a sí misma y también a mí sobre sus sentimientos reales, pero yo sabía lo que eso quería decir. Todavía no se había olvidado de mí, y nunca lo haría.

Tenía una oportunidad.

Francesca había erigido murallas a su alrededor y no me dejaba entrar, abriéndose a Kyle y cerrándose totalmente a mí. Sabía que ella deseaba de verdad hacer que su relación con él funcionara, porque Kyle suponía un refugio seguro. Era una apuesta certera, sin ningún problema emocional. Le daría la vida que ella deseaba.

Pero yo era su alma gemela.

La única forma de pasar algo de tiempo con ella era pedirle ayuda. En cualquier otra situación me diría que me marchara y volvería a ignorarme. No quería abusar de su generosidad, así que decidí pedirle ayuda para algo que necesitaba de verdad.

Entré en su pastelería justo antes de la hora del almuerzo y me abrí paso entre el gentío. A causa a mis frecuentes visitas, los empleados sabían perfectamente quién era yo, por lo que no me hicieron ninguna pregunta cuando pasé directamente a la trastienda.

Ella estaba en el obrador, trabajando en una tarta de cuatro pisos con animales del zoo en la parte superior.

La miré trabajar el glaseado con sus utensilios de decoración, alisando el azúcar cremoso hasta lograr la perfección. Sus manos menudas eran perfectas para los detalles más intrincados. Estaba completamente concentrada en su tarea, y su rostro reflejaba el amor que profesaba por su trabajo.

Francesca hundió el utensilio en una taza de agua antes centrarse en otra parte de la tarta. Tenía una gota de glaseado en la mejilla derecha, y se le habían soltado unos cuantos mechones de la coleta. La imagen hizo que la añorase más que nunca. Si hubiera sido un año antes, sus ojos habrían brillado al mirarme y se habría derretido al advertir mi presencia. Me habría rodeado con los brazos y me habría dado un beso capaz de tumbar a cualquier hombre.

Pero ahora lo único que recibiría sería una mirada inquisitiva.

Me acerqué lentamente a ella e intenté no asustarla.

—Qué bonita.

Se encogió ligeramente al reconocer mi voz. Apartó el utensilio del glaseado y me miró.

—Esta pareja fue al zoo en su primera cita. —Su voz contenía suficiente indiferencia como para hacerme flaquear.

—Muy hermoso. —Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta. La última vez que hablamos, le había señalado lo del medallón en la garganta. ¿Cómo podía pertenecer de verdad a Kyle si todos los días llevaba al cuello la joya que la reclamaba como mía? No se lo había quitado ni siquiera después de nuestra última conversación.

Todavía me amaba.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Limpió el glaseado del metal con agua caliente.

Intenté con todas mis fuerzas ignorar su frialdad.

—Esperaba poder hablar contigo, si tienes un rato.

El suspiro irritado que dejó escapar fue lo suficientemente sonoro para que lo oyera toda la pastelería.

—Estoy cansada de hablar, Hawke. De ahora en adelante, sólo quiero silencio. A no ser que tengas algo importante que decir, algo que no tenga que

ver con nosotros, no hables.

—Sí tengo algo importante que decir. Y no, no tiene nada que ver con nosotros.

Dejó los utensilios en la mesa y se cruzó de brazos sobre el delantal. Tenía el logotipo de «La chica de los muffins» en la parte delantera.

—¿Por qué no te creo?

Quería limpiarle a besos el glaseado de la mejilla. Quería lamerle el glaseado de todo su cuerpo.

—Tengo que recoger las cosas de mi madre y decidir qué hago con la casa. Debí haberlo hecho hace meses, pero no he logrado reunir suficiente valor.

Su hostilidad se desvaneció inmediatamente.

—No quiero volver a entrar en la casa. No quiero rebuscar entre las cosas de mi madre e intentar decidir qué conservar y qué tirar. Axel se ha ofrecido a venir conmigo, pero... no es el adecuado para esto. —Se lo pedí en silencio, sin pronunciar las palabras. Sólo había una persona a la que quería tener a mi lado en ese momento.

Francesca podía ocultar sus pensamientos a todo el mundo menos a mí. En sus ojos se formaba un brillo inconfundible cuando se conmovía. A simple vista era imperceptible para todos menos para mí. Cuando apartó los ojos, estaba intentando tomar una decisión. Y cuando se abrazó a su propia cintura, le inundó la indecisión. Mi habilidad para interpretar sus sentimientos no era algo que hubiese desarrollado a lo largo del tiempo. Era algo innato que sentí desde el momento en que la conocí.

Y ella tenía la misma facultad respecto a mí.

—Quisiera ayudarte, pero creo que no debería.

—¿Por qué no?

—A Kyle no le va a hacer mucha gracia la idea de que pase unos días contigo, y no puedo culparlo.

—¿Desde cuándo dejas que un tío te ordene lo que tienes que hacer o no hacer? —Sin lugar a dudas, a mí no me había dejado.

—No es porque él me lo diga.

—No tienes que ir si no quieres. Sólo quiero que estés allí conmigo si tú quieres. Y si no... No pasa nada. —Retrocedí hacia la puerta y después me di media vuelta. Sabía que Francesca querría estar allí para consolarme, sin importarle todo lo demás. Cuando yo sufría, ella también. Daba igual lo que hubiera ocurrido entre nosotros. Siempre estaría allí.

—Espera. —Me detuve y sentí que la gratitud me inundaba. Me di la

vuelta lentamente, con las manos aún en los bolsillos—. Iré contigo.

El triunfo no resonó con estruendo en mi corazón. No podía haber victoria cuando no había habido batalla. Siempre había sabido cuál iba a ser su respuesta.

—¿Mañana?

—Claro.



APARQUÉ EN LA ACERA Y ESPERÉ A QUE BAJARA. HABÍA TRAÍDO EL JAGUAR, EL coche de lujo que nunca usaba. Estaba parado en el garaje la mayor parte del tiempo. Sólo lo utilizaba cuando tenía una reunión con un cliente nuevo.

Bajó las escaleras con el bolso al hombro. Se había puesto unos vaqueros cortos y una camiseta deportiva rosa de tirantes. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza que le caía por un hombro y sandalias marrones.

Deseé tomarla en mis brazos y no soltarla nunca.

Dejó sus cosas en el maletero y se sentó en el asiento del copiloto. No me molesté en ayudarla, porque sabía que no le gustaría. Cerró la puerta y se abrochó el cinturón.

—Hola. —Se puso a mirar por la ventanilla para evitar mirarme a la cara.

—Hola. —Mi vista salió disparada hacia el medallón que llevaba al cuello. Era un faro de esperanza para mí, una señal de que nuestro amor eterno todavía ardía con la fuerza del sol.

Desvió su atención hacia los indicadores del tablero de mandos y después volvió a mirar por la ventanilla.

—¿Preparada para irnos?

—Para eso estoy aquí sentada con el cinturón puesto.

Ignoré la pulla y me puse en marcha. Francesca odiaba que la hubiera manipulado para estar conmigo, pero odiaba aún más haber sido ella la que había accedido. A pesar de su libre albedrío, había ciertas cosas que escapaban a su control.

Yo era una de ellas.

Encendí la radio para escuchar algo que acabara con la tensión que se estaba acumulando.

Contempló por la ventanilla cómo desaparecían lentamente los rascacielos hasta que dejamos atrás la ciudad.

—¿Qué tal van los planes para abrir la segunda tienda? —Con ella, hablar de «La chica de los muffins» siempre era una apuesta segura. Nunca le molestaba hablar del tema.

—Sinceramente, no le he dedicado mucho tiempo. Hay un local disponible en Brooklyn y creo que lo voy a alquilar.

—¿Por qué en Brooklyn?

—Porque no es Manhattan y está cerca.

—¿Por qué no abrir otra aquí?

—¿En la misma ciudad? —preguntó—. Puede que «La chica de los muffins» sea popular, pero no es Taco Bell.

Esbocé una sonrisa.

—Manhattan es un lugar enorme. Si abres una en el extremo opuesto de la ciudad, atraerá a un nuevo grupo de clientes. Y aun así estaría lo suficientemente cerca para poder ir andando.

—No lo sé...

—La gente que vive cerca de «La chica de los muffins» no va a recorrer toda esa distancia para ir a la otra pastelería. Además, hay un distrito nuevo de oficinas y empresas. Habría una multitud de empleados que necesitan algo dulce y ligero a la hora del almuerzo.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí. —Mi negocio era totalmente distinto al suyo, pero tenía experiencia—. Tengo un montón de clientes en esa zona. Podemos celebrar nuestras reuniones en la segunda pastelería para darla a conocer. A través del boca a boca, todo el mundo se enterará de lo fantástica que es. Y así tendrás un flujo nuevo de ingresos.

—Abrir un negocio en el sector de la alimentación es difícil y tú intentas que parezca un juego de niños.

—En realidad eres tú la que hace que parezca pan comido, y no es un juego de palabras. Abriste la pastelería y la gente simplemente empezó a llenar el local. El día de la inauguración estaba a reventar.

Francesca se giró lentamente hacia mí, mirándome por primera vez.

—¿Cómo lo sabes?

Aunque cuando abrió ya no estábamos juntos, la había observado desde una distancia prudencial.

—Yo estaba allí. —Me había quedado en la cafetería del otro lado de la calle y había visto cómo cortaba la cinta con Marie y Axel. Después vi cómo su pequeño negocio se convertía en un gran éxito.

—No lo recuerdo.

—Estaba al otro lado de la calle.

Francesca siguió mirándome con ojos inquisitivos.

—Llevabas un delantal de «La chica de los muffins» con esos vaqueros oscuros que tienen un roto en la entrepierna. La cinta era amarilla y la cortaste con unas tijeras rosas que parecían de una Barbie gigante. —Si había alguna duda acerca de si mentía, la había despejado del todo.

—¿Por qué estabas allí?

—Quería verte aunque tú no lo supieras. No te controlaba. Sólo quería saber que eras feliz, que había tomado la decisión correcta al romper lo nuestro.

Francesca volvió a mirar por la ventanilla.

De nuevo, la situación se puso tensa.

—¿Has pasado un buen fin de semana?

—Estuvo bien —respondió—. ¿Y el tuyo?

Todos los días de mi vida sin ella eran como un infierno en vida.

—Normal. —Suponía que pasaba todos los fines de semana con Kyle y no quería saber los detalles. Pero tenía que hacerle preguntas para que no terminara la conversación, ya que nos esperaban muchas horas en el coche.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Los últimos meses han sido extraordinariamente buenos.

—¿Por qué?

—La bolsa va muy bien. —No quería entrar en detalles, porque el tema se volvía complicado y aburrido rápidamente—. ¿Y «La chica de los muffins»?

—No consigo dar abasto en la pastelería.

—Entonces, ¿por qué quieres abrir otra?

—Como el negocio ha ido muy bien, tengo algo de dinero ahorrado. Pensé que podría invertirlo en otro lugar.

—Buena idea. Pero ¿cómo esperas estar en dos sitios a la vez?

—Francesca era una *superwoman* y podía hacer lo que se propusiera, pero no podía hacer lo imposible.

—Tendré que contratar un gerente para la otra pastelería. Probablemente elija a mi mejor empleado y lo transfiera al nuevo local.

—¿Tienes a alguien en mente?

—En realidad a unos cuantos. Tengo mucha suerte, porque las personas que trabajan conmigo son increíbles. Los universitarios que vienen por las tardes le dan al local un ambiente desenfadado, y los empleados de la mañana

son como abejas obreras. La combinación funciona muy bien.

—Tienes suerte.

—Les pago el doble del salario mínimo.

—¿De verdad? ¿Por vender muffins y tartas?

—Sí. Cuando mis trabajadores están contentos, la productividad aumenta de verdad. Y esa felicidad y lealtad impregna el aire y proporciona el buen ambiente. Creo que eso tiene mucho que ver con mi éxito.

—Puede ser. Aunque pensaba que era por lo deliciosos que son los muffins.

Por fin una sonrisa se extendió por su rostro.

—Creo que eso también tiene algo que ver. Pero el servicio debe ser tan bueno como el producto.

—¿Dónde aprendiste todo esto?

—Me gradué en Empresariales. ¿Ya se te ha olvidado?

Nunca olvidaba absolutamente nada referente a ella.

—Un dinero bien empleado.

—Creo que sí.

Mantuve los ojos fijos en la carretera, aunque deseaba desesperadamente mirarla a ella. Tenía la mano en la palanca de cambios, pero habría preferido ponérsela en el muslo. Cuando charlábamos todo parecía como antes. Nuestras conversaciones eran fluidas como el agua, y la química que siempre había entre ambos hacía que saltaran chispas.

Si yo lo notaba, ella también. Tal vez si la miraba de frente durante el tiempo suficiente, ella dejaría de ignorarme. Su corazón se ablandaría y me perdonaría por haberla hecho sufrir de esa forma.

Y yo tendría otra oportunidad de arreglarlo todo.



NOS DETUVIMOS DELANTE DE LA CASA.

Me quedé mirándola, recordando el hogar de mi niñez. La última vez que había estado allí llevaba una pistola cargada, lista para volarle los sesos a mi padre. El lugar tenía un aire siniestro, como si se tratara de una casa maldita más que de un hogar.

Francesca esperó pacientemente a que yo saliera del coche. Se quedó sentada en el silencio más absoluto, dándome todo el tiempo que necesitaba

para reaccionar. Como siempre, estaba en sintonía con mis sentimientos. Sabía que estaba luchando contra mis demonios del pasado, los fantasmas que me atormentaban todos los días.

La última vez había entrado en esa casa resuelto a matar a alguien, pero ahora que mi propósito era rebuscar entre las pertenencias de mi madre, no me sentía tan decidido. La visita me traería recuerdos dolorosos, ese tipo de recuerdos que llevaba reprimiendo toda la vida.

Estuve sentado en la entrada una hora entera, esperando a reunir el valor suficiente para agarrar el pomo de la puerta. Me quedé mirando las ventanas cegadas y el jardín asilvestrado. El césped estaba alto y lleno de malas hierbas, y no se habían podado los arbustos. La camioneta de mi padre seguía en el camino de la casa, al igual que el coche de mi madre.

Francesca no se movió.

Por fin me aclaré la garganta y abrí la puerta.

—Estoy preparado.

Ella siguió mis pasos y entró conmigo en la casa. Se quedó cerca de mí, pero sin tocarme.

El olor mohoso a cerrado nos golpeó en la cara. El aire era rancio y pesado, y estaba claro que no se había ventilado desde la última vez que estuve allí.

Todo seguía exactamente igual que la vez anterior, excepto el cuerpo de mi padre, que ya no estaba allí. El lugar todavía contenía el mismo halo de desesperanza. Había una tristeza en el aire que lo impregnaba todo después de tantos años de abuso físico y emocional. Sólo el olor ya me traía a la memoria las tardes que había pasado castigado en el armario. La visión del lugar me hacía pensar en el bate golpeándome las costillas. Los recuerdos me inundaron y recordé el resentimiento que había sentido hacia otros niños del colegio. Todos tenían familias perfectas y vidas perfectas cuando volvían a casa cada día. Yo regresaba a esto.

Francesca se acercó a mi lado, pero, para mi decepción, siguió sin tocarme. Se quedó mirando la sala de estar, contemplando el mobiliario viejo que se estaba resquebrajando. Había viejos vasos de cerveza y licor diseminados por las mesas. La alfombra tenía manchas antiguas de brandy.

—Este fue mi... hogar dulce hogar.



REVISÉ LOS CAJONES DE MI MADRE Y ENCONTRÉ UN MONTÓN DE COSAS inservibles. Tenía bisutería, barajas de cartas y muchísimos analgésicos. No merecía la pena guardar nada de todo aquello, y lo arrojé a una bolsa de plástico que había a mi lado.

Francesca revisó otro vestidor. Tomó las decisiones que juzgó oportunas al rebuscar entre las cosas inservibles acumuladas durante años.

No me molesté en tocar nada que hubiera pertenecido a mi padre. Me daba igual el valor que tuvieran sus cosas, lo iba a tirar todo. Aunque tuviera un millón de dólares oculto en algún lugar, no lo querría.

Cuando terminé de limpiar su mesita de noche, miré debajo de la cama por si hubiera algo de valor. Mamá solía guardar cajas bajo la cama llenas de cosas que olvidaba hasta que las volvía a abrir. En lugar de cajas, vi un bate de madera.

Lo reconocí de mi infancia. Era el mismo que usaba mi padre para golpearme hasta que me sometía. Había marcas en los bordes de golpear las paredes con el bate mientras me perseguía. Parecían marcas de dientes.

Lo saqué y lo agarré por la base. El bate tenía treinta años y el tiempo lo había degradado enormemente. Palpé la madera con los dedos y recordé con exactitud lo que había sentido al contacto sobre mi piel desnuda. Agarré la base con tanta fuerza que me raspé la piel.

Francesca dejó de buscar y me observó, comprendiendo el significado del bate sin preguntar. Me miró con ojos tristes, sabiendo que yo estaba luchando contra un pasado que nunca desaparecería.

En ese momento, quise derribar la casa a golpes. Deseé gritar y romperlo todo a mi paso. La rabia desatada me abrasaba dolorosamente en mi interior, desesperada por liberarse como un volcán a punto de entrar en erupción.

Pero me tranquilicé. Recordé lo que había dicho mi terapeuta. Tenía que controlar las emociones y dejarlas salir de forma positiva. Si no controlaba la ira, nunca podría estar con la mujer a la que amaba.

Me puse en pie, con el bate a mi lado.

Francesca me miraba, esperando que empezara a destruirlo todo.

Pero, en lugar de hacer eso, salí.

—Hawke. —Francesca salió detrás de mí, asustada al pensar en lo que iba a hacer—. Destrozar la casa no va a cambiar nada. Simplemente vas a hacer más difícil la limpieza.

La ignoré y seguí caminando. Llegué hasta la puerta trasera y crucé el césped del jardín de atrás.

Francesca me seguía pisándome los talones.

—Hawke, sé que todo esto es muy duro, pero es parte del pasado.

Coloqué el bate contra el tocón de un viejo árbol que había estado allí desde que tenía memoria. Mi padre lo había talado porque estaba peligrosamente cerca del tendido eléctrico. Pero nunca quitó el tocón del jardín.

Había un hacha en el cobertizo que había ocultado antes de irme.

Francesca se quedó mirando en silencio.

Blandí el hacha por encima de la cabeza y apunté. Entonces la estrellé tan fuerte como pude y partí el bate en dos. Los pedazos salieron disparados en direcciones opuestas, aterrizando en la hierba a unos metros de distancia. La hoja del hacha se había clavado profundamente en el tocón. Estaba tan incrustada que dudaba que pudiera sacarla.

Respiré profundamente y miré las astillas del bate. Ahora que mi padre estaba muerto, ya no podía hacerme daño. Mi madre estaba en un lugar mejor. Y el arma que había usado para torturarme había desaparecido. Ahora podía albergar la esperanza de volver a empezar de nuevo.

Francesca se acercó lentamente a mi lado, sin apartar la vista de mí.

Le devolví la mirada y vi lágrimas en sus ojos. Estaban nublados por un velo húmedo inconfundible y sus facciones reflejaban todo el dolor que la afligía. Sentía lo mismo que yo: un intenso dolor combinado con una sensación de alivio.

Se acercó a mí y apoyó su frente en mi pecho. Me rodeó con sus brazos y se quedó allí, ofreciéndome el mayor consuelo que había sentido en mucho tiempo.

Le pasé los brazos por los hombros y hundí mi mentón en su cabello, aspirando su suave aroma. Ella estaba justo al lado de mi corazón, escuchándolo latir con fuerza sólo por ella. El dolor me golpeaba en el pecho y sentí que se me nublaba la vista. Quería derrumbarme, pero me contuve. Sentirla así entre mis brazos era exactamente lo que necesitaba. Cuando nuestras almas estaban cerca, el dolor parecía desaparecer.

Ella me daba justo lo que necesitaba.



FRANCESCA DESDOBLÓ UN PEDAZO DE PAPEL QUE HABÍA ENCONTRADO EN UN

cajón. Echó un vistazo a las primeras líneas y me lo pasó.

—Hawke.

—¿Qué? —Tiré una caja de zapatos a la bolsa para donar.

—Creo que deberías ver esto. —Tragó saliva antes de pasármelo—. Lo he encontrado en un sobre dirigido a ti.

Lo cogí con manos temblorosas y comencé a leer.

HAWKE,

Esta es una de esas noches en las que me pregunto por qué estoy aquí. Sé que debería marcharme, pero me temo que, de todas formas, mi fuga me conduciría a la muerte. Ahora que te has mudado, sé que estoy sola.

Pero estoy muy feliz.

Puede que esta sea mi última noche en la tierra y, si es así, hay cosas que quiero decirte por si nunca tengo la oportunidad de hacerlo en persona.

Te debo una disculpa. Tuve un hijo y lo traje a un mundo en el que nunca debió vivir. Cuando te tuve, debí cogerte y huir tan lejos como fuera posible. Los dos hemos sufrido mucho, pero tú nunca debiste experimentar esta clase de dolor. Siento no haberte protegido de todo esto. Perdona por todo.

Saber que estás en Nueva York empezando tu propia vida lejos de todo esto es exactamente lo que quería. Eres muy inteligente, tienes gran talento y disfrutas del éxito. No tengo ni idea de lo que hice para tener un hijo tan asombroso, pero de alguna forma fui bendecida contigo.

Si no consigo llegar a ver en qué se convierte tu vida, quiero que sepas lo orgullosa que estoy de ti. Eres el mejor hijo que habría podido desear. Espero que veas el mundo como el lugar maravilloso que es en realidad. Que te enamores de una mujer que te haga comprender el verdadero significado de la palabra felicidad. Y que, cuando tengas tus propios hijos, les des la infancia que yo nunca pude darte.

Estarás bien, Hawke. Estoy segura. Sé que te he dicho lo mucho que te pareces a tu padre, pero es sólo en el aspecto exterior. Él no tiene tu fuerza, tu buen corazón o tu integridad. No te pareces en nada a él. Perdona si alguna vez hice esa comparación.

Te quiero muchísimo, hijo. Espero que, de alguna forma, esta nota llegue a ti si yo no puedo dártela.

Te quiere siempre,

Mamá.

HABÍA UNA FOTOGRAFÍA CON LA NOTA. ÉRAMOS MAMÁ Y YO SENTADOS EN UN banco del parque. Yo tenía una bolsa de pan en la mano mientras los patos se arremolinaban a nuestro alrededor. Era un día cálido de primavera y estábamos solos ella y yo. Lo recordaba a pesar de lo pequeño que era.

Me senté en el suelo y me recosté contra la cama, sosteniendo la carta y la fotografía entre las manos. Mi mente era incapaz de procesar lo que acababa de leer, así que volví a deslizar la vista por las palabras, haciendo un esfuerzo para que mi cerebro las comprendiera.

Francesca estaba sentada a mi lado con las rodillas abrazadas contra el pecho.

Después de leerla tres veces, la doblé y metí la foto dentro.

Francesca no dijo nada, dejando que fuera yo quien hablara.

Siempre había sabido que mi madre me quería, aunque nunca me rescatara de mi insoportable existencia. No era una mujer fuerte, no como Francesca. No había tenido la fortaleza necesaria para marcharse, porque no había sabido cómo hacerlo. Pero no la juzgaba por ello.

Había querido que yo me mudara a Nueva York y empezara una nueva vida. Había querido que me alejara de ese infierno y encontrara mi propia felicidad. Había sabido que no iba a sobrevivir a esa noche, pero se había quedado de todas formas.

¿Cómo podía haberlo evitado yo?

Sus palabras finales me golpearon en lo más oscuro de mi alma.

No te pareces en nada a él.

Las palabras resonaban en mi cerebro como una campana lejana.

No te pareces en nada a él.

Una oleada de esperanza surgió en mi pecho.

No te pareces en nada a él.

FRANCESCA

Ahora entendía por qué Hawke me necesitaba para ese viaje.
Nadie habría podido soportar eso a solas.

Entramos en el hotel y nos dirigimos a mi habitación. Hawke había reservado habitaciones separadas, pero estaban una al lado de la otra. Había estado callado todo el tiempo desde que leyó la carta. No habló ni una vez, aunque comprendía exactamente lo que estaba pensando.

Pero me sorprendió su reacción.

No rompió nada ni volcó ninguna mesa. Se lo tomó todo con calma y disipó su rabia adecuadamente. En lugar de destruir la casa donde su madre había sido asesinada, salió y destruyó el objeto que le había provocado tanto dolor.

Se detuvo en mi puerta con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

—Gracias por venir conmigo. No habría podido hacerlo sin ti.

—Me alegro de haberte acompañado. —Juntos o separados, lo amaba. Cuando él sufría, yo también sufría. Quería poder estar para consolarlo siempre, pasara lo que pasara entre nosotros. Siempre podría contar conmigo, y yo siempre podría contar con él. Tal vez ya no fuéramos amantes, pero nuestro destino seguía unido a pesar de todo—. ¿Estarás bien?

—¿Esta noche? —susurró—. Probablemente no pueda dormir nada. Pero nunca puedo.

Yo tampoco dormía bien sola. Ni siquiera con Kyle descansaba demasiado.

—Estoy en la puerta de al lado si me necesitas.

Asintió.

—Lo sé. —Se alejó y se dirigió a su puerta.

—¿Hawke?

Se dio media vuelta.

—Hoy lo has llevado muy bien... —No le pregunté cómo lo había logrado porque no sabía expresarlo con palabras. Lo dijese como lo dijese, sonaría como un insulto.

Regresó, acercándose a mí. No había nadie más en la planta, sólo él y yo.

—He estado yendo al psicólogo.

Oculté mi expresión de asombro todo lo que pude. Hablar con un desconocido de sus problemas no parecía algo propio de Hawke. Apenas hablaba del tema, ni siquiera conmigo.

—¿De verdad?

Asintió.

—Creo que me está ayudando. Estoy aprendiendo que soy una persona diferente a mi padre. Lo único que tengo que hacer es convencerme de ello y nunca volveré a hundirme. Y la carta que me dejó mi madre... me da la clase de ánimos que necesitaba desde hace mucho tiempo.

Siempre que su madre decía lo mucho que se parecían él y su padre, me desgarraba por dentro. A Hawke no le importaba la opinión de nadie, pero siempre había tenido en cuenta la suya. Le envenenaba la mente inconscientemente, haciéndole temer que acabaría siendo un monstruo, igual que su padre.

—Me alegro.

—Ahora voy en la dirección correcta. Aunque mi madre ya no esté, no siento toda esa rabia. Y estoy aprendiendo a no aislarme del mundo cada vez que me siento mal. Voy a arreglar mi problema... por ti.

Un hormigueo inexplicable me recorrió los dedos de las manos y los pies. Mi cuerpo reaccionó automáticamente a sus palabras, sintiendo una oleada de esperanza que no debería estar ahí. Intenté mantener mi corazón encerrado en su jaula, pero Hawke había abierto el candado. Traté de mantener la puerta cerrada, pero temí no poder seguir así durante mucho más tiempo.

—Ya no confías en mí y entiendo perfectamente por qué. Pero si te demuestro que soy diferente, que he cambiado, espero que puedas volver a hacerlo. Esta vez no te haré sufrir. Eso no volverá a ocurrir.

Me dolía todo el cuerpo anhelando el suyo, pero me controlé.

—Hawke, estoy con Kyle...

—Lo sé. Pero los tres sabemos que no va a durar para siempre. No puede compararse con lo que tenemos tú y yo. Probablemente creas que él es para ti la opción más segura, pero yo también puedo ser una opción segura. Estoy mejorando y me estoy convirtiendo en el hombre que quieres que sea. Te daré todo lo que quieras... Ya verás.



LLAMÉ A KYLE ANTES DE IRME A LA CAMA.

—Hola. —Sólo con oír su tono de voz estaba claro que no le había hecho ninguna gracia que me hubiera ido con Hawke.

—Hola.

—¿Te vas a la cama?

—Sí. Ha sido un día muy largo.

—Ya imagino.

Ignoré el sarcasmo.

—Hawke ha encontrado muchas cosas en la casa, incluyendo una carta de su madre.

Kyle no era una persona que odiara fácilmente. Se compadecía de cualquiera que lo mereciera, probablemente porque él también había perdido a sus seres queridos.

—¿Qué decía?

—Que lo amaba y que quería que fuera feliz. Y que no se parece en nada a su padre.

—¿La carta hizo que se sintiera mejor?

—Sí. —Debería haber recibido esa inyección de confianza mucho antes.

—Tal vez eso le permita cerrar el capítulo.

—Creo que sí. —Haber destruido el bate también ayudaba, pero no se lo iba a mencionar a Kyle.

—Entonces... ¿ha estado intentando recuperarte todo el tiempo?

Yo no mentía nunca y no iba a empezar ahora.

—En realidad, no. Me ha hecho algún comentario aquí y allá, pero se ha mantenido bastante silencioso la mayor parte del tiempo. Ahora mismo está atravesando un momento muy difícil.

—Siempre puedo acercarme para acompañarte.

—Lo siento, Kyle. Sólo puedo estar yo.

Suspiró al teléfono, mostrando toda su irritación sin decir nada.

—No tienes nada de lo que preocuparte.

Para mi sorpresa, se echó a reír.

—¿Que no tengo nada de lo que preocuparme? Tú sigues diciendo que ese tío es tu alma gemela. Da igual lo genial que sea yo o lo bien que te trate. Nunca podré competir contra él.

Su frustración era comprensible.

—Pero no tienes que competir. Ya te dije que no es lo que busco. Busco un amigo con el que pasar el resto de mi vida. Alguien con quien pueda tener hijos. Y tú cumples todos los requisitos, Kyle.

—Cumplo los requisitos porque nunca amarás a nadie que no sea él. —Su voz se ahogaba en la derrota.

Su tristeza me dolía, pero no dejé que me hundiera.

—Nunca tuve intención de engañarte, Kyle. Te expliqué la situación.

—Lo sé.

—Espero que no supusieras que mis sentimientos iban a cambiar.

—Creo que podrías hacerlo... si él no estuviera cerca.

—Tal vez. Pero necesitaría mucho tiempo.

—Bien, no tengo otra cosa que hacer. —Volvió a suspirar al teléfono, y su irritación se filtraba a través de la línea.

Tal vez en estas circunstancias la relación con Kyle no funcionaría. Quizás tendría que encontrar a alguien que careciera de toda capacidad de amar, una relación de conveniencia.

—Creo que esto ya no funciona.

La voz de Kyle surgió más alta a través del auricular.

—Eso no es lo que quiero.

—Pero creo que sería lo mejor. No quiero hacerte daño, Kyle. Me importas demasiado.

—No me estás haciendo daño. Simplemente odio que no desaparezca. Es como si te persiguiera a propósito.

—Tanto si está presente como si no, siempre me perseguirá.

Se oyó la respiración de Kyle al teléfono.

—¿No has cambiado de opinión con respecto a él? Entonces nunca volverás con él.

Después de nuestra conversación en el vestíbulo, mi confianza se había resquebrajado. Hawke había hecho algo que no me habría esperado nunca. Había arreglado la raíz de su problema para poder librarse de sus demonios.

Sin ellos, podría ser el hombre que yo siempre había querido. Pero todavía no había olvidado la forma en que me había vuelto a dejar seis meses antes. Si volvía con él, me sentiría como un perro arrastrándose de vuelta con su amo después de que este lo pateara. Mi orgullo, mi autoestima y mi testarudez me lo impedían.

—No. No volveré con él.

Kyle se quedó en silencio.

—No voy a engañarte con otro. Te respeto demasiado.

Cuando volvió a hablar, su voz estaba llena de afecto. Los celos y la decepción se habían esfumado.

—Lo sé, cariño. Si no has vuelto con él después de todo este tiempo, supongo que no lo harás nunca.

Estaba entrando en razón y volviendo a su ser. Kyle nunca había sido posesivo o celoso, pero Hawke le hacía decir y hacer cosas extrañas. Aún no comprendía que había ganado. Era el ganador por abandono del rival, pero ganador al fin y al cabo.



HAWKE EXAMINÓ EL ARMARIO DEL PASILLO Y ARROJÓ AL SUELO TODA LA BASURA que encontró. Había recibos viejos, muñecos de peluche y basura de todo tipo. Cuando descubrió la ropa y las joyas de su madre, las metió en cajas para llevarlas al Ejército de Salvación.

—¿Qué vas a hacer con la casa? —Apilé los platos en la cocina y los envolví con plástico de burbujas.

—Venderla.

—¿La vas a arreglar?

—Probablemente. Nadie compraría esta mierda en el estado en el que se encuentra. —Sacó un par de carpetas de anillas y las hojeó.

Deshacerse de ese lugar era la mejor decisión. No podía imaginarme a Hawke viviendo allí ni alquilando la casa. Debía dejar todo eso atrás y seguir adelante.

—Con una mano de pintura y moqueta nueva, la casa parecerá como nueva.

—No lo creo. —Pasó las páginas de plástico del álbum de fotos y entonces se detuvo. Tenía los ojos fijos en algo, y ni siquiera parpadeaba.

Sospeché que había descubierto más fotografías familiares. Coloqué los

platos en la caja antes de sentarme con él en el suelo.

—¿Qué tienes ahí?

—Fotos viejas. —Las miró lentamente y luego pasó la página. Todas las fotografías eran de él cuando era pequeño, o de su madre con él. Su padre no aparecía en ninguna.

—Eras muy mono.

—Gracias. —Pasó la página y siguió mirando. Las fotografías mostraban su vida desde su nacimiento hasta que cumplió seis o siete años. Después se acababan las fotos. Eso sólo podía significar una cosa.

—Tu madre te quería muchísimo. —A pesar de lo ocurrido, se notaba que ella quería a su hijo. Era una pena que no hubiera tenido la fortaleza suficiente para marcharse cuando tuvo la oportunidad. Ella y Hawke podrían haber tenido una vida muy distinta.

—Sí, se nota.

Le froté la espalda con dulzura, intentando consolarlo.

Cerró el álbum y lo metió en la bolsa de basura.

—¡Espera! ¿Qué estás haciendo?

—No lo quiero. Verlo me produce demasiado dolor. —Rebuscó en el montón de cosas y se deshizo de más trastos.

Me quedé mirando cómo desaparecía el álbum bajo los trastos desechados. Tirarlo a la basura era una pena, y no pude resistirlo. Lo saqué y lo apreté contra mi pecho.

—¿Entonces no te importa si me lo quedo?

La mirada que me dedicó valía más que mil palabras. Estaba emocionado por mi gesto, pero a la vez se le partía el corazón. Hawke y yo estábamos conectados con una fuerza poderosísima y nada podría cambiarlo.

Pero creo que el descubrimiento le dolió aún más.



TIRAMOS TODA LA BASURA A UN CONTENEDOR Y DEJAMOS LAS COSAS DE VALOR en la acera para que las recogiera el Ejército de Salvación. Dejamos la casa vacía, con los suelos y las paredes desnudos.

Cuando salió de allí, Hawke pareció aliviado de haber acabado el trabajo. Nos llevó todo el fin de semana, pero entre los dos conseguimos acabarlo. Yo me quedé con el único álbum de fotos que habíamos encontrado.

Lo llevaba bajo el brazo mientras caminábamos por el vestíbulo del hotel en dirección a nuestras habitaciones. Hawke no lo quería por muchas razones que yo entendía perfectamente. Pero no podía deshacerme de aquel tesoro. Las fotos de Hawke de pequeño eran algo que merecía la pena conservar.

Se detuvo delante de mi puerta y me miró con un torbellino de emociones grabado en su rostro. Desvió los ojos hacia el álbum de fotos antes de volver a fijarlos en mí.

—Gracias por haber hecho esto por mí. Me alegro de haber terminado.

—De nada. —No me importaba ayudarlo de cualquier forma posible. Quería lo mejor para él en cualquier aspecto de su vida. Si alguna vez yo lo necesitaba para algo, él estaría ahí.

—Quería estar aquí.

Me miró a los ojos con los brazos en los costados.

Apreté la carpeta contra mi pecho, protegiendo mi corazón.

—¿Hiciste lo mismo con Axel?

—Y con Yaya. —Recordaba ese día claramente. Tuvimos que recoger todas las cosas y decidir qué hacer con ellas. Guardamos algunas, pero la mayoría acabó en la basura. Vendimos la casa y guardamos el dinero para la universidad.

—Entonces entiendes lo que siento.

—Sí. —La única diferencia estaba en nuestras infancias. La mía había sido feliz, con unos padres que me amaban más que a sí mismos. Nunca me sentí en peligro en mi propia casa. De todos los lugares en los que me gustaba estar, mi casa era el número uno. Pero Hawke odiaba su pasado. Eso lo empeoraba todo—. ¿Estarás bien esta noche? —Si no lo estaba, tampoco había mucho que yo pudiera hacer. No podía dormir con él.

—Estaré bien. —No se dirigió hacia su puerta. Seguía con los ojos clavados en mí, diciendo con ellos las cosas que sus labios no pronunciaban. A través de su retina podía ver su corazón herido. Volver a esa casa, donde habían muerto su padre y su madre, le estaba pasando factura. Y tenía el alma rota por haberme perdido a causa de todo ello. Había tocado fondo y no tenía ningún motivo por el que vivir.

Como siempre, yo sufría por él. Cuando me dejó la primera vez, me había sentido totalmente desolada, igual que él en este momento. La salida y la puesta de sol habían dejado de tener significado para mí. Los días no habían sido más que una nebulosa de dolor. Sin él, no sabía cómo vivir.

Daba igual lo que hiciéramos, nos sentíamos atraídos constantemente el

uno por el otro. Juntos o por separado, éramos incapaces de escapar. Nuestras vidas discurrían por la misma línea y, aunque había brechas, nunca se apartaban de su curso.

Sus ojos ardían por el anhelo de tocarme. Necesitaba que lo consolara de una forma que sólo yo podía conseguir. Después de todo por lo que habíamos pasado, mi alma seguía fuertemente unida a la suya. Formaban una maraña enredada que no podía separarse. Me sentí débil y noté que mis defensas se derrumbaban.

Hawke recorrió los escasos metros que nos separaban y me tomó la cara con las manos. Hundió ligeramente los dedos en mi pelo y sentí la calidez de su tacto. En cuanto noté sus manos sobre mí, me sentí ligera como el aire. Su abrazo me traía un consuelo que no podía conseguir de ninguna otra forma.

Deslicé mis manos sobre las suyas y le agarré las muñecas, notando su pulso lejano. Sabía que no iba a besarme. Hawke no haría eso, no me forzaría a una situación que pudiera poner en entredicho mi integridad y honestidad. Pero no podía contener... lo que fuera aquello.

Apoyó su frente contra la mía y permaneció así, con nuestros cuerpos juntos en un abrazo íntimo. Hawke respiraba con fuerza, atesorando ese momento de silencio a la entrada de la habitación del hotel. No compartimos un beso, pero las emociones inundaron mi cuerpo como cuando sube la marea en el mar, bañando los lugares más íntimos de mi ser.

Mi respiración se volvió entrecortada cuando me sentí temblar. Noté su suave aliento en mi cara, exactamente igual que cuando hacíamos el amor. Frotó su nariz contra la mía, como solía hacer antes de decir adiós. Me transfirió todos sus pensamientos y emociones. Se desencadenó una comunicación no verbal y sólo existíamos nosotros dos, concentrados en nosotros mismos y aislados del resto del mundo.

Amantes o amigos, no había diferencia. Las palabras que solíamos decirnos eran tan reales como siempre. Nunca habían faltado a la verdad. Simplemente, había cambiado el contexto.

«Juntos para siempre».



ME ATERRORIZABA VER A KYLE PORQUE NO QUERÍA CONTARLE LO QUE HABÍA ocurrido. Justo el día anterior le había dicho que no tenía nada de lo que

preocuparse, pero unas horas después Hawke y yo habíamos compartido unos momentos que no fuimos capaces de evitar.

Kyle entró en la pastelería justo cuando yo salía de trabajar. Normalmente pasábamos todos los fines de semana juntos y, como había estado fuera los últimos días, sabía que estaría ansioso por verme.

—Aquí está mi dama. —Me rodeó con sus brazos y me dejó caer, sujetándome con un gesto muy teatral. Me besó apasionadamente en la boca antes de volverme a levantar.

—Guau. Esa sí que es una entrada.

—Eso me dicen las damas. —Eché un vistazo a los muffins que acababa de terminar y me robó uno—. A veces no sé si vengo a verte a ti o a comer gratis.

—Bueno, Marie es la primera en admitir que viene por la comida.

Kyle se echó a reír.

—Como ella ha sido sincera, supongo que yo puedo hacer lo mismo.

La mención de la sinceridad me produjo una gran sensación de culpabilidad.

—Entonces te vienes, ¿verdad? No he dormido mucho este fin de semana.

Yo tampoco había dormido.

—Kyle, tengo que contarte una cosa.

Dejó de masticar a medio mordisco con aspecto desolado. Me miró con ojos llenos de dolor antes de forzarse a tragar el bocado que tenía en la boca.

—No estoy seguro de querer oírlo.

—No estoy segura de querer contártelo.

Dejó el muffin a medio comer sobre el mostrador.

—¿Te has acostado con él? —No me miró a los ojos al hacer la pregunta. Ni siquiera parecía que se fuera a enfadar si mi respuesta era afirmativa. Era como si se lo esperara.

—No.

—Entonces, ¿lo besaste?

—No.

Kyle arqueó una ceja.

—¿Volvéis a estar juntos?

—No.

—Frankie, me estoy quedando sin suposiciones.

—Me acompañó hasta la puerta de mi habitación para desearme las buenas noches y entonces... tuvimos un momento especial. Apoyó su frente en la mía

mientras me tomaba la cara con las manos, y nos quedamos así mucho tiempo... Lo siento.

En lugar de estar enfadado, Kyle parecía confuso.

—No lo entiendo. ¿Qué ocurrió?

—Lo que te acabo de explicar.

—Pero... ¿cuál es el problema?

—Fue simplemente... íntimo. Estábamos allí de pie, muy juntos, con los ojos cerrados. Me sentí muy vulnerable con la experiencia.

—¿Pero no hubo besos, ni tocamientos, ni sexo?

—Eso es.

Se encogió de hombros.

—Me suena como si no hubiera ocurrido nada, Frankie.

Pero algo había ocurrido.

—Puedes engañar a alguien sin tocar a otra persona. Sentí un torrente de emociones hacia él y él hacia mí. Estuvo... lleno de intención.

—Bueno, ya sabía que tenías sentimientos hacia él, así que no me pilla de sorpresa.

—¿De verdad? ¿No estás enfadado?

—No. —Volvió a coger el muffin y siguió comiéndoselo—. Pensé que ibas a contarme algo mucho peor.

Daba igual cuánto me quisiera Hawke, nunca daría un paso para conseguirme, al menos no un paso físico. Yo no mentiría ni engañaría a Kyle y él tampoco me manipularía para que lo hiciera.

Se acabó el muffin y tiró el envoltorio a la basura.

—Entonces, vámonos. Tengo una reserva en ese restaurante nuevo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—He movido algunos hilos. Y prepara una maleta. Te vas a quedar conmigo una semana.

FRANCESCA

Marie no prestó atención a la carta y me miró.

—Ha ocurrido algo con Hawke, ¿a que sí?

A veces Marie era capaz de leer mis pensamientos casi tan bien como Hawke.

—Sí. —Yo no dejaba de mirar el plato de palitos fritos de mozzarella. No debería pedirlos, porque eran todo grasa y carbohidratos, pero en ese momento me daba igual—. Hoy es uno de esos días en los que te apetece de verdad queso frito.

—Entonces eso es lo que vamos a pedir. —Me apartó la carta y miró al camarero—. Dos raciones de palitos fritos de mozzarella. Y rápido, por favor.

Desde que se comprometió, nunca había visto a Marie pedir otra cosa que no fuera pollo a la plancha o ensalada. Ya llevaban casados un tiempo, pero seguía su dieta a rajatabla.

—Suéltalo.

Le conté todo sobre el viaje y concluí con el abrazo en el umbral.

Marie no pareció sorprendida en lo más mínimo.

—No sé qué quieres que diga. Parece exactamente lo que es.

—Hawke me dejó confundida...

—¿Por qué?

—Parece que ha cambiado... para mejor. Ha estado trabajando en su problema para que no le vuelva a suceder. No me volvería a dejar.

Marie no había sido la mayor fan de Hawke precisamente, pero se convirtió rápidamente en su peor enemiga.

—Hawke es un niño en el cuerpo de un hombre. Está claro que tiene

problemas con el compromiso y siempre los tendrá. Te mereces algo mejor, alguien que no te vaya a dejar tirada en cuanto las cosas se pongan difíciles. Estoy totalmente a favor de las segundas oportunidades, pero ya le diste la suya. Parece que, como hace mucho que sucedió, es fácil quitarle importancia y olvidarlo. Pero recuerda lo que te hizo. Intentaste estar con él para consolarlo y él te dio la espalda. Este tío está eliminado oficialmente.

Cuando Marie lo explicaba de esa forma, no podía por menos que darle la razón.

—¿Y si fuera Axel?

—Axel nunca me echaría encima toda esa mierda.

—Lo sé. Pero ¿y si lo hiciera?

—Pasaría página y nunca miraría atrás. —Lo dijo con tal convicción que no dejó lugar a dudas—. Todos pasamos por temporadas difíciles y algunos días son más complicados que otros, pero eso no le da derecho a tratarte así. No, habríamos terminado.

Di un trago largo a mi cóctel y esperé a notar el subidón del alcohol.

—Quédate con Kyle. Sé que te gusta de verdad.

—Sí que me gusta.

—Tienes que librarte de Hawke... Para siempre. Deja de verlo, deja de hablar con él... Corta totalmente con él. Y después dedícate a Kyle con todo tu ser. Kyle será un gran esposo y padre. Hawke... Hawke te volverá a joder en algún momento del camino.

No estaba segura de estar de acuerdo con lo último que dijo, pero sí lo estaba en todo lo demás.

—Para mí es muy difícil estar cerca de Hawke y no sentir todas esas emociones.

—Y no te culpo. Es natural. No te sientas mal por eso.

—Pero Kyle se merece algo mejor.

Marie hizo un gesto de asentimiento.

—Le dije que nunca lo amaría y no lo he engañado respecto a mis sentimientos por él y por Hawke, pero me da la sensación de que sigo haciendo algo mal.

—Entonces corta del todo con Hawke.

—No es tan sencillo —protesté—. Es él quien siempre aparece por aquí, ¿recuerdas?

—Recuerdo perfectamente que aceptaste pasar el fin de semana con él.

—Pero eso es...

—Da igual. Nunca más, Frankie. —Estaba siendo muy dura conmigo, pero tenía sus motivos.

—Tienes razón.

—Joder, claro que tengo razón. Lo estabas haciendo muy bien hasta que él volvió a aparecer en escena. En cuanto desaparezca, volverás a la normalidad. Todo el mundo puede pasar página y ser feliz.

La idea de hacer desaparecer a Hawke de mi vida era dolorosa y difícil de asimilar. Siempre que habíamos seguido caminos separados había sido él quien tomó la decisión. Ahora era yo quien se iba... para siempre.

—Pero no tengo ni idea de cómo vas a decirle que se retire. Está claro que hace lo que le da la gana.

Los dedos se me escaparon al collar que llevaba alrededor del cuello. Lo acaricié con suavidad, percibiendo el grabado con la yema de los dedos. Nunca olvidaría el día que me lo regaló. Siempre lo guardaría como un tesoro.

—Tengo una idea.



COLOQUÉ EL ÁLBUM DE FOTOS EN LA CAJA JUNTO A LOS OTROS OBJETOS CON valor sentimental que Hawke me había regalado a lo largo de los años. Me quedé mirando el interior de la caja y la colección de cosas que resumían nuestra relación. Lo único que faltaba era mi fuente de hornear de «La chica de los muffins», pero estaba expuesta en la pastelería.

Sólo quedaba una cosa por añadir.

Me aparté el pelo sobre un hombro y desabroché la cadena por primera vez. El peso desapareció de mi cuello, pero me dio la sensación de que un peso nuevo lo había reemplazado. Examiné el medallón en la palma de la mano y me quedé mirando el pequeño grabado que recorría la superficie. Decir adiós era mucho más difícil de lo que había pensado. ¿Cómo había sido capaz Hawke de hacerlo tantas veces?

Lo abrí y me quedé mirando nuestra fotografía. Volví atrás en el tiempo, a cuando nos enamoramos por primera vez. A los dos nos había dado miedo pensar a dónde nos iba a llevar la relación, y habíamos tenido todo el derecho del mundo a estar asustados.

Porque los dos habíamos salido heridos.

Cerré el medallón y lo coloqué sobre el álbum de fotos. Parecía no tener

vida cuando no descansaba sobre la calidez de mi piel. Ahora era simplemente un trozo de metal, un recuerdo del que me olvidaría hasta que volviera a hacer otra mudanza.

Respiré profundamente para contener las lágrimas y tapé la caja. No me sentí mejor cuando desapareció todo de mi vista. Acababa de decir adiós al amor de mi vida.

Y jamás volvería a sentirme bien.



ERA SÓLO CUESTIÓN DE TIEMPO QUE HAWKE HICIERA EL SIGUIENTE movimiento. En unos días pasaría a verme o se haría el encontradizo cuando saliera con Marie.

Una mañana, acababa de abrir la pastelería cuando apareció a hacerme una visita. Nada más entrar en la pastelería supe que estaba allí. Distinguí sus firmes pisadas contra las baldosas. La cadencia de su paso me indicó exactamente quién era.

Vino a la trastienda, donde estaba mi obrador privado, y me miró fijamente.

Yo me había puesto a propósito una camiseta con cuello en uve, para que fuera visible la parte delantera del escote. Cuando entró, yo estaba de espaldas y dejé pasar un tiempo antes de darme la vuelta. No quería verle la cara, no quería contemplar cómo la esperanza se diluía en sus ojos para siempre. Estaría totalmente desolado, mucho más que yo cuando tuve que recoger todas mis cosas.

—Hola. —Se quedó detrás de mí y no se acercó a la encimera.

—Hola. —Aparté la batidora y después me limpié las manos sucias en el delantal. Había llegado la hora de la verdad y no había forma de volver atrás. Cerré los ojos un momento antes de darme la vuelta.

Dirigió sus ojos directamente a los míos, como hacía siempre. Buscaba consuelo en ellos y encontraba alivio en la ventana que se abría al alma que ya era de su propiedad. Lentamente, sus ojos bajaron hacia mi nariz y después hacia mi boca. Cuando bajó un poco más la vista, advirtió la piel desnuda de mi garganta. El collar ya no estaba, me lo había quitado con mis propias manos. Mi corazón latió con fuerza al notar que se le había formado un nudo en la garganta. La conmoción inicial dio paso a la desolación. La tristeza y el

abatimiento llegaron inmediatamente después.

Hawke no volvió a mirarme a los ojos. Cuando apartó la vista de mi cuello, agachó la cabeza. No reaccionaba. Para cualquier otra persona, simplemente parecería perdido, como si hubiera entrado en el obrador por error. Pero yo lo veía todo.

Se dio media vuelta y salió lentamente. Sus hombros ya no parecían tan anchos y poderosos como antes. Cargaba con un nuevo peso que los hundía, doblando todo su cuerpo de una forma desgarradora.

Era el peso de la derrota.

HAWKE

—¿Está seguro de querer vender este sitio? —Maggie, mi agente inmobiliaria, examinó el apartamento vacío, fascinada por los grandiosos ventanales y los relucientes suelos de madera.

—Sí. —Ya había vendido los muebles y todo lo demás.

Estaba claro que Maggie pensaba que me había vuelto loco.

—Es sólo que... es difícil encontrar un apartamento como este. Y lo compró por un precio fantástico.

—No me importa.

—Seguro que va a sacar un gran beneficio.

—Tampoco me importa.

Maggie se rindió al comprender que no iba a cambiar de opinión.

—Me ocuparé de ello. Puedo venderlo en menos de una semana.

—Genial. —Cogí la última bolsa y salí—. Gracias.



COMPRÉ UNA CASA ADOSADA QUE ESTABA MUY CERCA DE MI OFICINA. ESTABA A sólo una manzana y tenía garaje para el coche, además de un pequeño patio trasero. Necesitaba un cambio de aires, algo que no me recordara en lo más mínimo a Francesca.

Ahora ya no me la encontraría en ninguna parte. Ya no pasaba por delante de su pastelería de camino al trabajo y no iba al mismo gimnasio, ni al mismo supermercado o a la misma tintorería. Su nuevo apartamento estaba

peligrosamente cerca de mi antiguo piso.

Podía decir con sinceridad que no quería volver a verla.

Ella había hecho su elección y había destruido en silencio todas las esperanzas que yo había puesto en nosotros. Tanto si me amaba como si no, mis errores pasados eran demasiado graves para que me perdonara. Le había hecho demasiado daño y, aunque había cambiado, ya no era suficiente.

No podía borrar lo que había hecho.

Quería estar con Kyle, casarse con él algún día y tener a sus hijos. A medida que pasara el tiempo, pensaría menos en mí. Y tal vez algún día me olvidaría por completo.

Pero yo nunca la olvidaría



AXEL ME LLAMÓ PARA QUEDAR UNAS CUANTAS VECES, PERO SIEMPRE LE PONÍA una excusa.

Tío, uno de mis colegas del trabajo ha conseguido entradas para la sala Rainbow. ¿Te vienes?

—Lo siento, tío. Ya tengo planes.

Resultaba muy frío ignorarlo de esa forma, pero no tenía otra opción.

Llevas dos semanas evitándome. ¿Qué pasa?

Nada. Ando muy ocupado.

Axel no me volvió a enviar ningún mensaje, probablemente porque se había enfadado. Con un poco de suerte estaría tan cabreado que no me volvería a escribir.



UNOS DÍAS DESPUÉS ME LLAMÓ.

Dejé que saltara el buzón de voz con la intención de no escuchar el mensaje.

Pero me volvió a llamar.

¿Qué quería?

Ignoré la llamada.

¿Qué cojones?

Su mensaje apareció en mi pantalla.

Acabo de pasarme por tu apartamento, ¿y está en venta? Tío, ¿qué pasa?
Ahora sabía que no podría seguir ignorándolo para siempre. En lugar de enfadarse como una persona normal, no se rindió. Lo llamé.

Axel contestó antes de que sonara.

—¿Qué diablos ha ocurrido?

—He comprado una casa más grande.

—¿Cuándo? —chilló.

—Hace unas semanas.

—¿Y no pensabas contármelo?

—Todo ocurrió tan deprisa... —Me recosté en el sofá y me quedé mirando la televisión apagada.

—¿Dónde vives ahora?

—Tengo una casa adosada cerca de mi oficina.

—Genial —dijo—. Me pasaré por allí.

—Eh... Espera un poco.

—¿Qué? ¿Pasa algo?

—Axel, no me resulta fácil decirte esto... —Había sido un buen amigo durante mucho tiempo. Fui su padrino el día más importante de su vida. Lo echaría de menos. En realidad, ya lo echaba de menos—. Creo que ya no podemos seguir viéndonos.

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres volver a verme?

—Supongo...

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho?

—No tiene nada que ver contigo. Es por Francesca...

—No te sigo.

—Ya no me quiere en su vida y tengo que respetarlo. Quiero apartarme de su camino todo lo posible. Y no puedo hacerlo si quedo contigo constantemente.

Axel se quedó callado como una tumba.

—¿Axel?

—¿Y eso es justo? ¿Mi hermana y tú rompéis y yo me quedo sin amigo?

—Yo tampoco quiero que sea así.

—¿Por qué no podemos ser amigos? Nos aseguraremos de no acercarnos a Francesca. Lo hicimos durante años cuando llegamos por primera vez a Nueva York. Podemos volverlo a hacer.

—No lo sé...

—Mira, no pienso perderte como amigo por culpa de Francesca. Es la

cosa más estúpida que he oído.

—Es lo que quiere ella.

—Me da igual —replicó Axel—. No le he hecho caso en mi vida y no pienso empezar ahora.

Me conmovió que deseara tanto que formara parte de su vida. Hubo un tiempo en que no quiso saber nada de mí.

—Pareces muy triste.

El comentario hizo que me encogiera, porque yo no solía compartir mis sentimientos con otros tíos. Sólo hablaba de esas cosas con Francesca.

—He estado mejor.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Intenté arreglar mis problemas y recuperarla... pero ella ha elegido estar con Kyle.

—Ah...

—Aunque me quiere a mí y no a él, lo prefiere porque no la hace sufrir. Entiendo su punto de vista, pero yo no soy la misma persona.

Axel se quedó callado.

—Me he mudado a otra casa y he vendido todas mis cosas. Nunca podré pasar página si su fantasma sigue en mi casa. Necesito empezar de cero si pretendo superarlo alguna vez.

—Nunca os entenderé a vosotros dos.

—No pasa nada. No eres el único.

—Lamento que no funcionara. Sé que en el pasado la hiciste sufrir y todo eso, pero... Veo que la quieres de verdad.

Si por lo menos Francesca también lo viera...

—Gracias.

—Ojalá pudiera hacer algo para que te sintieras mejor.

Nada me haría sentir mejor jamás. Había perdido al amor de mi vida y sólo me podía culpar a mí mismo. Si hubiera podido controlar mi ira, ella todavía estaría conmigo. A estas alturas ya le habría pedido que se casara conmigo. Pero lo había jodido todo con mi estupidez.

—¿Quieres pasarte a ver el partido?

Su sonrisa me llegó a través el teléfono.

—¿Habrá comida y cerveza gratis?

—Siempre.

—Entonces allí estaré.

FRANCESCA

Últimamente Kyle trabajaba mucho porque había aceptado un caso nuevo. No iba muy a menudo a los juzgados y pasaba la mayor parte del tiempo haciendo lo que le apetecía en cada momento, pero cuando un caso le interesaba de verdad, se lanzaba a él de cabeza.

No lo veía tanto como me hubiera gustado, pero comprendía su apasionamiento. Su trabajo consistía en ayudar a las personas y yo lo respetaba. Lo único que conseguía yo era hacer que la gente engordara. Como no lo veía mucho y tenía tiempo libre, decidí aprovechar el momento para abrir la segunda pastelería.

Hawke era uno de los hombres de negocios más inteligentes que conocía. Entendía las empresas como nadie, aunque su trabajo consistiera en conseguir beneficios con el dinero de otros. Conocía a los más ricos entre los ricos, y sabía todos sus secretos.

Me había recomendado que no me moviera de Manhattan para abrir mi segunda pastelería y seguí su consejo. Encontré un local en esquina que estaba libre. No tenía tanto escaparate como me habría gustado y era un poco más pequeño que la otra pastelería, pero eso tampoco era un gran inconveniente.

—El alquiler será más barato —señaló Axel—. Eso te beneficia. Y no necesitas una segunda pastelería que sea enorme.

—Sí, probablemente tienes razón. —Di una vuelta por el local y examiné el mostrador y la cocina. Antes había sido un restaurante y tenía un aire anticuado. Si lo alquilaba, tendría que remodelarlo de arriba abajo.

—Creía que querías abrirla en Brooklyn.

—Me parece que me irá mejor aquí. Además, podré moverme más

fácilmente entre las dos pastelerías.

Axel tocó las encimeras y examinó los electrodomésticos.

—¿Vas a remodelarlo entero?

—Sí...

—Te va a salir muy caro.

—Sí. Pero al final merecerá la pena. —A la gente le gustaba tanto «La chica de los muffins» porque era una pastelería única y no había nada igual en Manhattan—. Cuando acabe, este sitio tendrá un aspecto completamente distinto.

—Entonces, ¿te lo vas a quedar?

—Sí.



INTENTABA OLVIDAR LA FORMA EN QUE HAWKE Y YO NOS HABÍAMOS DICHO adiós. En realidad esas palabras no se llegaron a pronunciar, aunque quedaron implícitas. Nada más comprobar que ya no llevaba el medallón, su esperanza se esfumó. Tomé la decisión... de quedarme con Kyle.

Las semanas siguientes fueron difíciles. Sólo pensaba en consolarlo, pero sabía que el contacto empeoraría las cosas. Tenía que mantenerme alejada de él para que funcionara.

Pero lo echaba de menos.

En mi interior sabía que él había cambiado. Por primera vez en su vida se había preocupado de sí mismo y había abordado el verdadero problema. Había tomado la senda del autoconocimiento y se había dado cuenta de que no era el monstruo que siempre había temido ser. Aunque era importante, eso no cambiaba lo que había sucedido en el pasado. Me había herido demasiadas veces para dejarlo correr.

No podía hacerlo.

Estaba repasando mi plan de negocios cuando llamó Kyle.

—Hola —dije cuando contesté.

—Nena, tengo una noticia increíble.

—¿Me vas a llevar a cenar fuera? ¿Vas a pasarte por aquí para estar conmigo? ¿Me vas a dar algo de amor?

Kyle se echó a reír.

—Ya sé que te he tenido abandonada últimamente, pero ahora estoy libre

como un pájaro.

—¿Ganaste el juicio?

—Joder, sí, claro que gané.

—¡Genial! Enhorabuena.

—Ha sido coser y cantar. He metido a ese cabrón entre rejas para toda la vida. Pedí la pena de muerte, pero la rechazaron. Pero me conformo con lo que he conseguido.

Ahora entendía por qué Kyle sólo aceptaba casos de agresión sexual. Después de lo ocurrido con su hermana, quería impedir que les sucediese lo mismo a otras personas.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias. Me he dejado las pestañas en este caso. Casi no he dormido nada.

—Entonces vente. Te daré un masaje.

—¡Ooh...! ¿Con aceite?

—Claro.

—¿Y si no puedo pagarte? ¿Tendré que hacer algo más?

Me reí al teléfono.

—No pretendo hacer una escena de porno barato.

—¡Vaya, venga ya! Yo creo que sería muy erótico.

—¿Qué tal si simplemente te pasas por aquí y follamos? Al grano directamente.

—No es tan sexy, pero da igual —respondió—. Llevo toda la semana sin sexo.

—Ya somos dos.

—Vale, estaré allí enseguida.

—De acuerdo.



KYLE SE DESABROCHÓ LA CHAQUETA DEL TRAJE Y LA DEJÓ EN LA SILLA.

Casi nunca lo veía con traje, porque nunca iba a trabajar. Le sentaba fenomenal y se ajustaba a sus anchos hombros como un guante. Cuando salíamos por ahí siempre llevaba camiseta y vaqueros.

Se quitó todo hasta quedarse sólo con los bóxers.

—¡Qué gusto, quitarse este traje tan envarado! Me lo he puesto todos los

días esta semana.

—A mí me encanta mi uniforme de trabajo.

—El tuyo me lo pondría todos los días. —Después de apartar toda la ropa de una patada, me rodeó con sus brazos y se inclinó hacia mí—. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

Me dio un beso largo, sin prisas. Se tomó su tiempo, aunque llevábamos unos cuantos días sin estar juntos.

—¿Qué te parece si te llevo a cenar después de follar? Creo que no voy a poder aguantar toda la cena sin imaginarte desnuda.

—Por mí está bien.

Me desabrochó los vaqueros y me los bajó hasta los tobillos. Se arrodilló y me ayudó a quitármelos lentamente mientras yo apoyaba las manos en sus hombros para mantener el equilibrio. Me besó los muslos hasta llegar al pubis. Sus labios depositaron un beso húmedo en el encaje de las bragas antes de bajármelas con las manos.

Me agarré a sus hombros con más fuerza y sentí cómo movía sus labios por la zona, besándome en mi piel más sensible. Kyle era un gran amante, capaz de complacer a su pareja tanto como a sí mismo.

Se puso de pie y me agarró la camiseta. Lentamente, me la sacó por la cabeza y la tiró al suelo. Deslizó las manos hasta el cierre de mi sujetador y lo soltó al instante con dedos expertos. El sujetador se deslizó por mis hombros y cayó al suelo.

Contempló mi cuerpo desnudo, disfrutándolo como hacía siempre. Cuando sus ojos se posaron en mis tetas, se detuvo y me miró el hueco de la garganta, desnudo y sin marca alguna. El medallón había desaparecido y notó su ausencia al instante. Sus ojos buscaron los míos y pude leer sus pensamientos como si fuera un libro abierto.

—Eres mía.



LAS SEMANAS SE CONVIRTIERON EN MESES. LOS DÍAS MÁS CÁLIDOS DEL VERANO habían llegado a su fin, dando paso al otoño. Las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina. No olvidaba cómo había pasado la última Navidad, y sabía que esta iba a ser completamente distinta.

Ahora que el medallón ya no se interponía entre nosotros, Kyle se había relajado y nuestra relación se consolidó. Tal y como sospechaba, Hawke no volvió a aparecer y Kyle era más feliz aún por ese motivo.

Éramos sólo él y yo.

Estábamos juntos todos los días después del trabajo y los fines de semana salíamos a hacer senderismo o a montar en bici. A veces íbamos a jugar al baloncesto o a la bolera. Conocí a algunos de sus amigos e incluso fui a su oficina para conocer al resto de los empleados. Todo iba fenomenal.

Pero no podía dejar de pensar en Hawke.

No lo tenía en la cabeza todo el tiempo, pero se cruzaba por mi pensamiento de vez en cuando. Esperaba que le fuera bien y que no hubiera vuelto a sus días de oscuridad. Deseaba que encontrara a una chica agradable que le hiciera tan feliz como Kyle a mí. Después de todo lo que habíamos sufrido, los dos nos merecíamos saborear la felicidad.

Estábamos cenando con Axel y Marie en un restaurante especializado en *fondue*. Salíamos los cuatro juntos con bastante frecuencia y siempre lo pasábamos bien. Costaba creer que antes Hawke era el cuarto miembro de nuestro grupo. Había desaparecido de la faz de la tierra. Axel no lo mencionaba nunca, y yo tampoco.

—Nena, pidamos la de queso cheddar. —Axel echó un vistazo a la carta.

—Claro —asintió Marie—. Me da igual de qué tipo sea. Me la voy a zampar a toda velocidad.

Kyle tenía el brazo sobre mis hombros, justo donde solía colocarlo.

—¿En qué piensas?

—¿Qué te parece una picante de queso Monterey Jack?

—Creo que es una idea excelente. —Cogió las dos cartas y las colocó en el extremo de la mesa.

—¿Qué contáis de nuevo, pareja? —pregunté. Era una pregunta estúpida, porque hablábamos con ellos constantemente.

—No mucho —respondió Axel—. —La Bolsa va bien.

—Genial —dije.

—El otro día apareció Gwyneth Paltrow por la oficina —contó Marie—. Va a ser la portada del número de otoño.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. ¿Hablaste con ella?

—No —respondió Marie con un suspiro—. Pero estuve a unos dos metros de ella. Es mucho más delgada en persona que en fotografía, así que imagínate. Yo apenas como nada y no estoy así de delgada.

—Entonces a lo mejor deberías comer —Axel le lanzó la pulla.
—Ahora no —contestó Marie sin mirarle a la cara—. Kyle, ¿y tú qué tal?
—He pasado casi todo el tiempo con Francesca. Cuando está trabajando me voy al golf con mis colegas. —Dio un trago a su cerveza.
—Tienes la mejor vida del mundo —declaró Axel.
Kyle se echó a reír.
—Estoy esperando a que llegue un caso que me apetezca de verdad. No cojo ninguno a no ser que me importe.
—Eso es bueno para el cliente —señaló Marie—. Tienen al mejor abogado que puedan desear.
—Gracias —respondió Kyle—. De hecho, tengo otra noticia.
—¿Qué? —No tenía ni idea de qué estaba hablando.
Kyle sacó un folleto del bolsillo.
—¿Qué te parece un viaje a las Bermudas? Solos tú y yo.
—¿Las Bermudas? —No pude reprimir el grito que se me escapó de la garganta—. Ni siquiera sé dónde están.
Kyle se echó a reír.
—Cerca del Caribe. Muy tropical.
—¡Oh, Dios mío! —Le arranqué el folleto de las manos—. Va a ser divertidísimo.
—¿Entonces te apuntas?
—¡Joder, pues claro! —Pasé las páginas y cada vez me gustaba más.
—¿Cuándo puedes tomarte unos días libres? —preguntó.
—Eh... —Para mí era complicado cogerme vacaciones cuando quisiera, porque no tenía a nadie que me sustituyera—. Dentro de un mes, quizás.
—¿Un mes? —preguntó con tristeza—. Eso es una eternidad.
—Lo sé —respondí—, pero no puedo irme sin dejarlo todo organizado.
—Vale. Esperaré... por ti. —Meneó las cejas y después me besó en la mejilla—. Va a ser muy divertido.
—Tengo una envidia atroz —dijo Marie—. Axel y yo no hemos ido a ningún sitio desde nuestra luna de miel.
—Porque eres adicta al trabajo —protestó Axel.
—Tú también eres adicto al trabajo —contraatacó Marie.
—No como tú —le rebatió Axel—. Me encantaría llevarte a un sitio tropical. Ya sabes, donde te puedas poner un bikini de tanga.
Marie se rio.
—Fliparías si me pusiera algo así en público.

—No si estamos de vacaciones. —Axel dio un trago a su cerveza.

Marie sacudió la cabeza mientras me miraba.

—Voy al baño a lavarme las manos antes de comer.

—Voy contigo. —Dejé el folleto en la mesa y salí del reservado.

Kyle me dio una palmada juguetona en el culo antes de marcharme.

—Date prisa.

Hice una mueca de fastidio y me fui con Marie al baño. Tenía que hacer pis, así que entré en una cabina y me dediqué a lo mío. Marie estaba delante del espejo retocándose el maquillaje.

—Está terriblemente obsesionado con que deje de trabajar... —dijo Marie—. Quiere que lo deje del todo y me convierta en ama de casa.

Tiré de la cadena y salí de la cabina.

—¿De verdad? —Me acerqué al lavabo y me lavé las manos—. No pensaba que le importara tanto.

—Lleva un año presionándome. Dice que él gana suficiente y que no necesito trabajar.

—¿Y es verdad?

—Pues sí. —Se limpió el lápiz de ojos que se le había corrido—. Pero me gusta mi trabajo. No quiero dejarlo.

—Entonces no lo dejes. —Me sequé las manos con una toalla de papel—. Haz lo que tú quieras hacer, Marie.

—Ya lo sé... Sólo sé que queremos tener niños pronto.

—¿De verdad? —No pude ocultar el tono de anhelo de mi voz. La idea de convertirme en tía hacía que me sintiera en las nubes.

—Sí, y no sé cómo voy a hacer las dos cosas —dijo con un suspiro—. Me temo que Axel se saldrá con la suya.

—Pero tampoco es necesario que lo decidas hora mismo. Piénsatelo.

—Supongo. —Se lavó las manos y miró mi reflejo en el espejo. —Las Bermudas, ¿eh? Os vais a divertir muchísimo.

—Lo vamos a pasar bomba. —La única vez que había estado de vacaciones había sido con Hawke. Intenté no pensar en ello, porque no era justo para Kyle. Aunque no lo había vuelto a ver, Hawke seguía siendo una persona muy importante en mi vida y no podía dejar de pensar en él. Tenía que intentar olvidarlo. Kyle se lo merecía.

—¡Qué envidia! —dijo Marie—. Lo pasaréis genial. De todas formas, necesitáis unas vacaciones. Trabajáis más que nosotros tres juntos.

Me avergonzaba admitirlo.

—Lo sé. Pero me encanta...

—No te estoy juzgando, chica. —Me pellizcó cariñosamente en el hombro antes de dirigirse a la puerta—. Ahora vamos a comernos un buen caldero de queso.

HAWKE

Alguien estaba llamando a golpes a mi puerta.

—Tío, abre la puerta ahora mismo. Necesito hablar contigo.

AHORA. —Axel continuó aporreando la puerta con los dos puños.

Yo estaba sentado en el sofá bebiendo una cerveza, que es como pasaba la mayor parte de mi tiempo libre.

—Ya voy. Tranquilízate.

—No. Esto es importante. Abre de una puta vez.

«Marie debe estar embarazada. No veo otra razón para tanta prisa».

Abrí la puerta y volví a dejarme caer en el sofá.

—Axel, vas a ser un gran padre. Y ahora cálmate. —Para mí era difícil entusiasmarme, fuese cual fuese el motivo. Había tenido la vida perfecta en mis manos y lo había echado todo a perder.

—¿Qué? —preguntó Axel—. ¿Cómo que voy a ser un buen padre?

—¿Marie no está embarazada? ¿No era esa la noticia tan importante que querías contarme?

—No, que yo sepa no. Aunque estaría bien... —Su mente empezó a divagar—. Hemos hablado de tener hijos pronto. Me encantaría tener una niña que se pareciese a ella.

Me gustaba ver a Axel tan feliz, aunque su alegría me hacía recordar que yo había perdido a la mujer que amaba.

—Me alegro por ti. —Alcé mi cerveza para brindar por su felicidad.

Axel hizo un gesto de rechazo.

—No, no es por eso por lo que he venido a hablar contigo. —Se dejó caer a mi lado en el sofá.

—¿Qué pasa?

Axel había llamado a mi puerta como un desesperado, pero ahora que estaba dentro, parecía dudar.

—Yo... creo que no debería meterme donde no me llaman y dejarlo estar, pero algo me dice que deberías saberlo.

Era sobre Francesca.

¿Se iba a casar?

¿Estaría embarazada?

No quería saberlo.

—Recuerdo lo que vosotros dos teníais y... no puedo creer que vayáis a dejar que desaparezca.

—Hace dos meses que no hablo con ella, Axel. Todo ha terminado.

—No, no ha terminado. Tú todavía la quieres y ella todavía te quiere a ti.

—El amor no es suficiente. Esta vez no.

—Verás... —Axel se frotaba las manos con nerviosismo—. El otro día salimos a cenar y las chicas fueron al lavabo. Entonces Kyle me acorraló y... me pidió mi consentimiento para pedirle matrimonio a Francesca.

Agaché la cabeza y sentí como si alguien me hubiera disparado en el estómago. Justo cuando creía que me había vuelto insensible, un nuevo dolor emergió de lo más profundo de mi ser. Odiaba imaginármela con él, sabiendo que debería estar junto a mí. Siempre que la había imaginado con el traje de novia de su madre, se estaba casando conmigo, no con otro. Perderla había sido muy traumático.

Axel me miraba fijamente, como esperando que yo dijera algo.

—Me alegro por ella.

—¿Cómo? —explotó Axel—. ¿Esa es tu respuesta?

—¿Y qué quieres que te diga? Pensaba que Kyle te gustaba. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Claro que me gusta Kyle. Es un buen tipo de verdad, y trata a Francesca como una verdadera princesa. No tengo nada más que respeto por él. Pero... sé que no lo ama. Por supuesto, siente aprecio por él. Pero veo que no lo mira como yo miro a Marie. Quiero que mi hermana sea feliz, no que tenga una buena posición.

Volví a mi cerveza y los latidos de mi corazón descendieron hasta un nivel peligrosamente lento.

—¿Qué quieres que haga? Ella lo ha elegido. Ha dejado perfectamente claro lo que quiere.

—Porque teme que le hagas daño de nuevo. Tienes que convencerla de que eso no volverá a ocurrir.

—¿Crees que no lo he intentado? —pregunté sarcásticamente—. Hice todo lo que pude. Y nada funcionó. —Axel suspiró mientras se pasaba los dedos por el cabello—. Me he resignado a aceptarlo. Tú también deberías hacerlo.

—Sí, es sólo que... —Continuaba pasándose los dedos por el cabello.

—Kyle es un tipo estupendo. Francesca será feliz con él.

«Y yo seré un desgraciado hasta el día en que me muera».

Axel se quitó la mano del pelo.

—Sé que lo que voy a decir te resultará extraño, pero si mi madre aún estuviera entre nosotros, le diría a Francesca que volviera contigo.

Jamás habría imaginado que iba a escuchar algo así de boca de Axel. Me volví hacia él, dudando si realmente había dicho aquello.

—Ya sé que mi madre no llegó a conocerte, pero sé que ella le diría a Francesca que te perdonara, que viviera con el hombre al que ama, no con el que le ofrece seguridad. Mi madre era una romántica sin remedio y veía lo bueno de la gente aunque los demás fueran incapaces de apreciarlo. Y siempre acertaba en todo. Estoy seguro que a ella también le habría gustado Kyle... pero te habría preferido a ti como marido de Francesca. Tú le das la clase de amor que ella habría querido para su hija. Ella ya no está aquí, así que tengo que ser yo el que hable como un jodido moñas afeminado.

—¿Por qué no le dices todo esto a Francesca?

—Ya es demasiado tarde. Le parecería totalmente inapropiado y fuera de lugar.

—Entonces, ¿por qué debería hablar yo con ella?

—Porque para ella nada que venga de ti es inapropiado o está fuera de lugar. —Se agarró las rodillas como si no supiera qué más hacer—. Vamos, tienes trabajo que hacer.

Empecé a pensar qué podía hacer para recuperarla mientras arrancaba el papel de la etiqueta de la cerveza.

—Hawke, ibas a pedirle matrimonio. Quizás este sea el momento.

—No funcionará. Lo más probable es que sólo consiga cabrearla.

—Pero vas a hacer algo, ¿no?

—No lo sé...

—Kyle se la va a llevar a las Bermudas dentro de un mes. Y allí es donde va a ocurrir todo. Así que tienes un mes para decidirte.

Necesitaría toda una vida para convencerla.

—Y si ella le dice que sí a Kyle, ya no habrá nada que hacer. —En su voz se traslucía la desolación que sentía—. La conozco. Si se compromete a algo, no cambiará de opinión, aunque sea infeliz. Si esperas demasiado, perderás tu oportunidad para siempre. Es tu último tren.

Dejé la cerveza sobre la mesita para frotarme las sienes.

—Piénsalo —remató Axel.

—No es tan fácil. Ya he dicho y hecho todo lo posible para recuperarla. Creo que sólo funcionará si voy a la pastelería, y la beso con todas mis fuerzas. En cuanto nos toquemos ella sucumbirá. La tomaría allí mismo, en la encimera del obrador. Kyle la dejaría y ella volvería a ser mía.

A pesar de lo incómodo del tema, Axel no dijo nada.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Porque la respeto demasiado.

—Ahora no es el momento de andar con miramientos.

—No quiero forzarla a traicionar a nadie, aunque ese alguien sea Kyle. Se odiaría a sí misma para siempre. No quiero que tenga que cargar con eso. Valora mucho su integridad.

Axel suspiró irritado.

—Entonces piensa en un plan mejor.

Me había quedado sin munición. Había hecho todo lo posible para recuperarla, pero ninguno de mis intentos había dado resultado. Había traicionado su confianza y no podía hacer nada para remediarlo. Era demasiado tarde. Sólo me quedaba el anillo que le había comprado y el diario que había escrito durante tres años. Eso era todo lo que tenía.

Fui a mi dormitorio y cogí el diario y el anillo. De vuelta al sofá, saqué la navaja y abrí el diario por la última página que había escrito.

—¿Qué vas a hacer?

—Mi último intento. —Quedaban cincuenta páginas en blanco en la parte de atrás y corté un cuadrado que atravesaba todas las páginas. Después coloqué el anillo de compromiso en su interior.

Axel no me quitaba ojo.

Cogí un bolígrafo y, aunque tenía a Axel mirándome, escribí unas últimas palabras de amor. Esto era todo lo que me quedaba y no sabía si sería suficiente. Si leía mi diario, sabría que, juntos o separados, la había amado todos los días desde que la conocí. Cerré el diario y se lo pasé a Axel.

—Dáselo.

—¿Qué es? —Se fijó en la cubierta de cuero negro.

—Mi diario.

—¿Y por qué quieres dárselo a ella?

Francesca lo entendería. Sólo Francesca.

—Tú dáselo.

FRANCESCA

Acababa de pasar el aspirador cuando alguien llamó a la puerta. Sabía que no podía ser Kyle, porque ese día cenaba con su madre en los Hamptons. Seguramente sería Marie, aunque normalmente me mandaba un mensaje antes de venir.

Después de verlo por la mirilla, abrí la puerta a Axel.

—¿Qué pasa? —Me había recogido el pelo en una coleta alta y llevaba pantalones de chándal. Esperaba que Axel hiciera algún comentario burlón sobre mi aspecto, pero se contuvo.

—¿Está Kyle aquí?

—No, ha ido a visitar a su madre. —Enrollé el cable del aspirador y lo guardé en el armario—. ¿Ocurre algo? —Axel no se habría presentado de este modo a menos que necesitara hablar conmigo. Y de lo único que le gustaba hablar era de Marie.

Llevaba un diario de color negro en la mano. Parecía viejo y desgastado, como si lo hubieran abierto y cerrado todos los días durante años. Supe que no le pertenecía a Axel, aunque lo trajera él.

—Hawke quiere que te dé esto. —Extendió la mano para que yo lo cogiese.

La mención de ese nombre me dejó paralizada. Nadie lo había pronunciado en varios meses, y yo había intentado no pensar en él en la medida de lo posible. Al oírlo, sentí como si me hubieran marcado con un hierro candente. Fue una sacudida dolorosa e inesperada.

Axel continuaba con el diario en la mano.

—¿Por qué?

—Sólo quiere que lo leas. —Yo me resistía a cogerlo—. Francesca... —La voz de Axel estaba llena de dulzura, algo muy raro en él—. Me lo ha dado para ti. Por favor, cógelo.

Yo le había regalado mi diario en nuestra primera Navidad y ahora él me daba el suyo. Nada bueno podía salir de esto. Pero mi cuerpo aún lo quería. Y mi corazón también.

—¿Qué más dijo?

—Nada.

—¿Sólo te pidió que me dieras esto?

Axel asintió.

Agarré lentamente el diario negro y lo acaricié entre los dedos. Era grueso, y la piel tenía un tacto cálido. Se notaban los surcos que los grandes dedos de Hawke habían dejado al apretarlo con fuerza. Su aroma había quedado impregnado en el cuero de forma indeleble.

Axel se encaminó a la puerta.

—Buenas noches. —Cerró la puerta tras él y el ruido de sus pasos se desvaneció lentamente.

Yo seguía sosteniendo el diario sin abrirlo. Tenía en mis manos la caja de Pandora. Si lo abría, podrían ocurrir cosas terribles y, una vez abierto, no podría volver a cerrarlo. Pero los dedos me ardían al tocarlo. En él Hawke había escrito sus más profundos pensamientos y sentimientos. Al abrirlo me dolieron los dedos. El corazón se me iba a salir del pecho. Apenas podía respirar.



ME TUMBÉ EN LA CAMA Y ENCENDÍ LA LÁMPARA DE LA MESITA DE NOCHE. EL diario reposaba en mi regazo, esperando a que lo abriera. Pasé los dedos por el lomo y finalmente lo abrí por la primera página.

3 DE MARZO

La ciudad de Nueva York es tal y como la había imaginado. Atascos, putas en los barrios bajos de la ciudad y Times Square, la mayor ratonera del mundo para turistas. Un lugar lleno de oportunidades y posibilidades.

Pero nunca me había sentido tan solo.

Tan sólo necesito a una persona en mi vida para sentirme completo, y ya no me espera en casa. Salir por esa puerta ha sido la cosa más difícil que he tenido que hacer. Ni siquiera sé muy bien cómo lo he logrado.

Pero he hecho lo correcto.

Hice daño a la mujer que amo. Puede que fuese un accidente. Puede que la confundiera con otra persona. Pero eso no justifica mis actos. Fui un monstruo. Algo estalló dentro de mí y me convertí en una persona diferente.

Me convertí en mi padre.

Nunca volveré a ser feliz, pero hice lo que tenía que hacer, por ella. Algún día, encontrará a alguien mejor que yo. Se casará y tendrá hijos. Llegará el día en el que dejará de pensar en mí por completo.

Y será feliz.

LEER ESTAS BREVES LÍNEAS FUE SUFICIENTE PARA QUE LAS LÁGRIMAS ANEGARAN mis ojos. Estaba mirando al pasado, leyendo los pensamientos de Hawke cuando yo no estaba con él. Oía su voz en mi cabeza.

Había escrito unas líneas todos los días. Unos días escribía más y otros, menos. De lo único que hablaba era de su soledad, de su trabajo y de mí. Nunca hablaba de otras mujeres, seguramente porque no le importaban lo suficiente como para mencionarlas.

Las anotaciones que escribía un día eran similares a las del anterior. Había tomado la decisión correcta al dejarme, a pesar del dolor que nos causó a los dos. Hizo lo necesario para protegerme de su ira incontrolable.

Pero nunca dejó de pensar en mí.

15 DE JUNIO

En noches como esta, quiero coger el coche y conducir hasta Carolina del Sur. Sé que ella se gradúa hoy, y que subirá al estrado para recoger el título por el que tanto ha luchado. Debería estar allí para decirle lo orgulloso que me siento de ella.

Pero no puedo.

Anoche trabajé en la oficina hasta muy tarde sólo para mantenerme ocupado. Pero ninguna distracción es suficiente para impedirme pensar en ella. A veces me pregunto si ya habrá pasado página y estará saliendo con

otro. Pero, cada vez que lo pienso, me entran ganas de darme una puñalada en el brazo para no torturarme con ello. Aunque ella ya ha dejado de ser mía, cada vez que la imagino con otro quiero morir.

¿Por qué tengo que ser así?

Tengo todo lo que cualquiera podría desear. Éxito en los negocios, un apartamento precioso y buenos amigos.

Pero nada tiene sentido sin ella.

Hasta que entró en mi vida, yo era sólo una sombra. Mi existencia era una gran nebulosa que me envolvía con su oscuridad. Me sentía miserable y vacío. Cuando ella llegó, trajo consigo la antorcha más brillante que he visto nunca. Iluminó mi vida y la inundó de calidez. Mi existencia se llenó de amaneceres y arcoíris. Cuando se fue, creí que volvería a mi oscuridad anterior.

Pero fue mucho peor.

Sin su amor estoy paralizado. Sin su sonrisa estoy muerto. Sin sus caricias soy insensible.

No soy nada.

CADA ENTRADA DEL DIARIO ERA PEOR QUE LA ANTERIOR. LA VIDA DE HAWKE era una continua depresión. Algunos días eran mejores que otros, pero el tiempo pasaba y nada cambiaba. Estaba atrapado en un continuo estado de aflicción.

9 DE SEPTIEMBRE

Ella está aquí.

Se ha instalado en la ciudad y ha alquilado un local en el que piensa abrir una pastelería.

Me siento muy orgulloso de ella.

Siempre supe que lo conseguiría. Nunca dudé de que acabaría teniendo éxito. Pero no sólo tiene talento para la pastelería. Su personalidad y su sonrisa también atraerán a los clientes. La gente entrará sólo para verla, porque ella iluminará sus vidas igual que iluminó la mía.

Quiero verla. Ahora que está tan cerca, siento que mis fuerzas desfallecen. Todo mi ser la añora. No importa con cuántas mujeres me haya

acostado. Ella es la única en la que pienso. Acariciar a otra me aburre. No hay fuego ni pasión, nada. Sólo me dejo llevar porque no sé qué otra cosa puedo hacer.

¿Estaré condenado a sentirme siempre así?

Ya ha pasado un año, pero para mí es como si hubiéramos roto ayer. Aún recuerdo con claridad el sabor de sus besos en mi boca. Recuerdo la caricia de su cuerpo cuando se quedaba dormida sobre mi pecho todas las noches. Lo recuerdo todo de forma tan nítida y detallada que me atormenta.

Su recuerdo siempre me perseguirá.

15 DE OCTUBRE

Hoy Francesca cortó la cinta amarilla en la inauguración de «La chica de los muffins».

Yo estaba allí.

Me senté en una cafetería al otro lado de la calle para mirar desde una distancia prudencial. No la había vuelto a ver desde hacía mucho tiempo y sólo el privilegio de mirarla ya era un regalo. La melena, más larga que antes, le llegaba por debajo del pecho. Cuando se lo echó hacia atrás, sus armoniosas facciones me dejaron hipnotizado. Estaba más delgada, aunque me dio la impresión de que no era algo intencionado.

Y parecía feliz.

Cuando Axel la abrazó y le susurró algo al oído, su rostro se iluminó. Se quedó mirando la pastelería, y su cara reflejaba lo orgullosa que se sentía. En aquel momento supe que pensaba en sus padres y en lo felices que se habrían sentido.

Y supe que estaba pensando en mí.

Pasé todo el día mirándola desde la cafetería. La veía ir y venir dentro de la pastelería, sirviendo a los clientes y bromeando con el resto del personal. El lugar está lleno de gente desde el primer día.

«La chica de los muffins».

EL SIGUIENTE AÑO TENÍA ANOTACIONES SIMILARES. HAWKE HABÍA PASADO LA mayor parte del tiempo solo, pensando en mí y preguntándose qué estaría haciendo yo. De vez en cuando hablaba de Axel y también de Marie, aunque

nunca mencionaba mi nombre junto al de ellos.

Empezó a hablar más de su trabajo, del crecimiento de su compañía de inversión y de la mudanza a una oficina más grande. Contrató a más empleados y se compró un coche. Su vida giraba en torno al trabajo y nada más. Parecía que sólo existía el negocio, al que dedicaba todo su tiempo.

Pero yo sabía que era sólo una distracción.

Pasé al año siguiente y encontré el día que me interesaba.

8 DE SEPTIEMBRE

Axel me ha pedido que sea su padrino y, por supuesto, he aceptado. Para mí es un honor. Ha madurado mucho desde que conoció a Marie. Su relación ha sido sólida desde el principio y he visto la progresión desde la lujuria hasta el amor.

El hecho de que me pidiera que fuese su padrino implica que a Francesca no le importa verme, ya que ella será la dama de honor de Marie. No estoy seguro de si eso es bueno o malo. Puede que haya pasado página y yo ya no le importe. Quizá sólo fui un error que ella ha relegado a un rincón de su memoria.

O puede que esté tan nerviosa como yo.

Se supone que debería querer evitarla, pero no es así. En realidad, me muero por verla. Quiero mirarla a la cara y ver cómo ella me mira a mí. El año pasado estuve observándola desde la distancia, aunque ella nunca supo que yo estaba por allí.

Ahora lo sabrá.

16 DE SEPTIEMBRE

Esta noche he visto a Francesca.

Llevaba un vestido negro ceñido y estaba absolutamente perfecta. Se había cortado y ondulado el pelo para la fiesta, y tenía el mismo aspecto con el que la recordaba en mis sueños. Cuando hablé con ella no parecía en absoluto afectada por mi presencia. Era como si nuestra ruptura nunca hubiese ocurrido.

Me odia.

Está claro que ya no quiere saber nada de mí. Ni siquiera tenía ganas de

hablar conmigo y se limitó a charlar sólo por cortesía. Sentí la hostilidad que emanaba de ella como un halo oscuro. Le rompí el corazón y nunca lo olvidará.

Vuelvo a odiarme a mí mismo.

10 DE OCTUBRE

Francesca me ha dicho a gritos que no quiere saber nada de mí. Que no quiere mi amistad y que no me debe una mierda.

Lo cual es completamente cierto.

Sigue enfadada por cómo la dejé y no la culpo.

Nadie lo haría.

Lo peor de todo ha sido su indiferencia. Ya no me ama, no como yo la amo a ella. No creí que fuera posible que sus sentimientos hacia mí pudieran llegar a desaparecer por completo, pero así es.

¿Y eso no es bueno? ¿No es lo que yo quería?

No, no es lo que quiero.

20 DE OCTUBRE

Francesca tiene novio.

Se llama Kyle.

Y lo odio.

No sé nada de él, sólo sé que no me gusta. Nunca me gustará nadie que comparta su cama. Los malditos celos van a matarme y no puedo hacer nada para impedirlo. Lo único que siento es que se me parte el corazón. Es como si hubiéramos vuelto a romper, aunque esta vez ha sido ella la que me ha dejado.

Y el único culpable soy yo. La podía haber tenido para siempre. Se habría casado conmigo si se lo hubiera pedido. Lo único que tenía que hacer era quedarme y controlarme.

Pero lo jodí todo.

Ahora ella está con él.

Y yo estoy solo.

AL LEER LO QUE PENSABA DURANTE NUESTRA SEPARACIÓN VI LAS COSAS DESDE otra perspectiva. Cuando nos separamos, yo no pensé en él. Lo aparté de mí mente y no volví a dejarlo entrar. Seguí con mi vida y me negué a permitir que el pasado me hundiera.

Pero durante todo ese tiempo él siguió pensando en mí.

Leí lo que había escrito durante la planificación de la boda. Que siempre que estaba cerca de mí me deseaba. Le resultó difícil mantener sus manos apartadas de mí, pero se las apañó para conseguirlo. Hablaba de su dolor por nuestra conversación en Central Park, cuando me pidió que volviera con él y yo lo rechacé.

Esa fue una de las páginas más difíciles de leer.

Después llegué al momento en el que volvimos juntos. Durante ese periodo, sus anotaciones en el diario eran más cortas.

5 DE JULIO

Francesca no es sólo alguien que visita mi cama. Habita en ella. Es cierto que acapara las mantas todo el tiempo y ronca de vez en cuando por la noche, pero es la perfecta compañera de cama. A veces me paso las noches en vela, mirándola.

Ahora mismo está acurrucada a mi lado, exhausta después de haber hecho el amor toda la tarde. Siempre tiene las manos encima de mí y me encanta la sensación.

*Nunca pensé que volvería a ser feliz, pero aquí estoy de nuevo.
Feliz.*

31 DE JULIO

Hacer el amor con ella es completamente diferente a follar con ligues ocasionales. Más que nuestros cuerpos, entregamos nuestras almas. Cuando estoy con ella siempre la miro a los ojos. Estamos conectados de esa forma tan especial, y reaccionamos al otro de un modo muy sensual. Me entrego a ella por completo, disfrutando de su cuerpo y de su alma al mismo tiempo.

Me encanta la forma en que me mira. Sus ojos brillan de deseo, pero también me miran como si yo fuese todo su mundo. El amor que ella me da es insuperable, especialmente cuando estamos juntos en la cama. Un

asteroide podría chocar contra la tierra y ninguno de los dos nos enteraríamos.

Podría estar así con ella todo el día, toda la vida. El tiempo se detiene y sólo estamos ella y yo. Ella cura mi alma con cada caricia y con cada abrazo. Cuando sus piernas rodean mi cintura, me hundo en ella y no quiero salir ni para respirar.

Quiero hacer esto el resto de mi vida. Con ella.

CUANDO MIRÉ EL RELOJ, ME DI CUENTA DE QUE ERAN LAS CUATRO DE LA mañana. Había pasado toda la noche leyendo su diario, absorta en su pasado. Sentía como si le hubiera leído la mente y hubiera visto pensamientos suyos a los que nunca antes había tenido acceso.

Tenía que ir a trabajar en una hora, así que dejé el diario en la mesita de noche y me dispuse a dormir con la intención de terminar de leerlo en cuanto pudiera.

HAWKE

Transcurrió una semana y no supe nada de Francesca.
¿Lo había leído?
¿O lo había metido en la mesita de noche para dejarlo allí olvidado?

O, incluso peor, ¿lo había tirado a la basura?

Si lo estaba leyendo, suponía que a estas alturas ya lo habría acabado. Mis esperanzas se iban desvaneciendo con cada día que pasaba, temiendo la inevitable derrota. Había perdido la batalla final y con esta la guerra.

La había perdido a ella.



—¿HA HABLADO CONTIGO? —AXEL ESTABA SENTADO FRENTE A MÍ EN EL BAR. En cuanto llegó, se dejó caer en el asiento sin molestarse ni en pedir una cerveza.

—No.

—Pero hace ya una semana.

—Ya te lo dije, Axel. No le importo.

—A lo mejor debería decirle algo...

—No te molestes. —No toqué la cerveza porque ya estaba borracho. Últimamente bebía mucho—. ¿Qué pasó cuando se lo diste? Con detalles.

—Le dije que era de tu parte. Al principio no lo quiso, pero al final lo cogió. No tuve que obligarla.

—¿Dijo si lo iba a leer?

—En realidad no dijo nada.

—Mi última oportunidad se había desintegrado.

—Entonces ya está. Se casará con él y vivirán felices para siempre. Y yo moriré solo.

—Eso no lo sabes. A lo mejor lo está leyendo. Ese jodido diario es muy gordo. Tardará un tiempo en acabarlo.

—No lo sé...

—No vamos a tirar la toalla todavía. Aún hay esperanza.

—No por lo que yo podía ver.

FRANCESCA

Kyle pasó todas las noches de aquella semana conmigo, así que no pude leer el diario de Hawke. Me daba la sensación de estar haciendo algo malo al leerlo, pero era incapaz de contenerme. Su relato del pasado era demasiado intenso para ignorarlo. Sentía como si estuviera con él en un tiempo distinto al actual.

Kyle y yo nos habíamos acercado más los últimos meses, y estaba claro que era más feliz ahora que Hawke había desaparecido. Nunca preguntaba por él y ni siquiera mencionaba su nombre. Era como si pensara que ni siquiera existía.

Me estaba haciendo a la idea de un futuro con Kyle cuando el diario cayó en mis manos. Leer lo que había sentido mientras estábamos separados me rompió el corazón. Aunque en esa época estaba enfadada con él, también sentía lástima. La lucha interna contra sus demonios era el centro de toda su existencia. Me quería, pero su necesidad de protegerme era más fuerte.

Su relato del tiempo que habíamos pasado juntos era enternecedor y veía nuestra relación de la misma forma que yo. No era la típica relación que tienen la mayoría de los amantes. Lo que nosotros compartíamos era diferente, sobrenatural.



NOS DESPERTAMOS EL SÁBADO POR LA MAÑANA Y PREPARÉ EL DESAYUNO EN LA cocina.

Kyle se tragó todo lo que le puse en el plato como si no hubiera comido en años.

—¿Qué quieres hacer hoy? —Me senté a su lado en la mesa con una taza de café.

—En realidad tengo planes —dijo de forma misteriosa.

—¿Qué vas a hacer?

—Axel y yo vamos a ver un partido de los Yankees.

Me hacía feliz que se llevara tan bien con mi hermano. Le había dicho que la opinión de Axel no me importaba, pero era mentira.

—Genial.

—Me gusta quedar con él y todo eso, pero prefiero quedarme contigo... desnudo.

—Bueno, aquí estaré cuando vuelvas.

—¿Desnuda? —Meneó las cejas como de costumbre.

—Hay muchas posibilidades de que sí.

—Ooh... Entonces espero que el partido de béisbol acabe rápido.

—Limpió el plato y lo dejó en el fregadero. —Debería irme a casa para ducharme y cambiarme.

—Vale.

Se inclinó y me besó en la frente.

—Te veo luego, nena.

—Claro. Diviértete.

—Eso haré. —Me dio un beso rápido en el cuello antes de salir.

En cuanto cerró la puerta, volví la vista hacia el dormitorio. La puerta estaba abierta y veía los pies de la cama. La mesita de noche estaba junto a la cama, con el diario guardado en el primer cajón.

Me quedé mirándolo durante unos segundos, intentando controlar el impulso de abrirlo. Tenía el desayuno sin tocar delante de mí. De repente, había perdido el apetito y ya no necesitaba una taza de café bien cargado.

Tenía que leer el diario.



5 DE ENERO

Desde que Francesca se puso el medallón no se lo ha vuelto a quitar. Mientras hacemos el amor, siento contra mi pecho la pequeña inscripción

que mandé grabar en el metal. Me encanta vérselo puesto, aunque lo lleve oculto bajo la ropa en el trabajo.

Es mía.

Esta Navidad ha sido incluso mejor que la anterior. Me ha hecho una manta con todas mis camisetas viejas que conservó y se llevó a Nueva York. Es una muestra de su amor, que ha sobrevivido a los años que estuvimos separados.

Ella y yo nos dijimos hace mucho que éramos almas gemelas. Yo lo dije de verdad, y ella también. Sólo llevamos juntos de nuevo seis meses, pero no me hace falta más tiempo para saber lo que siento.

Quiero casarme con ella.

Quiero pasar mi vida con ella.

Cuando me presentó a Joe diciendo que era su novio, no me pareció bien. Yo soy mucho más que un simple novio. Pero no podía presentarme como algo más. Soy el amor de su vida, el único y verdadero.

Quiero ser su esposo.

Quiero que estemos unidos y nos convirtamos en un solo ser.

Así que he ido a una joyería con Axel y Marie y he diseñado un anillo personalizado. Tardé mucho en decidir qué era exactamente lo que quería comprarle, hasta que lo tuve claro. Puedo imaginármela con el anillo puesto todos los días del resto de su vida. El anillo estará listo en seis semanas, y por fin le pediré lo que debería haberle pedido hace años.

Que se case conmigo.

LAS MANOS ME TEMBLABAN MIENTRAS SOSTENÍA EL DIARIO.

—¡Oh, Dios mío...! —No podía respirar, porque tenía el cuerpo muy tenso. Me sentí aturdida y mareada. El corazón estaba a punto de salirse del pecho por la cantidad de sangre que estaba bombeando.

Había querido pedirme matrimonio.

Tenía el anillo.

¿Por qué no lo hizo?

Seguí leyendo, porque necesitaba conocer la respuesta.



HABÍA UN SALTO DE DOS SEMANAS EN SU DIARIO. NO HABÍA ESCRITO NADA, Y YO SABÍA POR QUÉ.

Su madre murió y él se marchó a Carolina del Sur, dejando el diario en su casa. Aunque se lo hubiera llevado, creo que no habría escrito nada en él. Estaba cegado por la rabia, fuera de sí. Si le hubiera llamado en ese momento, Hawke probablemente no habría respondido ni a su propio nombre.

La siguiente anotación continuaba después de haber acabado ya nuestra relación.

5 DE FEBRERO

No dejo de imaginar a mi padre muriendo una y otra vez. Como el cobarde que era en realidad, le entró el pánico al ver el arma y le dio un infarto. Fue incapaz de soportar un instante de miedo y, sin embargo, mamá y yo vivimos así todos los días de nuestra vida.

Él no pudo soportarlo ni un solo segundo.

Patético.

Me alegro de que ese pedazo de mierda esté muerto. Lo único que siento es no haberlo matado yo.

Francesca sostiene que no lo habría hecho, pero ¿qué sabe ella? No lo entiende. Vive inmersa en su mundo de unicornios y arcoíris. Su optimismo fuera de lugar me irrita.

Ella me irrita.

Tenía que deshacerme de ella. Había empuñado esa pistola pensando que estaba cargada. Realmente lo habría matado si hubiese tenido la oportunidad. Francesca no puede vivir con alguien como yo, con alguien así de enloquecido. Somos de mundos diferentes, y Francesca necesita a alguien mejor que yo.

Soy basura.

Un huérfano de un hogar roto. Con serios problemas de cólera. Mi desarrollo emocional está gravemente atrofiado. Soy insufrible y rudo, un auténtico cabrón.

Debería estar con alguien mejor que yo.

Me amenazó con no volver nunca conmigo aunque se lo pidiera. Aquella amenaza fue lo mejor que podía haberme dicho. Ahora, aunque lo desee, nunca conseguiré que vuelva. Ella se asegurará de que así sea.

Y así es como debe ser.

EN LOS SIGUIENTES MESES, LA IRA ARDÍA EN CADA PÁGINA DEL DIARIO. SIEMPRE hablaba de sus padres, aunque fuera para repetir lo mismo. La tinta estaba fuertemente impregnada en el papel, como si deseara remarcar las palabras. Sentí su rabia sólo con tocar el papel.

Hablaba de mí continuamente, aunque nunca decía que me echaba de menos. Lo único que mencionaba era que no debíamos estar juntos. Que yo terminaría por encontrar a otro y tendría un montón de niños. Y él continuaría siendo un hombre amargado.

Con cada página que leía, me iba dando cuenta del abismo tan profundo en el que había caído. Estaba atrapado en una espiral de destrucción de la que nadie podía sacarlo. Había colapsado en el más amplio sentido de la palabra. Hawke había muerto y otra persona había ocupado su cuerpo.

No me extrañó que no pudiera hacerle entrar en razón.

Nunca hablaba de Axel, del trabajo o de mujeres. Sólo hablaba de su madre y de cómo murió. Lo recordaba con total nitidez, describiendo exactamente cómo ocurrió.

Algunos meses después, su diario comenzó a cambiar.

9 DE ABRIL

Anoche soñé con ella.

Estaba frente a mí con un vestido blanco. Nunca había visto el vestido de su madre, pero de alguna forma supe que era ese. Tenía el pelo recogido hacia atrás, haciendo destacar sus perfectas facciones. Sus ojos verdes brillaban sólo para mí.

Avanzó hacia mí, agarrada del brazo de Axel. Cuando llegó al altar, tuvo que contenerse para no lanzarse a mis brazos. Me miró como si yo fuera su príncipe, como si no hubiera pasado nada.

Me amaba.

La alarma del despertador hizo añicos el sueño, y me sentí morir con su pérdida. Ansiaba detenerme en ese instante todo el tiempo posible para seguir sintiendo su brillo celestial.

Pero ella ya se había ido.

No he ido a trabajar porque no he podido levantarme de la cama. El

peso del dolor me ha golpeado, y de repente he comprendido lo que he perdido. Hice daño al único ser querido que me quedaba. La aparté de mí y no sé cuánto tiempo ha pasado.

Y he llorado.

ACARICIÉ LAS PÁGINAS CON LAS YEMAS DE LOS DEDOS Y TRATÉ DE tranquilizarme. Cada vez que leía las notas de un nuevo día, mi corazón se desgarraba un poco más. Hawke había sufrido mucho y, lo que era aún peor, se torturaba sin piedad. Jamás podría escapar de las heridas que él mismo se había infligido.

Nunca se permitiría ser feliz.

Tuvieron que pasar cuatro meses antes de que despertara de su pesadilla y, para entonces, yo ya era una persona completamente nueva. Hawke regresó a mí, volviendo de nuevo a su cuerpo y al mismo punto del pasado, pero ya era demasiado tarde.

4 DE JUNIO

Hoy he ido a su pastelería, sin saber muy bien que ocurriría cuando entrara. Necesitaba hablar con ella, aunque no tenía ni idea de qué le diría. La forma en que la había tratado era inaceptable. Ella había intentado estar a mi lado y ayudarme, pero yo la aparté con crueldad.

¿Por qué tendría que perdonarme?

En el mismo momento en que atravesé la puerta de la pastelería, supo que yo estaba allí. Aún estaba en sintonía con mi mente, y aquello me dio esperanzas de que tal vez pudiéramos volver a estar juntos. Pero, en cuanto vi su cara, supe que no podría ser.

Nunca me perdonará.

Me odia.

Y no quiere volver a saber nada de mí.

Ninguno de los dos hablamos, aunque no necesitamos hacerlo. Agaché la cabeza, avergonzado, y salí de allí, sabiendo que merecía su rechazo.

SEGUÍ LEYENDO LAS PÁGINAS HASTA QUE LLEGUÉ AL DÍA EN QUE HAWKE SE DIO

cuenta de que no llevaba el colgante. No estaba muy segura de querer leer aquello, pero no pude contenerme.

6 DE AGOSTO

Fui a la pastelería con la intención de no marcharme nunca. Iba a arreglar lo nuestro, iba a conseguir que ella volviera al lugar al que pertenecía. Kyle se la merecía, sí, pero yo la quería más. Pero, cuando la miré, comprendí que ya era demasiado tarde.

No llevaba el medallón.

Ya no brillaba la antorcha que me alumbraba. Ya no me velaba en su corazón. Se había quitado el collar y probablemente lo habría tirado, deshaciéndose del último vestigio que la unía a mí. Ahora pertenece exclusivamente a Kyle.

Se me ha acabado el tiempo.

No puedo articular palabra porque mi cuerpo ha dejado de funcionar. He perdido mi última apuesta. El corazón me late peligrosamente despacio, hasta casi detenerse. Mis pulmones se han olvidado de respirar. El mundo se derrumba a mi alrededor y la dolorosa derrota me golpea con fuerza.

He llegado demasiado tarde.

No puedo volver atrás.

He perdido.

He vuelto a casa y me he quedado en la entrada, mirando los muebles sobre los que ella y yo hicimos el amor. Su fantasma aún está en el apartamento y, hasta ahora, eso me había reconfortado. Pero ahora me atormenta.

No quiere verme más y tengo que pasar página. Venderé este lugar aunque pierda dinero, y encontraré otro sitio para vivir, un lugar en el que no me vuelva a cruzar con ella.

Ella ya no me quiere en su vida.

Y no la culpo.

LAS ÚLTIMAS ANOTACIONES ERAN BREVES, LAS MÁS CORTAS DE TODAS.

15 DE AGOSTO

¿Qué hago ahora?

*¿Volver a mi vida anterior? ¿Dormir y centrarme en el trabajo?
¿Realmente puedo volver a una vida sin sentido después de haber vivido el amor más grande que jamás haya conocido nadie?*

Ahora Francesca está con Kyle. Juntos serán felices y llegará un día en el que ambos se habrán olvidado de mí.

Incluso yo también me habré olvidado de mí.

22 DE AGOSTO

¿Pensará aún en mí?

29 DE AGOSTO

Todavía la echo de menos.

12 DE SEPTIEMBRE

¿Acabará alguna vez el dolor?

LEÍ TODAS LAS ANOTACIONES Y SENTÍ QUE ME ARDÍAN LOS OJOS. FINALMENTE llegué a la última página.

FRANCESCA,

Deberías estar con Kyle. Es leal y sincero, y te dará la vida que quieres. Será un gran esposo y padre. Con él siempre serás feliz, y eso es lo que deseo para ti.

Pero yo te quiero más.

Arrastré lo nuestro por el fango y eché a perder algo tan endiablidamente perfecto que nadie me creería si se lo contara. Te he decepcionado.

Te he roto.

Perdona por todo lo que he hecho. No hay justificación ni excusa para mi estupidez. Es ridículo que todavía te esté pidiendo que vuelvas conmigo. No sé si merezco otra oportunidad.

Pero dámela de todas formas, por favor.

He reflexionado mucho y he estado yendo a terapia durante mucho tiempo. Mi pasado ya está en el lugar que le corresponde y mi cólera ha desaparecido. He conseguido aceptar las cosas tal como son. He aprendido a desechar muchas cosas, incluida mi culpa.

Ahora sólo te necesito a ti.

Ahora puedo ser exactamente lo que necesitas. Repararé todo el daño que te he causado. Seré todas y cada una de las cosas que quieras que sea.

Por favor.

Si dices que no, prometo dejarte en paz y no volver a molestarte. Si ya me has olvidado y ahora tu corazón es de otro, no tendrás que volver a verme.

Pero no me rechaces.

Muffin, cástate conmigo.

ME QUEDÉ EN ESTA FRASE FINAL, DUDANDO SI REALMENTE HABÍA LEÍDO aquello. Esas palabras, remarcadas e inconfundibles, me gritaban desde el papel. Mi labio inferior temblaba y mis ojos no podían contener todas las lágrimas que intentaban aflorar.

Pasé la página y vi que ya no había nada más. Hawke había recortado las últimas páginas para hacer un agujero cuadrado. En su interior había un anillo de platino.

«¡Oh, Dios mío...!»

Lo miré durante unos instantes con el corazón latiéndome a mil, dudando que fuera real. Después lo cogí entre los dedos y lo examiné bajo la luz de la lamparita de noche. El anillo de platino se parecía al medallón que me había regalado. En la parte frontal del anillo había tres cortes que dibujaban tres franjas. No tenía diamantes como los típicos anillos de compromiso. Cuando le di la vuelta, vi la inscripción que contenía cada franja.

Juntos.

Para.

Siempre.

Cerré los dedos alrededor del anillo y las lágrimas comenzaron a rodar

por mis mejillas. El metal era cálido en mi mano, como si su lugar estuviera en mi dedo. Mi corazón estaba partido en dos por todo el dolor que Hawke había soportado. Había creído que mi angustia era peor, pero entonces me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Abrí la mano y contemplé el anillo durante largo rato, enamorándome de su perfección. Nunca le había comentado a Hawke el tipo de anillo que quería, pero era exactamente así. Quería algo que pudiera llevar al trabajo sin temor a estropearlo. Y las cosas ostentosas nunca me habían llamado la atención.

Era perfecto.

Lo contemplé durante unos instantes antes de colocármelo en el dedo. En cuanto estuvo en su lugar, un escalofrío me subió por todo el brazo. Me sentía muy cómoda con él. Tenía el tamaño perfecto para ajustarse a mi dedo. El corazón me dejó de latir unos instantes porque me sentía feliz.

Absolutamente feliz.

La puerta de entrada se abrió, y Kyle entró.

—Chica, qué partido tan largo.

Lo miré y sentí pánico a la vez, preguntándome por qué habría vuelto tan pronto. Eran las diez de la noche. Caí en la cuenta de que me había pasado todo el día leyendo el diario de Hawke.

Todo el día.

Kyle entró en el dormitorio y se detuvo cuando vio la mirada en mi cara.

—¿Todo bien?

Cerré el diario de Hawke y sentí el cuero bajo mis dedos. Había llegado el momento de afrontar lo inevitable. Mis labios no querían moverse, porque las palabras que contenían infligirían dolor.

Pero supe que debía hacerlo.

—Kyle, tenemos que hablar...

4°

HAWKE

Me senté en el sofá con una cerveza en la mano. La televisión estaba apagada, al igual que la mayoría de las luces. Atrapado en una calma oscura, no hacía más que pensar en Francesca. Me preguntaba qué estaría haciendo.

¿El diario estaría olvidado en algún rincón?

Si mi diario no conseguía que la recuperara, nada lo haría. Era mi última esperanza y, si eso no funcionaba, tendría que obligarme a dejarla marchar. Aunque estuviera con Kyle, seguía considerándola mía.

Pero no lo era.

El futuro que tenía ante mí era aterrador. La idea de vivir el resto de mi vida sin ella me asustó de verdad.

Me horrorizó.

Y a mí no me asustaba nada.

Sabía que estaría solo el resto de mi vida y seguiría solo cuando muriera. ¿Cómo podría amar a otra cuando mi corazón le pertenecía a ella, ahora y siempre? ¿Cómo podría pasar página alguna vez y dejar de pensar en ella?

No quería seguir.

Se estaba haciendo tarde, pero no me fui a la cama. Dormir era un lujo del que me había olvidado. Sin Francesca a mi lado, era incapaz de conciliar el sueño. Lo único que podía hacer era tumbarme despierto y pensar en la mujer a la que había echado de mi lado.

Arrepentimiento

Angustia.

Desolación.

Había noches como esta en las que sentía deseos de acabar con todo.

Unos nudillos sonaron en mi puerta.

Me quedé paralizado al oír aquel inconfundible eco en mi apartamento. Era casi medianoche, y nadie se pasaba a esta hora, ni siquiera Axel.

Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad al pensar en la posibilidad de que ella estuviera aquí. Me puse de pie lentamente, incapaz de controlar la respiración. Dejé que mi espíritu se relajara, que sintiera la vibración que me rodeaba.

Francesca.

Estaba al otro lado de la puerta. Estaba seguro.

Pero, ¿y si me equivocaba? ¿Y si abría la puerta y me encontraba cara a cara con otra persona?

Tenía que ser ella.

Me dirigí a la puerta y me detuve justo delante, temiendo mirar por la mirilla. La decepción me mataría. Si no era ella, me volvería a morir. Agarré el pomo de la puerta con fuerza, asustado de lo que me esperaba al otro lado.

Francesca.

Respiré profundamente, de esa forma que duele, y después abrí la puerta.

Allí estaba la mujer de mis sueños. Tenía los ojos verdes nublados por las lágrimas, brillantes como la hierba en verano. Se había recogido el pelo sobre un hombro y aferraba mi diario negro contra su pecho. El labio inferior le temblaba ligeramente.

Contuve el aliento con la esperanza de que no fuera un sueño. Si lo era, no quería despertar jamás. Quería mirarla para siempre y disfrutar de este momento tanto como pudiera.

Agarró el diario con más fuerza, aferrándose a él como si le fuera la vida en ello.

Y entonces fue cuando vi el anillo.

Estaba en su dedo anular izquierdo.

Lo llevaba puesto.

Respiré profundamente porque me faltaba el aire. Mis ojos se humedecieron involuntariamente y a duras penas podía contener el llanto. Me dolía todo.

Las lágrimas estaban a punto de desbordarse por las comisuras de mis ojos.

—Sí.

Me empezaron a temblar las manos. Sentía cada latido de mi corazón y oí

la fragancia de su perfume. Era real. Tenía que serlo. No podría seguir adelante si no era ella.

—Sí.

Ahora que la tenía frente a mí, no sabía qué hacer. Llevaba toda la vida soñando con este momento, pero nunca esperé que se hiciera realidad. La tenía a mi alcance y me estaba dando la respuesta que había soñado escuchar.

—Me casaré contigo. —Más lágrimas rodaron por sus mejillas y su labio inferior no dejaba de temblar.

Tantas emociones se agolparon en mi corazón que apenas pude resistirlo. Yo también sentía ganas de llorar, aunque intentaba contenerme.

Por fin salí del estado de shock y tomé su rostro entre mis manos. Apoyé mi frente en la suya y respiré su aliento, sintiendo que mi cuerpo volvía a la vida. Todo el dolor se desvaneció y empecé a recomponer los pedazos en los que me había roto. Oí en mi cabeza el sonido que produjo nuestra unión, cuando nuestras almas se entrelazaron y quedaron unidas para siempre. Le limpié con los pulgares las lágrimas que le surcaban las mejillas.

Se abrazó a mí con el diario en una mano. Colocó la otra sobre mi corazón para sentir su latido a través de mi piel. Continuó sollozando quedamente, con las emociones desbordadas. Francesca no lloraba casi nunca, y sabía que esta ocasión era excepcional.

Le levanté la barbilla y besé las lágrimas que seguían deslizándose por su cara. Acaricié su suave piel con mis labios y ella tembló ligeramente al sentirme. No había sentido nunca tanta alegría y tanto dolor al mismo tiempo. Mi cuerpo apenas podía asimilar lo que acababa de suceder. Había deseado esto durante muchísimo tiempo y ahora estaba ocurriendo por fin.

No podía creerlo.

Seguí abrazando a Francesca, porque no quería separarme nunca de ella. Al fin era mía, y llevaba el anillo que le había comprado tanto tiempo atrás. Ella era un torbellino de emociones en mis brazos, y yo me sentía igual de abrumado.

Pero nos recompondríamos poco a poco. Nuestras almas sanarían la una a la otra, y unidos así seríamos más fuertes. Seguí abrazándola en la entrada de mi casa y besando las lágrimas que le caían mientras ella sentía el latido de mi corazón, esperando a que regresara a la normalidad.

Por fin estábamos *juntos para siempre*.

Desde ese mismo instante.

FRANCESCA

Hawke estaba tumbado a mi lado con sus dedos entrelazados con los míos. Su pulgar acariciaba mi anillo de compromiso, recordándole que era real. No apartaba los ojos de mí, como si temiera que me fuera a escapar volando sin avisar.

Al día siguiente no fui a trabajar. En realidad, ni siquiera aparecí por allí.

Él tampoco.

Nos quedamos tumbados en la cama, abrazados. No hicimos el amor porque nuestras almas ya lo hacían por nosotros. Lo único que queríamos era estar juntos. Me bebía con los ojos como si estuviera muerto de sed y siempre tenía sus manos sobre mí, acariciándome.

Yo palpaba su corazón continuamente, sintiendo la necesidad de saber que todavía latía con fuerza. Ese latido era como una canción de cuna con la que antes me dormía todas las noches. Ahora había vuelto, y me di cuenta de lo mucho que lo había añorado.

No habíamos hablado desde el día anterior en la puerta. Le había dicho que me casaría con él y ninguno de los dos había pronunciado una palabra más. La única conversación que habíamos mantenido había sido con los ojos.

—¿Por qué cambiaste de opinión? —Hawke se llevó mi mano a los labios y besó el anillo.

—Por todo lo que habías escrito en tu diario.

Me colocó la mano sobre su corazón y la dejó allí.

—Cuando iba a pedirte que te casaras conmigo la primera vez, te iba a dar el diario con el anillo dentro, porque tú me habías regalado el tuyo.

—Fue muy hermoso...

—Esta es la última vez —susurró—. Estoy aquí para siempre. Jamás volveré a irme.

No tenía ninguna duda.

—Lo sé.

La dulzura de sus ojos delataba cuánto significaba yo para él.

—Juntos para siempre.

—Para siempre. —Depositó un beso en mi frente y apoyó la cabeza a mi lado sobre la almohada.

No quería moverme de allí porque sentía que era mi lugar. Ya no me importaba mi apartamento. No quería volver a dormir en otra cama que no fuera la suya. Lo único que quería era estar allí todo el tiempo.

—¿Sigues queriéndote casar en una pradera? —susurró.

—Sí. —Siempre había querido algo pequeño y tranquilo. La boda de Marie había sido preciosa, pero una fiesta grande no era mi estilo.

—¿Estás ocupada mañana?

—¿Qué? —El significado de sus palabras era inconfundible.

—Quiero casarme contigo ahora. Has sido mi otra mitad toda mi vida, incluso antes de conocerte. No quiero esperar más. Quiero que seamos marido y mujer, que vivamos juntos y pasemos todos los días juntos. Lo quiero para siempre. ¿Qué dices?

Era apresurado, espontáneo y emocionante.

—De acuerdo.

Por primera vez sonrió.

—Entonces deberíamos ponernos manos a la obra.



MARIE ESTABA SENTADA EN SU MESA CUANDO ENTRÉ EN SU OFICINA.

—Hola, guapa. ¿Vienes a almorzar? —Acabó de anotar algo en su iPad y levantó la vista hacia mí.

—En realidad, no. —Me senté en la silla frente a ella—. Quiero pedirte una cosa.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres ser mi dama de honor?

Casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Guau! ¿Qué? —Saltó del asiento—. ¡Oh, Dios mío! ¿Te lo ha pedido

Kyle? Es fantástico...

—Ha sido Hawke. Y he dicho que sí.

Se quedó paralizada en la silla, totalmente aturdida al oír mi respuesta. Tardó varios minutos en recobrase y hacerse a la idea de lo que le acababa de contar. Había dejado de gustarle Hawke cuando me abandonó por segunda vez, y no había vuelto a tener una buena opinión de él. Me imaginaba que intentaría convencerme de que no lo hiciera, hablando a favor de Kyle.

Pero no lo hizo.

—Frankie, será un honor. —Rodeó el escritorio y me abrazó con fuerza—. Me alegro mucho por ti. Sé que Hawke... es el definitivo.

—Lo es.

—Vais a ser tan felices como Axel y yo.

—Eso espero. —Me aparté sin poder borrar la sonrisa de mi cara.

—Entonces, podemos empezar a planearla este fin de semana. Todavía tengo mi catálogo de bodas...

—Nos casamos mañana.

—¿Qué? —saltó.

—La vamos a celebrar en una pradera a las afueras de la ciudad, sólo la familia.

Marie se llevó las manos a las caderas mientras intentaba asimilarlo.

—A eso se le llama rapidez. —Me miró la tripa.

—No hay ningún bebé, Marie. Pero queremos empezar nuestra vida juntos.

Marie miró su reloj de muñeca.

—Creo que puedo salir pronto hoy. Tenemos un montón de cosas que hacer.



LLAMÉ A AXEL DE CAMINO A CASA DE YAYA.

—Hola, Axel...

—Ya me lo ha contado Hawke. —La alegría de su voz me dijo lo que pensaba—. Enhorabuena.

—¿Sí? —Su aprobación significaba mucho para mí, aunque jamás lo admitiría.

—Sí. Sé que ese tío te ama, a pesar de su estupidez.

—Es verdad.

—Estoy seguro de que esta vez hará las cosas bien. Me ha dado permiso para darle una patada en el culo si hace falta.

Era incapaz de imaginarme a nadie dándole una patada en el culo a Hawke, y la imagen me hizo reír.

—Pero dudo que lleguemos a eso.

—Seguro que no. —Contuve la emoción de mi voz antes de volver a hablar—. ¿Me acompañarás hasta el altar?

Hubo una larga pausa al otro lado del teléfono. Axel no dijo nada, obviamente intentando que su voz no delatara que estaba llorando, lo mismo que yo.

—Francesca... Será un honor.



CUANDO LE CONTÉ LA NOTICIA A YAYA, NO PARECIÓ SORPRENDIDA EN LO MÁS mínimo.

—Ya era hora.

—¿Qué? —Cogí la caja del armario y la saqué.

—Kyle era un joven muy apuesto, pero no es Hawke. Todos lo sabemos.

Me alegraba que Yaya estuviera de acuerdo. A pesar de lo que había hecho Hawke, todo el mundo parecía haberlo perdonado más rápidamente que yo.

—Gracias, Yaya. —Aparté el papel de seda y saqué el vestido de novia de mi madre. Estaba perfectamente guardado, listo para que yo lo usara el día señalado. Era aún más perfecto de lo que recordaba.

—Te va a quedar un poco suelto. Pero puedo arreglarlo.

Tomé el vestido entre las manos y palpé la tela. Sabía que si mi madre hubiera estado allí, se habría sentido muy feliz. Hawke le habría entusiasmado tanto como a mí.

—Gracias, Yaya.

—Vas a ser la novia más hermosa de todos los tiempos.

—Gracias... —Yaya habría dicho eso mismo en cualquier situación.

—No, de verdad. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Estarás incluso más hermosa que tu madre.



EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD ENCONTRAMOS UNA PRADERA CON EL CÉSPED recién segado. Había dientes de león en el campo y la naturaleza renacía ante la cercanía de la primavera. Era un día claro y el sol brillaba cálido sobre nuestra piel.

Me quedé detrás del cambiador, aunque ya me había abrochado el vestido. Hawke estaba a unos metros de distancia con todos los demás. Reunimos a nuestra familia, a Axel, Marie, Yaya y Joe. Estaban todas las personas a las que queríamos.

Axel estaba de pie a mi lado con su traje y su corbata.

—Estás preciosa, hermanita.

—Sí? —No había dado ni un paso y ya tenía ganas de llorar.

—Sí. —Se quedó mirando mi vestido con una sonrisa en la cara que ocultaba sus verdaderas emociones.

—¿Cómo está Hawke?

—Es el tío más emocionado que he visto en mi vida.

Tomé el ramo de flores frescas que Marie había cogido en el campo. Era una mezcla de tallos de hierba y dientes de león.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

Una pregunta como esa normalmente me habría llenado de dudas, especialmente después de todo lo que habíamos pasado. Pero lo único que sentí fue certeza.

—Sí.

Me ofreció el brazo.

—Entonces vamos.

Enlacé mi brazo con el suyo y dejé que me guiara fuera de la mampara. No había más música que el zumbido de las abejas y el trino de los pájaros. Soplaban una suave brisa que olía a primavera. Nuestros pies crujían con la hierba al caminar. Me había puesto zapatos planos en lugar de tacones, porque sabía que sería difícil andar con ellos en el campo.

Todo el mundo estaba congregado a pocos metros y, cuando levanté la vista, vi a Hawke.

Me miraba con intensidad, sin un rastro de sonrisa en sus labios. Respiró profundamente, como si ver cómo me acercaba le doliera de felicidad. Tenía los ojos nublados por las lágrimas, como si temiera que ese momento nunca fuera a llegar.

No apartó los ojos de mí mientras me acercaba. Había un silencio que permitía oír su respiración, tan rápida como la mía. La cola de mi vestido se

deslizaba elegantemente por la hierba.

Axel me condujo hasta Hawke y se detuvo para entregarme a él.

—Mamá y papá estarían muy orgullosos de ti, Francesca.

No aparté los ojos de Hawke.

—Estarían orgullosos de los dos.

Axel me abrazó con fuerza, algo que ocurría sólo muy de vez en cuando.

Le devolví el abrazo, agradecida por tener un hermano tan increíble.

Tomó mi mano y la colocó sobre la de Hawke.

—Sé que sois perfectos el uno para el otro.

Los dedos de Hawke rápidamente rodearon mi mano, dándome a entender que no me dejaría marchar mientras viviéramos. Me atrajo hacia sí con dulzura, mirándome a los ojos como si deseara no volver a pestañear jamás.

El pastor que oficiaba la boda nos dio unos momentos para mirarnos antes de empezar la ceremonia.

—Nos hemos reunido hoy aquí para celebrar el santo matrimonio de Theodore Taylor y Francesca Gibbons...

Dejé de escuchar lo que decía porque estaba embelesada contemplando a Hawke. Sin cruzar una palabra, era capaz de sentir las emociones desatadas que recorrían su cuerpo. La gratitud era la más sobresaliente, porque le estaba dando la oportunidad de ser mi compañero para siempre. Me amaba, de eso estaba segura. Me lo decía todos los días sólo con su mirada.

Nunca amaría a otro hombre en toda mi vida, y tampoco quería. Hawke era el definitivo, la única persona de la que me podía enamorar así. Mis hijos tendrían sus ojos y su buen corazón. Y al final de nuestras vidas seguiríamos juntos, con el viento meciendo nuestras almas desnudas. Nunca más estaríamos solos, siempre nos tendríamos el uno al otro.

—Hawke, ¿tomas a Francesca como tu legítima esposa, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Hawke entrelazó nuestros dedos, apretándolos dulcemente.

—Sí, quiero... para toda la eternidad. —Me deslizó el anillo en el dedo, poniéndolo en el lugar en el que permanecería para siempre.

—Francesca, ¿tomas a Hawke como tu legítimo esposo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Nada nos separaría jamás, ni la vida ni la muerte. Cuando llegara el fin del mundo y no quedaran más que rocas y cenizas, nosotros seguiríamos juntos. Estábamos conectados a nivel espiritual, de forma divina. Para siempre no era suficiente tiempo para nosotros. Contemplaríamos los cambios en el mundo,

veríamos cómo el universo se expandía indefinidamente, entrelazados como dos espíritus libres.

—Sí, quiero... para toda la eternidad.

EPÍLOGO

HAWKE

— **P**apá, caminas demasiado despacio. —Suzie tiró de mí hacia adelante con todas sus fuerzas, decidida a llegar a la pastelería lo más rápido posible. Había estrenado un vestido rosa, pero en cuanto pusiera las manos sobre un pastel, se lo mancharía.

—No puedo ir más rápido, cariño. —Llevaba a Hannah en un brazo, aunque sabía que se estaba haciendo mayor para que la lleváramos así. El día que Suzie fue demasiado mayor para llevarla en brazos fue un día triste para mí. Me recordó que las niñas estaban creciendo, y un día mis dos princesitas se irían y volarían solas.

—Vamos. —Llegó a la pastelería y abrió la puerta de un empujón—. Quiero ver a mamá.

Me eché a reír y entré detrás de ella, mezclándome inmediatamente con el gentío ruidoso que esperaba impaciente para comprar sus pasteles y sus muffins.

Suzie se abrió paso a empujones entre la gente y se dirigió al obrador, sabiendo exactamente a dónde ir.

La seguí, vigilándola de cerca, no fuera a ser que se tropezara con alguien.

—Más despacio, Suzie.

Mi hija me ignoró, como siempre.

Llegamos a la trastienda, donde estaba trabajando Francesca. Tenía un delantal atado a la cintura y manchas de harina en ambas mejillas. Parecía que había sido víctima de una explosión de harina. Pero seguía estando preciosa, como siempre.

—¡Mamá! —Suzie corrió hacia ella y se abrazó a su cintura—. ¡Feliz cumpleaños!

Francesca se sorprendió ante la repentina aparición, pero cuando vio que era Suzie, su rostro se iluminó de alegría.

—¡Vaya! Gracias, cariño. —Se arrodilló y la abrazó con fuerza, con la felicidad asomando a sus labios—. ¡Qué sorpresa tan bonita!

—Te he traído una cosa. —Suzie sacó una cajita del bolsillo.

—¿Qué es? —preguntó Francesca al cogerlo.

—¡Ábrelo!

Francesca abrió la caja y dentro había un collar que las niñas y yo habíamos hecho para ella. Tenía tres colgantes de piedra decorados con acuarelas. Cada uno había pintado una piedra, y luego las habíamos colocado en una cadena. No era muy bonito, pero sabía que le encantaría.

—Cada uno hemos hecho una —explicó Suzie—. ¿Te gusta?

Al instante los ojos de Francesca se bañaron en lágrimas.

—Ay, cariño, me encanta... ¡Es precioso! —Sostuvo el collar en la mano antes de ponérselo, colocándolo bajo el medallón que siempre llevaba puesto—. Es perfecto. —Francesca dio otro abrazo a Suzie.

—¡Yo también lo he hecho! —Hannah empezó a patear porque quería que la bajara.

La dejé en el suelo y la vi caminar hacia Francesca.

Ella abrazó a sus dos hijas a la vez.

—Gracias, Hannah. Os ha quedado muy bien.

—Feliz cumpleaños, mamá. —Hannah tocó el collar como si temiera que la pintura todavía estuviera húmeda.

—Es el mejor cumpleaños del mundo. —Francesca soltó a las niñas y las miró con cariño.

—Pues todavía no ha acabado —dijo Suzie—. Nos queda la fiesta de esta noche.

—¿Una fiesta? —preguntó Francesca.

—¡Suzie! —Se suponía que iba a ser una cena sorpresa, pero, por supuesto, las niñas estaban demasiado emocionadas para guardar el secreto.

Suzie agachó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento...

Francesca se echó a reír.

—No pasa nada. Ahora tengo ilusión por una cosa más.

Hannah se subió a la silla para ver lo que había en la encimera.

—Ohh... ¡Galletas de animales!

—¿A ver? —Suzie se acercó a la mesa y miró la masa y los moldes de galletas—. Vamos a hacerlas, para que mamá pueda descansar.

—Buena idea. —Hannah agarró un molde de galleta con forma de elefante y lo hundió en la masa.

Francesca sabía que iban a ensuciarlo todo, pero las dejó. Se puso en pie y, como siempre, me miró como si no pudiera estar más enamorada. Sus ojos se iluminaban de forma especial, algo de lo que sólo yo era testigo. Se acercó a mí lentamente, dejando claro que deseaba acariciarme de una forma que no era apropiada delante de nuestras hijas.

Quería besarla en la boca con tanta pasión que los labios se le quedaran magullados durante una semana.

—Lamento que Suzie estropeará la sorpresa.

—No importa. Mi cumpleaños ya es fantástico. —Se tocó el collar que le colgaba del cuello.

Le rodeé la cintura con las manos y la apreté contra mí. Apoyé mi frente contra la suya, y todo el cuerpo me ardió de deseo. Quería mucho a mis hijas, pero a veces me gustaría que no estuvieran siempre delante. Añoraba hacerle el amor a Francesca en la trastienda. La había tomado sobre esa encimera demasiadas veces para llevar la cuenta.

—Tengo un regalo para ti. Te lo daré más tarde.

—¿Sexo de cumpleaños? —susurró ella.

—Vale, sí. Pero también otra cosa.

—Ohh... ¡Qué suerte tengo!

Tomé su rostro entre mis manos y le di un beso. Había querido que fuera un beso corto, pero en cuanto puse mi boca sobre la suya, ya no quise separarme. Mis labios deseaban seguir pegados a los suyos para siempre, hacerle el amor a su boca.

Francesca me hundió los dedos en los antebrazos y sentí que el fuego ardía en su interior tanto como en mí. Gimió dentro de mi boca, ardiendo de deseo.

Encontré la fuerza de voluntad necesaria para separarme antes de que se convirtiera en algo no apto para todos los públicos. Las niñas no nos prestaban atención, pero seguía sin ser apropiado.

—Vamos a cenar con Marie y Axel cuando salgas del trabajo.

—¡Genial! Va a ser divertidísimo.

La estreché con más fuerza para que pudiera notar mi erección.

—Y después, cuando llegemos a casa, serás mía.

—Esto se está convirtiendo en el mejor cumpleaños de la historia.

—Me alegra que lo pienses. —La besé en la comisura del labio y después me separé. Mi fuerza de voluntad comenzaba a flaquear. Mi esposa me volvía loco. Le hacía el amor todas las mañanas y todas las noches, pero no era suficiente—. Luego te recogemos.

—Vale. Lo estoy deseando. —Me dedicó una mirada traviesa que me decía que quería otro beso.

A esas alturas ya no confiaba en mí mismo, así que la esquivé para salir.

—Te vemos luego. Te quiero.

—Yo también os quiero.



JASON Y CALVIN, LOS GEMELOS DE AXEL Y MARIE, ESTABAN JUGANDO CON Hannah y Suzie en el otro extremo de la mesa. Tenían un cubo de soldaditos y un juego de dinosaurios para entretenerse. Era difícil ir a un buen restaurante con cuatro niños tan pequeños... ¡y ruidosos!

Tenía el brazo sobre el respaldo de la silla de Francesca y le acariciaba la piel desnuda del hombro con los dedos.

—¿Estás disfrutando de tu cumpleaños? —preguntó Marie.

—Oh, sí. Ha sido el mejor. —Francesca se llevó la mano al collar que le habíamos hecho las niñas y yo. Habíamos ensuciado toda la casa y había tardado dos horas en limpiarlo todo—. Tengo la mejor familia del mundo. —Me puso la mano en el muslo.

—Me sorprende que trabajaras hoy —intervino Axel.

—Tenía que ir —respondió Francesca—. Había que despachar muchísimos pedidos. El local cada vez tiene más trabajo.

—Parece que eso es bueno... y malo a la vez —dijo Marie.

—Pensé que con la otra pastelería las cosas se calmarían —dijo Francesca—. Pero ha ocurrido justo lo contrario.

—Más pasta, más problemas, ¿no? —dijo Axel.

Marie le miró con fastidio.

—No intentes hablar como un gánster de medio pelo.

—Sabes que te gusta, tía buena. —La besó en la frente.

Me volví hacia Francesca.

—¿Puedo darte ya mi regalo? ¿Antes de que presenciemos otra pelea

memorable?

—Por favor. —Se volvió hacia mí con ojos ansiosos.

—Vale. No es algo material.

—Incluso mejor. —Era incapaz de sentarse quieta debido a la emoción.

—Esta noche, Axel y Marie se van a llevar a las niñas a pasar con ellos todo el fin de semana. Tú y yo nos vamos de viaje mañana por la mañana.

—¡Oh, Dios mío! ¿A dónde vamos? —A Francesca le encantaba viajar. Era una de sus actividades favoritas.

—Nos vamos a las Maldivas —anuncié—. Al Four Seasons.

—¿De verdad? —El chillido sonó demasiado alto y se tapó la boca—. ¡Huy!

Me encantaba hacerla feliz. Me alegraba el día.

—Va a ser una escapada fantástica para nosotros. —Sexo salvaje sin las niñas—. Feliz cumpleaños.

Me abrazó con fuerza y luego me besó por toda la cara.

—Gracias. Gracias. Me encanta.

—De nada, Muffin. —La besé en la boca y sentí esa chispa incombustible entre nosotros.

—Que lo paséis bien haciendo de niñeras mientras nosotros nos vamos de vacaciones. —Francesca les sacó la lengua a Marie y Axel.

—Niñata malcriada —replicó Axel—. Vamos a poner a tus hijas en tu contra, ya verás cuando vuelvas.

—Me da igual —dijo Francesca—. Ya me ocuparé de ello después del viaje. —Enlazó su brazo en el mío y apoyó la cabeza en mi hombro. Un suspiro de satisfacción escapó de sus labios—. Tengo mucha suerte de haberme casado contigo.

Mi corazón flotaba en una nube.



APARCAMOS EL COCHE EN EL GARAJE DE NUESTRA CASA DE LAS AFUERAS DE Connecticut. Teníamos un gran jardín trasero donde jugaban las niñas y el barrio era muy tranquilo. Nuestros vecinos no se entrometían y apenas notábamos que estaban allí.

La casa de dos plantas tenía detalles grises en la fachada y contraventanas azules. Era exactamente la casa que había deseado Francesca, así que, cuando

vi que estaba a la venta, me apresuré a comprarla. No pensé que pudiera dejar la ciudad, pero, en cuanto nos mudamos, comprendí que era perfecta para nuestra familia.

Nada más entrar nos arrojamos el uno encima del otro.

La besé apasionadamente y después la levanté y le coloqué las piernas alrededor de mi cintura. Subimos así las escaleras. Fui sorteando los juguetes de Suzie desperdigados por el suelo y llegamos al dormitorio. No nos molestamos en encender las luces porque, de todas formas, nos íbamos a tirar directamente sobre la cama.

Le arranqué la ropa y contemplé cómo tiraba violentamente de la mía. Cuando los dos estuvimos desnudos, nos tumbamos en la cama con los cuerpos entrelazados. Deslizó las manos por mi pecho duro como la roca y rodeó mi cintura con sus piernas, deseándome dentro de ella lo más pronto posible. Tenía los ojos llameantes y los labios temblorosos por el deseo.

La miré unos instantes, intentando recordar una época en la que esta mujer no había sido mía. Había sido tanto tiempo atrás que apenas lo recordaba. Ahora era una parte natural de mí, la mitad más valiosa de mi alma.

Y la amaba con todo mi corazón.

Me moví lentamente en su interior, sintiendo que su respiración subía de intensidad a medida que tomaba más de mí. No había nada que me gustara más que hacerle el amor. Era cuando me sentía más vivo, más conectado a ella. Criar a dos niñas nos absorbía mucho tiempo, lo mismo que el trabajo. Valorábamos como un tesoro todo el tiempo que pasábamos juntos a solas, las mañanas y las noches en las que hacíamos el amor y ni siquiera hablábamos. En esos momentos, nuestras almas se entrelazaban, se acoplaban y ya no se soltaban.

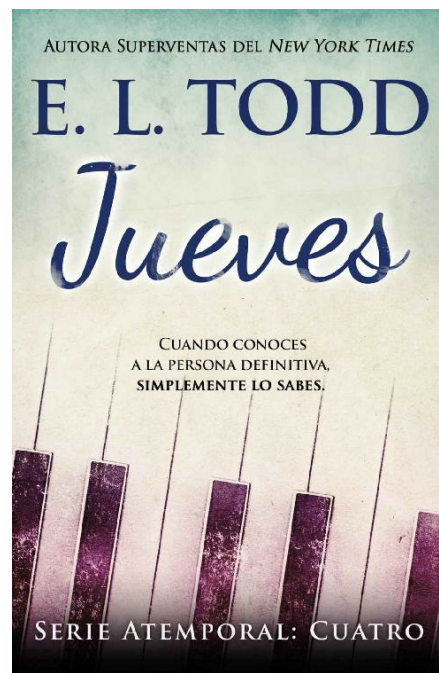
—Hawke... —Se abrazó a mi cuello y hundió los dedos en mi pelo. No despegaba los ojos de mí mientras rodábamos juntos por el colchón—. Te amo.

Apoyé mi frente en la suya y seguí moviéndome lentamente, sintiendo cada caricia y cada sensación. Algunas veces nos peleábamos, y otras apenas nos veíamos en varios días. Nuestro matrimonio no siempre era perfecto y hubo tiempos difíciles. Pero nuestro amor nunca cambió. Permaneció siempre inalterable, prevaleciendo sobre todo lo demás. Y siempre será así.

—Yo también te amo.

Espero que hayas disfrutado leyendo MIÉRCOLES tanto como yo escribiéndolo. Significaría mucho para mí que dejaras una breve reseña. Es el mejor apoyo que puedes dar a un escritor. Muchísimas gracias.

¿Qué ocurrió exactamente entre Marie y Axel y cuándo se enamoraron? ¿Cómo se las arregló Marie para convertir a Axel en el hombre más comprometido del planeta? Descúbrelo en la siguiente entrega de la serie: JUEVES.



[Haz clic aquí para comprarla](#)

Table of Contents

Portadilla

Créditos

1. Francesca

2. Francesca

3. Hawke

4. Francesca

5. Hawke

6. Hawke

7. Francesca

8. Hawke

9. Hawke

10. Francesca

11. Hawke

12. Hawke

13. Francesca

14. Hawke

15. Francesca

16. Francesca

17. Francesca

18. Francesca

19. Francesca

20. Hawke

21. Francesca

22. Francesca

23. Hawke

24. Francesca

25. Hawke

26. Francesca

27. Hawke

28. Francesca

29. Hawke

30. Francesca

31. Hawke

32. Francesca
33. Francesca
34. Hawke
35. Francesca
36. Hawke
37. Francesca
38. Hawke
39. Francesca
40. Hawke
41. Francesca
Epílogo
Sin título